



Publicado por TheWriteDeal

Propiedad literaria © 2013 Saúl Ibargoyen

Todos los derechos reservados.

Diseño de portada © TheWriteDeal

TheWriteDeal, New York, NY

DOI: 10.5889.528.004

www.thewritedeal.org

(a Wilbur y Ben, hijos del horror y el desencanto)

Capítulo 1.

“¡Póngase de pie el acusado!”

La voz avozarronada del juez cívico-oligárquico-militar construyó en el inmediato después un abarcador y rígido silencio. Era su modo instantáneo de callar, de remitirse paladar y lengua adentro. Hasta la masa encefálica que había generado la voz entró en ese duro silenciamiento. Por breve trozo temporal.

“Bien... paradito y derechito como debe ser, mirando al frente, a la autoridad legal” añadió la voz en un tono menos inflexible.

Enseguida: “Dígame sus señas completas, sargento primero Escipión Carrasco, para precisiones necesarias en esta sesión del cuarto nivel judicial, de acuerdo con el artículo veinte, sección hache, agregado catorce, derivado once y medio...”

Alrededor del acusado quedaban todavía, al parecer, algunos rипios del silencio que antes mencionara el narrador de esta historia. Por eso se demoró la respuesta, o sencillamente el palabrerío del señor juez debió trasladarse con su costo neuronal hasta los centros de una conciencia tal vez balbuceante; a saber, pues... ¿Importa demasiado?

Finalmente, respondió con pegajosa lentitud el reo:

“Vivo en la capital, en el barrio de Los Zopilotes, cerca del cuartel... del noveno de caballería. Allí presté servicios, pero en la sección de camisas doradas hasta que fui alzado a cabo... aunque eso fue de boquilla, nunca me dieron mi confirmación en papel... luego yo pasé a la sección de seguridad ciudadana, que depende... dependía de la seguridad militar general, con atención a movimientos de masas y a desórdenes en las vías públicas... fui subido a sargento pero nunca me pusieron mis galones... yo siempre tuve un número, el...”

“¿Y su nombre, acusado? Tiene que decirlo usted, para que tenga valor jurídico.”

“¡Uy, sí, señor! Me llamo Escipión Carrasco, me dicen el Macho o el Machito, hijo de Tricornio Carrasco, soltero todavía... él, no yo..., bueno, yo también, y de madre desconocida...”

“¿Cómo que de madre desconocida? ¿Si lo único seguro en la paternidad es la mamacita?”

Suponemos que el magistrado barruntó que no había revisado personalmente la documentación del caso, y eso fue causa de furia castrense: “¡Pinche asistente! ¡Hay que

echarle ojo propio a todo! ¡Aunque ya sepa todo!” tal vez se dijo en los adentros.

“Mi señor juez cí... cívico-olig...-militar: eso dice en el papelito que mi padre, Tricornio Carrasco, muerto en soltería y ya retirado del servicio policiaco por la misma causa... de fallecimiento... le decía... sí, mi padre me dijo una vez que había conseguido ese papel con la constancia del juzgado, así está escrito... Pero el papelito no apareció...”

“¿De qué leyes sale la autorización para que un... ciudadano exista si no tiene madre... conocida? ¿Cómo hacemos para que usted pueda nacer y para que podamos darle su veredicto? ¿Quién fue el abogado militar de nuestro cuerpo de centuriones que lo asiste en este juicio? ¿Es que las leyes nuestras, luego de años de poderes de facto, ya no sirven para un carajo?” vociferó algo el juez, sin disculparse por la palabreja final.

Surgieron los decires de un asistente que aquí no tendrá nombre; era el encargado de alcanzarle la papelería al señor juez, de organizar los detalles del procedimiento judicial, de servirle su café con un tin de leche cruda y dos raciones de azúcar, de llevar control de asistencias y de faltas. El asistente, pues, expresó:

“El capitán y doctor Estridencio Salsipuedes no se halla entre los presentes, debe de estar con los que no vinieron, los ambos testigos, mi señor juez...”

“Pues sí, siempre estamos en algún sitio, ¿no? ¡Asistente, tráigame a ese doctorcito de uniforme, ya mero!” casi expulsó la frase como de aliento que ladra.

“Al tiro me salgo, señor juez... Debe de andar por el casino de oficiales, es la hora de su aperitivo del mediodía...” y el asistente traspasó la única puerta de la sala, sin entender el por qué de la necesidad de que el abogado defensor compareciera.

El señor juez de triple condición sintió que le ardía la vejiga. Y también salió por la misma puerta, de volada hacia el baño que estaba a su derecha y, como siempre, al fondo. Apenas pudo manotear su arrugado tubo de descarga, que un poco expandió la piel y las usadas carnes en el acto urinario. Se higienizó las manos, examinándolas como a esos añejos instrumentos que a veces experimentan la pulsión de escribir sobre ciertos eventos no oralmente socializados por sus portadores; eventos que se asocian con las primigenias masturbaciones, con las mugres del ánimo, con los gritos de los suplicados, con las prisiones secretas embarradas de inmundicia, con los actos que son culpas por sí mismos y sin valor agregado, con la sucias verbalizaciones contra un hijo indeseado o contra los enemigos de la patria, con la redacción de sórdidos manuales, con las relaciones no matrimoniales a las pocas de un primer casamiento, con la fayuca de vestiduras made in India y de objetos electrónicos made in China en acuerdo con los centuriones de la juntovecina República de Argentoris, con la adulteración de documentos para apresurar el acceso al grado de general que, finalmente, le concediera la logia Tabaré, con... etcétera.

Se lavó las manotas nuevamente, las miró y remiró, dijo como si leyera eso que fue

anotado antes:

“Jamás escribiré mis memorias, joder! Ni que tuviera yo mala conciencia o vocación de bestiaseller... ¿Para qué soy ahora juez?”

Terminó de secarse la diestra con la siniestra y al revés, agregó:

“Con ir cada tanto a la catedral y echarnos unas rápidas confesiones, alcanza... Nadie tiene por qué decirlo todo...”

No quiso añadir a su sonora reflexión el recuerdo que, como un fulgor, le cruzó los centros de la memoria. Sí, el curita aquel de origen vasco, el padre Iturrieta, el que escondía propaganda de los subversivos ¡en el confesionario! Lo pescaron gracias a una de las viejitas mochas y bien chupa sotanas que tenían como espiona en la mera catedral.

A él, en aquel momento nada más que el coronel Dunviro Retícula, le correspondió hacer el arresto. A patadas lo extrajo del templo y lo metió en la camioneta... Él solo, los soldados de la compañía de asalto simplemente miraron, “era otra instancia, el curita no fue a parar a Solferino...” Pero, ¿por qué esa reminiscencia tan de golpe surgida?

“Putá, me está pasando cada vez más seguido...” se pensó mientras cruzaba la puerta de la sala; no había visto el pasillo ni supo cómo dobló a la izquierda para volver al gran escritorio con su alzada bandera patria, y los papeles, los expedientes ya caratulados, las panzonas carpetas correspondientes al acusado, las hojas desprendidas, las plumas fatigadas, los lápices despuntados, los vasos resacos, la bronceína campanilla de orden, el cenicero de anchos metales, el martillo enorme digno de Thor o Sucellus o Daiko ku para confirmar cada veredicto.

Ya sentado, echó unas vistas al paisaje por encima de la posición del reo, como quien pasa un espejo frente a una quieta realidad: dos soldados semi firmes a los lados de la puerta apoyándose en sus rifles, un asistente de menor jerarquía (auxiliar segundo) a la espera de órdenes y mandatos, un secretario de actas cambiando la cinta de su castigada Olivetti, varias sillas solitarias y desalineadas, un ventanal de cortinas endurecidas por el polvo y el sol, unas paredes claras para dar ilusión de mayores espacios... A sus espaldas estaba el retrato cuadrangular del doctor Agosto María Sangronetti, presidente gracias al voto de la asamblea legislativa formada a huevo por los centuriones de la logia Tabaré, y que sirviera para reinstalar al Estado Mesoriental en su condición seudo democrática de unos años atrás, “¿cuántos añitos?” Aquella cara de intelectual avisado y perverso, con sus tremendas cejas que parecían gusanos autónomos, disgustaba al señor juez, así que dejó sin mirar ese fragmento del paisaje oficinesco. Pasada la dictadura, es decir, “el gobierno de facto” o “el proceso de transición a la democracia” de milicos y ricachones, era más tranquilizador mirar hacia delante.

“¡Coño! ¡Vea usted esos uniformes, del verde al gris casi, y esos modos soldadescos

baratos de pararse y de estar sentados, y los pisos sin una barrida, y la lámpara del techo, bronce sin lustre y cristales mugrosos, y mierdas de moscones y de arañas!” se pensó el señor juez.

Enseguida: “¡Esto ya es decadencia! ¡Y el puto del fiscal que no vino! ¡Estos jodidos creen que la justicia se hace sola! ¡Que los tiempos no cambiaron!”

No agregó a su pensamiento ni a los testigos ni al abogado defensor, seguro que para no cargar demasiado el ánimo, que sentía crecer en su desespero.

Mas, ¿qué hacía entre tanto el asistente? Pues llegó sin prisa al local adjunto, adonde funcionaba el casino de oficiales. Pocos usuarios allí se encontraban, “como ovejas sueltas en un campo descuidado” se entredijo el funcionario. Buscó a punta de ojo, y a una mesa pegada a la ventana del centro, o sea hacia la izquierda del hombre que atendía el mostrador desolado, percibió la desprolija figura del abogado defensor, capitán Estridencio Salsipuedes.

Tres copas se alzaban en el centro de la tabla desnuda, varios círculos que aún no se evaporaban marcaban el tránsito y los ritmos del bebedor. Dos de las copas bien viudas, ajenas en ese momento a su oficio de contener el reconfortante aunque modesto aperitivo que el doctor-capitán consumía allí mismo, a diario. ¿Por qué modesto? Si preguntáramos al asistente diría: “¡Un pinche vermú con caña o una pinche grapa con vermú! Hace bien poco era el whisky...”

Estridencio Salsipuedes reconoció al asistente, le puso un postrer lengüetazo al continente de dudoso cristal, dijo:

“Seguro que vienes a buscarme, por indicación del señor juez.

No sé para qué, pues, si él solito puede resolver el caso...”

“Sí señor capitán, el general Dunviro lo espera para cerrar sentencia definitiva, asegún el artículo veinte...”

“Ta bien, ta bien, dile que voy de rápido. Tengo que refrescarme, orinar y echarme una pasadita de peine” respondió con flojera el abogado defensor.

“Sí señor capitán” y en diciendo de ese breve modo el asistente se peló hacia la sala pero al pasar cerca de la barra y su adormilado barman, vio un vaso de vino casi negro en situación de olvido. De un trago entero lo dejó bien viudo al triste vaso, y ya de superior ánimo se fue a informar de su comisión al señor juez.

“El abogado defensor de oficio ya no dilata, señor juez” enunció el asistente, echando el hálito hacia un costado para eludir las acuciosas narices del atento magistrado.

Añadió por mera experiencia no más:

“El señor fiscal no andaba por ahí, la verdad que hoy no lo han divisado en sus lugares habituales.”

“Entonces, ¿ni para zamparse unos tragos vino esta mañana?”

“Así parece, señor juez. A saber qué le ha sucedido...” arriesgó el asistente, “Porque ni mandó su aviso de faltar...”

“¡Qué aviso ni aviso! ¡El deber que tenemos nos hace cumplir aunque estemos muertos! ¡El fiscal tiene que estar aquí aunque no venga! ¿O no se entiende?” replicó ampliamente con furia reorganizada.

Respiró, soltó el aire espesado por una salivación incompleta. Tosió, aspiró una parte del aliento expulsado. Pidió al auxiliar segundo un vaso con agua mineral, no exageradamente fría. Bebió con lenta avidez.

“¡Ah!, asistente, ¿qué onda con los testigos?”

“Fueron citados de nuevo, dos veces, señor juez.”

“¿Fueron entregados de mano los citatorios, dentro del plazo legal?”

“Sí señor juez, se les citó nuevamente porque surgieron evidencias de declaraciones contradictorias... en contra del acusado.”

“Si... ¡Putá digo! Que si esos cabrones no se presentan en cuerpo y alma el veredicto se complica, ¿no es?” dijo para él y para el otro.

“Si usted lo afirma, señor juez... Antes no...”

“¡Claro que antes no! ¡Pero antes fue antes, putaparió! ¡Hasta cuándo habrá que decir lo mismo!”

“Buenos días o buenas tardes, señor juez general Dunviro Retícula...” era la voz del abogado defensor.

El magistrado percibió moléculas de grapa y vermú, átomos sueltos de añejas regurgitaciones, mínimas esferas de perfume vulgar, temblores sutiles no totalmente vencidos.

“¡Qué bueno que esté por esta sala, doctor-capitán! Tome asientito, por favor” en tono de recibir a un hijastro pródigo, así transitó forzosamente el juez de un ánimo a otro.

“Gracias, pues” el abogado tactando a pura nalga la rigidez de la silla adjudicada.

“Asistente, informe al abogado defensor sobre cierta problemática documentaria...”

“Sí señor juez, ya doy la información...” el funcionario simuló sin disimulo consultar oficios y destripadas carpetas. Luego:

“Estaría faltando un certificado o partida de nacimiento del acusado Escipión Carrasco, en donde conste que tuvo madre, no sólo un padre... éste ya fallecido, de nombre Tricornio Carrasco.”

“Mi general...” apuntó apenas el abogado.

“¡Señor juez, no más! Doctor, ¿no entiende dónde estamos parados ahorita?” una ligeramente enrarecida respuesta magistral.

“Perdón, señor juez... pero lo de general, ¿quién se lo quita?”

“¡Ése no es su pedo de usted, abogado defensor de oficio! ¡Cada uno debe saber quién es

cada cual!”

“Señor juez, hace unos días, al inicio de este enjuiciamiento, le comenté la falta de ese certificado. Rebuscamos con mi secretaria por todos los registros correspondientes y nada pudimos hallar. Ese papel no existe, es que las leyes eran otras, como del siglo diecinueve... Para ser bien exactitos, según el artículo sesenta, inciso doce, derivado ciento dos, ley civil del año 1877, gobierno del general Mínimo Delatour y Obes, se podía inscribir a cualquier recién nacido, dentro de un plazo de quince días para la ciudad y de treinta para el campo; inscribir decía, sólo a nombre del padre porque...” aquí fue interrumpido el rollazo del abogado.

“¡Déjese de mamadas decimonónicas! ¡Yo quiero ahorita mismo el pinche certificado! ¿O no ve que sin esa mierda no hay modo de resolver el veredicto? ¿Y todo el trabajo que nos dio la investigación en estos jodidos tiempos de recuperación democrática? Ahora, ¡todo mundo quiere justicia!” fue muy clara la agresiva argumentación del magistrado.

“Ah, señor juez: nos queda un recurso” se iluminó el doctor Salsipuedes, ya bien despejados los resabios de sus alcoholes cotidianos.

“¿Cuál?” el descreído general Retícula.

“¡Buscar en los registros parroquiales de la sección judicial adonde fue inscripto del reo! De esos registros no se escapaba nadie...”

“No me joda, doctor. Son cosas diferenciadas...”

“Por supuesto, tiene razón absoluta, pero las respectivas inscripciones están, obvio es recordarlo, en edificios distintos. Unas en un templo católico, otras en las oficinas del Estado. No se da al César lo que es del dios...”

“No crea, doctor, no crea... Ta bien, busquen por ahí. Le doy dos días... Se levanta la sesión, ¡seguimos el miércoles a las once de la mera mañana!” y para confirmar lo decidido bajó un martillazo que hizo crujir la tapa de la mesa y que a la vez produjo un estallido neuronal en los otros presentes, aquellos que permanecían en la sala casi olvidados, como personajes de otra crónica, como respirando en otro lugar.

Capítulo 2.

Sin ánimo del relator de estos asuntos, más o menos novelados, de dar entrada a facilismos neorrealistas mágicos o a fantasías potterianas neoclasemedieras, en esta época de neotransparencias neobarrocas o de simples neopendejadas, o de puritito y gran neocambalache, etcétera, sería atractivo -para beneficio de la estructura de lo narrado o a narrar- incluir las escasas memorias o meras opiniones recordatorias de don Tricornio Carrasco, el padre tradicional del reo Escipión Carrasco, referidas a su hijo y que le fuera contando con interrupciones, domingo a domingo, al cura José Iturrieta, su conocido de él desde que, ya medio grande, entrara en el modesto templo del barrio de Los Zopilotes para hacer una confesión que llevaba atorada desde hacía un tiempo, porque había sido formada su ánimo en las sencilleces del catolicismo popular por su querida mamacita, doña Mariana Guadalupe (alias La Chatita o La Lupona, según se le percibiera su estado emocional), así que un grueso imperativo de conciencia tardía lo llevó a Tricornio, en ese momento sin el “don”, a soltarle su presunto pecado al sacerdote originario de tierras y solares vascongados (¿con escudos y emblemas heráldicos?) un domingo de hartas iluminaciones naturales y de bastante movimiento en la parroquia de San Xavier de Loyola, por lo que el receptor de la entreverada confesión debió de aumentar su paciente espíritu, nada sorprendido, en verdad, pues esa mañana había escuchado relatos de mayor suciedad, desamor, corrupción y desamparo que nunca antes en su extendida experiencia de saber adecuar el oído en la distinción de pecados veniales, mortales, contra natura, materiales, habituales, actuales y originales, así que la auto mortificación verbal del joven Tricornio no le generó nuevos escepticismos sobre nuestra adolorida especie sino que más bien descubrió en el declarante una postura de cierta ingenuidad cercana a una mediatizada inocencia, en razón de lo cual le impuso sin severidad varias docenas de Padres Nuestros y otras oraciones, pues esa práctica era útil para distender los nervios y aflojar las durezas de todo corazón que cede a las fulminantes pasiones de la carne, “La carne no duerme, hijo mío”, “Sí padre...”, “Debes andar muy despierto”, “Sí padre...”, “¿Desde cuándo te metiste a milico de cuartel?”, “Hace poco, pero ahora estoy en la policía, agente primero, delegación catorce, Los Zopilotes, calle Pepe Madera uno dos tres...”, “Ya sé donde queda, a veces voy a sacar a algún chavito que se pasó de mota o de trago...”, “A usted mucho lo respetan en la delegación...”, “Sí, porque a los polis

también los confieso, como ahorita a vos... a ti", hubo una pausa, "Te vas entonces con esa muchacha, debes de darle ayuda para su alimentación y sus remedios o sus vestidos, no se trata de entrarle como venga al fornicio, hay que cuidarse y cuidar al otro o a la otra...", "Pero dicen que el santo papa no quiere que uno use condones ni esas pímulas que le resecan la... cola a las damas...", "¡Eh!, ¿zer arraiio diozu? ¡Es sólo una interpretación de nuestras escrituras, hombre...! ¿Tricornio?, para mí lo principal es la salud, y si hay chavitos que nacen, que se críen lo mejor que se pueda", "Sí padre...", "¿Vos la querés a la chava o qué? ¿Es solamente un enclumamiento, una calentura y chau, hasta ahí?", "Padre, yo la quiero, pero ahorita ella nada quiere saber conmigo, se peló, se rajó, me dejó al chavito en la casa de usted, porque hasta ese día lo cuidaba ella, yo la visitaba cuando su mamá iba por el mandado o salía a chambear por la colonia, le dejaba alguna lana a fin de mes, yo le cumplía, padrecito... Si hasta casorio le propuse...", "¿Por qué no se fue a vivir contigo?", "Porque mi otra novia más en lo formal no quiso... un cuerno, dijo, me aguantaría pero un hijo de esa fulana, sí que no...", "Ah, ¿pero a dónde se marchó ella? ¿Cómo se llamaba o se llama?", "Eso sí que es secreto, padre, si le borro el nombre, la olvido más fácil...", "¿Y qué pasó con tu novia... más formal?", "Pos... se fue también a la mera chin..., perdón, padrecito", "Está bueno, a la mera chingada, y tenía sus razones muy claras, ¿no?", "Tenía, sí", "Entonces, vos solo le diste crianza al niño, hasta ahorita, ¿cierto?", "Cierto, padrecito, yo solo y hasta hoy mero... mi mamacita, la doña Luponá, siempre me echó la mano, las dos también, bah, hasta le eligió el nombre: Escipión, como dijo que era el de su abuelo materno", "Un raro nombre...", "Raro, pues. ¿Qué quiere decir? ¿Es nombre de persona?", "Sí, de un general romano, de muy enantes, de muy atrás... Un tipo de los duros, que acababa con todo, inventó el holocausto de los cartagineses...", "Ah, pos sí... pero hubo que agregarle Pedro por el bautizo... Lo bautizamos aquí mero, usted no estaba ese día", "¿Cuándo fue eso?", "Ya va para el segundo año... ¿o el tercero?", "Así, se me hace bolas el cálculo del tiempo, este ir para atrás y volver para adelante, como en un cuento... Pero ¿por qué, Jesús mío, lo bautizaron tan tarde?", "Es que pena me daba, ir a ponerle las aguas benditas sin su auténtica madre..., bueno, sin ninguna mamá", "Debe haber excepciones, con ir la abuela, bastaba, ¿no lo crees?", "¿Pero no dice el tango que madre hay una sola, padre?", "Lo importante es salvar el alma del niño desde el inicio, día por día, hora por hora...¿zer arraiio!", "¿Tanto así, padrecito? ¿No es mucha chamba?", "¡Dios trabaja más, Tricornio, te aseguro!", así fueron platicando, más o menos en lo cierto, hasta que un domingo otro, a saber cuál en esos años, Tricornio soltó de golpe que la situación política estaba del caray, que se pasaba haciendo horas extras no pagadas porque había tumultos en la calle, en las fábricas, en los bailaderos, en las escuelas y universidades, hasta en las canchas de fútbol, que tenía las piernas como macetas a causa de las guardias y las vigilancias especiales, sobre todo del anochecer en adelante, que ya quería renunciar a su uniforme policial, que la

gente lo miraba con ojos distintos, su propia gente del barrio, porque el cuerpo de granaderos de a caballo había entrado a puro sable y macanas contra una manifestación obrera y estudiantil que reclamaba superiores salarios y mejor educación, el resultado fue de ocho a uno, o sea ocho manifestantes heridos por un granadero lastimado, se comentaba que la goliza había sido mayor, como de doce a uno, “No se me ocurre lo que haré, estoy bien jodido de las patas, casi ni pude quitarme las botas, padrecito”, “Debes proceder según tu conciencia, trata de no darle madrazos a nadie”, “Pero lo seguro es que habrá orden de entrarle a los chingazados a los revoltosos...”, “¿Cómo lo sabes, o es un chisme de cuartel?”, “No, me dijo mi cuate el Culebrón, que es cabo primero y a él le pasan los informes... como de a poco...”, “Sí, ya lo sabemos, Trico, los convencen así para reprimir, algo hoy y otro algo luego”, “¿Usted cree?”, “Sí, pero debes conservar tu chamba, por el niño y tu mamá, doña...”, “Mariana Guadalupe, la Chatita”, “Eso, pero no castigues a nadie: si te dan orden, baja tu garrote y toca un brazo o una espalda, sin hacer daño... No te vuelvas un putakume... Son personas como tú y como yo”, “¿Como usted también...? Pero ¿usted no es hijo preferido de la santa madre iglesia, no es más que todos, padrecito?”, “Es la madre de todos, Trico... Madre para todos o madre para naides...”, y semanas después, el policía volvió al confesorio, dura su lengua, rígidas sus palabras, echó su auto acusación al tiro y de volada se rajó para no regresar ya con el vasco Pepe Iturrieta, se preguntarán qué dejó ubicado en la pilosa oreja del cura, pues fue esto: “Padre, no pude hacer lo que me recomendó, el capitán de mi compañía dio orden de atacar a un grupo que estaba de mitin no autorizado en plena zona central de la ciudad, dimos palo y piquetazos a un chingo de tipos y tipas, metimos gente en las celdas hasta reventar la delegación, en los camiones los llevamos, los lesionados más graves quedaron tirados por ahí, como ejemplo para los alborotadores según el capitán, mucha sangre en las aceras, en algunas paredes, en medio de las calles, pedazos de ropa, de zapatos, de calcetines, un desmadre, un griterío sin palabras, llantos, orinadas, vitrinas convertidas en polvo, llegué a la casa como en la madrugada, hecho una mera mierda, padrecito, me desnudé en mi recámara, en la palangana me lavé la cara, el pelo, los sobacos, hasta las pelotas, todo lo que soy yo como cuerpo de mí mismo, me quité el jabón y los restos de agua llenos de mugre, de coágulos, de cáscaras, me enterré en la cama, mi mamá y mi chavo dormían en la otra recámara, demoré en entrarle al sueño, al día siguiente que era sábado ni fui a la cantina ni a parte ninguna, le dije a mi mamá que avisara en la delegación que estaba enfermo, con jodida fiebre y vómitos y mal de la panza, diarrea líquida... porque enfermo estaba, padre Iturrieta, hasta hoy, y no se me quita, perdone que le cuente esto así, ya me tomo los vientos, me dieron dos días de asueto, ¿para qué?, es difícil ser poli, es canijo ser lo que uno es, le aseguro, padrecito...”, y antes de que el cura respondiera algo, o asentara en el breve aire del sitio de confesión una mínima señal de la cruz o de cualquier otro símbolo, el Tricornio se

salió en rumbo recto hacia el portón del templo, él también sin esbozar nada parecido a la cruz sacrificial que engendra consuelo en las almas menos perturbadas que la suya, “Pa qué la cruz de salida, ni que yo mismo me echara la bendición...”, habrá pensado el Tricornio en su desequilibrio, pero él debía seguir en lo suyo, mejor dicho, en lo de aquellos señores autoritarios que le transferían una tarea de acciones mugrosas como si fueran propias de él, como si hubieran nacido con él, había que seguir en aquello por dos salarios mínimos más el derecho de pillaje y de pernada, para que el chavito tuviera comida, ropita, futura escuela y unos pocos de educación, para que tuviera después un oficio o una artesanía independiente, un changarro y luego luego un bocho, ese coche que dicen que fue inventado y fabricado en épocas de don Adolfo Hitler, según el capitán de su compañía, y hasta una computadora nuevecita que vaya uno a averiguar para qué chingaos sirven las teclas y los revoltijos de luz y color en la pantalla, pero todo esto no se lo diría al cura Iturrieta: se lo encontraría añitos más tarde, arrojado al piso de una celda, con la cabeza canosa y manchada de cuajarones de sangre apagada, con la sotana en hilachos, saturada de orina y densas materias, sin un zapato, con un pie indefenso y costroso de cacas y flemas fermentadas, los lentes, ¿dónde?, los párpados inflados encima de unos ojos invisibles, las manos agarradas a un rosario, bien juntas entre las piernas, como cuidando un par de testículos de célibe viril entregado a esas formas del solidario amor que ni el poder de la espada, ni el del dinero, ni el de los dioses cualesquiera consiguen nunca derrotar, “Lo traje detenido el coronel Dunviro, él mismito lo pescó en la catedral, andaba cargado de materiales subversivos” alguien similar al Culebrón comentó al costado diestro de Tricornio, “Por más gachupín que sea, lo van tener su buen rato en el tambo, hasta la van a apandear...”, “¿Cómo sabes eso, güey?”, “Y bueno, uno camina de oreja parada y ojitos de punta, ¿no es?”, otro alguien, al costado siniestro del mismo Trico, añadió: “Parece que va a intervenir la embajada de los pinches españoles, esos gallegos...”, y se hizo sentir la costosa emisión vocal del caído: “No... hace falta, no... Ellos son... hispánicos, celtas, fascistas... yo soy vasco, ¡joder! ¡Zoaz pikotara!”, eso puso a los polis en situación de desconcierto, si el detenido estaba desmayado, así llegó, vuelto un jodido estropicio, más el tratamiento en la mera celda, ¿por qué hablaba todavía?, entonces Tricornio se acordó de los consejos del cura, de su buena vibra para darle ganas de jalar en esta canija existencia, de que sacara para adelante al hijo sin madre, que lo registrara en la parroquia como hijo suyo de él, que no le fueran a poner Pitufito de apelativo o sobrenombre, que lo sacara de aquel barrio de malandrines, padrotes, putas, peleoneros, narcomenudeadores y dudosos ambulanteadores, con sus mafias respectivas y sus conexiones con el hampa de la politiquería de intermediación, “Nunca pudimos salirnos de Los Zopilotes, la única fue mi mamacita, con los pies pa delante, de la casa al panteón... y no hace mucho lo del infarto, Escipión estaba con ella, la alzó, nadie entiende cómo pudo a sus

trece años, hasta ponerla en la cama sin arreglar, boca para arriba la puso, las manos sobre el pecho, ya quitado el mandil, le peinó la pelambreira que poco cepillo recibía a diario, le estiró la tela del vestido, el que siempre usaba para ir al mandado, le juntó los pies aunque ella era algo chueca de rodillas, le ató la mandíbula con un paliacate colorado para que no se le metieran por la boca las moscas panteoneras, esas moscas que son los mínimos zopilotes del barrio, y después fue a buscarme sin prisa ninguna, parece que la calaca nos tranquiliza a todos, nos resigna, y al rato ya andábamos en el velatorio, bastante raza fue, platicaban como en sordina, soltando humo de varios olores, sirviéndose café y galletitas o soplándose

algún tequilita o alguna grapa, que botellas no faltan cuando uno en la práctica trata de aprender a morir, y más tarde nos largamos en columna dispareja hacia el Panteón de la Suprema Virgen, como veinte calles al oeste, todo derecho por la avenida El Juareño, hasta topar con la entrada y su gran verja de fierro verde, mi chavo el Escipión no lloró ni una gota el cabrón, iba agarrado a una de las manijas de la caja negra, porque llevábamos a la difunta sobre una especie de carreta empujada por nosotros, o sea Escipión y yo, más cuatro maridos de cuatro conocidas del vecindario, no hubo lana para un transporte de motor, ni modo, y mi hijo marchaba serio como una piedra, nunca más se rió ni le sonrió a nadie el güey, que yo sepa, y allí no estaba el padre Iturrieta para fabricarse unas bendecidas, y fue que sí lo pude ver mejor a mi chaval, porque de andar de servicios corridos por la calle, hasta fuera de la zona normal, yo no paraba mucho en la casa, y la abuela de Escipión seguro que apenas podía con el muchacho, medio analfabeta como era aunque con su tal paciencia para hacer la lucha en lo que fuera, muy macha en eso mi mamá, La Lupona, así que el chavo tuvo que ir haciendo lo suyo pero con apoyo en doña Mariana Guadalupe, y pues que la enterramos muy adentro de unas tierras resacas, polvosas, contaminadas por los basurales de la parte de atrás del cuartel, el Vaciadero Poniente, Escipión fue el primero en dejar caer, con furia, los terrones de feo olor, luego luego los demás hicimos igual pero sólo abrimos los dedos para que cayeran las bolas oscuras arriba de la tapa de madera de pino pintada de luto, yo me quedé hasta que los señores del panteón terminaron su chamba, pusieron unas piedrotas encima de la tierra alisada, coloqué la cruz provisoria de palo con los datos legales, me acordé de la crucecita de mi presunto papá, porque en este pinche país todo es presunto, don Oportuno Pérez, la crucecita que nunca salió de provisoria hasta que se la comieron las hormigas o las termitas, ¿cuánto hacía?, entonces me aflojé un poco y tuve que chillar ahora sí como un huérfano total que era, y les di su buena propina a los señores de la pala, mientras el Escipión ya andaba rumbo a la casa, sin reír ni llorar, nunca más, porque fue en esa hora que empezó a ponerse lejos, solo o casi quedaría en la casa, y dejó para siempre los cuadernos y los libros gratuitos y los lápices, y una noche que yo estaba de servicio se colocó uno de mis pantalones, que yo ni tiempo de ponérmelos tenía, le ajustaban bastante al

cabrón, cuando lo vi después me dejó medio confuso, profuso y difuso, porque era como un hombre, fortachote como yo mismo, sería algo más alto, sí, crecería, con la camisa ¡mía también! de mezclilla que a veces me ponía para no sentir el pinche uniforme, y desde ahí ya dejé de conocerlo, aunque en puritita verdad nunca supe quién fue ni quién era, ni nunca podré enterarme de quién será...”, así existía en sus intemporales pensares Tricornio Carrasco, mientras en el piso asquiento el cura José Iturrieta parecía dormir y tal vez soñar que él mismito era su propia y dolida pesadilla, “¡Zer arraiol!, ¡carajo...!” capaz que pensó por imitación el mismo Tricornio.

Capítulo 3.

Escipión miró cómo la mujerona, calificada así por lo alta y no escasa de firmes gorduras, algo joven aún y con sus pelos cercenados a la garzón, de boca ancha y jugosa o salivosa en su elaborada rojez, con su brevísima enagua rosada más de mostrar que de esconder, le bajaba calzones y pantalones; miró cómo las manos curiosamente pequeñas y adiestradas le enjabonaban, enjuagaban y secaban el conjunto de genitales, la triada habitual formada por el pene y los dos testículos, que ahora parecía ajena.

El acto ritual, ejercido antes y después de la cópula que la gordita Adela ofrecía a sus feligreses cada día a partir del anochecer, a precio accesible para el empobrecido macherío de Los Zopilotes, compuesto en su mayoría por soldados y policías de servicio en la zona; el acto ritual desconcertó al hijo de Tricornio, había ido solito al burdel, a iniciarse seriamente en las íntimas actividades cárnicas, pero esa inesperada higienización lo sacó de onda.

“¿Por qué me estás lavando? ¿Me ves mugroso o qué?”

Adela, dejando la palangana en el piso de cemento pelado, le respondió sin contestar:

“Echate en la cama, separa las piernas que ya voy...”

“¿Qué vas a hacer, gordita? ¡A mí nadie me la chupa!”

“Es parte del oficio, es la tradición de la casa... Aflójate un poquito...”

“¡No, no quiero!”

“Quién te va a morder... Sólo unos besitos para que entres en calor...”

“Así no, con la mano está bien...”

“Ah, ¿te gusta la chaqueta? Pero ésa te la haces tú solo, ¿no?”

“A veces, no más...”

“Aquí es distinto, lo que pasa es que nunca te has echado un buen polvito... sos nuevo en el negocio de la cogedera, ¿cierto?”

“Bueno... nunca había venido aquí...”

“¿Tampoco te tiraste a ninguna chava, verdad? Lástima, porque tienes una verga que promete mucho...”

“¿Cómo sabes, si no se me paró del todo?”

“Dejame una chupadita y te darás cuenta... Así...”

“¡No, sal de ahí, piruja! No... Ahjjj...” reconoció un picor lejano en la piel que enrojecía.

“Ahora trépatelo, nene, dale con cuidado, despacito, no te apures que igual pasa rápido... Así está bueno, dale de punta... aunque demores... siempre dura poco...”

Escipión entró en la oscura y resbalosa oscuridad del mundo, se borraban unas nalgas huesudas y una falda negra, vio, vino, venció, y luego alzó la testa tenuemente sudorosa, lágrimas, salivas y mocos ligeros habían quedado en la almohada, a la izquierda de la oreja zurda de Adela, para él siempre sería de ese modo, con quien fuera, con toda mujer sometida o suripanta pasajera o hembra simple o moza circunstancial o pareja semi permanente: la cara cerca de la almohada o del petate o del colchón desnudo o del pasto o de la arena; la cara soltando fluidos y burbujas, perdiéndose como en una sombra anunciadora de soledades sin término. Tal vez por eso -pensamos los redactores de esta verdadera historia, porque todo se escribe siempre con más manos que sólo dos manos-, por el sencillo miedo de tener que respirar, en los tiempos por venir, día con día sin alguien cerca o muy junto, es que el hijo de Tricornio buscaba y buscaría todo tipo de encuentro más o menos de acuerdo con la subespecie de la que era miembro, aunque con los meramente humanos podría llegar a transacciones materiales o consuetudinarias o afectivas sin comprometer las indescifrables médulas de su origen. Pero el tópico de la soledad ya es materia gastada de escritura; en Escipión era más que soledad, era como no haber nacido del todo, era un incompleto de sí mismo. De su madre, ni la empalidecida resonancia de una molécula de olor a calostro o a leches primeras, afincada en un punto mínimo del cerebro; nada, ni la mención de un nombre, ni una fotografía carcomida por las polillas, casi nunca un comentario, ni de Tricornio ni de doña Lupona, la abuela momizándose ahora entre tronchadas tablas de pino y napas de baba y gusanería.

Escipión se voló del burdel, ropas no totalmente ajustadas y cara y entrepierna algo húmedas. La emoción que el abrazo produjera se fue diluyendo según caminaba hacia las orillas del barrio. Y el instante que duró el placer liberador, junto con una súbita debilidad desconocida, se borró otra vez de su cuerpo. El olvido le ayudaría a asentar el duro sentimiento de estar solo, ¿qué otra manera, para un ánima despojada del calor del clan y del cántico de la tribu, de enfrentar con su propia energía el horror de todas las sombras? Que sepamos, nuestra primera sombra nos aguarda siempre debajo de la piel de la última.

Pero el hijo de Tricornio no llevaba anotadas estas tristes reflexiones en su conciencia. A los catorce años pasados de su edad legal, sólo caminaba, luego del suceso prostibulario, bajo el presentimiento de que un difuso horizonte, colmado de nieblas y resplandores, vendría hacia él como una hoja llena de nombres no descifrables pero sangrientos y verdaderos. Y entonces miró, con los ojos más carnales que pudo alzar: en la atmósfera extendida sobre el barrio de Los Zopilotes, nubes casi rastreras de gases y humaredas de estufas y vahosos pudrideros subían para encontrarse con los atisbos de las lluvias iniciales del año, y todo fue

un solo nubarrón, una masa cambiante de sólidas espumas, hasta que un chingadazo de fuego cortó la visión del muchacho.

Algo se escurrió como sórdido dolor por aquel cerebro que despertaba, ajeno a su propia realidad, a un llamamiento que ya estaba instalado en él desde cualquier origen que podamos imaginar. Finalmente, poco se sabe de cada quien, y a medida que averiguamos o inventamos, menos lograremos saber, como podrá ser confirmado en los memoriosos avatares que esta crónica describe. Porque el saber cambia al sabedor y a lo sabido. Y para aprender hay que ignorar, ni modo.

Capítulo 4.

El sargento primero de la policía urbana, Tricornio Carrasco, regresaba a su nocturna casa despoblada, luego del servicio en ese sábado pleno de incidentes callejeros y cantinescos. Al entrar allí encontraría la cocina en estado de desastre, la llave del agua goteando sonora y cadenciosamente sobre ollas oscurecidas de moho, sobre unos platos desairados, sobre unos cubiertos de apagado metal, sobre un par de vasos de vidrio escarnecido. En la mesa se fosilizaban mordidos restos de tortilla, briznas de chorizo rojo, engrasadas servilletas de papel periódico; entre ese pequeño basural se veían, fatigosamente grabados a punta y filo de cuchillo, unos trazos o marcas derivadas de la lengua española. Tricornio descifró muy a su lento estilo de lectura cuatro presuntos nombres o moteos o cognomentos o apodosos o sobrenombres: LA cHatITa... mamA... trIcorNio... eL mAchO.

“¡Chale! ¿Esto es lo que aprendió el Escipión en la pinche escuela?”

Y siempre sorprendido, agregó: “¿Por qué nunca de antes yo vi estas escrituras?”

Se pensó que fue porque en tantos tiempales había parado pocos ratos en la casa, en los tiempos de doña Lupona casi ni precisaba, ella se ocupaba del mandado, de preparar las comidas, del lavado de ropa, de llevar el desayuno a su hijo de él a la cama, de acompañarlo a la escuela, de traerlo de la escuela, de ayudarlo con la tareas de la escuela... ¿Esto último también, pos que no era medio analfabeta? De milagros a veces se vive, al menos la abuela no le aflojaba hasta que el chavo aseguraba haber terminado con sus números y sus palotes, “que bien padre le salían” según La Chatita.

Después pasó a la recámara del Escipión; solito ahora, la cama era toda suya de él, de su hijo, no tenía que compartirla con la abuela, negociando cada noche o cada siesta para ver quién de ambos dos se quedaba con una región más amplia de sábanas,

colchones y mantos. La lucha más sutil era por las almohadas, casi siempre desnudadas de fundas o forros protectores. Pero digamos que en general se producían acuerdos entre ambos durmientes, de esos que justifican una oposición aparental, como una metodología capaz de estimular acercamientos afectivos más profundos que la mera babosería de los diminutivos y las mini atenciones familiares de puritito formalismo. Por esa causa Escipión soñaría desde bebé ya formado, así lo imaginamos, con una abuela joven, de cabellos extensos y lustrosamente negros, y unos brazos de fuerte corpadura y unos pechos anchos como

cojines protectores.

Luego Tricornio se desplazaría hacia su cuarto, menos grande que el otro, allí contemplaría su verdadera presencia en el barrio, en la ciudad, en el país, en el continente, en el planeta, en el sistema solar, en la Vía Láctea, en el mundo inmedible y siempre de otros, en poder de otras fuerzas extrañas, de otras figuraciones intocables... en fin, ¿no es mucha trascendencia para un ánima tan simple?

Eso era él, cogitaría, “alguien que no estaba en su casa, porque el que no está en su casa, no está en ningún lado, es un rejodido para todo”.

¿Y qué pudo contemplar? Una colchoneta sostenida por la frialdad del piso, un suelo al rape, sin petate ni alfombra; un buró descuadrado, encima una lámpara de pie corto, el foco pelado y exornado por previsibles moscas; una pletórica bacinica en aquel rincón, lanzando libremente olores a chimpancé enjaulado; una silla con su carga de pantalones sin nalgas y camisas en trámite de tristeza; un baúl semi abierto, con calzones descolgándose en inmóvil huida y una insinuada panorámica de un poco de papeles y fotografías. Y en este rincón, más cerca de la puerta por lo irregular del trazado de la recámara, los ganchos o perchas para acomodar los uniformes: el de fajina diaria y el de operaciones especiales.

“¡Es el único sitio limpio de esta pinche cueva adonde vivimos! ¡Carajos!” diríase el poli entristecido de agobios y soledades.

“¡Si los puercos hicieran nido, sería como esto!” y en diciendo esa frase se clavaría de punta cabeza en la colchoneta, sin quitarse pantalón ni sudadera, pues ese sábado anduvo disfrazado de ciudadano común, con la obsesión de un buen dormir; con la panza que contenía varios tacos de ojo y de bistés con salsa verde en proceso de fermentación, más un par de cervezas amarillas; con las imágenes de sus prontas pesadilleces cocinándose velozmente debajo de los párpados que no querrían cerrarse del todo.

“¿Cuándo vendrá el cabrón de mi hijo? Siempre de joda por ahí...” alcanzaría tal vez a decirse antes de la súbita sombra.

Capítulo 5.

Escipión no se allegó a la casa esa noche sabatina. Después de una siesta no muy larga, para ayudar a la digestión de un denso arroz con frijoles y chorizo, con la compañía de algunas tortillas y el apoyo previo de un ron alimonado y encocacolado, se levantó para echarse una refrescada con agua al tiempo y unos restos de jabón. A golpes de palangana se higienizó discretamente, y ya vestido con ropas de su papá, sin mirarse a espejo ninguno, salió hacia las calles rumorosas de un sábado movido, allí estaría en lo suyo más propio, en medio del remolino, mezclándose con el Diablo y los muchachotes y chamaconas y señoras y señores de dudoso señorío. Aclaran los narradores de esta serie de anuarios, que lo del remolino diabólico se debe a la imaginación de un académico escritor de la República Brasiliana, cuyas facilidades inventivas se infiltran en su relato (de ellos).

El muchacho, pues, se soltó a las calles del barrio, tan conocidas, transitadas, caminadas, pisoteadas, orinadas, escupidas, trajinadas, etcétera, que hubiera podido marchar a ojo clausurado sin chocar con los objetos fijos en ellas implantados.

O sea, árboles achaparrados, coches en abandono, quioscos de periódicos y afines, oblicuos postes de alumbrado público, mancilladas casetas telefónicas, hasta el maniquí con forma de indio piel roja que sostenía el menú del único restorán que por allí crecía, puestos de tamales y comederos de masticación rápida, otro etcétera.

Pero esa tarde, en su tempranía, semejaba insinuar novedades en el normal curso bullanguero de idas y venidas, de aconteceres callados o explícitos, de intermediaciones sospechosas y negocios sexuales, de compra y venta de amplias diversidades de géneros, pues surgieron rostros no habituales encima de cuellos libres de corbatas, sólo camisas negras y sacos negros y mangas negras para piernas de sólido andar y negros zapatones y, volviendo al altor del principio, pelambres segadas al ras del pellejo craneano, eran como cuatro aquellos rostros.

Escipión se los topó sin abrirse de su senda en el centro del arroyo -término sí peyorativo- porque en esa región urbana no se distinguían privilegios peatonales o automovilísticos o bicicleteros o camioneros o de simples perrerías o ratanerías o gaterías. Todo mezclado, como dijo el muy citado y sonoro mulato Guillén. Se enfrentaron los cuatro rostros, tan similares a lo muy visto, ¡oh sus clásicos lentes negros!, con la cara de

chavo/hombre del hijo de Tricornio. Muy cerca quedaron entre sí, como las facciones de un dios muy antiguo cuyos atributos fueran ver con sus diez ojos (diez, cifra de perfección) todas las posibilidades del mundo y con sus diez bocas nombrar seres y cosas con hambre de posesión ilimitada. Aunque para el caso el diez era un ocho en ojos y labios, dadas las inescrutables y humanas limitaciones, pero el diez triunfa con el ingreso del muchacho. ¿Quedó claro, no?

El coro barrial fluía, a irregulares ritmos, griterías y desafinados ruidos y rumores, percibíase el discretísimo y no próximo latido del campanario de San Xavier de Loyola, en tanto los cinco personajes de aquella escena silenciosa se sostenían en posturas imperturbables, como en un asunto de meros principios.

Al fin, una cara habló:

“Sabemos bien quién eres tú, el hijo del sargento Tricornio...”

Otra:

“Queremos platicar contigo, unas palabritas...”

Más otra: “Es asunto de interés...”

La cuarta:

“... patriótico, chavito...”

“¿Por qué chingaos no se explican más clarito?” el muchacho ripostó, rimando, en tanto la firmeza natural se aposentaba en sus huesos.

Una cara:

“Te daremos explicación, pos sí...”

Otra:

“Pero no en medio de la pinche calle...”

Otra más:

“Mejor vamos por la colonia El Entrevero, más tranqui...”

Última:

“Sí, o vienes o vienes...”

La cara de muchacho:

“¿Por qué así, a puro huevo?”

Las cuatro caras, acercándose:

“Porque sí, cabrón, no te hagas el macho con nosotros. Macho, o Machito, así te dicen por aquí, ¿no?”

“Sólo los cuates me llaman de ese modo...” la cara del mozo, apretándose y buscando entre pieles y sudores sus máscaras más hondas y sólidas.

Todas:

“Ya estuvo bueno esto, carnales, ¡vámonos!”

Al rato los cinco personajes estaban en el bar Mincho, sobre la calle del Ayuntamiento, en el mero corazón de El Entrevero, al fondo a la derecha, cerca de los meaderos, “rest room” quedaría más civilizado, pero señorones y señoritos de la vida “new age” o tristes teporochos mean igual, sacudida más o sacudida menos. En fin, copas, vasos, botellas, ceniceros, platos de las botanas, lo de siempre, ¿para qué describir otra mesa vulgar, si lo que importa es lo platicado encima de ella? Y lo pensado y recordado también.

Por eso, Escipión, sometido a un golpe de fuego como el inmediato a la vivencia burdelesca, incurrió en el efecto de analepsis, término muy usado en los congresos literarios (lo mismo que metonimia, metáfora, prolepsis, “and so son”), y de modo instantáneo, mientras uno de los cuatro renegridos caballeros le ponía en su vaso vaciado otra exagerada cuantía de ron bacardí, sólo con unas piedritas de hielo, su máquina de recordar desató un flujo torrentoso de imágenes y representaciones atoradas desde las primeras y nebulosas aprehensiones de la realidad. En consecuencia, dejaremos por un momento a los cuatro caballeros con sus ocho labios paralíticos, con los vasos y copas a medio alzar o a medio depositar en la fatigada mesa, con los chorros de las botellas endurecidos y colgantes en un clima de humos inmóviles, con sus ganas de orinar para más luego, con sus toses o estornudos detenidos en el curso de gargantas y narices cristalizadas, con un sonido de teléfono celular naciente, con pensamientos y sensaciones encerrados en torpes neuronas congeladas; es decir, una especie de recurso dramático, tal vez inventado por Homero y aceptado en los libros de caballería y en el Quijote, el teatro y el cine, que Escipión deberá aprovechar en beneficio de su propio futuro y, más que nada, a favor de los sucesos de nuestra costosa historia.

Pero pasemos a las memorizaciones del hijo de Tricornio, dándole oportunidad de que las exprese en primera persona del singular, o en la que quiera, para conceder facilidad a su elaboración verbal, que funciona más por la vía natural que por la tradicional de cualesquiera lengua. Salieron tres rimas en “al” pero nadie es perfecto en el habla de su tierra.

“Yo fui un bebé que se aferraba a los barrotes pintados de verde de su jaula, clavados a una base hecha de un huacal, un cajoncito que servía de cama, y que pronto no serviría más que para la cuna del perrito que mi papá traería de regalo, al llegar aquel bebé a su primer año de sobrevivir a lo que saliera. A los barrotes me agarraba, de pie, ensayando los pasos que después daría por la casa, vigilado por doña Chatita. La abuela estaba asombrada de que su nieto nunca se caía, y porque además no quiso gatear, no quiso andar en cuatro patas como un bicho cualquiera, no quiso ver a los demás desde tan abajo, por eso quizá creció tan de rápido, como si alguien lo levantara a fuerza prendiéndosele de las orejas. Y el bebé sin madre, casi sin padre, con una abuela casi completa, fue así que creció y creció, sostenido por

dos o tres comidas cada día, a más de escarabajos, cucarachas, hormigas y caracoles que eran atrapados y devorados a toda velocidad y sin náuseas, tal vez por la exigencia de una mayor cifra de proteínas, o por un reflejo muy arcaico que todo ciudadano lleva en su escondido interior...”

(Interrumpimos un instante en razón de dejar bien esclarecido frente al presunto lector de estas fábulas que, obviamente, la modalidad del habla de Escipión ha sido vertida a términos literarios más sencillos; recurso que se utiliza, y que nuestro personaje sepa disimularlo -si es que se da cuenta-, con afán de ensanchar el ámbito lingüístico y aligerar el dramatismo de ciertas coyunturas. “En passant”, el posible lector a la vez podrá retraducir a su preferencia lingüística estos avatares ficticios, pero sin soslayar aquello de que también la ficción duele.)

“Aquel bebé fue dejando de serlo. Y aquí nos salteamos un tiempal. Luego vuelvo a esa época... Recuerda nítidamente su primer día de escuela. La abuela lo ubicó, tomado de su mano, a la puerta del edificio, que estaba a pocas calles de la casa, en la calle Golondrinas. Preguntó por la maestra de primer grado, ‘Soy su abuela de él, doña Lupon’, ‘Ah, muy bien, ¿qué edad tiene, parece grandecito para primero’, ‘Pues, seis tiene Escipión...’, ‘¿Seis no más? ¿No serán ocho, doña...’, ‘Doña Chatita’, ‘Sí, doña Chatita... pero antes no dijo que era...’, ‘Sí, también ésa soy, asegún...’, ‘Ah... ¿Me trajo los papeles, la partida de nacimiento... ¿Por qué no vino su mamá de él?’, ‘No vino porque... se murió al nacer el chavito’, ‘Entonces, ¿tiene usted la partida de defunción?’, ‘¿Para qué? El que estira la pata, ahí queda. Y los demás siguen meneándose’, ‘Necesito ese documento, doña Chata’, ‘Doña Lupon, señorita maestra...’, ‘Veo que no nos entendemos bien. Tendrá que platicar con la señorita directora. Mire, ¿ve, a la izquierda del patio, la última puerta?, ahí es. Por favor, vaya con el chavito, ¿cómo se llama, dijo?’, ‘Chin... se llama como le dije. Vamos, que esto le afloja los calzones a cualquiera...’. Recuerdo que fueron con la directora, una hembra alta, de tacones altos, de frente alta, de nalgas altas, de peinado alto, de tetas altas. Sentada era de la medida de la abuela, y Escipión, parado junto a doña Lupon, se sentía a cada instante más y más abajo de toda aquella apretada masa cárnica, como si lo fueran enterrando en la alfombra de la oficina. Por lo tanto, levantó la testa, experimentó un desgarramiento en el pescuezo, un dolor especial que nunca se borraría del todo y, aunque usted no lo crea, creció de golpe un par de centímetros; ahora parecía de nueve años. La directora lo miró como quien contempla a un bicho temible escapado de su jaulón. No repito aquí la plática habida entre las dos mujeres; fue un choque como entre esas amazonas que vi hace unos meses en el cine o en la tele, despeinadas quedaron, sudando como yeguas en brama, y eso que no se tocaron la abuela y aquella mina

tan alta. Lo cierto es que no fui anotado en la escuela, porque no tenía madre. No se pudo probar que ella había nacido, tampoco que ella había muerto. Lo único que logré gritarle a la directora, que casi le hago caer el resto del moño de su peinado, fue esto: ‘¿Y yo cómo nací, vieja puta? ¿O mi papá es como ese tipo que se cambió de mujer a hombre y anda embarazado por ahí? ¿No me contaste eso, abuela?’, sí, fue lo único, y se armó tal despelote, tal relajo, tal alboroto, que los tipos de la seguridad nos sacaron en el aire, sólo con derecho al puro pataleo. Ya puerta afuera, en medio de un montón de chavas y chavos, madres, tías, hermanas y sirvientas, que nos miraban y elaboraban comentarios entre burlas y veras, doña Lupona, luego de arreglar mis jodidas ropas, exclamó: ‘¡Vamos, mi nieto, pero antes tengo que amarrarme los calzones!’ Regresamos a la casa, furiosos y recontagiándonos la bronca, con hambre porque habíamos salido de estómago pelado, sin probar ni un pinche café ni una tortilla seca. ‘Hay que pensar en qué mugrosa escuela te coloco ahorita, Machito...’, ‘¿Por qué, abu?’, ‘Porque tienes que aprender la lectura, ese escribidero te servirá para algún después, para cuando tengas que chambear...’, ‘¿Y hay más escuelas por ahí?’, ‘Sí, pero están hasta allá, en otras colonias, muy en lo lejos’, ‘Entonces, no voy, ¿pa qué?’, ‘No, vas a ir y chau, doña Lupona te lo dice, ¡coño!’, ‘Tonce, ¿a cuál?’, ‘Tu papá me comentó de una escuela de los curas, la San Benito el Necio, ahí los pobres no pagan... Él conoce la parroquia de San Xavier de Loyola, pero ahí no tienen colegio...’, ‘¿Cuándo vamos, abuela?’, ‘Creo que de tarde, así descansamos un poquito’, ‘¿Queda muy retirado?’, ‘¡Cuánta pregunta! No muy alejado del barrio, son como unas diez calles, pasando nuestro mercado central...’, ‘Conozco por ahí, abuela...’, ‘¿Cómo que conoces, cabrón? Decime, ¿cómo?’, ‘Gué... cuando tú te vas a alguna chamba, yo salgo a caminar un poco, antes llevaba al perrito, fue en una salida que lo pescó un carro y lo hizo puré de perro. Cuando volví al otro día, los chamacos del mercado me contaron que esa noche se lo habían masticado las ratas, por allá nadie se escapa, todos se comen a todos, así mero me comentaron...’, ‘¡Mira que eres canijo! ¡Y yo sin saber nada! No se lo cuentes a tu papá... ¡eh!’, ‘No, abuela, ¡para qué! Él casi nunca para en la casa...’, ‘Bien sabes que se la pasa en el servicio, me dijeron en la delegación que es un buen poli’, ‘¿Y a qué chingaos fuiste a la delegación?’, ‘Fui no más de puro pendeja, a denunciar el robo del perrito... Y en joda me dijeron que por qué Tricornio no investigaba el plagio del can...’, ‘Los puros ojetes, abuela...’, ‘Pero no quiero que salgas más sin que yo sepa, ¿ta claritito? Mirá si te pasa como al perro, ¿qué le explico yo a tu papá? ¿Que te comieron las ratas?’, ‘Yo bien que me acomodo de solito’, ‘¡No me digas eso, mirá mejor lo bien pendejo que saliste, pinche escuinclé! Nadie nace así, tan de abusado... Vamos a desayunar algo, ya me tumbo de la pura hambre...’, y comieron y bebieron restos de objetos y líquidos, tortillas endurecidas, trozos de jitomate mezclados con rodajas de cebolla, unas abstractas porciones de queso oaxaqueño, unos tragos de café de olla muy recalentados pero todavía sabrosos, y se echaron luego luego

en la cama compartida, durmieron y roncaron hasta que las fatigadas campanas de la iglesia de San Anacoluto, no mencionada hasta ahora porque no se precisaba y situada a un par de calles de la casa, se desprendieron de sus “voces de bronce” en metáfora tanguera, expulsándolos hacia los duros y cercanos territorios de su propia realidad, así que reajustaron sus ropajes después de alguna breve ablución y unas veloces orinadas, y con los primores de la tarde marcharon hacia la zona de San Benito el Necio, hasta ahí fuimos con doña Chatita, a inscribirme en esa escuela de curas, me anotaron por puro pobre nomás, no averiguaron gran cosa de nosotros, algo sabían ya por las actuaciones del poli Tricornio, ni papeles pidieron, ‘En esta escuela se hace todo por la buena fe, por la bona fide’, nos dijo el cura receptor, gordito y sonreidor, eso me confundió al principio porque pensé a lo pendejo que la única comida sería a base de fideos marca bona fide, pues allí me tendrían cada jornada, de lunes a sábado, con todo y tres comidas, que luego fueron dos por la crisis, y ese día supe también de mi apellido, cuando doña Chatita dijo ‘Se llama Escipión Pedro Carrasco...’, y antes de que el cura, don Eufrodio, preguntara, añadió ‘La mamá está muerta, se petateó al nacer el chavito... no tenemos sus papeles de ella, ni el papá los tiene... y se olvidó del apellido, como pasaron todos estos años...’, ‘¿Cómo que se olvidó?’, ‘Gué, no más que no se quiere acordar, pienso... señor cura’, ‘Es raro eso, doña...’, ‘Chatita...’, ‘Está bueno, pensemos en el niño, su mamá ya hace tiempo que está en brazos del Señor’, ‘Si usted lo dice, ahí estará’, ‘Doña Chatita, en esta escuela de Dios atendemos tanto al alma como al cuerpo. Si la panza está llena, el alma tiene más chance de acercarse a Dios’, ‘Sí, padre, si usted dice...’, ‘No lo digo yo, es asunto de fe y caridad en Cristo Rey’, ‘Ta bueno, señor cura, es que no entiendo mucho de eso, aunque bien católica que soy’, ‘Tendrás que asistir a misa, cada domingo, ¿a qué iglesia vas?’, ‘A la de San Anacoluto’, mintió muy descarada mi abuela, que la verdad no era muy experta en eso de hacer cruces en el aire pero sí de echarse unos rezos a la perdida, aunque consiguió que me inscribieran, para su alivio de ella en lo personal, pues tendría algunas horas para atender sus chambas, no estaría tan atada a la cocina ni al mandado, y, como supe después por merita casualidad, habría más ocasión de atender a su novio, don Oportuno Pérez, un poli retirado con el grado de cabo o sargento, a quien la gente chismorrienta del barrio adjudicaba la paternidad de mi papá, bueno, o sea, ¿ven?, que ese cabrón era mi abuelo, porque entre uniformes no hay cornadas, ¿o sí?, pero ésa es una historia que no sé si contarme en las hondas entretelas, así que diré ahorita que aquel día fue también mi primer día de clase, con el cura Anacleto, flaco de todo el cuerpo, menos la cabezota pelada como calabaza, con una voz muy finita como de puto profesional, muy suave y de manos finas el ojete, porque resultó un puro abusivo, eso sí, sabía mucho de español, de redacción, de aritmética, de canto, de historia sagrada, de geografía, un multisabio hijueputa, ese día no me dio mucha pelota, más bien no me peló, pues resulta que los cursos ya tenían

como una semana de iniciados y el cura se conocía al chaverío, medio mezcladón, que a su curso asistía. Aquí ponemos punto y seguido o tres, un ligero breik, una respirada... recordar también cansa... Había como treinta o cuarenta alumnos, bien sentaditos en las bancas, de a dos, y sobraba algún asiento, así que el cura Anacleto me ubicó de solito en uno, al fondo de aquel triste salón, pegado a una ventana, detrás de los vidrios nublados se veía un cielo nuevo para mí, que nunca miro para arriba, y en ese asiento de madera maciza y aplasta nalgas estuve día con día, de lunes a sábado, durante seis añitos, ¡puta madre!, tratando de aprender las lecciones de Anacleto, Eufrodio y de otros maestros de sotana, pues él no siempre iba, parece que cada tanto lo mandaban a otras chambas por la colonia, me informaron después, cuando yo estaba terminando el sexto grado, que se dedicaba a hacer política, o sea, a conseguir votos para el Partido Cristero, y que sus sermones dominicales, cuando le tocaban, eran unos tremendos panfletos contra los comunistas, los intelectuales ateos y los que peleaban para que no se vendiera el petróleo a los gringos y a los gachupines, pero esto que ahorita recuerdo no lo entendí en ese tiempo, y tampoco del todo hoy, que apenas me sostengo entre cuatro cabrones que no acaban de joderme con sus insistencias... que tampoco entiendo, ¡coño!, pero el asunto es que el cura Anacleto fue agarrando mucha confianza con los muchachitos, a veces, cuando alguno se echaba unos pedos demasiado fuertes o externaba un cotorreo muy sonoro con su socio de banca, le llamaba la atención primero, y después lo hacía salir de clase y marchar al confesorio, allí el chavo esperaba a que el cura fuera a confesarlo, era el único cura que tenía el tal costumbre, no castigaba las pendejadas, las corregía a fuerza de rezaderas, mejor dicho, trataba de corregirlas, mientras el cura Eufrodio, cada año más gordito, mostraba estar en claro desacuerdo con ese modo de educar, por ejemplo, escuché un día: ‘Estos cabroncitos no entienden más que con la fuerza, Anacleto. ¡A palos entran en sus duros cocos los números y las letras! ¡Y los asuntos de Dios también!’, el aludido tan en directo respondió con su cantante vocecita: ‘En la blandura está la firmeza y el amor está en la paciencia...’, ‘¡No me jodáis, hermano! ¡Si lo que aquí se enseña con tanta cristiana caridad, se les borra al salir a la calle!’, ‘De eso no sabemos, por algo Dios nos puso aquí...’, ‘No cuestiono a Dios, ¡joder! ¡Te cuestiono a ti, hermano!’, y ahí acabó la plática, yo no podía saber que debajo del tropezado diálogo circulaban otros asuntos, al comentar esto con doña Chatita, la abuela me dijo, como a la pasada: ‘Son celos de maricones...’, se calló mirándome en directo, cada ojo en cada ojo, y luego ‘No quise... no, decirte que son eso, los curitas... Se portan bien contigo, estás aprendiendo algo, comes dos o tres veces diarias... Es que... son hombres, ¡chingaos!, y que entre ellos solos se arreglen... ése es un baile con otra música... ¿Ta?’, ‘Abuela... ¿Por qué a veces...?’ no pude seguir, no pude contarle cómo Eufrodio acariciaba los cachetes de los pupilos apenas le daban chance y cómo Anacleto se demoraba en el confesorio para castigar con interminables oraciones al alumno que incurriera en alguna

pendejada, era de lo que yo me daba cuenta sin comprender del todo esas situaciones, ‘¿A veces qué?’ inquirió duramente la abuela, puesta ya en doña Lupona, ‘Olvídalo, abu, porque ya me olvidé...’ y fue que de tal manera me viví cursando año tras año, algunas enseñanzas entraron en mi coco y por ahí andan todavía, mezcladas con cosas de la vida, la mayor parte de lo enseñado o aprendido se borró, salió en busca de la mera y neta chingada, de todo aquello siempre me impresionaron hasta tener pesadillas, los sacrificios de los santos y las santas, eso lo enseñaba en su clase de religión el cura Eufrodio quien, con ojazos muy brillosos, nos narraba los sufrimientos de esos pinches putitos y esas pinches putitas, con su aro flotando encima de la cabeza, que se dejaban pinchar con fierros bien calientes o colgar de cruces cabeza para abajo o llenar de flechas y lanzas o enterrar un palo afilado en el culo o cortar las tetas o abrir la panza con puros cuchillos o cocinar al aceite en unas ollas gigantescas o coger por un montón de soldados o mear por el verdugo antes del hachazo... eso fue lo que más me gustó, lo que mejor aprendí del colegio de San Benito el Necio, el cura nos regalaba estampitas ‘para alejar el pecado’, con todo aquel santerío a colores sufriendo a lo bestia, por lo que ya en tercer grado empecé a juntar recortes de diarios, revistas viejas, almanaques y hasta libros de los que la gente se aliviaba en el tiradero de basura del mercado, cerca de la casa, hice como una colección, hasta hoy mismo, y pienso seguir haciéndola siempre, me brota del alma, ni modo... a más, con tanta película gringa en las que se echan hasta al director, puritita bala y purititas explosiones, y con los informativos de la tele y las fotos de los diarios llenas de cuerpos de toda edad, sin sus cabezotas o con ojos vendados y manos atadas antes del balazo en el pescuezo de atrás, algunos medio en pelota, a semi calzón, las faldas y los pantalones y los baberos y los zapatos y los lentes y las carteras y las mamilas y los celulares revueltos en la mera calle, y los surtidores de sangre lamidos por los perros, y más sangre en las paredes a cargo de las moscas, los cuerpos envueltos en cobijas cagadas y metidos en las cajuelas de los coches, o sembrados por allí y allá no más, sin prolijidad, entre milpas y basurales, algunos bien peladitos, sin güevos ni verga, ni uñas ni lengua, o sin tetas, como la santa Olaya, creo que fue a ella que la castraron de ese modo, ni modo... a más, frente a tanta cuantía de imágenes y figuras, mi colección de recortes no era nada, la pura caca, pero seguí hasta ahorita con ella, sacándole ganas a la impaciencia, poniendo la papelería en algún orden, por el mero tamaño, lo más chico encima, ya van cuatro carpetas, debajo de mi cama están colocadas, nadie supo de esa actividad secreta, sólo para mí, y siempre hojeando aquello, aprendiendo mis lecciones, disfrutando... hay una foto no muy grande, que la tengo arriba del resto aunque por tamaño tendría que ir más hacia el fondo, ¡qué foto bien chida!, se trata de un tipo gordo tirado en un petate, vestido sólo con la camiseta amarilla del American Boys que lleva el número diez, ¡qué bueno!, ¡yo le voy al Corralejo Fútbol Club!, panza para abajo y nalgas para arriba, levantadas por el apoyo en las

rodillas como macetas blancas, los brazos como esos panes largos y medio inflados, hay pedazos de sangre colgando de las nalgas, y por el lomo, casi tapando el número diez, unos restos colorados también, a los costados un par de montones de presunta mierda, una mezcla de lodo y agua color café con el mismo tono de rojo, y en el merito centro del culo del gordo, que está o no está muerto, se alza un tubo de fierro bastante grueso, no se sabe cuánto hay adentro del gordo, se ve lo de afuera, que tiene unos cuantos centímetros, en la punta del tubo pusieron un letrero en papel claro y letras oscuras, moradas parecen, se puede leer: '¡Por traidor y por panzón/ te fuiste con el gobierno/ te metemos sin condón/ este tubito tan tierno!' Es mi foto preferida, me recuerda al cura Eufrodio por lo panzón, manoteador de chavos, a mí nunca me tocó demasiado, sólo en el último curso, luego de una clase me hizo quedar con él en el salón, 'Mira, ¡qué bella estampa de san Sebastián, su cuerpecito tapado de flechas!', y me puso la figura ante los ojos y el aliento en el cogote, '¡Cómo te has puesto de grandecito, Escipión!', 'Ya tengo doce, dice mi abuela...', 'Lástima que es el último año tuyo aquí... pero, ¿vendrás a misa, verdad? Queremos abrir un deportivo...', 'Eso pienso, padre... la misa...', y el aire de su boca empezó a bajar por mi camisa hasta el cinturón, la bragueta... no dije nada porque sabía de sus costumbres, era al revés que el cura del confesorio, el flaquito Anacleto de voz casi invisible, además, me dio algún miedo por su tamañote de físico macizo, hacía pesas, gordinflón y todo, y hasta boxeaba un poco el cabrón, fue de ese modo que me desabotonó la portañuela, un fino temblor en sus manotas y comenzó la chupazón, hasta el final... me soltó saboreando lo tragado, ordenó todo y me dijo parándose: '¡El señor Jesús te bendiga, hijo! ¡Nada hay más cerca de Dios que el amor!', yo estaba temblando porque temblaba, ¡qué podía hacer!, así no más fue, hacerse la paja es otro asunto, y todavía agregó: 'Llévate tus estampas, te ayudarán a salvar tu almita joven!', y se salió el cabrón, así, como si nada... nunca más me hizo una mamada, me escabullía luego de cada clase, mientras él dedicaba sus esfuerzos a otros chamacos, pero hasta el día de fin de cursos no dejó de mirarme brillantemente... mi abuela nunca supo, nadie supo, como decía el Monje Loco, '¡Sólo yo lo sé!', pero eso me dejó algo jodido adentro que siempre he tratado de sacármelo, como unas ganas de echar un jodido vómito, de una vez... el cura Anacleto tenía otras maneras, de los demás burócratas con sotana casi no recuerdo nada, es raro pero es, y no hace tanto tiempo... ah, Anacleto me llevó algunas ocasiones al confesorio, era delicado en el trato cuando él quería, casi a todo momento quería, te platicaba bien padre o bien madre, supe que algunos chavos hasta lloraban porque aquella vocecita amariconada les retorció los corazones, y te acariciaba las manos, y mientras rezaba contigo al cabo de la confesión mezclaba raras frases el abusivo, te decía que "el amor creado por Dios es más grande que Dios" y que "el amor creado por dos hombres es más grande que todos los hombres juntos", y como distraídas sus manitas muy de dedos afinados le subían su sotana de él para que pudiera

sostenerla con los dientes, se volteaba y ¡no tenía calzones el hijueputa!, y se ponía medio en cuatro patas para que uno, el que fuera, se lo clavara aunque fuera la puntita no más, Escipión fue uno de ellos pero solamente una vuelta, porque Anacleto, con cierta temblorina, al ratito le dijo, volteándose pero al revés de enantes: “Ya me diste tu amor en Cristo Rey, ahorita me toca a mí...”, y el hijo de Tricornio tuvo que aceptar, calzones y verga en baja, porque a veces no hay de otra, y eso también me dejó muy jodido, algo feo que nunca jamás pude expulsar por algún agujero, porque me había gustado aquel juego del doblete, pero también me hizo sentir como que lo que podía yo hacer no iba a depender de mí, y eso sí que me encabronó cantidad, y ahorita esa bronca es tamaña de grande, con estos tíos aquí, dándome trago y apurándome no sé para qué, así que regreso con ellos, como dijo Escipión, recordar también cansa.... Gué, todo cansa...”.

Capítulo 6.

El sargento Tricornio estaba cansadazo. El mucho servicio no cedía, no aflojaba, las fuerzas sí, aunque no eran demasiados sus años de edad en aquellos barrios sin destino aparente. Si bien había resuelto dar orden y limpieza a su recámara, y había adquirido un ropero, una cama de una plaza y una mesa casi nueva para la cocina, sólo por no ver las inscripciones hechas por Escipión, su fatiga de ánimo y esqueleto iba hacia más. Sentía un cosquilleo doloroso entre sus costillas del lado izquierdo y el eje del esternón, hasta súbitos golpeteos corazonales, y hasta un susurro caliente como el del viento de marzo, polvoso y áspero, que le trepaba por la garganta. Sin embargo, al despertar una noche saturada de tiniebla, se descubrió en estado de dolida erección.

“¡Putísima madre, mira que tan solo estaba!”, habrá pensado con obvia obviedad.

Más animado, dueño de su propio calor, se alzó de la cama, no como un resorte para no recurrir a un lugar común, sino como un sargento de la policía citadina jodidamente cansado. Se vistió de relativa volada como ciudadano libre por un rato, mientras en su entretela se configuraba la imagen de la presencia de aquella mujer tirando a joven que ejercía el meretricio en la mera puerta de su casa de ella, con anuencia del comodín marido según las dueñas del chisme barrial, a la vuelta de la parroquia de San Xavier de Loyola. En verdad, quienes somos responsables de estas historias, habíamos olvidado tal relevante referencia o puede ser que la hayamos inventado ahorita mismo, para que el personaje llamado Tricornio Carrasco, sargento primero de la policía citadina, soltero, papá de Escipión, tuviera más posibilidad de resultar ficticio.

Y hacia allá se impulsó súbitamente el despertado Tricornio, rápida fue su caminata. La mujer estaba parada a la puerta de su mancebía, mirando abrirse la noche de mayo, como escuchamos alguna vez en la voz de Miguel de Molina.

“Esperaba por usted, ya casi me retiraba... ¡Qué solo está este barrio, qué aburrición!” eso entretejió un a voz de hálito denso, aromado de coca cola con brandy.

“Gracias, señora... Otras veces la vi, al hacer mi servicio de vigilancia...” esbozó el poli.

“Yo también lo he visto, y no una vez... siempre muy serio, muy propio y aplicado en su chamba... Señor...” la densidad se volvió más próxima.

“Tricornio Carrasco, a sus órdenes de usted, señora...” la frase salió correcta, sin duda,

algo débil el tono. Por supuesto, ella conocía su nombre pero distancia es estrategia más que táctica.

“Magdalena del Reino, igual...” más densidad, más cercanía.

Y enseguida:

“¿Sabe por qué lo esperaba?” más densidad y comienzo de la intensidad.

“Porque paso por aquí de guardia...” vulnerable respuesta.

“Por favor, disculpe pero no se haga, señor Tricornio. ¿No se dio cuenta de que yo en este sitio, a la puerta de su casa, y usted recorriendo este triste barrio, estamos solos? ¿O usted cree en la casualidad?” hálito casi sobre hálito.

“¿Solos, usted y yo?” pregunta ociosa y pendeja pero que daba tiempo para una adecuación honorable, ¿lo habrá pensado así Tricornio?

Y las manos de Magdalena del Reino moldearon el rostro del hombre, gustaron de las mejillas no rasuradas, tocaron tenue y dúctilmente las orejas, rediseñaron la inusual aridez de los labios, ascendieron hasta los breves cabellos cortados a lo milico, atraieron la totalidad de la cabeza para el beso inicial.

Horas o eones o segundos después, porque siempre es después en todos los eventos del universo, Tricornio se exilió bien costosamente de la cama, la recámara, la casa, la calle de Magdalena del Reino. Al caminar, aspiraba su olor de mero ciudadano natural mezclándose con los aromas de espesa y picosa acidez que la mujer había depositado en la totalidad de su cuerpo, pues hasta se habían bañado juntos, de consuno, bajo los mismos sudores, los mismos fluidos, bajo el mismo chorro de agua caliente, sin usar jabón ni champú ni cremas ni perfumes. No hubo comercio vulgar, no hubo dinero, no hubo regalos, dos cuerpos con sus personas completas en la interminable búsqueda de la soledad del otro, de ese otro y no de otro otro, para así reconocerse en una soledad mayor, abarcadora y sin término.

Suponemos que ni Magdalena del Reino ni Tricornio Carrasco tendrían acceso a ese conocimiento, sólo la sensación de una indefinible posibilidad que los igualó en una especie de nostalgia, de saudade por lo que vendrá, con o sin ellos. Al acostarse en su cama nueva, Tricornio Carrasco, de vuelta acosado por aquella creciente fatiga, creyó que empezaba a dormir pero las imágenes de Magdalena del Reino impulsaron casi toda su sangre hacia una erección última, y el rajado corazón se vació con lenta rapidez, quizá para que el padre de Escipión tuviera el tiempo justo de recordar, ya sin olvido, los rostros y los nombres de todas las madres del mundo.

Capítulo 7.

“¿Qué jodida... cosa quieren, cabrones? ¿Por qué me... trajeron aquí?” el Macho preguntó de nuevo, entremezclando palabras, sin poder quitarse la venda que le oprimía la cara entera.

Las manos, aseguradas con esposas de náilon muy modernas, se inflaban por tanta presión. Los nervios ardiendo de alcohol, el estómago esbozando contracciones de vómito. Las nalgas le pesaban sobre la silla metálica que era su sostén esencial.

“¿No entendiste bien lo dicho, macho maricón?” alguna de las bocas dijo.

Otra:

“El asunto está bien claro, ¿o no?”

Otra más:

“Las condiciones son buenas...”

La postrera:

“Es de tiempo completo... y horas extras también...”

El Macho volvió a su silencio por un momento. Dijo, con verba oprimida y nauseosa:

“Ta bien, ta bueno... Sáquenme esta mierda de la cara...”

Y la cifra diez tornó a formarse, números de prestigio para un acuerdo laboral, para faenas especiales y para personas especiales. Es decir, la venda fue quitada como en un acto de muy molesto desgarramiento. Y, como toda pasa en esta vida, según cantara Gardel, el Macho fue servido con un café potente en taza grande, y luego otro, los dos sin azúcar. Bebió como quien respira. Los cuatro hombres rieron, fumaron, tosieron, platicaron, ya no bebieron más trago ninguno.

“Ven aquí, Macho, soy Juandós, tienes que firmar el contrato, la casa es seria en todo...” le arrimó un papel color crema y escrito a máquina normal.

“Yo soy Juantrés, toma esta pluma.”

“Me llamo Juancuatro, échate un firmón aquí, al calce.”

“Soy Juancinco, ¿terminaste? Te salió bonita, Macho.”

Alguna boca:

“¡Qué nombrecito, chin...!”

“Sí, Escipión, ¿y qué?” se alzó el Macho.

Boca cualquiera:

“¡Qué bueno, que te salte lo bestia! ¡Así mismo te queremos ver siempre!”

Una de las bocas:

“Mira, creo que no le echaste ni una leída al papel, es un contrato...”

“Yo firmé porque no había de otra, bolita de cabrones...”

“Naidés te obligó a nada, Machito” dijo Juandós.

“No, nadies” confirmó Juantrés.

“Nadie de nosotros” reaseguró Juancuatro.

“Por la puta madre, que nadie” cerró Juancinco.

Y el Macho, iluminado de súbito:

“Oigan, ¿y no hay un Juanuno?”

“Es el mero jefazo, no es conocido por ninguna gente. Da órdenes y manda mandatos desde lo oscurito, a saber de qué lugar, así es este negocio. Es mejor saber lo justo o menos...” explicó Juandós.

“Pero ustedes, ¿de qué cuerpo policiaco son? ¿O no son?” la doble pregunta del Macho.

“Entonces no leíste el documento que firmaste... Somos los Camisas Doradas, escúchalo así, con mayúsculas” objetó e informó Juantrés.

“¿Y por qué carajo andan de negro si son dorados, che?” se expandió el Macho.

“¡Tate, tate, Machito! ¡Tate bien tranquilo!” el de pronto endurecido Juantrés.

“Depende del laburo que nos toque, ¡o no viste el contrato, ojetazo!” el caliente Juancinco.

“¡Te explico, mono pendejo! Una sola vez, ¡eh! Si vamos a tu jodido barrio con las camisas doradas, se notarían demasiado, Allá está lleno de esos chavales y chavalas que andan en bola, en barra, en montón, orejas, nariz y labios agujereados, pelo como erizo, vestidos bien de negro, mugrosos de mugre negra, botas, capas, faldas, calzas, escaarpines, con metales colgando hasta de los huevos, parecen motores de carros viejos, ¡ojetes!” fue el discurso exaltado de Juancuatro, en verdad, aquí en voz queda lo decimos, el presunto vocero de los dorados.

“¿Entendiste? No te vuelvas menso de golpe... Así que ahorita te dejamos tu equipo de vestir: pantalones azules y oscuros de mezclilla, camisa dorada, camisa negra, camisillas, calzones, un saco, una chamarra de piel, pantalón de fajina... de afanador, mandil de lo mismo, tela gruesa... zapatos negros, zapatos azules, tenis grises, calcetines varios, tres cintos de cuero, las manoplas, el cuchillo de caza, la navaja de resorte, la pistola y tres cargadores, las esposas de plástico, el frasco con tres pastillas verdes, la piña americana... es de acero, ajustable a los nudillos... Puedes revisar todo, luego firmas de recibido” terminó su enumeración Juancuatro, y que el lector nos disculpe por lo extensa.

Escipión Carrasco -regresamos a sus nombres primordiales para que no intente borrarse de esta historia- hizo el prolijo chequeo, lo dicho por el camisa dorada casó con la realidad, algo raro en esos y estos mundos orbitales, plenos de puras imágenes y de pendejales sin fin, enseguida preguntó:

“¿Y quién me enseña a manejar la pistola?”

“Mañana empezamos los cursos, de ocho a doce y luego de seis a diez, lunes a domingo, ¿tamos?” externó Juantrés.

“Sí, ta bueno. ¿Dónde es? ¿Aquí mero?” pregunta fútil.

Y Juancinco, tarjeta en mano:

“¿Ves la dirección esta? Ahí es, guardala en tu coco, después del primer día de

entrenamiento, olvídate de ella, ¿okay?”

Un cerillo transmitió su flamaje al pedacito de cartón, tal vez porque todo ritual, por más idiotesco que se vea, tiene su influencia en las ánimas y los ánimos de nuestra especie y sus derivados.

“¿Viste? Así hay que olvidarse” dijo Juancinco, y sopló la ceniza blaquécina llovida sobre la mesa, porque alrededor de una mesa siempre habían estado, ¿o no lo habíamos anotado antes?

“¿Por qué a mí me eligieron estos jijos de sus bien cogidas y emputecidas mamacitas?” pensó ciertamente el Macho mientras que, aún con un algo de mareadón, con su bolso azul sobre el hombro diestro, caminaba hacia la parada de autobuses que los Juanes le habían sugerido. No muchas horas después le darían una muy ajustada respuesta.

Capítulo 8.

Escipión arribó a su casa de dormir, con dolores calcinantes en cada gramo de sus músculos, sus tendones, sus nervaduras. En la joven huesera sintió como unos lamentos silenciosos que no eran sufrimiento, sino una forma de protesta o una advertencia que difícilmente sería escuchada en las eras por venir. Porque a veces la paciencia, o aun la aceptación algo inconforme, al ser vencida por la necesidad, se transforma en desasosiego, en irritación, en vehemencia, en desespero devorante, en destrucción ilimitada.

El mozo extrajo del bolsón azul los elementos de su equipo. Se probó toda la ropa, hasta los calcetines, eludiendo el espejo cuadrangular de poco tamaño ajustado a una de las paredes, no importa cuál, de su recámara. No quitó la pistola del estuche de piel, no quiso tocar aquellos metales color humo oscuro; el cuchillo de caza sí, y la navaja de esplendente lengua mortal. Pues recordó cuando era un bebé, exageradamente crecido para sus menguados años; un bebé que un día saltó del cajón-cuna, cayó de pie y se puso a caminar como un experto marchista; un bebé que con su cuchara de lata ejercía tajaduras, ablaciones, amputaciones y disecciones en cucarachas y caracoles y arañas y hormigas para enriquecer su frágil dieta dispuesta cada día por doña Chatita.

Finalmente, a medio desvestir se clavó en la cama antes compartida con su abuela. Soñó como si el licor soñara por él; soñó prontamente con figuras enrarecidas entre el humo y los vapores del Vaciadero Poniente; soñó grandes luces desconocidas que de pronto ya no estaban; soñó cucarachas con cara de mujer, plenas de sangre amarilla en la panza; soñó un cerdo de nalgas infladas de grasa y traspasadas por una gran cruz de oro sucio; soñó caracoles de caparazón arrancada y tripas blancas saturadas de pus; soñó arañas de patas decapitadas y senos gigantescos cayendo en un fondo de hilos umbilicales y fibras negras; soñó con su abuela revolcándose entre lombrices azules; soñó un perrito de amplia sotana negra aplastado contra una banquetta; soñó con una mujer flaquísima sin ojos y sin dientes y sin pelo que gritaba así: “Escipión, Machito, ven conmigo... Deja a tu padre bien solo, ven conmigo...”, hasta que dejó de ver ese sueño, y despertó brutalmente entre los líquidos del alcohol, el café, las babas, los orines, los sudores.

Entonces se paró, a los golpetazos de sus puños contra el aire estuvo un minuto al menos, luego capturó el cuchillo de caza, ¿cómo lo hizo?, y le partió el vientre a aquella

mujer tan sin nada, quizá porque pudo entender o adivinar al precio de lo que sería su último humano dolor, que ella era su madre en aquella pesadilla, y que hay que matar o soñar, no tenemos otra chance. Y la cauda del cuchillo, insertada en el mango que es sólo un cuerpo para enraizar filos y aceros, tasajeaba los aires ensombrecidos del cuarto en busca de los reflejos de la mujer o muchacha sin nombre para todos los jamases del tiempo.

“¿Y si ella fue una chavala, una mina bien moza? ¿O fue nomás una mujer?” aullaba para su ser interno el Machito.

Un fogonazo le cruzó la frente, una quemazón brusca e indolora, el arma se le diluyó entre los dedos, como una ceniza líquida, para reconstruirse instantáneamente en el piso rígido por el friaje de la madrugada.

“¡Eras tú, fuiste vos mi mamacita! ¡Yo te maté después del sueño para que volvieras!” ésa era su alucinación ilusionada, su delirio esquizoide de abandono y equivocada soledad, diría algún adepto de Jung.

Papaloteando en la semi tiniebla, Escipión encendió el foco del techo, y así como estaba, vomitado, mojado, meado y con los calzones desprendiéndose, traspasó el breve pasillo e invadió la recámara paterna. Buscó la lámpara del buró, castigó el botón mágico (nunca pudo comprender cómo existía la electricidad) y vio, al cabo de un bis de parpadeo, a su padre Tricornio Carrasco muy desnudo en el lecho acolchonado, de ojos clausurados como las puertas del paraíso, la boca de apariencia suspirante, las manos ajustadas al ancho lugar del corazón, los muslos de piedra gorda apenas velludos y la zona pubiana en plena paz.

“¡Oye, papá! ¡Qué buena verga tienes, casi como la mía! ¡A la maciza Adela le gusta cantidad, me dijo! ¡Y cómo te la chupa la cabrona!”

La abuela, algo sanchesca, nos parece que habría dicho: “Lo que se hereda no se compra” o “Si naces en el agua tienes que nadar” o “O si eso tienes, pues a darle con todo” o “Donde hay lágrimas, hay quien llora” o “Quien bien mastica, bien come”, y eso habría recordado el Machito, es canijo de saber si así ocurrió. Por lo tanto, lo único que hizo de inmediato fue aplicar una regular sacudida a la totalidad de Tricornio.

“Escucha, Trico, despiértate, ¡coño! ¡Hoy entré en el servicio con los dorados, se puede hacer carrera ahí, mejor que de poli! ¡Si hasta firmé unos papeles, me dieron pistola, todas esas cosas! ¿Me oyes, güey? Hay que entrenarse, primero te prueban... pero no sé por qué yo... ¿por qué a mí? Todavía no estoy grande, ¿no es? Dijeron que tengo mucho desarrollo, que soy muy fuerte, muy vergudo para la edad... En los papeles dice que cumplí los dieciocho, pensaron que no leí el papel” se expandió la parla apurada de Escipión.

“No me digas que estás dormido, ¿o es la cruda? Eh, ¡qué finolis y raro hueles, no es tu olor, hueles como a mujer bien cogida! Anduviste de puterío, ¿no?” ya se cansaba de tanto parlotear. Pero siguió para que esta historia no se detuviera.

“Vi unos sueños del carajo, muy recanijos... Soñé con mi mamá, tenía que ser ella, nunca dijiste cómo era, si era guapa, macizota o flacuchenta, alta o como todas, qué color de pelo llevaba, si me quiso... nunca antes la había soñado, ¿esta noche por qué?, y tú, ¿por qué no la mataste si nos dejó o se murió, por qué no la mataste después de soñarla?, porque seguro que la soñaste, ¡cabrón!” y tornó a sacudir el cuerpo de Tricornio.

“¡Seguí roncando, hijueputa! De ella no hay nada, ni papeles, ni un pinche pedazo de pelo... Ni muerta ni viva, no nació ni murió... como dijo la Chatita cuando fue a apuntarme en el colegio. No se pudo porque nunca tuve madre... ¡claro, dirás que los curas me aceptaron, pero era por mi verga!, ellos dicen que ven todo, la adivinaron, por algo son hijos de Dios los ojetes. De casi todas se saben casi todas. ¿Y luego, qué? Tú cada día en el servicio, de soldado raso a poli y luego a cabo y a sargento primero, ¡qué buena carrera! No tenías horario libre ni para echarte un taco, ni un polvo, que taquerías y damas sobran. ¿O no estabas día con día por esas jodidas calles, para aquí y para allá, como hormiga loca? ¿Y yo, qué? La Chatita, siempre ella, doña Lupon, una abuela muy macha. Salí bueno para crecer medio solo y medio acompañado, no me enseñaste ni a hacerme la chaqueta, después sólo solo y hoy más, también...” le puso un doble sacudón al cuerpo, aquel tacto fue menos veloz, dio ocasión para que el frío de la piel de Tricornio se le adentrara en las manos, le metiera un temblequeo desconocido en el ánimo, y un fuego sin humo, un chingadazo, un chijetazo, se explayó por sus gruesas neuronas.

“¡Oye, Tri... papá...!” y mareado por la resaca, presionado por nuevas náuseas, extinguió el resplandor de la lámpara, pasó a la cocina, buscó y halló un plato, un par de velas y unos cerillos en el sitio que designara, años hacía, doña Chatita, regresó a su recámara personal, colocó los cilindros blancos en el suelo y, encendidas sus mechas negras, apagó el foco alto, se acostó nariz para arriba, igual que había quedado lo que quedaba de su padre, los brazos como cruz imperfecta sobre el pecho, los muslos lampiños y pétreos, se durmió luego luego, pues de seguro una esmirriada mujer lo esperaba con sus labios creciendo hacia un nombre en medio de la sombra.

Capítulo 9.

“¡Llegaste bien retardado, cabrón! ¡son más de las doce!” lo sermoneó Juantrés.

“Se habrá dormido por la cruda, estaba medio pedo, ¿no?” como al pasar dijo Juancuatro.

“¿Para qué chupaste tanto? Lo que importa es el licor, no el trago...” la expresión apaciguada de Juandós.

“¿Qué te pasó, pendejo? ¿Ya se te olvidó el contrato de anoche?” culminó Juancinco.

El Machito se restregó la boca con una servilleta corrugada y usada y baboseada, dijo o trató de bien decir:

“Ayer se petateó mi papá, el sargento primero de la poli Tricornio Carrasco... El doctor del barrio dijo que fue... un culazo en masa al meocardio, que ni hubo apenas chance de dolor... Vamos a enterrarlo al rato, como... después de las cinco o las seis, antes que se vaya el sol, la gente del vecindario... echará la mano, aunque yo igual puedo encargarme solito...”

Alguno corrigió:

“Sería un colapso, no un culazo...”

Alguien preguntó, duda en ristre:

“¿Vos solito?”

“Hace dos años llevé a mi abuela al panteón de la suprema virgen, allí le eché su tierrita arriba del cajón negro” contestó el Machito, omitiendo los tonos que suelen marcar las letras mayúsculas de un nombre propio, porque los pobres y los jodidos deben platicar siempre con minúsculas, a lo más con medias mayúsculas: cualquier lingüista lo sabe y cualquier dictador lo enseña.

“Ta bien, así es esto de las finaciones. Ahorita, pegate un regaderazo, luego te vestís con la ropa de negro, qué bueno que trajiste el bolso” ordenó y comentó Juandós.

“Ansí al rato te vas bien de luto al entierro, compay” fue el agregado de Juancuatro.

“Ve no más, por allá están los baños, siempre derechito a la

derecha. Después que termines, tienes que secar el piso, y que no quede salpicado el espejo. Puedes usar el frasco de agua de colonia que está en la repisa grande, todos aquí nos ponemos de ese olorcito, eso sirve cuando vamos de operativo nocturno, ayuda a reconocernos en lo oscuro” ilustró Juantrés.

“Si cuando nos tiramos a la fuerza alguna dama, seguro que el perfume no se le borra más...” sonrió Juancinco.

“Cuéntale el caso tuyo, Juantrés” solicitó Juandós.

“Mira, Machito, una vuelta dimos escarmiento a unos indios cabrones medio comunistas que laboraban de albañiles en un edificio de apartamentos, allá por la avenida de la Insurgencia con avenida Artiguense. Tuvimos que perseguir a uno hasta su casa de él, entramos a huevo y le dimos su cuota de golpiza para que se dejara de joder con sus pedidos de salarios y horas extras. Y allí estaba su esposa o su barragana, una indita bastante buena de tetas, me la eché de apuro, muy quieta se quedó...” inició Juantrés su relato, pero el Machito interrumpió:

“¿Y luego, qué...?”

“¡Cállate, baboso!” saltó Juancinco.

“Luego nos rajamos de ahí, nada interesante había para decomisar, ni propaganda sindical ni siquiera unos tristes pesos...”

Pero sucede que un tiempo después, tuvimos que levantar a unos revoltosos que promovían desmadres frente a unas oficinas del mero gobierno. Los metimos en las camionetas, yo y Juandós, de pistola firme en la mano, íbamos mezclados con varios de ellos. Y ahí estaba una india medio macizona, la observé y ahí me la tiré, en el piso nada limpio, Juandós vigilaba a los otros, eran tres o cuatro creo, que cerraron los pinches ojos. Terminé al tiro, ni modo, se coge como se puede. Cuando me separaba ya arreglándome el pantalón, ella dijo muy para mí “Sos vos, tenés el mismo olor, hijueputa...”. Le encajé un soplamocos liviano no más y me acomodé junto a Juandós...” dio final al fin su relato Juantrés.

“Estuvo bueno eso...” insinuó el Machito.

Cuatro voces juánicas:

“¡Vamos, vamos, a la regadera de una vez! ¡Basta de vil cotorreo!”

No demoró mucho en su aseo el Machito. Los Juanes sí que al verlo en tal pinta apreciaron y reconfirmaron la calidad física de su joven adquisición para los Camisas Doradas que, en el lenguaje de los círculos superiores adonde señoreaba Juanuno, eran mencionados como el Servicio de Seguridad Social o Triple Ese o SSS. Pues resulta como te digo: según como te nombren, así te ven. Y ellos, entre dorados y oscuros se meneaban de lo más bonito. Lo que no podían ni pensar en su grosera aunque a veces sorpresiva y sutil imaginación, era que con el Machito iba a iniciar otra etapa en la actividad del equipo de los Juanes. El recién adquirido elemento, o agente o sicario o ayudante o mercenario o milite o recluta o soldadesco, demostraría una fabulosa proclividad para adaptarse a una coyuntura que exigiría del gobierno mucho más que sangre, sudor y lágrimas, como dijera el pinche humorista Winston Churchill, el gordote del papelito aquel adonde anotó el indecente

reparto del mundo, aunque los mandamases nunca ponen esos fluidos de ellos en beneficio de la patria.

Pero no demos un paso adelante sino un medio paso que inicie la salida del Machito hacia el Panteón de la Suprema Virgen, ya que, por razones de compromiso laboral, o sea, recibir las lecciones primeras de cómo descargar y cargar su pistola y colocarle el silenciador, etcétera, no tuvo chance de allegarse al velatorio de Tricornio Carrasco, realizado en su residencia de él y bajo el cuidado de los junto vecinos -que aquí no serán descriptos pero que suelen aparecer en los relatos referidos al suburbio o al arrabal. Dejemos que la tradición literaria se ocupe de ellos... sin despremiar a nadie.

Un cuarto de paso daría Escipión luego del entierro y otro cuarto para regresar a su sitio de trabajo, revelemos que en la calle Solferino esquina con Maldonado, el número no, que no somos soplones sino narradores, ¡caray! ¿Por qué el lector siempre quiere enterarse de lo que no necesita conocer? Explícitez sí, pero no tanta.

El asunto es que Escipión recibió algunos, o más bien escasos, desangelados pésames de sus vecinos, y ni las amigas de doña Chatita, que se lo sabían desde bebé, fueron muy amigables. De seguro que habían organizado velatorio y entierro por amistad con el muertito, tan cercano que fuera al cura Iturrieta, un poli muy decente el Tricornio, sí, fiel a su finada mamacita, preocupado por el chavito y con una vida complicada por inéditas ausencias. Apenas si alguna vez supieron que había andado de represor contra unos grupos de alborotadores, es decir, actuando en cumplimiento de sus patrióticas responsabilidades y para seguridad de la familia y sostenimiento de la fe. Pero hasta la Gioconda tiene sus pecas, y no por descuido de Leonardo da Vinci...

“¡Y te vas sin decirme nada, cabrón!” fueron, según testigos anónimos, las únicas siete palabras del hijo de Tricornio Carrasco mientras lanzaba como misiles terrones y pedruscos contra la tapa de madera de pino natural, apenas cepillada, que cerraba el ataúd ya descendido al segundo nivel de enterramiento. Según esos mismos testigos oculares y auditivos, el Machito se abrió la bragueta del pantalón de tela negra y expulsó una tremenda meada que hizo de los terrones una súbita capa de barro espeso, ofendiendo también a otros ataúdes allí instalados.

Luego luego, sin mirar a nadie, como sólo mirándose a sí mismo, a sus meras y canijas entretelas, se rajó del panteón no esperando el término de la enterrada, ni siquiera firmó los papeles que darían certeza de que el trámite funerario se efectuaba con apego a la ley municipal. Uno de los vecinos, fingiendo ser familiar del finado, puso una anfractuosa firma en el documento, a más de unos diversos billetes colectados entre los presentes como dádiva para los señores del pico y la pala. Hasta unos pedazotes de roca volcánica quedaron clavados en el removido terrenal; de ese modo, se asegurarían de que no entraran más tarde los perros

carroñeros o los hombres-cuervos que juntaban cadáveres fresquitos para los experimentos en la facultad de medicina y en los laboratorios clandestinos.

El Machito tocó a la puerta de la calle Solferino. En él, lo más parecido al dolor era la furia, y lo más similar a la tristeza era el deseo sin imágenes y sin objetos. Ni saludó al ingresar en el edificio, ni al entrar en la sala de tiro. Sólo agarró su pistola que sobre la mesa aún estaba, acabó de ajustar el cargador según le habían empezado a enseñar, colocó admirablemente el silenciador y disparó contra el blanco asentado en la pared del fondo, a unos doce metros de sus ojos. Cuatro de las balas traspasaron el nudo rojo central, como un coágulo rodeado de cinco círculos bastante lastimados.

“¡Coño, muchacho! ¿Cómo hiciste eso?” expelió su asombro Juantrés.

“Nunca había tirado, ni con resortera, honda también la llaman...” acotó muy sereno ahora el Machito.

“Fue la purita casualidad” el comentario de Juancuatro.

“¿Estás segurito de que nunca habías tirado con pistola? ¿No te habrá enseñado tu papá?” desconfió Juancinco.

“A ver, a ver, a probar de nuevo, ¡carajo! ¡Unos meten en la llaga, otros meten en el blanco!”

El muchachón recargó su pistola, ajustó el silenciador y sin apuntar demasiado, a lo rápido, metió seis plomos acerados en el nudo central; los otros tres cortaron los correspondientes círculos sucesivos.

“¿Quieren otra pruebita?” demandó el Machito con tono intermedio de voz, la misma carraspieta y dispareja voz que, desde los años de bebé, usaría hasta el acabamiento de su vida. Luego, sopló en el caño de su arma, ya quitado el silenciador, tal vez imitando a algún asesino serial o a algún vaquero de filmes de antaño, que el cine sangriento también es cultura. El pequeño cañón se posó con su calidez sobre la mesa.

“Mañana empezamos con el karate, nociones generales nada más, el fin de semana tendremos sesiones especiales, no se vale faltar a ninguna clase” ordenó sencillamente Juantrés.

“Creemos que será más práctico que te vengas a vivir aquí, a la sede de Solferino” el planteamiento de Juandós.

“Sí, estarás más cómodo que en tu casa de ti. La verdad, Machito, es que esa casa, medio pegada al vecindario, ya no te sirve. Ahorita estás en otra cosa, a otro nivel, ¿tamos?” explicó Juancinco.

“Nosotros la inspeccionamos en alguna ocasión, hace unos días, mientras llevábamos el seguimiento de tu caso. Ese lugar es un nido de cerdos, una cueva de mugre... como un tiradero chico adentro de un señor basural” pareció dar fe Juancuatro.

“¡Pinches ojetazos! ¡Mi casa es mi casa, cabrones!” soltó las manos el Machito hacia la pistola, tibia y tranquila.

Ocho brazos con sus manos y ocho manos con sus cuarenta dedos fueron más veloces. El muchacho quedó incrustado en una malla arabesca de músculos y huesos, no lo golpearon ni le manosearon las nalgas ni le oprimieron los huevos ni le aullaron dentro de los oídos. Sólo querían una instancia de útil reposo, o una demostración de fuerza colectiva. En un momento distinto y menos complejo, aunque la coyuntura física fuera la misma, la golpiza hubiera estado al margen de la piedad. Los Camisas Doradas tenían sus principios y una sólida conciencia de que el esquema vertical de ordeno y mando debía funcionar sin pausa, y que para ese asunto específico lo prioritario era captar y asimilar a la SSS a Escipión Carrasco, conocido por el Machito, de catorce años completados, el cual había sido elegido por decisión superior para integrar el grupo de acciones especiales que funcionada incluso al margen de la propia organización.

Ustedes se preguntarán, con base en un correcto interés de meros lectores, sobre quién había diseñado ese acto selectivo y por qué en esas circunstancias, y por qué el elegido entre muchos nombrados, seguramente, resultó ser el Machito. Tal vez más en adelante, si el relato lo amerita, podremos revelar los expedientes secretos que condujeron a una decisión que estaría motivada por la aplicación de técnicas no sospechadas en función de apañar informes, datos, rumores y delaciones y de usufructuar un legado histórico de violencia patriótica y universal. Curiosamente o no, dichos expedientes “top secret” contendrían -esto es una información filtrada a trueque de otra información filtrada- varias de las carpetas que de niño organizara Escipión, ¿recuerdan?, con sus invalorable recortes de periódicos, revistas y libros, a más de estampitas y programas de cine.

El pulpo humanoide deshizo su red, el Machito se zambulló lentamente hacia el piso, respiró con amplitud, contempló la corona de caras encima de su cabeza, escuchó una sola voz, la de los cuatro Juanes:

“¡Ahorita mismo te vas a tu casa de mierda, recoges lo poco bien poco que te parezca recogible y le siembras esta garrafa de gasolina! Empieza por las camas, luego sillas, mesas, cortinas, diez litros te sobran. ¡Un cerillo y a cambiarse de casa, cabrón! Te llevamos allá y te esperamos con la camioneta, ¡pero bien de volada, Machito presumido y revoltado!”

Escipión fue muy veloz en la coronación de esa tarea. Mientras la recámara de Tricornio crujía a golpes de luz bermeja y humos multicolores, el mozo recuperó las carpetas con su cruel papelería, asperjó su cuarto, la cocina y la flaca puerta de acceso, echó sin ya ver nada otros cerillos para asegurar la continuidad del sacrificio y corrió hacia la camioneta azul oscuro que, a un par de calles despojadas de gente, con discreción lo esperaba. Al entrar y sentarse junto a algún Juan, entre humosos resuellos y tosidos de fatiga y alivianamiento,

recordó, no supo jamás por qué, la maleta o bolso de Tricornio que siempre veía abierta, con sus calcetines y calzones colgando y un inicio de fotos y papeles en su vientre más interior. ¿Y si hubiera pensado esto, por ejemplo: “¡No habría ahí alguna foto de mi mamá!”?

Pero dicen que el fuego hasta el olvido purifica. Por ejemplo, ¿qué permanece entre carbones, gases y polvo del sargento retirado Oportuno Pérez, supuesto o presunto o probable papá del sargento primero de la policía Tricornio Carrasco, única cría de su madre doña Chatita o doña Lupota o Lupona, con qué ripios neuronales, con qué imágenes de cartón calcinado, con qué objetos evaporados en aquella quemazón podría ser recompuesta su figura, si nadie de los otros mencionados respiraba ya en esos tristísimos andurriales y si nadie soplaría nunca las cenizas en busca de la flama primordial?

Capítulo 10.

“Señor subordinado teniente coronel, esos trámites organizativos del Servicio de Seguridad Social están bastante trancados, ¿no es cierto? En los niveles superiores se estima ese rezago en unos tres meses... Como está usted debidamente informado, la libre ciudadanía de la nación exige cambios generales, yo diría totales, con atinada urgencia... ya no podemos esperar ni un tris más, este gobierno de orientación supuestamente democrática le está haciendo el juego a la subversión interna y, de paso cañazo, a las intrigas comunoides internacionales. La democracia existe para que las mayorías aprueben lo que hace la minoría. Y nosotros somos parte de esos pocos elegidos, teniente coronel... ¿Iba a decir algo? Si quiere, puede” largo fue el discurso del general supremo ingeniero Leoncio Bautista Seco, quien miró, minimizándolo, a su inseguro subalterno Dunviro Retícula.

“Permiso para hablar... mi señor general” dijo el teniente coronel.

“Concedido, expláyese con toda confianza” aflojó algo el jefón, pues se afloja para apretar.

“Sucede, mi señor general supremo, que la intervención de los jefes de la fuerza de acción rápida no corresponde, ellos quieren tomar cuenta del ese-ese-ese a nuestro cargo antes de que esté conformado y funcionando. Con su perdón, mi señor, eso no se vale entre hermanos de armas...”

“¡Hermanos, los testículos! ¡Y no siempre funcionan al parejo, mi inferior jerárquico! Usted quiso decir sólo colegas, y ya es bastante...”

“Sí, mi señor general, efectivamente... Con su disculpa, creemos que hay como una mezcla de cuerpos en formación, a más de los que ya estaban históricamente estructurados. Pensamos que cada cuerpo o sección o división o departamento debe tener una función muy específica, una para cada dimensión en que se menean los enemigos de la ley. Además, están los sospechosos de colaborar con la subversión, con el movimiento obrero, con los sindicatos independientes, con los estudiantes de varios niveles, con los campesinos, con los indios y negros revoltosos, con los militares o centuriones que operan de modo irresponsable contra el propio gobierno, con quienes están junto a los círculos más apretados del poder central, incluido el parlamento y los jueces y todo su aparato...”

“¡Putá que está bien enterado, teniente coronel! ¿De dónde sacó esos datos? ¿Tiene

contactos no permitidos con la embajada de los gringos? Porque con la representación diplomática de Gringolandia hay comunicación de extrema reserva, a otro nivel que ni yo mismo conozco... Siempre hay alguien más arriba y alguien más abajo... Platicando entre nos, ni el presidente de la Nación, que fue educado allá y mastica más o menos good el inglés, sabe de ese nexo paralelo. Es un conservador, habría que empujarlo un poco hacia la derecha para que nos ayude... porque el asunto se nos viene, órdenes son órdenes, tenemos que parar el relajo que es este país, algunos lo llaman 'paisito', no entienden un pito, esto es un nicho de la subversión nacional, continental y mundial... y hasta universal. ¿No piensa usted así?"

"De acuerdo por completo, mi señor general supremo..."

"Bien, hagamos lo que se me ocurrió ahorita ordenar: usted será promovido a coronel, no sólo por las recomendaciones de su tío el general en retiro Pancho Retícula, casado con mi hermanita Leoncia... Yo lo propongo para el ascenso, su expediente me ha impresionado, entonces el estado mayor dice que sí y chau. El presidente, como jefe del ejército, firmará lo que haya que firmar, y ¡salute farabute! Con tal grado, usted puede encargarse de dar forma al ese-ese-ese prescindiendo de otras interferencias. Tiene autonomía total, menos con respecto a mí. No hace falta ninguna que le recuerde los antecedentes históricos de ese tipo de formaciones. Los alemanes, los franchutes, los yugoslavos, los gringos, los judíos del viejo testamento, la juventud gamada y las guardias blancas aquí, los yagunzos brasileños, los mercenarios en la Mesopotamia y en las naciones negras, los paramilitares en la desaseada república de Columba, los camisas pardas y sus torpes émulos los camisas doradas, etcétera, son meros y hasta primitivos antecedentes. Pero yo quiero, y muy desde lo personal, un equipo nuevo y eficiente, sin errores, sin laburos sucios, sin vacilaciones, como los mosqueteros, ¡todos para uno y uno para todos!, pero aún más: ¡todos deben ser uno solo! ¿Entiende? Una sola alma, un solo cuerpo, un solo destino... Es algo místico, esa es nuestra misión, esa es mi lucha..."

"¿Y Dios, mi señor general?"

"¡Dios es nuestra verdad y nuestra fuerza! ¡Su amor es furia, su bondad es destrucción! ¡Es el primer patriota y será el mero arquitecto de este país!"

"Mi señor general... deseamos agradecerle el ascenso. Haremos todo lo posible para adecuarnos a él y para servir a nuestra nación. En verdad le comento que ya preparamos el diseño definitivo, si usted lo aprueba, de este cuerpo bajo nuestra dirección. ¿Podemos presentar ahora el resumen, mi señor general?"

"Puede usted, coronel. Ahorita lo siento más seguro... Ah, en su expediente se establece que es abogado, especialidad en asuntos penales, ¿cierto?"

"En efecto, mi señor general. El año pasado obtuvimos el título de doctor en leyes. Fue un viejo deseo de mi padre... y de mi tío Pancho."

“Bien, muéstreme su diseño.”

“Aquí está, mi señor general. Es un cuadernillo de treinta y dos páginas. Tratamos de recoger y sintetizar las experiencias acumuladas históricamente, según usted lo sugiriera en aquella entrevista de hace unos meses y que ahorita nos recordó con toda oportunidad. Entendemos que el grupo debe ser extremadamente selecto, de verdadera elite. Un equipo que funcione fríamente en sus actos y de modo ardoroso en su corazón de patriotas. El enemigo, en su sorprendente diversidad, debe ser golpeado de modo exacto, sin piedad: dolor y terror deben ir juntos. El enemigo no tiene edad, tiene todas las edades... Le ruego nos otorgue el honor de dar un vistazo a este modesto manual, todas sus sugerencias serán estudiadas con rigor, haremos las necesarias modificaciones... Nuestro afán se mide por la energía puesta en el servicio a la patria amenazada. Usted dirá, mi señor general.”

“Gracias, coronel. Ya conozco el contenido de su trabajo... Tenemos ojos en todas partes, en todos los rincones, debajo de todas las camas, arriba de todos los altares, donde sea y aunque no se necesite... Si es por eso que lo mandé comparecer aquí. Lo felicito, coronel. Uno de mis ayudantes, el teniente Cándido Repeluz, se pondrá de acuerdo con usted para implementar los aspectos materiales que usted anota en el manual. Le comento que me parece oportuno que el equipo sea de pocos hombres, y que nadie sepa, salvo la dirección y el control de la dirección, cuántos y quiénes son sus integrantes. Me agrada que todos tengan permiso ilimitado para actuar y aplicable en los casos que así ellos mismos decidan. Pero, para llegar a esa perfección, coronel, el adoctrinamiento práctico-ideológico debe ser severo, inflexible, exhaustivo... no hay mucho tiempo, los sucesos previstos se acercan y ya no es posible medir los tiempos de la historia. Lamentablemente, los dueños del reloj ya no somos nosotros, coronel...”

“Mi señor general, con respecto al proyecto del mencionado manual, vemos que usted no ha señalado nada en lo referido a las cuestiones meramente políticas. Sería óptimo que se añada un capítulo a modo de análisis de las formaciones sociales de cultura, deporte, religión y beneficencia, y sobre todo, con estatuto político, incluyendo el Partido Santacruceño, el Partido Rosado, el Gran Frente por Todos, el Movimiento Guevarista y algún otro, que operan en el país, en nuestro Estado Mesoriental, al menos desde las últimas tres décadas. Eso permitiría a los miembros de la ese-ese-ese tener una mejor aproximación a sus formas de actuar en momentos que tanta atención exige la patria...”

“Sí, coronel, pero los integrantes del equipo, según usted propone, no tendrán tantas luces como para entender los mecanismos de la política nacional y menos del contexto externo... me refiero no a los mandos altos y medios, sino a la plebe, a la resaca marginal, a los desclasados llenos de bronca, de vero odio por tanta miseria material y ética, por tantas frustraciones, por tantas ilusiones pendejas... De ahí saldrán los hacedores de lo que

precisamos se haga en lo directo, usted me entiende perfectamente, coronel... Creo que con algunos cursos rápidos a los niveles más de arriba, alcanzará. Yo me ocuparé de la atención ideológica en su nivel más estricto, de los Camisas Doradas, designación que tal vez abandonemos, sí, y que usted ha recogido muy bien de las tradiciones libertarias de la nación, aquellos luchadores con fe y sin descanso contra la influencia de los anarco-indio-comunistas-socialoides y nefastos judíos y negroides de otras décadas. Pero la semilla dejada por tantos sediciosos y perturbadores parece renacer ahorita ante la debilidad o el descuido inexplicable del presidente Jesús Mesiano Bordaburro, que de pronto galopa con un pie en el Partido Rosado y otro en el Partido Santacruceño... ¿Y nosotros, no somos el tercer soporte decisivo de la nación? O sea, la va de neoliberal cuando es un momio perdido, un mocho hasta de la verga... Es un conservador que no se anima a ser como nosotros, dicen que no acepta todavía que se hayan inventado las computadoras y la televisión, y que el viaje a la Luna fue una creación de la propaganda... Sin embargo, sabemos que es duro en otros asuntos; según nuestro informante el cura que lo confiesa en la Iglesia Mayor, sueña seguido con tremendas hogueras adonde arden hasta el hueso montonales de herejes comunistas, negros y pardos, indios y mestizos, judíos y musulmanes, prostitutas y madres solteras, maricones y líderes obreros, gente partidaria del aborto y la libertad de expresión, estudiantes y poetas..."

"Mi señor general, creemos que hay que trabajarlo por el lado del inconsciente, para que haga realidad sus patrióticos sueños..."

"Por supuesto, su confesor ya recibe ahora asistencia psicoanalítica para inducirlo suavemente a esas acciones por la salud de la democracia y para prepararlo en cuanto a la propuesta que le haremos en pocas semanas... En fin, también a Dios padre hay que darle línea a veces... con toda humildad... Por lo tanto, coronel, adelante con el proyecto, quiero resultados positivos a la brevedad, no habrá excusas porque no habrá demoras ni errores. No somos los dueños del reloj, le dije, ¡pero estamos en condiciones de ponerle hora y día a la salvación de la patria!"

"¡Sí, mi señor general!"

Capítulo 11.

“¡Qué raro que el jefe no mencionara por lo directo al partido de la subversión comunista y guerrillera, ese Gran Frente por Todos, el popular Gefetó, que creció demasiado en las últimas elecciones! ¡Si hasta se juntaron con ellos algunos socialcristianos y cuanto malparido andaba al pedo por ahí, como caracol sin cascarón! ¡Hasta los del Movimiento Guevarista andan con ganas de entrar!” disertaba para sí el coronel Retícula, al tiempo que para afuera, o sea para los oídos de los mandos altos y medios de los ese-ese-ese comentaba de este modo:

“Resultó, entonces, que los de la lucha armada, como no pudieron vencer de acuerdo con su equivocada y lógicamente antipatriótica propuesta, luego de unos años de acciones directas a veces muy lucidas, renunciaron a las armas y se convirtieron en políticos. Habían perdido mucha gente en los enfrentamientos con nuestras Fuerzas Unificadas, es decir, la aviación, la marina, el ejército, la policía y los servicios paramilitares y parapoliciales, además de los patriotas voluntarios... Por lo tanto, hemos aprendido mucho en eso de la seguridad nacional, es como un asunto de fe, una doctrina... Creer o reventar, así dicen... Bueno, nuestros aliados gringos nos echan siempre muy buenas manos, si hasta algunos de nosotros hemos sido invitados por ellos a cursos súper especiales de contrainsurgencia y aquietamiento social... La guerrilla aquí fracasó pero siempre quedan sembrados los huevos de la serpiente, como dijo no sé quién... Supongo que ustedes saben todo esto, ¿no?”

“Sí, sí, algo...”

“Más o menos...”

“Nunca nos dieron versión oficial, comprobada...”

“Faltó mucha información...”

“¿Por qué recién ahorita...?”

“Eran los purititos chismes de cuartel...”

“Lo de la guerrilla... que eran un loquitos...”

“Decían que todos los que estudian salen comunistas...”

Etcétera. (Al final o al inicio de cada frase, agréguese “Señor”.)

Eso masticaron los ocho componentes de la selecta membresía superior de los Camisas Doradas, nomenclatura que desaparecería por razones organizativas, frente a la paciencia

castrense del coronel Dunviro Retícula, “¿Qué coños de curso les dieron a estos pendejos?”. Pendejos todos adecuadamente sentados, lomos rectos y piernas separadas, la vista y las orejas hacia los labios, no los ojos, de su circunstancial maestro, porque el prometido instructor ideológico nunca llegó y el recién estrenado coronel debió tomar cuenta de los rápidos cursos indispensables para un cumplimiento positivo de la misión a la que el destino fatalmente los conduciría, ya los estaba conduciendo.

“No habrá chance de ponerles tarea a domicilio. Lo mejor será repetir las verdades fundamentales hasta que se les quede en esos cocos llenos de musarañas” se recapitó el coronel, aunque nunca vio ni verá en este relato musaraña alguna.

El local de la calle Solferino fue refaccionado de tal modo que multiplicó por cinco sus dependencias a costa de los edificios vecinos, que fueron expropiados a prepotencia con apego a inesperados reglamentos municipales. Hubo quejas de residentes y comerciantes pero fueron fugaces: no hay mejor tapabocas que el dinero entretejido con muy discretas insinuaciones de “que nadie tiene derecho a oponerse a las acciones que se cumplan en pro de la democracia, y más cuando la suave patria está en riesgo” según se le ocurrió argumentar al coronel en una reunión informativa con los afectados por la insólita expansión del local secreto de la ese-ese-ese. Se podría argüir que el secreto dejaría de serlo, pero no fue de ese modo. La presión sobre los que serían ex vecinos del local resultó tal vez demasiado paralizante (consultar el Manual del coronel Retícula, página 9) o fue simplemente que se cagaron del puro miedo, o ambas cosas al unísono. Y al buen callar llaman silencio.

El caso es que las refacciones se efectuaron en pocas semanas, con el apoyo de una compañía policiaca de tareas se supone específicas, a más del concurso de numerosos obreros calificados, con pinta de hambre atrasada y en coyuntura de desocupación permanente. Ojalá pudiéramos dibujar aquí el plano definitivo del búnker, para soslayar descripciones aburridas o irrelevantes. Sólo iremos mencionando detalles de sitios para archivos, cocinas, torturas e interrogatorios con vomitorium integrado, celdas unipersonales y multitudinarias, administración, enfermería, dormitorios colectivos, recámaras de la superioridad, comedores, salón de reuniones, cuartos de aseo, alberca polifuncional, sala de computadoras y video, patios sin y con techo, consultorios médicos, piletas para el “waterbording,” sistema televisivo interno, redes telefónicas, etcétera, de acuerdo con los ritmos del relato y los sucesos a narrar.

La gente de aquella colonia miraba muy como de temeroso reojo y al pasar lo que en esa calle Solferino ocurría. La mezcla de ropas obreras con el uniforme de fajina de los polis era algo no visto jamás, por eso la mera curiosidad triunfaba y no pocos modificaban su rumbo cotidiano para, desde la banqueta opuesta, la poniente, observar todo lo que los polis de guardia daban tiempo de observar.

“Esto no quedará en secreto total, será mejor que siempre se sepa algo, lo que se ignora produce miedo... pero nadie hablará si le damos a algún mirón un rica dosis de patadas en los huesos y en lo huevos, y si es una mirona, en las nalgas y en las tetas. Se pondrán mudos por contagio en este pinche barrio...” fue la sugerencia de Juandós al coronel Retícula, al mes y medio de aquellas gestiones para enrolar al hijo de Tricornio Carrasco.

“Usted... vos no tenés por qué sugerirme nada, estás en un nivel intermedio... aunque no es una ocurrencia pendeja... Así que me das un ejemplo de cómo hacer eso, ¡ya mero!” era mejor conciliar un poquitillo, estamos en alerta roja, habrá sido la auto excusa del coronel Dunviro.

Estaban ambos dos contemplando el discurrir callejero de vendedores, escolares, pirujas, señoras del mandado, and so on, desde una ventana de vidrios oscuros y reflejantes, por lo que percibieron a una pareja de gente tirando a moza que caminaba muy despacio, a pretexto de orientar a su perrito, asegurado con una correa algo larga, para que se aliviara donde mejor tuviera opción. Pasaban a pocos metros enfrente de la puerta agrandada del local, entre montones de arena y cal; ladrillos de dura conformación; tablas amontonadas a la espera de erguirse y completar el cerco de aislamiento; gordos fierros ordenados y que serían la médula de groseras pero firmes y calculadas estructuras. Pasaban demasiado cerca aquellos jóvenes, mientras el cachorro alzaba la pata para aposentar señales que nunca regresaría a reconocer.

Porque los otros Juanes y el Machito, éste en su primera y no programada acción preventiva, aparecieron mágicamente sobre la banqueta desde una puerta insospechada, más a la derecha, respondiendo al llamado en código del silbato de Juandós. El tono del silbido y su ritmo lesionó los oídos del pequeño cánido, con inmediato resultado negativo para él. En su reporte escrito narraría, unas horas después, el coronel Retícula aquella acción al general supremo Leoncio Bautista Seco, en estilo personal algo forzado por el asombro (la transcripción es incompleta):

“Comunicado S3/IV/0073. ... En consecuencia, el grupo de ataque preventivo, constituido por cuatro elementos que vestían uniforme negro y que portaban las armas correspondientes a la intervención ordenada por medio del código de silbato (pág. 17 del Manual), ocupó de inmediato posiciones ventajosas. La sorpresa fue factor fundamental para desorientar a los infractores y al ‘canis familiaris’ que utilizaban como pretexto embozado para no respetar la distancia entre los transeúntes y el local en refacción de la calle Solferino, y así cumplir sin duda labores de espionaje diurno. Los miembros de la pareja, con aspecto de estudiantes desaliñados y alborotadores, más tarde, en razón de los hábiles interrogatorios aplicados, confesaron pertenecer a una de las células clandestinas del Movimiento Guevarista. La ciudadana M. E. C., 23 años, nacionalidad mesoriental, y el ciudadano P. S. F., 25 años, nacionalidad mesoriental, con domicilio en calle Justicia # 1313, solteros, trataron de huir

ante el rápido accionar de nuestros agentes. El perro que conducían, marca fox terrier, debió ser sacrificado, en medio de una meada póstuma, en razón de sus molestos ladridos y su resistencia poco racional. Nuestro nuevo agente Escipión Carrasco lo degolló con total limpieza, desvicerándolo luego para arrojar el cadáver contra el rostro del ciudadano detenido, pues éste ya estaba asegurado por los agentes Juantrés y Juancuatro. El agente Juancinco debió esforzarse para contener la reacción verbal, iracunda e irrespetuosa, de la joven ciudadana también detenida. Para evitar la indiscreción de algunos curiosos circunstanciales, la pareja fue introducida en el local con destino al sitio Primer Tratamiento. Cuatro horas de plantón, piernas separadas, sin agua ni alimentos, no produjeron en los detenidos ningún deseo de declarar en su defensa. Se decidió, tal vez con innecesaria premura, apurar el trámite de interrogatorios normales. El agente Juandós, supervisor de esa diligencia, dispuso y ordenó que se desnudara a la pareja detenida (pág. 24 del Manual), aplicando el principio de que el silencio niega la palabra que Dios puso en boca de los seres humanos, así como la negativa a declarar entorpece la labor de quienes entregamos cada día nuestra fuerza y nuestra fe para vigencia de la democracia y felicidad de la patria. Los agentes a cargo del caso permitieron que el subordinado Carrasco llevara a cabo los procedimientos iniciales: acoso con fósforos o cigarrillos encendidos en las partes sensibles; castigo en estómago, senos, genitales; extracción de uñas de las cuatro extremidades; sometimiento sexual sin distinción de género (pág. 29 del Manual). El agente Juandós quedó muy conforme con la referida intervención y en particular con el trabajo cuidadoso del agente Carrasco. Al día siguiente, después que la pareja detenida fuera remitida al Hospital de las Fuerzas Unificadas, me describió con detallada minucia la inesperada capacidad del susodicho agente, además de describirme de forma concisa su historia de una vida carenciada y su temprana decisión de servir a la patria. Por esas razones es que me permití ordenar el seguimiento de la conducta del agente Carrasco, para que sus patrióticos y juveniles impulsos no lo conduzcan a los excesos previstos en el Manual (pág. 30). De este modo, que califiqué de eficiente, quedó inaugurado el sitio de Primer Tratamiento del local ese-ese-ese de la calle Solferino.”

En nota aparte, sin destinatario y sin remitente, adjunta al anterior comunicado, el general Bautista Seco leería esto, al rato no más de su redacción manuscrita:

“De acuerdo con sus instrucciones, no asistí a la inauguración del sitio.”

Tres días después de este suceso, mientras el coronel Retícula miraba en la tele domiciliaria, sin interés evidente, un partido de fútbol que se jugaba en el Estadio de los Cien Años, sería informado telefónica y discretamente que los detenidos en el primer operativo Solferino habían sido internados en el Centro de Investigación Especial (CIE), una oficina

conectada en directo con los representantes de la fresquecita Sociedad de Inteligencia Regional (SIR), que operaba en las naciones del llamado Esquema Norte-Sur, y que resultara diseñada, promovida, alentada, organizada y en parte financiada por los tanques pensantes de la República de Greengoland United. Ese telefonazo le impidió apreciar el único gol del partido, aunque a esas alturas la mera existencia cotidiana parecía atenuarse, como si se transformara bien de rápido en otra cosa. Por eso sintió un amago de cosquilleo entre las costillas, más bien debajo del esternón.

“Está bueno, sí señor, hasta aquí llegamos en el caso... Siempre a lo que ordene” respondió el coronel, emitiendo su respuesta (que sería grabada, seguro pensó) por el tubo de su reluciente teléfono escarlata.

¿Y mientras tanto, nos preguntamos, que habrá pasado con el recuerdo de la infancia del Machito, ese recuerdo apegado a un perrito vuelto fragmentos y comido por las ratas en mitad del arroyo, junto al mercado? Porque un gesto, brutal o delicado, húmedo o reseco, o un cuerpo en coyuntura de placer o sufrimiento, o una imagen en sustitución de ese gesto o de ese cuerpo, pueden juntarse con imágenes actualizadas o generadas por gestos y cuerpos en agresión y agonía. No se pretende aquí memorizar en lugar de otro, aunque la memoria difícilmente es libre del todo para recordar y cambiar lo recordado. Es decir, al escribir estas anotaciones no hay un deseo de coartar o desfigurar las remembranzas de Escipión ni de complicarle los nudos neuronales, las sinapsis y otros factores químicos o eléctricos.

Que el mismo agente de la ese-ese-ese lo resuelva...

El Machito estuvo ayuno de sueño durante dos noches, tal había sido la carga de adrenalina que debió eliminar. A la tercera noche, al cabo de una cena con carne, papas y frijoles, sí logró que los párpados asumieran su función protectora como los forjadores de una penumbra interior que cada soñante debe de transformar en dulce tiniebla, o sea dormir de profundis, según suelen aconsejar los médicos de la psique.

Las dos noches de insomnio y mal sueño fueron canijas. Describamos trozos nada más de algunas pesadillas que el inaugurado agente debió soportar, pero contadas en primera persona a un narratario ausente, que es como mejor le sale la narración:

“Fíjate que se me apareció sin avisar ni un carajo... una cara de perro muy grande, era una cara, no un hocico, con una boca de labios negros, al abrirla, se mostraban unos comillos sucios de sangre coagulada y como picados por caries de fea oloriza, y más adentro de la boca, al fondo, había otra cara de perro, de perrito más bien, con la boca igual muy abierta, y adentro otra boca de perrito, más chica y así, más bocas de perro y más bocas y más colmillos, y sangre en pila, en chorros y en coágulos, me desperté para no ver más aquel perrero... Fíjate también que luego luego, hasta de antes de empezar a dormir otra vez, vi a una chava en bolas tirada en un petate, de piernas flaqueronas, muy abiertas y lejos una de

otra, como si estuvieran rompidas, en el medio había una raya negra y gruesa, era una boca que se abría enseñando colmillos colorados, una boca que iba perdiendo pelos enroscados, desnuda quedaba al final, y yo caía encima de aquellas piernas lastimadas, quería meterme ahí mero, y sentía como un grito de bebé, y me desperté para no ver adentro de aquella boca, para no ahogarme allí, era yo el que gritaba con una voz que no era mía... Fíjate que en el último sueño yo agarraba una pinza calentada al rojo vivo, no me quemaba nada, y con los dientes de la pinza, porque tenía unos dientes bien grandes y filudos, mordía la punta de los dedos de una mano mugrosa de un tipo que no llevaba puesta su cara, sólo una mancha blanca, y mordía las uñas de aquellas manos, y las arrancaba bien fácil, una por una, uñas limpias, qué raro, hasta que el tipo gritó a lo bestia, y entonces me desperté para no ver ni escuchar, pero era yo el pendejo que gritaba... ¡Ya cállate, cabrón, que no dejas dormir a nadie! me regañaron los cuates que descansaban en la recámara colectiva, los Juanes que trabajan conmigo... Pero ahorita, por suerte, estoy durmiendo parejo, como era antes en la casa, como si estuviera mi abuela conmigo, doña Chatita...”.

El cura Pepe Iturrieta fue despertado sin piedad por unos de los guardianes, un tal Culebrón, con el retórico recurso del vaso de agua fría o el envión de orina y fecalidades de la bacinica que correspondía a la celda unipersonal. En verdad, fue este el procedimiento. El sacerdote se alzó no muy velozmente en su flaca y dura desnudez, apeló a la manta de lana carcomida para secarse a la ligera y comenzó a vestirse como si fuera a dar misa.

“¡Apúrate, cabrón! ¡Con todo el tiempo que llevas aquí y todavía no aprendes!” voceó el vigilante para que lo escucharan en todo el barracón.

“Yo hago las cosas según me ordena Dios...” silabeó Iturrieta.

“¡Vos hacés las cosas que nosotros te ordenamos hacer!”

“En un minuto estaré listo, hijo mío... Mi ropa es poca, ya ves: pantalón, camisa, zapatillas...”

“Decile a tu diosito que te mande algo del Palacio de Oro... Ah, ¡mira que no sos mi padre...!”

“El Señor es el padre de todos nosotros, de los bichos de pelo, de pluma, de escamas, de piel... De toda la gente humana y de todos los animales del universo...”

Ya habían salido de la celda unipersonal, ¿la número 007?, iban por el pasillo congestionado de salivazos, restos de cigarros, papel de baño mancillado, hasta algún condón en desuso, pues en la celda 069 funcionaba el burdel administrado por el cabo Culebrón, ¿ya lo mencionamos antes?, a más de otros testimonios carcelarios tan feos de mencionar como los consignados aquí.

Finalmente, llegaron a la oficina adonde los esperaba con indiferencia el capitán Marco Bruto Temple, fumando uno de los tabacos de La Habana que había adquirido en el mercadeo ilegal de la zona poniente del puerto. El Culebrón hizo un imperfecto saludo tocándose la frente por debajo de su gorra, del lado correcto pero con mano siniestra, lo que sin duda admiró el aburrido oficial.

“Mi capitán, aquí le traigo al detenido en tránsito, Pedro Iturrieta, alias el Vasquito o alias Pepe, de profesión sacerdote, acusado de formar parte de una banda de terroristas y de repartir panfletos subversivos en la mera catedral. El proceso aún no termina porque no empezó. Su conducta en este recinto ha sido... complicada, pues el detenido protesta por la

comida, por el ruido, por la mugre, porque no le dieron un abogado defensor, porque le quitaron su Biblia y su misal, porque no tiene cura confesor, porque no es permitido...” terminó su rollo el Culebrón con un grueso tocido, enseguida otro.

“Está bueno, agente. Tenemos el historial del susodicho ciudadano extranjero aquí presente. Puede tomar posición de descanso... ¿Así que el famoso cura Iturrieta, el vasco? Hemos demorado su caso porque lo investigamos como presunto miembro de la Eta. ¿Vos sos etarra, no es?” el humo hizo espirales alrededor del fumante.

“Putaseme! Zer arraiio diozu!” expulsó el cura.

“¡Háblame en lengua cristiana, ojete... gilipolla!” se encendió la voz del milico que allí mandaba.

“Zoaz pitokara, capitán!”

El oficial, que presuntamente se sintió insultado, detuvo en parte su furia, recogió una carpeta que yacía sobre el escritorio y dijo:

“¿No sabes para que te mandé llamar, hijo de tu puta madre? Tengo que informarte que por esta ordenanza superior quedas en libertad condicional por el término de seis meses, deberás venir aquí conmigo cada semana a firmar según la ley. Mientras, la investigación continuará. Recogé tus chunches y tomaste los vientos...”

“Nada poseo sino lo puesto” el cura miró por encima de la cabeza del capitán Marco Bruto Temple: colgando de la despellejada pared estaba el retrato muy retocado del presidente Jesús Mesiano Bordaburro y abajo, casi pegada, una deshabitada cruz de madera pulida, o sea sólo con las tres señales de que algún Cristo estuvo clavado en brazos y tronco, ¿cuándo?

Entonces preguntó:

“Disculpe, capitán. ¿A esa bonita cruz no le falta algo, su Jesucristo, por ejemplo? Veo que hay como unas marcas de clavos arrancados...”

El oficial se sorprendió como quien descubre que el hielo quema:

“Es que... los dos que están ahí atrás se llaman igual, pero uno solo es el que manda... Es mi jefe, el comandante de las Fuerzas Unificadas, ¿entendió?”

“Sí, ahora creo que entendí bien todo esto... ¿Puedo irme, capitán?”

“Tiene la orden de retirarse... No se olvide, señor cura. Cada semana... ¡Y nada de irse de joda por ahí! ¡Acompáñelo, cabo Culebrón!”

Capítulo 13.

El Coronel Dunviro fue midiendo su inquietud profesional: los trabajos de ampliaciones, refacciones y construcciones de la calle Solferino ya podían aceptarse como completados. Había logrado, con su genética habilidad de leguleyo, dejar sin consecuencias una propuesta de la superioridad en cuanto a instalar un helipuerto en uno de los tres espacios acondicionados como patios abiertos, por aquello de necesidad de luz y ventilación, aunque más adelante fueron cubiertos por gruesos domos de plástico casi transparente.

“Comunicado S3/VI/0073. ... En razón de lo expuesto, entendemos que, de acuerdo con la situación actual del país, examinada objetivamente, con los rápidos avances obtenidos en este cuerpo, con el adecuado pertrechamiento que hemos recibido y con los niveles anímicos de las diversas compañías que operan en y desde la calle Solferino, no percibimos que proceda la instalación de un helipuerto para naves del tamaño que el ordenamiento enviado por esa Superioridad señala. Expresado con nuestro más alto respeto, sería más conveniente una consulta con la rama de aviación de las Fuerzas Unificadas en el sentido de que un helipuerto funcionando en zonas urbanas relativamente pobladas, como la de nuestro nuevo establecimiento, sería blanco de la atención política, cuando no de la perversa curiosidad, tanto de nuestros enemigos como del ciudadano de a pie. En cambio, dos o más sitios ubicados en regiones suburbanas o subrurales, cercanos al Aeropuerto Nacional e Internacional, serían de positiva utilidad estratégica, pues al funcionar ahí mismo la base principal de nuestra aviación, todo movimiento de naves -helicópteros de guerra, de carga o de transporte de tropas, sin importar su tamaño- resultaría absorbido por el movimiento mayor de la base y de los aviones de pasajeros. Por supuesto, que en caso de una coyuntura nacional que exija la adopción de órdenes y mandatos de extrema rigurosidad y eficacia, las instalaciones de la calle Solferino estarán a plena y total disposición de esa Superioridad.”

La respuesta telefónica del general Leoncio Bautista Seco no demoró ni un par de días:

“Sus ideas están bien redondeadas, coronel Retícula. Usted sabe pensar para adelante, ¿quién dijo que el futuro está lejos? Se ha resuelto posponer la construcción del helipuerto en la calle Solferino... Como aseguraba un general germano: ‘Discreción y represión, una sola razón’. Supongo que usted ha leído sus libros de texto, coronel.”

“Sí, mi general supremo, tuvimos ocasión de estudiarlos en la temporada que pasamos en

la base de South Point, en la receptiva República del Istmo...”

“¿Iba a comentar algo más sobre el punto, coronel? Dígalo, en confianza. Esta línea es a prueba de interferencias o grabaciones, a usted se lo digo, dado el carácter de las operaciones en que está tan patrióticamente involucrado...”

“Sí, mi general supremo. Fueron ocho meses de entrega sin límites a nuestra causa. Hubo oficiales de otros países que no soportaron ni el ritmo sin horario, ni las exigencias físico-anímicas de ciertos ejercicios y maniobras, ni el estudio de decenas de tratados, libros y documentos, ni el aprendizaje forzado de idiomas, ni lavarse la ropa, ni limpiar armamentos, ni prepararse las dos comidas diarias, ni las clases de hostigamiento a prisioneros políticos o presuntos terroristas...”

“Coronel, según su expediente, a usted le fue de lo mejor. Las más distinguidas calificaciones de sus maestros gringos lo favorecieron, sólo diez en total de doscientos oficiales de seis naciones amigas... Para decir una verdad, sólo la envidia de otros colegas de armas impidió que sus ascensos se dieran con una justa y mayor rapidez. Esas debilidades no deben caber en las Fuerzas Unificadas, tampoco en la ese-ese-ese... Habrá que vigilar a sus subordinados inmediatos, coronel. Cualquier leche no hace espuma... Ah, ¿como fue eso del hostigamiento? Se ha reunido mucha información pero hay, de modo inexplicable, determinadas contradicciones.”

“Sí, mi general supremo. Permítanos que se le explique con algún detalle. Nuestros instructores insistían notablemente en que se debe hacer una estimación, un balance, digamos, de cada prisionero en particular, y luego...”

“¿Qué tipo de estimación?”

“De carácter psicológico, físico, anímico, ideológico, cultural.”

Un campesino analfabeto y hambriento no es lo mismo que un intelectual de clase media, pensante y bien alimentado, decían. La primera prueba, sin embargo, la hacíamos con algún mendigo o mendiga, esos rotos o pordioseros o teporochos o bichicomos que hay en todos lados. Los recogían de la mera calle o los reclutaban a fuerza en las casas refugio de unos sacerdotes donde tenían comida y cama, y marchaban con ellos para la base. Al principio fue durísimo para nosotros, mi general supremo. Lo que hacíamos aquí en esa época, con los delincuentes comunes, los militantes de la izquierda y los líderes sindicales, era un tratamiento de salón de belleza para señoras educadas, si lo comparamos con lo que nos enseñaron los instructores gringos, a más de los germanos, los israelíes, y hasta algún veterano parachute francés de los de Argelia...”

“Disculpe, coronel, ¿qué hacíamos aquí? ¿Quiénes?”

“Señor general supremo... pues, el servicio de contención de masas y el centro de operaciones contra la delincuencia, que ahora llevan otros nombres y tienen otras

estructuras... Recordemos que la picana eléctrica llegó con atraso, el submarino líquido también, el plantón casi no se usaba. Es que éramos marginales... bueno, todavía lo somos un poco. De eso nos dimos cuenta en South Point, es el mundo moderno, siempre tratando de alcanzar las tecnologías de punta en todo. Le decíamos que al comienzo fue muy duro, hubo algunos oficiales que no aguantaron eso de aplicar el hostigamiento en los ojos o en los genitales... Nosotros supimos estar a la altura, con orgullo todavía lo decimos. Pero no queremos distraerlo más con esta plática y menos cuando usted, mi señor general supremo, conoce mejor que nadie en este país el tema del que ahora hablamos...”

“Sí, coronel, fue una plática algo larga... pero muy de interés en lo profesional castrense. Usted es un dinámico testimonio de que estamos entrando en la modernidad. Su Manual es la más óptima comprobación. Y ahora, dada la confianza que debemos darnos en estos ásperos días que vendrán, le recuerdo que fui asesor de los cursos de verano en South Point. Es de lamentar que esa noticia se filtrara ayer mismo a ciertos medios de comunicación de la izquierda revoltosa, lo que no favorece nuestro trabajo. Es que hay demasiada libertad de expresión... Podrá ver en el informativo de las veinte horas un mensaje en cadena que lanzaremos para desvirtuar los malsanos rumores y chismes que por ahí fluyen, y que también pueden tener acogida en el parlamento. En el Partido Rosado hay gente vacilante, en el Partido Cristero tendremos un apoyo total, en el Gran Frente de Todos, ya sabemos que se nos vendrán encima como moscas a la miel... Veremos qué hace el presidente, a ver si lo convencemos de una buena vez que nuestra ligazón con los Estados Federales de Greengoland es para bien de la querida patria... En fin, coronel, como ve, el enemigo está en todos los rincones, nos quiere desprestigiar como si fuéramos simples soldados del ejército imperial. ¡Nosotros somos nosotros, carajo! ¡Dependemos de los propios huevos, por más que los gringos no dejen de ayudarnos! ¡Siempre serán nuestros mejores amigos, coronel! ¡No se le olvide: es una orden!”

“¡Sí, mi general supremo!”

El teléfono escarlata del coronel quedó sordo por unos instantes: el general Leoncio Bautista Seco había terminado con aquella comunicación. El mílite volteó a su derecha, a unos tres metros, sentadito ante unos aparatos de electrónica, muy cableado todo, se hallaba uno de sus ayudantes, al pendiente de la oralidad de sus mandatos. Este individuo, fugaz figura en nuestra crónica, sólo escuchó: “¡Che, grabaste bien toda la plática?”

Y solamente respondió: “¡Sí, mi general!”

Capítulo 14.

El Machito había logrado generar entre los Juanes y otros agentes que en esas semanas fueran agregados al proyecto, una especie de admirado temor. Bueno, creemos eso porque la brutalidad y sus expresiones ilimitadas conducen tanto al horror y al asco como a la fascinación involuntaria. La destrucción incontrolada parece atraer a ciertas personas de carácter informe, o de ánimo lastimada por ausencias y soledades o de aun no completado esqueleto psíquico. Algo de esas cuestiones le cabían a Escipión, pero no debe de pensarse que son como recetas o fórmulas aplicables a huevo. Cada uno resulta ser como es, una creatura no terminada, con cosas de otros y asuntos propios, hasta con elementos que todavía no existen en lo que llamamos realidad a falta de una designación más precisa.

De todos modos, los Juanes acordaron con el coronel Dunviro observar con mayores cuidados la conducta del Machito, agente SSS007, autorización DTVSM0073 (esta última se traduce así: Detener, Torturar, Violar, Saquear, Matar: consultar Manual, págs. 27 y 28).

“Puede ser buen ejemplo para los demás agentes, coronel, sin duda. El tema está en que no exagere ahorita, si no, ¿qué nos quedará para después, cuando la coyuntura sea más seria?” dijo uno de los Juanes, o dijeron todos al unísono y de consuno.

“Es correcto el planteamiento. No sólo debemos tener la mayor capacidad de control y de imaginación ofensiva, sino de aplicar la fuerza del modo más adecuado, ver nuestro Manual, página 25...”

“Sí, mi coronel. Ningún agente debe desmandarse... para no desmadrarse...”

“Salvo cuando la Superioridad entienda que debe hacerlo. No debemos confundir la táctica con la estrategia... Nada de visiones inmediatistas ni de presentismo a lo bobo. Fíjense lo que pasó con la guerrilla: acciones directas espectaculares y ahora, ¿por dónde andan, dónde están esos héroes de barba postiza? ¡Les pegamos con todo, en sus madres y en sus abuelas...!”

“¡Sí, así fue, mi coronel!”

“Hay que meter mucho miedo a la gente, y si ese miedo se consigue dando palo, muy bien. Y si precisamos sangre a la vista, mejor. Cuanto de más adentro nace el miedo, dura más: eso es estrategia. Mieditos no, eso queda para los putones que andan de amorío en los tangos y en los boleros... Creo que el tal joven agente SSS0007 nos va servir pero bien

mucho... De mientras, sigan dándole su entrenamiento, consíganle alguna buena mina para los fines de semana, que no salga del local, acá es la casa de nosotros, acá se respira, se duerme, se chamea, se coge... Que sólo salga cuando se presenten ocasiones para su participación, ¿de acuerdo, muchachos?”

“Sí, ¡de acuerdo con sus órdenes!” respondieron los Juanes, algo fuera de onda por aquello de “muchachos”, que hombres eran, muy bien hechos para lo suyo, y a esa altura, hijos de nadie.

El Machito continuaba en lo propio de él: se endurecía en el trabajo rutinario con sus colegas; ensanchaba la imaginación con la para él algo costosa lectura del Manual (obtenido por simple azar); seguía juntando recortes de revistas y diarios, “qué bueno que haiga más fotos que enantes, el desmadre aumenta en todas partes, ciudades, provincia, los purititos muertos y hasta sin cabeza los cabrones, tirados por ahí...”; soñaba con figuras hechas de sangre coagulada y con una mujer sucia y flaca que paría un perrito blanco y gritaba un nombre invisible.

Las dos o tres docenas de recién incorporados agentes, luego de un ya más ajustado proceso de selección, o sea, bastante más inflexible que el o los anteriores, también insinuaban algún tipo de recelo, desconfianza o neblinosa sospecha con respecto a Escipión. Ninguno de ellos aceptaba, por mero instinto u olfato popular, que el Machito pudiera tener solamente dieciocho años apenas cumplidos. Eso constaba en sus papeles aunque nadie de ellos tenía acceso a tal documentación; un rumor era el causante de esa incredulidad colectiva, “éste tiene como veinticinco, no me jodan”, a más de la estatura del agente SSS007, su corpachón de equilibrada osambre y su relieve muscular irrefutable, su cabeza céltica al rape -aunque de celta nada de nada: cabezón, nomás-, su rostro de ente ojijunto y cejijunto, sus dedos como pequeñas víboras cazadoras, los labios de carne endurecida por el silencio, las orejas filosas y eréctiles, los pies con un dúctil caminar de aplastamiento, el pecho como relleno de aire oscuro, la sombra como un doble que jamás se apartaba de él, “hace sombra hasta cuando duerme” se comentaba en la calle Solferino. Y el coronel Dunviro y los Juanes y los otros cuatro mandos medios estaban siempre al pendiente, a riesgo de empezar a darle preferencias que no correspondían.

“Señores, ¡aquí no hay consentidos!” dijo el coronel Retícula, sin mencionar esa vez el Manual, pág. 31. ¿Para quién lo dijo?

El Machito no llevaba amistad o simpatía con ninguno de sus colegas. Es oportuno decirlo, para claridad en el relato, que tuvo un incidente con dos de ellos, como a las tres semanas y media de que fuera aceptado en el servicio. Eso ocurrió en uno de los dos baños de doce regaderas, con sus aguas cloradas y calientitas y sus jabones neutros antibacterianos.

Uno de los dos agentes, ¿importa acaso cuál?, tal vez el SSS024, se ubicó bajo la ducha de

Escipión, aprovechando que éste fuera a retirar su toalla olvidada en el closet. ¿Un acto gratuito de provocación o un desafío consciente, de puro machismo nada más? ¿Probar delante de los demás, pues casi todas las regaderas estaban ocupadas, que alguien era más que ese otro alguien de presuntos dieciocho añitos? Especulaciones en verdad irrelevantes, que sólo importarían si el agente SSS024 alcanzara en razón de méritos y dedicaciones una plaza de decisivo protagonista en nuestra historia, pero no sería así.

“¿Qué chingaos estás haciendo en mi lugar, cabrón? ¿O no sabés que cada uno en su teta es el modo de mamar?”

“¿Qué dijiste, ojetito? ¿Qué, me la querés mamar?”

Los cuerpos encuerados mostraban sus parecidos y sus diferencias: músculos de hacer temblar, huesos firmes, descuernadas cabezas torunas, puños en estado de agresión, vergas excitadas.

“¡Quiero que te rajés, hijueputa! Y no te parto las costillas porque el Manual dice que entre nosotros...”

“¡De qué manual me estás platicando! ¡Será el manual de la chaqueta! ¿O la paja no es a mano?”

“¿Así que no leíste el Manual del coronel? ¡Lo van a poner de tarea obligatoria, pendejo!”

El agente SSS024, por apurado o por exceso adrenalínico, ensayó un golpe a la garganta, buscando las arterias sensibles. El Machito era el elemento más rápido de Solferino: aferró la diestra del otro con su siniestra y le metió un rodillazo en la plenitud de su triángulo genital. Y con mayor velocidad aún le clavó un derechazo en la nariz cuando el tipo se quebraba de dolor no controlable. Para terminar de una vez, lo pateó en las costillas, del lado del corazón y, tomándolo de los pies, lo usó de jerga para tirarlo en la ducha juntovecina, justo cuando el compañero del caído se decidía a entrar en el fulminante combate. El Machito, en verdad, usó al agente vencido como un arma viva, golpeando al otro agente, ¿el SSS029?, en mitad de la panza, y allí quedaron ambos elementos en una tembladera quejosa bajo el agua. Porque el Manual en su página 10 advierte de la “necesidad de utilizar cualquier objeto en ataque o defensa, sin importar su calidad ni su forma, incluyendo cuerpos de humanos o animales, ya sea enteros, ya sea en pedazos”. Eso, más o menos así, había leído el Machito, aunque sin comentarlo con nadie.

Sobre este incidente -nunca más se repitió siquiera algo parecido con Escipión- la Superioridad de Solferino no realizó comentarios: hay cosas que pasan y hay otras que no. Pero hubo una advertencia, recibida por los Juanes:

“Que este chavo no se pase, aunque tenga razón, ¿tamos?”

“¡Sí, mi coronel!”

“Ah, los agentes lesionados, ¿se recuperan?”

“Sí, señor. Unas horas más en enfermería y estarán bien. No mucho tiempo, para que no se vuelvan consentidos...”

El Machito pareció olvidar aquello, muy sometido a las exigencias del servicio. Y si lo olvidó en realidad, nunca podremos enterarnos. Cuando salía de recorrida por la zona, con permiso del coronel, en discretos vehículos de placas normales, o sea, falsas, con un agente que oficiaba de chofer, se surtía de revistas de toda fecha y de diarios recientes para recortar las fotografías que formaban parte de su obsesión general. Para que el colega circunstancial no hiciera comentarios, le decía solamente “No vayas a hacer comentarios, ¿ta?”, aunque a veces le regalaba las revistas ya desarticuladas a tijeretazos o cuchillazos. “Presión disimulada junto a halago o compra de conciencia”, ver Manual, página 16.

Y fue en un libro añejo (¿sería *Les larmes d'Eros*?) que se mezcló con la otra papelería adonde Escipión encontró sus otras fotos favoritas (¿se acuerdan de la primera, la del traspasado gordo aquel con la camisa del American Boys, etcétera?): una de comienzos del siglo veinte. Escena parcialmente borrosa, una ciudad de China, Wenchuan o Beijing o Shanghai. En primer plano, un señor muy serio observa la tabla de una mesa, adonde se asientan numerosos cuchillos de tamaño diversificado; está o parece a punto de recoger uno, de hoja notablemente fina. Al frente de ese señor de gorra alta, que viste túnica suelta, anchos pantalones estrechados en el tobillo y zapatillas negras de las que luego caminarían por todo el planeta Tierra, ajustado a y colgante de dos palos cruzados que no llegan a ser una cruz, se ve a un hombre con la cabeza hacia atrás, los ojos apenas abiertos, la boca sin cerrar ni abrir, ¿un hombre incompleto, un hombre imperfecto y carente de atributos?, porque sólo ostenta dos brazos sin antebrazos y sin manos, un vientre manchado a saber de qué, un pecho con dos agujeros en reemplazo de las tetillas, una pierna zurda de menos de un muslo, una pierna derecha que apenas pasa de la rodilla. Detrás se percibe un ancho coro de hombres con ropas similares a las del verdugo y cuyos rumores, de seguro en idioma mandarín con giros dialectales, subieron a las orejas de Escipión apenas éste descubrió la foto.

En la página siguiente, había una fotografía tan parecida a la que tan torpemente describimos que podría ser una simple variante para miradas no escudriñadoras, pero no. El agente SSS007 advirtió que el supliciado de esta representación era más macizo aunque sin pretender gordura; además, se veían con cierta nitidez los buracos oscuros que fueran la raíz de las orejas y el hoyo sangrante adonde anidara un ojo, ¿derecho o izquierdo?, carne y flujos liberados de la bestialidad de la luz y el horror.

El resto de la foto reiteraba los gestos paralizados del maestro de los cien cuchillos y las múltiples caras que apuntaban como hocicos indiferentes hacia el posible cuerpo de Tu Biao-Fu, presunto asesino de un príncipe mongol. Ah, olvidamos anotar que los dos palos de sostén del supliciado estaban atados en el lugar adonde se cruzaban, a más de que un par de

ayudantes del carníface los aguantaban con paciencia oriental. Estas dos palabras últimas las habrá pensado Escipión, aunque seguramente hizo algunas confusiones, pues si su sacrosanta patria (como le repetían en Solferino cada jornada) era el Estado Mesoriental, “¿por qué chingaos dice al pie de las fotos que los chinitos son orientales? ¿O van a ser más orientales o mesorientales que nosotros?”

El agente SSS007 no buscaría esclarecer ese tema con nadie, sólo el coronel Dunviro podría darle una ayuda, pero los de arriba son los de arriba y los de abajo, los de abajo. “Los del medio son peores que todos... Se enferman por subir y se enferman cuando bajan...” posiblemente agregó esa idea para sí. Tampoco deseaba abrirle a nadie el contenido de su neblinoso secreto. Las carpetas seguirían creciendo y en ellas procuraría un aumento de su inspiración, un estímulo para su imaginario más subjetivo, una ampliación del Manual cuyas directrices ya empezaban a no darle ni las meras satisfacciones iniciales.

El problema para él era en qué lugar esconder las cuatro o cinco carpetas, ya bastante infladas y que clamaban por ser seis o siete. Escipión soñaba a veces que los atormentados, asesinados y accidentados se mezclaban con los criminales, sicarios y torturadores, una danza de uniformes y faldas y calzones, un baile de cuerpos quietos, de cabezas dispersas, de cobijas envolviendo cadáveres, de sangre en inmedibles coágulos, de suciedad carnal, de automóviles mutilados, de bolsas de drogas blancas, de haces de marihuana, de billetes verdes desparramados entre la mierda... aquello le recordaba, al entrar estremecidamente y sin transición en la vigilia, las estampitas del cura Eufrodio y la sotana alzada del cura Anacleto. En ocasiones el agente SSS007, al cabo de revisar sus recortes, siempre organizados por tamaño y nada más, se dormía como el viejo Vizcacha, misturao entre los papeles. Nadie se arribaba al Machito, habían aprendido los de Solferino a marcar distancia después de su primera acción de él con el perro y la pareja, en ese orden, y del incidente en el cuarto de aseo; nadie tocaba ni miraba su papelería: era un secreto al aire libre que persona alguna intentaría descifrar; pero era sí un real secreto con relación a la Superioridad.

“Esos cabrones ojetudos se las saben todas, y cuanti más el coronel. Tengo que cuidar lo mío, de lo mío nadie va a saber más que yo...” elaboró el agente SSS007, para culminar “¡Ese pinche Manual ya muy prontito no prestará para más nada!”

En una de sus recorridas rutinarias, al pasar por la esquina poniente del mercado, dio indicaciones al chofer, agente SSS111, que se detuviera unos momentos.

“Aquí mero, parate...”

“¿Y aquí por qué?”

“Un descansito, a vos te viene bien. Ya tenemos como cuatro horas dando más vueltas que el burro en la noria...”

“Oye, ¿qué es una noria?”

“Ni sé, pero está para que el burro le dé las vueltas, era como un dicho de doña Chatita...”

“¿Quién es doña Chatita?”

“Ya no es nada, era mi abuela, la mamá de mi papá.”

“¿Y para qué nos paramos, eh?”

“Te dije que para un descansito, un respiro... Me bajo a echar una buena meada, si querés, luego vas vos. Ah, no apagues el motor, ¿ta?”

El Machito descendió en terreno conocido, atravesó el pasillo central del mercado hasta el fondo, a la derecha estaban los baños, pagó dos pesos a la aburrida señora que se encargaba del cuidado de esa olorosa zona, ingresó a la sección Caballeros, señalada con una humeante pipa inglesa que allí nadie usaba, se ubicó en el mingitorio que le permitía controlar el espejo sobre el lavabo, orinó casi con alegría, sacudió brevemente, se mojó las manos, las secó con cierta demora: unos mínimos quejidos lo alertaron de súbito. Venían de uno de los retretes, el último y el único ocupado en ese momento. Miró debajo de la manchada y cerrada puerta: en vez del clásico par de zapatos y los pantalones caídos, vio algo distinto. Metió unos patadones contra la frágil hoja de madera, semi colgada quedó. Entró a lo bestia en el mugroso cubículo, dos figuras saltaron hacia una vacilante verticalidad.

“¡Maricas hijueputas! ¡Así que chupando vergas! ¿Quién es el puto aquí?”

Los tipos, un veterano pelón y un mozo de ancha melena en curiosas ramificaciones, quisieron zafarse a fuerza, a puros empujones, nítido error. El Machito los pescó directamente de los pescuezos, una mano zurda aferró el del señor bien trajeado de azul, encamisado de blanco y encorbatado de rojo, y una mano diestra el del joven disfrazado de dark o punk, con hilos alámbricos y arreglos metálicos en nariz y orejas, uñas tipo Drácula, cadenas gigantescas de plástico dorado cruzadas encima del chaleco de cuero negro, pantalones ajustadísimos por las largas botas rodilla abajo, bragueta descaradamente abierta en exhibición de una húmeda tripa que se arrugaba rápidamente.

El agente SSS007 cargó a los arrastres con aquellos disímiles personajes, al parecer bastante conocidos en la región del popular mercado, pues un marchante cualquiera, testigo circunstancial del violento arresto, desde su colorido puesto de venta de frutas y flores, comentó para ser escuchado:

“¡Al fin les dan lo suyo a esos maricones! ¡Los baños no son un burdel!”

(Pensamos que de ese modo indirecto hacía referencia a ciertos colegas comerciantes que, a cambio de sobornar al encargado de la seguridad, se entretenían a veces más con el dark que con el atildado veterano, pero en esto del corazón de debajo de la cintura, todo es posible, aunque más complejo es el corazón de arriba... pero basta de reflexiones sobre el erotismo...)

El agente SSS111 vio al Machito en el momento en que abandonaba el mercado, arrastrando aquellos dos cuerpos tan diferentes como si fueran dos gallinas de distinta raza en tránsito de desplume y degüello; vio que los curiosos, que suelen brotar de cualquier parte y en cualquier terreno, ni se acercaban a tasar detalles de aquel movido triángulo humano; vio la boca del agente arrestador abriéndose y casi vio la orden que de ella emergía:

“¡Arrimá el coche! ¡Abrí la puerta de atrás, rápido!”

Y todo resultó como de película gringa. El dueño del quiosco que proveía de revistas y periódicos al Machito había tomado el tiempo de aquel operativo. Así platicaría al rato con el de la taquería de junto:

“¿Sabes cuánto duró el desmadre? ¡Catorce segundos!”

El de la taquería sólo dijo:

“¡A la puta! ¡Ni Rambo!”

Los detenidos fueron ubicados en las habitaciones de primer tratamiento del local de la calle Solferino. Totalmente encuerados ambos dos conjuntamente, al mugroso punk le sobraban evidencias metálicas de que sus adornos identitarios iban contra la naturaleza de las cosas; el veterano era lo que mostraba: alguien de buen pasar en lo económico, que comía y se bañaba todos los días, que usaba cremas especiales según el lugar adonde la piel iba perdiendo sus apoyos musculares.

“¡Tenés que sacarte todas esos chunches, esas mierdas! ¡Parecés un motor de auto de carreras, cabrón!”

“¡Me pongo encima lo que yo quiero, pig! Fucking you!”

“¡No mames, mi güeicito, no te hagás el pinche gringo!”

El agente SSS007 catapulteó el primer madrazo, dura y exactamente a mitad de las no breves narices del muchacho. El botón de metal dorado que se aposentaba en la nariz derecha saltó, a costo de sangre, no como un resorte, porque sería un lugar común de la literatura, sino como un súbito y sólido moco sin órbita prefijada. Ese inesperado desprendimiento agitó la inspiración del agresivo agente, por lo que dedicó un minuto o dos a arrancar de la piel y la carne del dark cadenas y colgajos varios. Entre mugres sanguinolentas y sudores excesivos se nublaron los complejos símbolos de los tatuajes. El Machito exclamó brutalmente:

“¡Y esa piedrita que tenés plantada en la frente, puto!”

El muchachote dejó de gritar y de echar lágrimas, una furia última lo animó a responder:

“¡Es el tercer ojo! ¡Con ese ojo podemos ver a Dios!”

“¡No me jodas! ¡A Dios no lo ve naidas, ni mi abuela muerta!”

Y sujetándole la cabeza de infrecuente peinado, con dedos diestros oprimió la delgadez cárnica de la frente hasta que la piedra azul, anciana de millones de años y encontrada en una

diluida playa sobre la mar océano del Este, fue expulsada como mal inquilino para ser recogida más tarde por el mismo agente SSS007.

“¡Me dejaste ciego, hijo de tu putísima madre! ¡Ahora no podré ver a Dios!”

El Machito finalizó el cuadro con un golpe en la totalidad del rostro del mozo; el desmayo duraría como tres horas, agudizado por el vaciamiento de sangre, que no resultó terminal por cuestiones de simple azar o buena coagulación.

El otro prisionero estaba de plantón, en pelotas y parado de cara a la pared, con la nariz pegada a la capa de pintura al aceite.

No vio, o vio sólo un poco y de reojo, el sometimiento de su compañero ¿sexual o erótico? (parece que eran pareja reconocida por la gente del mercado), o adivinó por habilidad de oído lo que sucedía. Tal vez algo vio, porque su cuidante, el agente chofer SSS111, le quitó atención para apreciar de modo profesional el trabajo de su compañero de servicio. El señor, no tan viejo en verdad, vomitó más de una vez. Y también lloró, quizá “porque a todos los hombres les corresponde el llanto cuando no podemos enfrentar el mal en esta época del advenimiento de la Bestia”, según decía su amante, el muchacho atormentado, el punk despreciado, el dark que quería ver a Dios.

“¡Dale, viejo marica! ¡A lavar la pared y el piso, cochino!”

Cuando el veterano terminó ese acto de higiene, fue el encargado voluntario de pasar una jerga por las baldosas receptoras de la sangre y los fluidos del muchacho. Los adornos metálicos y de plástico dorado se hallaban sobre una mesa solitaria, fuera del centro de los interrogatorios, dispuestos como frutos o trofeos del pillaje y de la guerra. El dark estaba ya en la enfermería, por disposición de Juancinco. Éste ya se había comunicado telefónicamente con el coronel Dunviro.

“Con sus disculpas, mi coronel” y le informó de la doble captura a cargo del agente SSS007.

“¿Pero qué le pasa a este desgraciado? ¿No dijimos de vigilarlo para que no se excediera en el cumplimiento de sus delicados deberes?”

“Señor, es que estaba de recorrida rutinaria, como les toca a los agentes, ver Manual página doce...”

“¡Ya conozco el Manual, coño! En realidad, ésa no es tarea estricta de este cuerpo de seguridad, sólo de vez en vez. Eso es asunto de la policía, ¿sí o no? Bueno... fueron identificados los detenidos, me dijo usted... me dijiste vos... ¿Quiénes carajo son?”

“El chavo es un punk clasemediero para abajo, no estudia ni chambea, a veces vende dulces, chicles y cigarrillos sueltos en las paradas de autobús o a las puertas del Estadio de los Cien Años. Se llama Facundo Daimones, veintidós años, nacido en esta ciudad...”

“¿Y el otro homosexual?”

“Es un señor licenciado en contaduría, un empresario mediano, hace transacciones de exportación a Greengoland United de mercancías maquiladas aquí por los chinos, parece un tipo refinado, buena ropa importada igual que los zapatos, usa reloj, cadenas y pulsera de oro de verdad, dijo que conoce al otro desde hace unos meses y que llevan una relación amistosa muy sana. Este tipo es divorciado, sin hijos a su nombre, solía andar por esa zona, pero nunca había ido antes a los baños del mercado, parece que esa vez sí, porque el hotel del barrio estaba todo lleno...”

“Está bien su informe, pero ¿cómo se llama este tío?”

“Se llama Abraham Petronio Nalguenstein, cincuenta y ocho...”

“¿Cómo? ¿Estás seguro? ¿Se llama así, Juancinco?”

“Sí, mi coronel. Es como judío, ¿no? Eso dicen sus propios documentos de él...”

“¡Nos jodimos! ¡Estamos bien rejodidos!”

“¿Por qué, mi coronel?”

“¡Ése no es tu asunto, carajísimo! ¡Me lo sueltan enseguida al detenido, ahoritita, al tiro, de inmediato, sin demora, ya mero!”

Hubo una especie de respirada y exhalada pausa. Hábitos enturbiados y perturbados se cruzaron por cables y distancias.

“¡Y lo ponen en la mera puerta de su casa de él! ¡Vive por la colonia Duquesa! ¡Luego luego me comunico con vos!”

El trancazo del teléfono del coronel le estrujó los tímpanos a Juancinco, quien es probable que haya pensado que las hazañas del agente SSS007 ponían en cuestión el funcionamiento de Solferino tanto como su castrense paciencia, y que además ya les estaban amasijando los testículos, por recurrir a una metáfora vulgar, a todos los Juanes de modo intolerable.

“Habrá que proceder, y ya...”

Capítulo 15.

El agente SSS007 fue llevado ante la junta de los mandos medios, recién a los dos días de la liberación del señor Abraham Petronio Nalguenstein. Nos ahorraremos en este apartado los detalles del evento, o sea, de la especie de juicio que los Juanes y algún oficial de más rango ejercieron sobre Escipión. Por la forma en que se llevó a cabo el procedimiento, prácticamente fue acusado de ocuparse de funciones correspondientes a los cuerpos policíacos normales y no de las propias de la ese-ese-ese. O sea, “contención preventiva de movimientos antidemocráticos y/o actividades subversivas, así como cualesquiera acción que pudiera situarse bajo mera sospecha de terrorismo”, ver Manual, página 1.

¿Y por qué la discreción de los narradores de estas tristes crónicas, ajenas a la grandeza de una pequeña nación? Por razones de simple técnica narrativa: no olvide el presunto lector las escenas del primer capítulo... En verdad de verdad, en ese capítulo y en el quince aparecen dos Escipiones distintos en dos momentos diferentes, pero en el conjunto de las personas y los sucesos hay sin duda, ¿o no?, factores o componentes cuya entretejida similitud otorga coherencia y hasta justificación a nuestro relato. ¿Y el Machito? Pues... invulnerable a estas reflexiones. Aunque la vida siempre da sorpresas, como dijo doña Chatita al descubrirse atraída por el futuro padre de Tricornio Carrasco.

El castigo fue mínimo, ya que las maneras de actuar del agente SSS007 fueron las adecuadas, según el testimonio del agente chofer SSS111, “¡y a qué velocidad!” O sea, una semana sin ver ni oler la calle, con doble de entrenamiento y una obligada limpieza de las hileras de retretes y los montonales de trastes de cocina. Esto encogió sus horas de descanso y asimismo atenuó las chances de repasar sus carpetas de recortes. Su último hallazgo en la revista *White Times* era, a página completa, la fotografía tomada en el lejano e inubicable Vietnam a unas niñas de menguada edad que iban corriendo desnudas por un camino de lodosa tierra, con trozos de piel despegándose de su cuerpo; mientras desde lo alto, sobre árboles y pájaros quemados, se esparcían todos los fuegos del cielo, y un soldado gringo, equipado como un guerrero medieval, observaba a aquellas criaturas a través de una hocicona máscara antigás. De hecho, era ésta la única foto que contemplara durante la semana de castigo.

“Pero escúchame, Leoncio, ¿cómo crees que lo pasé? ¡Fue mucho más que una falta de

respeto a mi calidad y a mi edad! ¡Y no me digas que metí la pata, que me comprometí por andar con un chaval punk! ¡En mi corazón no manda nadie!” la voz alterada, sí, de Abraham Petronio.

“Pero... piensa que no eran lugares para una persona como tú, si tienes a tu alcance hoteles de ocho estrellas, moteles con alberca en las recámaras, tus departamentos privados, por no decir secretos...” dio a su amigo estos argumentos el general supremo.

“¡Fueron horribles vejámenes, créemelo! ¡Lo juro por Yaveh, por las tablas de Moisés! A mi Facundo casi lo hacen hilachas, y los dos desnudos, encuerados como cerdos en el rastro, yo de nariz contra la asquerosa pared, casi no vi cómo se lo hicieron pero vi cómo lo dejaron... ¿En qué país estamos? ¿Para qué yo me vine a vivir aquí, a dedicarme a mis negocios, a ayudar a mi gente de la colectividad, fueran sefardíes o judíos árabes o ashkenazi? ¿Para qué? ¿O nos escapamos de Hitler para caer en los hornos de la democracia?” la furia tenía el tono de las profecías y la exageración producida por las humillaciones.

“Oye, no inflés tanto el globo... Sé muy bien de tus vínculos con la presidencia, una alianza rara entre un mocho de derecha y un judío de mucha plata aunque algo liberal...” una sugerencia de Leoncio.

“¿Qué se te ocurre insinuar, general supremo? Mi amistad con el presidente Bordaburro está por encima de la religión...”

“Pero por debajo del dinero... Nuestros servicios de información e inteligencia nos tienen al día en cuanto a las operaciones bursátiles, hay un control de seguimiento de inversiones en el sector inmobiliario y el relacionado con la informática y la telefonía... Además, la especulación relacionada con el precio de la tierra fértil basada en la alta demanda de cereales y soya... y los negocios de importación y exportación ligados con la fayuca y los productos baratos de Katay, Hindira y Cipango. La participación del presidente y sus amigos en estas acciones empresariales es bastante reciente... nuestros servicios no tradujeron de inmediato que su conservadurismo era real sólo en cuanto a un pensamiento católico bajo influencia renacentista, pero de ahí también recogió su interés dinerario, que por mera genética le metió su padre, ¿recuerdas, Abraham?, un opaco administrador de la hacienda del escritor Charles King... que se empoderó de la misma...”

“Dime, ¿a qué tanto discurso? ¿Buscas ofenderme? ¿O quieres impedir que hable con el presidente, que denuncie la violación de mis derechos ciudadanos?”

“No, te coloco en tu realidad, nada más. Si presentas tu queja ante Bordaburro, las cosas pueden complicarse para todos. ¿Entiendes? Mira, tú y yo nos conocemos bastante, no recordaré de dónde, cuándo ni cómo. Por eso, es mejor que no te lamentes como un judío perseguido, en este país siempre has estado muy a gusto. ¿O por casualidad te acordaste alguna vez de los pinches indios que tuvimos que liquidar, o de los obreros y estudiantes que

debimos encanar o desaparecer por alborotadores y perniciosos, o los guerrilleros que masacramos o encajamos en la cárcel hasta ahorita mismo? Lo increíble es que había hasta algún judío comunista entre ellos, ¿sería por Marx? ¿O no sabías que hay judíos pobres?”

“Veo que estás inspirado... ¿Puedo recordarte que ciertas veces solicitaste entrar con alguna inversión para ingresar al país buenas dosis de polvo blanco? ¿Y las maquinarias, ropa, zapatos, joyas, perfumes, etcétera, que tu gente decomisaba en la lucha nacional lanzada contra la fayuca? ¿Dónde está toda esa mercancía?”

“Una parte interesante la compró el Grupo Torah, del cual eras o eres el supervisor general... Mira, no me jodás más: tenemos las patas metidas en el mismo barro. Te pido disculpas por la detención injusta que sufriste, te invito a cenar apenas me digas cuándo puedes. Porque debemos platicar más sobre este asunto, es secreto de Estado...”

“¿Y yo por qué debo saberlo, si es tan secreto?”

“Ya verás por qué, Abraham... ¿Cuándo cenamos? ¿Hoy?”

“Ah, no, tienes que tomar en cuenta de lo que pasa con el chavo... Mejor mañana, debo descansar y echar un ojo a mis asuntos de estos días... ¿En el Club Los Cedros, a las ocho?”

“De acuerdo, ahí mero, Abraham.”

La plática telefónica había terminado. El general Leoncio sintió que el sudor le saturaba los testículos. Tiempo tenía sin conectarse con el contador Nalguenstein, hombre tan organizado y eficaz que uno no entiende totalmente cómo, por la mera pasión, se mete en el baño de un mercado de barrio a hacerle la felatio a un cabrón punk. “Hay pasiones que ni la pasión entiende” pudo haber pensado antes de preguntar a su agrisado asistente si la conversación había sido completa y fielmente grabada.

“Sí, señor general. Como usted ordenó” y casi agrega el asistente en telefonía que todas las pláticas siempre quedaban fielmente grabadas, pero no lo hizo, que al buen callar llaman milico.

El general Leoncio, cumplida esa labor de enlace político-sentimental-financiero, decidió marchar hacia el Club Armas y Letras. Allí se echaría un estupendo chivas regal doce años, una dosis profunda, con unas piedras de hielo molido y algunas tapas o botanas o una picada sureña, abundante en quesos, salamines y aceitunas. Dejó que el cuerpo se ajustara en el asiento trasero con la vibración del motor y las modificaciones producidas en la inercia natural por las maniobras irregulares de su chofer, un sargento de la frontera norte, Paulo Fedorinho o Fedoriño, que en cuatro años de atento servicio no disimulaba su repudio a las ciudades más grandes que su natal, poco poblada y trilingüe Rivamento. Junto a Paulo, su guardia de seguridad, el centurión Félix Caín Gatti, un gorilazo de meter temor, miedo y horror con sólo echar un vistazo a quienes se acercaran sin autorización al general Leoncio, no terminaba de acomodar la pistola nueve mm y la metralleta que les expropiara a unos

sicarios cuando laboraba para el cártel de ... (dato confidencial a riesgo de no continuar nuestro relato). El general Leoncio lo había autorizado, como una infrecuente excepción, a utilizar esas armas y no las habituales de las Fuerzas Unificadas, pues “las que usan los narcos son más modernas que las nuestras... lo seguro es lo seguro, ¡y chau!”

Además, ¿quién criticaría al general supremo por ese anormal pragmatismo? Pero debemos esclarecer que, para la época en que podría ubicarse esta historia, el narco no alcanzaba el desarrollo ni la influencia que ahora logra en todo el mundo, como una de las más señaladas características del ámbito empresarial en esta compleja neoposmodernidad.

En fin, el general Leoncio, conducido por un dulcemente obsequioso capitán de meseros, asentó sus todavía compactos glúteos sobre el sillón de cuero importado de Marruecos, sillón de uso estrictamente personal y subjetivo, hasta su nombre estaba inscripto en una placa asegurada a la parte de atrás del espaldar, con todo y la fecha de su ascenso a general. El whisky llegó de inmediato junto con los platitos botaneros; lo disfrutó como lo que era, un bebedor. Despreciaba indisimuladamente a los briagos de todo pelo y color, milicos o no, aliados o enemigos políticos, “porque yo no tengo adversarios ni oponentes, tengo sólo enemigos, como debe ser”, el general dixit. Y también dixit: “pues al enemigo se le aplasta y con los otros hay que entrar

en transacciones y arreglos... Por eso los narcos no son enemigos, son contendientes, empresarios muy especiales que, a su modo, hacen la lucha por el mercado...”

Siguió con su pensadera, sintiendo la delicada y fresca picazón de la bebida que descendía, simplemente al aceptar la ley de Newton, por los tubos habituales para encender una ligera calidez estomacal. Hubo dos largos descensos.

“Y nosotros peleamos por el mercado que nadie ve como tal... El mercado de lo que algunos llaman, ¡tarados!, represión. Sí, porque tenemos, de acuerdo con la sacra Constitución del Estado Mesoriental, el monopolio irrestricto de todas las formas de contener, mediatizar, deshacer y borrar los movimientos sociales, partidos y agrupaciones estudiantiles, laborales, femeniles, antirracistas, políticos, ideológicos, deportivos, infanto-juveniles, regionales, nacionales, foráneos, continentales, intergalácticos...” y se detuvo porque el alcohol, de súbito y al tiro, empezaba a pensar por él.

Pidió, mejor dicho, ordenó duramente que le ofrecieran un vaso con agua mineral, sin gas, y un café americano bien retinto.

“Nunca sucede que un par de tragos me distraiga de las razones de mi pensamiento... ¿Será por el incidente con el amigo Abraham y sus posibles efectos?, porque ese tema no está resuelto todavía. Ni él lo cree, y yo menos...”

El tormentoso café le aligeró las neuronas, el agua mineral acabó con las fogaradas indeseables. Un eructo parcialmente neutralizado dio fin a aquella situación irregular.

El general Leoncio había acordado, por si no lo escribimos antes, una entrevista con el almirante Neptunio Cuadrilla y el brigadier del aire Ícaro Rodríguez. Asunto a considerar: el caso del contador-empresario Abraham Petronio Nalguenstein, del que los otros dos jefes no sabían un corno, aunque conocían en lo personal al mencionado señor.

La plática fue algo estirada, pues si bien la ese-ese-ese existía con conocimiento de las tres armas, nadie sabía, ni el presidente del Estado Mesoriental como presunto máximo jefe militar, quién estaba a cargo ni cómo funcionaba ni cuáles eran sus reales alcances ni para qué se había así instaurado, porque los tiempos si bien difíciles, no presagiaban ningún temblor social de cuatro o más grados en la escala de Hoover (sistema gringo de detección de revueltas, asonadas, golpes de Estado, guerrillas, alzamiento de indios, inconformidad burocrática, focos rojos de cualquier tono, malestar económico-financiero, inquietudes intelectuales, peleas religiosas, expresiones antiimperialistas, insurgencia, maestros inconformes, revisionismos ideológicos, etcétera). El general Leoncio debió mostrar sus limpios y experimentados colmillos frente a sus acuciosos colegas que, y con alguna razón, sugerían desacuerdos entre las tres ramas de inteligencia y las direcciones nacionales de seguridad, información y contrainsurgencia.

“Caros colegas, el incidente fue originado por un funcionario excesivamente fiel a la patria y demasiado fundamentalista en cuanto a la aplicación del Manual elaborado, en función de mis órdenes, por el coronel Dunviro Retícula. Hasta ahora nadie ha logrado, ni los franchutes ni los germanos ni los israelíes ni los gringos, que cada agente asimile con equilibrio y mílite medida los términos justos de cómo aplicar los procedimientos más adecuados en una situación imprecisa o inesperada...” explicó con impaciente paciencia el general supremo.

“Pero, ¿en dónde prestaba sus servicios tal agente, mi general?” se expidió el brigadier del aire Ícaro Rodríguez, quien, según los informes que de él recogiera don Leoncio, era oficial preparado en lo suyo y con una cultura libresca y tecnológica inédita en las Fuerzas Unificadas; es decir, era alguien que ameritaba una vigilancia sin pausas.

“Sí, sería óptimo conocer ese dato, mi jefe supremo” confirmó el teniente general del agua Neptunio Cuadrilla.

Era un punto de delicado tratamiento, pues las preguntas a partir del agente podrían ascender hacia otros grados, y ni el coronel Dunviro ni el general Leoncio debían aparecer en esa subida. Dijo Leoncio:

“Mis queridos colegas, bajo la misma bandera estamos, por lo que la confianza es un dato que suponemos inscripto en nuestro deber... El agente mencionado, cuyo nombre no retengo, estaba realizando un periodo de mero adiestramiento para ingresar al cuerpo de policía... bueno, el ese-ese-ese, encargado de la atención especial en ciertos barrios conflictivos

de la ciudad... Debían darle el alta, hasta donde fui informado, en apenas dos semanas, pues el comportamiento había sido el que correspondía a sus funciones. Creo que esto es suficiente con relación a ese funcionario, porque cualquier sanción que se le aplique escapa a la órbita de mi accionar, como ustedes comprenderán. Como dice el dicho popular: ‘Cada culo caga su caca’...” completó el general supremo para pasar enseguida a lo en verdad relevante:

“El problema grave está en quien se viera injustamente envuelto en la desgraciada coyuntura que motiva esta reunión, hablo del señor contador y empresario Abraham Petronio Nalguenstein. Como los apreciados colegas saben, es persona de la amistad personal del presidente de la República... y muy influyente en su pensamiento económico-financiero. Apelando a la confianza entre nosotros, tres colegas del más distinguido rango, esa influencia no ha resultado benéfica para nuestra patria.

Si hiciéramos una comparación entre los informes recopilados por los servicios inteligentes que nos corresponde atender y organizar, veríamos sin duda que es así, por motivos que hasta da pena ajena enumerar...” respiró el general y luego bebió las aguas minerales restantes, así como luego ordenó fieramente tres cafés retintos, dos coñaques Charles V o VI y otro whisky, la marca de siempre.

Sus colegas del agua y del aire conjuntaban un solo silencio.

“Decíamos recién, pues, que las ideas del señor Abraham no son buenas para el país... Observen que se da preeminencia a la inversión a costa de la producción, se sustituyen ciertas importaciones por el contrabando en vivo y en directo, se apuesta a un sistema cambiario de flotación cuando nuestra moneda, el sagrado peso, se hunde... vemos que se exige de carga fiscal a los dueños de la bolsa de valores, se venden y compran bancos en operaciones que no dejan impuestos, se grava con dureza a los medianos y pequeños productores del campo y a los campesinos indios y mestizos, mientras que los latifundistas trabajan en acuerdo con las empresas extranjeras especializadas en el acaparamiento desleal de trigo, frijol, soya, arroz y semillas y alimentos de todo tipo... Colegas, éramos los reyes del maíz y el trigo, ¡y ahorita estamos importando pan y tortillas! ¡No me jodan!” así fue el informe macroeconómico del general Leoncio.

“Es cierto ese su análisis, mi general, coincido con usted a plenitud. El tal señor Abraham tal vez actúe como una eminencia gris, el poder abajo del trono, y en esto no parecen tener relevancia las diferencias religiosas con el presidente...” comentó con su tono de seguridad intelectual el brigadier Ícaro.

“Lo que yo me pregunto es en qué jodienda anda el ministro de Economía, tesoro y hacienda, nuestro doctorcito Dionisos Pan de Dios Le Gros, con toda su experiencia en el Banco Cósmico de Desarrollo Mutuo” casi protestó el almirante Neptunio Cuadrilla.

“Sí, es otro medio puñal, según el argot o caló que fluye por la ciudad. ¡Pero a mí me vale

lo que hagan con sus reverendos culos, me importa como a ustedes, colegas, el alto destino de la patria!” exultó el general Leoncio, de inmediato arrepentido por el tono en que entraba la discusión.

“Y el otro, ¿quién resulta ser, mi general?” inquirió Ícaro, asumiendo un aporte lingüístico de vibración neutra que servía a su pregunta ociosa, a menos que insinuara le permitieran conocer mayores datos del tío mencionado.

“¿El otro qué o quién? Ah, ya les dije, el otro es Abraham Petronio, dato de confianza extrema... ¡si fue eso lo que provocó el relajo en que andamos, señores...!” se alegró porque estaba acercándose al punto oculto que había motivado la reunión. (Por supuesto, la junta se efectuaba en un rincón alejado de las mesas de billar, del tiro al blanco con dardos, de las mesas llenas de diarios y revistas varias, incluyendo *Play boy* y *Ángeles nalgones*, y de la extendida barra adonde se meneaban capitanes meseriles, mozos o meseros como soldados rasos y tres barman que sacudían recipientes de plata y cristal como alquimistas de una nueva edad dorada.)

“¿Cuál y cómo fue la intervención del agente mencionado, mi general? Creo, con todo respeto por su buena voluntad y su tiempo dedicado a esta junta de altos mandos, que el almirante Neptunio y un leal servidor debemos estar enterados de todas las minucias que ocurrieron” fue el planteamiento de Ícaro.

“Sí, en efecto, además de una descripción del hecho, del lugar, de la fecha, y una evaluación, mi general, de las posibles consecuencias, dadas las vinculaciones del señor contador Abraham con nuestro presidente...” apoyó Neptunio.

“Perdón, almirante, ¿por qué nuestro? Aunque sea el más alto funcionario y el jefe por ley de las Fuerzas Unificadas, su actitud ante nosotros, los mandos superiores que hemos dirigido la exitosa contienda contra la derrotada guerrilla, no ha sido la de un colega de armas... ¿Acaso hubo un digno aumento de salarios y prestaciones para las tres armas? ¿Sabemos si se han constituido en la policía grupos o cuerpos de acción paralela para atender todo lo que huela a insurgencia? ¿Fueron disueltos los paramilitares o dejaron de ser una fuerza sólo circunstancial? ¿Por qué ya no tenemos contacto en vivo y en directo con los asesores militares de la embajada de Greengoland United? ¿Quién o quiénes manejan ese contacto? ¿O alguien no quiere que nosotros, centuriones ultra nacionalistas de la logia Tabaré, investiguemos los negocios del embajador del Norte, entre ellos, limpieza de divisas convertibles en la banca gachupina instalada aquí? ¿O tampoco alguien no quiere que entremos en el debate sobre el petróleo, porque ustedes conocen perfectamente que en la plataforma continental sobre el Golfo de la Plata hay veras posibilidades de hallazgos inconmensurables, que permitirían el desarrollo real del país y la ubicación de las Fuerzas Unificadas como rectoras del proceso?”

“Su explicación, tan bien asentada sin duda desde tiempo atrás, nos ilustra grandemente, mi general, pero hay algunos puntos sobre los que me aventuro a preguntar: ¿Qué se obtendría de una investigación sobre las labores comerciales del embajador gringo y su relación con los bancos de Hispania? ¿O sería eso el camino para averiguar qué socios nacionales pueden estar involucrados?” fueron las desnudas preguntas de Ícaro.

“Es así, mi general superior, pero en lo personal me importa más el asunto del petróleo y su dicen que detectada presencia en la plataforma submarina. Ahí tiene que ver la armada bajo mi mandato. Y esa es una responsabilidad histórica que nos corresponde tomar bajo nuestro control. No bastan los trabajos de prospección encargados a las siempre angurrientas empresas extranjeras: debemos meter mano en eso también, aunque no sea en el corto plazo... Tiene razón total usted, general, en que las Fuerzas Unificadas deben dirigir el proceso como un hecho global, para eso...” fue el decidido argumento de Neptunio, interrumpido por Leoncio.

“Pienso, almirante, que usted y el brigadier del aire están haciendo sugerencias de un tipo de participación con el que estamos de acuerdo... pero ¿y los detalles, dijera Cantinflas? ¿Qué nos señala la Constitución del Estado Mesoriental, reformada justo por el actual presidente en acuerdo con el Partido Rosado y el Partido Santacruceño? Que el pueblo puede exigir un cambio de gobierno si éste no cumple con las sacrosantas leyes que dan sustento a la nación... Nación con mayúsculas. ¿Es, no?” aseveró Leoncio con firmeza generalicia.

“Pero para el asunto puntual de hoy, mi superior, creemos que sólo por el incidente con el señor Nalguenstein no alcanza, sino que debemos develar sus enjuagues con el ministro Le Gros y la mafia que lo rodea, incluyendo sus jóvenes y guapos matadores. Además, recordemos que los gringos favorecieron el golpe democrático de los generales brasilienses, que fue muy a lo bruto, es de reconocer, cortaron demasiadas cabezas... Señor general, le proponemos lo siguiente, ya que es éste un asunto de lesa patria: debemos convencer al presidente Bordaburro que se deje de mamadas, que abandone esos vínculos negativos con el capital judío-hispano, que piense en el mercado interno y se ocupe más de contener los movimientos sociales que los subversivos comunistas y otros muchos organizan contra la estabilidad del país. ¿Cómo hacerlo eficaz, dura, legal y prontamente? Pues... suprimiendo por decreto la función de los legisladores, del color que sean, anulando los permisos de actividad sindical, ocupando universidades y colegios públicos, pero no los centros de enseñanza de orientación religiosa o privada, cerrando las fronteras por unos días para asegurar el orden interior, quitando de sus cargos a los funcionarios del Estado infieles o aprovechados, decretando el estado de sitio permanente, congelando los salarios y soltando los precios, clausurando periódicos, revistas, editoriales y salas de teatro o de mera diversión, controlando los manejos de divisas y las exportaciones e importaciones... Esto sería el

principio, y el señor presidente no tendría que renunciar sino confirmarse en su puesto. De este modo, las Fuerzas Unificadas no aparecerían tan comprometidas, aunque nuestro apoyo sería incondicional porque el plan es nuestro... La clase empresarial, como le llaman, daría aportes de relevancia, morales y materiales, y hasta aplaudiría la valiente resolución presidencial, lo mismo que los sectores que mueven el poder mundano en las iglesias que en el país tienen su asiento y hasta sus tradiciones” dijeron en un solo y largo envión de voz el almirante Neptunio Cuadrilla y el brigadier del aire Ícaro Rodríguez.

Leoncio sabía, porque sus orejas y sus ojos tenían incontables sucursales, que sus dos colegas estaban elaborando un proyecto de cambios globales para el país. Él mismo había colaborado de modo invisible, a través de sus influencias y contactos en las tres armas, en aquella elaboración. ¿Cómo? Sencillo de explicar: los asesores de la marina y de la aviación eran asesorados por el general supremo directamente, y eso sucedía desde antes de que Ícaro y Neptunio ocuparan sus prestigiosos cargos. Por lo tanto,

Leoncio expelió esta exclamación:

“¡Caros compañeros que somos de armas terrestres, aéreas y acuáticas! ¡Estoy tan sorprendido por la lucidez aplicada a ese patriótico proyecto que sólo puedo darle mi apoyo sin límites! En verdad les digo que falta solamente ponerle día y hora a tan elevado acto democrático... Pero, tal vez por exigencia de mi cargo o por la necesidad irrefutable que la dinámica de la coyuntura nos plantea, hay aquí un obstáculo... objetivo. Como no queremos enemistarnos con los inversionistas y amigos o socios políticos de adentro y de afuera, sería muy productivo acabar con las influencias del contador Nalguenstein... de modo definitivo. Si están de acuerdo, pasaré ese tema a los niveles bajo mi mando que correspondan... En cuanto al puto de Dionisos Le Gros, en razón de sus conexiones internacionales, podría ocuparse de alguna embajada en Mongolia o en Tanzania, siguiendo añejas costumbres nacionales. ¿Hay acuerdo?” culminó Leoncio.

“De acuerdo, ¿y la fecha? Según Lenin, cuya astucia política no debe ser olvidada por nadie, un día antes no, uno después tampoco... También hay que aprender de los enemigos inteligentes...” fue la sugerencia de Ícaro.

“Ya he pensado y resuelto el tema. Hablaré con el presidente mañana mismo, pues nunca me niega una entrevista. Redactaré, sobre la base de nuestro acuerdo, el pliego a presentarle. La fecha será el 27 de junio, antes o luego de las grandes fiestas, del partido de fútbol de nuestro seleccionado con el de la República de Argentoris, que ganaremos, y de los desfiles castrenses más impresionantes de nuestra breve historia. Es un mes de festejos que inauguraremos bajo la cifra de: ¡patria, pan y fútbol!” con estas afirmaciones, el general supremo Leoncio, previo postrer trago de su whisky preferido, y alzándose en lo firme de sus negríssimas botas, daba por finiquitada la junta.

“Seguimos en contacto, general supremo” fueron las unísonas palabras del marino y del aviador.

“Los tendré debidamente informados, caros colegas...”

El general supremo Leoncio solicitó al mesero de modo urgente que le alcanzara el aparato telefónico de su exclusiva utilización. Marcó un solo número de seis dígitos. No dijo ni “holá” ni “bueno”, nada más asentó algunas frases en el oído, suponemos que diestro, del coronel Theodor Roos Rice, asesor y responsable de asuntos castrenses de la Embajada por antonomasia, o sea y redundando, la de Greengoland United.

Dijo más o menos así, de acuerdo con las dos grabaciones registradas automáticamente, la de la Embajada y la suya propia de él en cuanto agosto jefe de comunicaciones secretas:

“Mai córonel, ya hubo acuerdo con los señores del agua y del aire. Se marcó fecha para iniciar el experimento según las tecnologías actuales. Agradecemos su asesoría y su apoyo directo. Seguiremos en contacto. En Dios confiamos. ¡Gud bai!”

Capítulo 16.

El agente SSS007 cumplió a penosa cabalidad el castigo por sus exageradas intervenciones. Aceptó que fuera así menos por disciplina que por la certeza intuitiva de que su postura estaba en trance de confirmarse como una línea genérica de acción. Esa sospecha cocinada en las telas de un corazón sostenido por intraducibles raíces de violencia, de haber coincidido con una mente de crueles lucideces y helados razonamientos, hubiera conducido tal vez a una teorización del mal desconocida aun en todos los sistemas brutalizados que la Historia acumula. Afortunadamente, incluso para el desarrollo de esta crónica, eso no ocurrió gracias a las limitaciones de Escipión, quien de seguro jamás hubiera tenido una brizna de imaginación teórica aplicable al caso.

Lo que ahora nos interesa es anotar que el Machito salió muy propio, incólume, intocado, de esa etapa de punición -bastante alivianada en virtud de las ordenanzas del coronel Dunviro y la atinada disposición de los Juanes-, aunque algún sedimento de rencor permanecería bailando en la tenebra de sus neuronas; sedimento que se borraría no muchas jornadas después. O sea, si un clavo quita a otro clavo, lo que no es fácil, una acción puede borrar a otra. Era y es una ley sancionada sólo por la práctica, cuyo reglamento se definía o define en el pleno movimiento de personas, objetos, factores e intenciones.

“Tendrás que dormir siempre aquí, hasta en tus días libres, ¿entendiste bien, che?” dijo cualesquiera de los Juanes.

“Ta bueno, mi jefe. ¿Y qué onda con las recorridas de vigilancia? ¿Vuelvo a salir o qué?” dijo el agente con aliento de impaciencia explícita.

“Por ahora nada de salidas de ese tipo, sólo cuando vayamos a operaciones de seguridad reservada... Orden de arriba. Parece que la sogá viene cagada...” uno de los Juanes.

“¿Qué la sogá qué?” el cierto asombro del Machito.

“Eso es en lengua de preso, ¿oíste? O sea, ves, que el asunto se viene de jodedera...” explicó otro del grupo juanatense.

“Lengua de... ¿Qué asunto, decime?” el algo confundido Escipión.

“Hay rumores de que las Fuerzas Unificadas están nerviosas, y eso nos a complicar el trabajo. Mientras no cambien los planes, seguiremos aquí. Por eso te pedimos que no jodas más con tus procedimientos tan exagerados. Mirá lo que pasó con el señor judío y su

noviecito... te sancionaron bien tibio, cabrón, gracias al coronel Dunviro. Ese señor, medio maricón y todo, tiene fuertes conocidos arriba y puede jodernos la vida. Hasta ahorita, las cosas están quietas, por lo del rumor en el ejército. El coronel dio orden de que nos mantengamos alerta en nuestros puestos, pero sin salir a la calle, sólo continuando el entrenamiento..." añadió uno de ellos; y otro más:

"... sobre todo el del grupo de acciones fulminantes. Vos estabas asignado a uno de los grupos, el primero que se programó, ¡te salvaste de un castigo mayor por esa causa, hijueputa! ¡Así que a chambear más duro, que quién sabrá la que se nos viene!"

externó el Juan último, dándole señal de retirada al agente SSS0007.

Escipión tuvo unos días negros como culo de diablo. Se sentía degradado sin haber perdido su grado de agente primero. Puso más ganas en los ejercicios diarios, cinco horas por la mañana y cuatro por la tarde, con insistencia en el combate singular, en el famoso cuerpo a cuerpo donde todo se vale. La fatiga le molestaba el sueño, por esa causa soñaba cantidades de caras descompuestas, gestos insólitos, pistolas bramando fuego, puñales metidos en ojos y oídos, cuerpos encuerados huérfanos de genitales, duras humaredas golpeando rostros de niños, cruces de palo y metal que le entraban en las nalgas. Sus despertares eran de hediondo sudor, una opaca gelatina le saturaba la entrepierna, unos gritos sin forma sonora consumían los oxígenos tragados durante la noche.

Esas eran las causas de que, aun en medio del arduo ejercitar cotidiano, hirvieran tantas memorizaciones en su imperfecto sistema neuronal. Así recordó, mientras cargaba la pistola nueve mm y le ajustaba el silenciador, que en la escuela del cura Eufrodio había un chavo semi macizo, más bajo que él, de más edad, que siempre lo buscaba para echarle plática. El Machito no recordaba aquellas conversaciones, pero sí el color de la piel de su compañero de clase, "igual al color de la Adelita, la gorda del burdel, chupadora de todo lo que uno tiene", dicha semejanza cromática tendría en él un efecto retroactivo, aunque en la época del colegio Escipión estaba huérfano de futuro, el vulgar presente del día a día le cerraba cualquier opción de un allá que aligerara las primeras y reales confusiones de su ánimo. El acercamiento del chavito, de cuyo nombre no conseguía acordarse, significó en cierto modo una disminución de la sombra que sin cesar lo rodeaba y que sólo doña Chatita, sin darse cuenta, lograba apartar. En los minutos de recreo, entre fútbol de cascarita y juegos de canica, echaban su plática; en los momentos de la misa, juntos se sentaban y se ponían de pie según el ritual; en la clase ocupaban asientos casi pegados; en el baño se encontraban para efímeros y reveladores toqueteos.

El cura Eufrodio había percibido el incipiente aroma hormonal de aquellas criaturas, eso motivó que interviniera de modo sutil y paciente durante los dos últimos años del curso de primaria. Su apetencia era doble pero, desechada su intención hacia un perturbador Escipión,

cuando tuvo acceso al chavito macizo, cuando iniciaba las caricias, éste le confesó que era la novia en aquella relación que el cura creía tener controlada. Entonces Eufrodio experimentó un desbalance espiritual desconocido, pues los celos, el deseo, la impotencia y la soledad lo sacudieron hirientemente en su fe y en su voluntad de luchar por esa fe para entregarla a los demás. “Está bien... hijo... Te dejo mi... bendición” pudo silabear como en un desgarró, le acomodó pantaloncito y camisa, le tocó el pelo segado contra el cráneo y, llorando, lo bendijo de nuevo antes de despedirlo. Y aquel muchachito desapareció de nuestra narración.

Por supuesto, Escipión nunca se enteró de la confesión de su amigo-novia, nada a nadie dijo el cura Eufrodio, quien a partir de esa instancia tal vez aplicara las palabras del vasco don Miguel de Unamuno: “La fe se alimenta de la duda”. Y nunca más el Machito volvió a encontrarse con aquella criatura que pudo simbolizar la persona en sí y para sí, el prototipo de relación que en él se quebrara con su mero nacimiento: todo vínculo sería una expresión de ausencia, una mancha de sombra. El fracaso de la simbolización no realizada, no entraría totalmente en la conciencia del nieto de doña Chatita: eso ahorraría mucho dolor.

Y el dolor no sufrido sería, pensamos, la pulsión sin fronteras que llevaría al hijo de Tricornio Carrasco a efectuar las acciones configuradoras de su insondable personalidad. Pero él solamente recordaba como si al hacerlo utilizara una memoria ajena, es decir, vivía recuerdos que no le pertenecían. “Su presente estaba más allá de su futuro” diría el poeta árabe Muahmud Ibn al-Mahad, que poco tiene que ver en esta crónica.

Llegó el día, para decirlo llanamente, en que al agente SSS007 le ordenaron presentarse en directo con el coronel Dunviro. Dejó por lo tanto y bien al tiro los ejercicios que lo ocupaban y, con todo y sudores esplendentes, se presentó en las oficinas del director máximo de aquel servicio de seguridad conocido por Solferino.

“¡Presente, mi coronel!”

“¡Posición de descanso, agente SSS007!”

“Muy bien... Hablemos sin ataduras... Lo hemos llamado para que tome a su cargo y responsabilidad una tarea propia de este servicio, aunque sea la primera... artículo ocho del Manual. El incidente relacionado con el empresario señor Abraham Nalguenstein, en el que usted participó, produjo malestar en ciertos círculos de arriba. Ahora se trata de borrar ese malestar. Esto lo beneficiará en su carrera que recién empieza, además, en momentos complicados para la patria y el desarrollo normal de la democracia. Las instrucciones que usted debe cumplir están en esta página; son muy claras y fáciles de retener. Podrá leerlas sólo una vez, aquí y ahora mismo. Tenga” y el coronel le puso en la mano diestra un pequeño sobre bien cerrado.

“¿Ahorita mero?” el dudoso agente.

“Sí, abra el sobre con este cuchillo, no tengo otra cosa mejor. Lo lee todo bien rápido,

¿entendió?”

“Sí señor, sí...” y abriendo el sobre y luego la hoja, el agente leyó cuatro líneas breves, escritas en altas y en tinta verde, lectura más fácil de lo previsto, pero cuando pretendió leer de nuevo, vio que las letras se desvanecían rápidamente al ser tocadas por el aire.

“Puede arrojar eso a la papelera, devuélvame el cuchillo, agente. ¿Recuerda lo que leyó? Repítalo.”

El agente repitió lo leído con asombrosa proximidad a la exactitud.

“Veo que usted aprovechó el entrenamiento, agente... Mañana de noche será conducido al lugar indicado en la página instructiva. Luego del procedimiento se presenta ante mí, sin solicitar audiencia, a la hora que sea. ¡Puede retirarse, agente SSS007!”

El coronel permaneció de pie unos minutos para elogiarse a sí mismo por la confianza que había ubicado en cuanto a las raras posibilidades de un agente como ése, pero bajo su control y cuidado constantes: “¡Solferino crecerá, ésta es la prueba!”

El Machito regresó a sus ejercicios, estuvo un rato examinando la pistola, los cargadores, el silenciador. Ensayó disparos desde varias posturas, aun saltando a lo Rambo o a lo Terminator, cuyas películas eran exhibidas en Solferino como parte sustancial de la preparación bélica.

A la hora marcada por el reloj del coronel, pasaron a buscar al Machito. Al trepar al coche oscuro, de cristales opacados y sin placas, se preguntó en su particular silencio quiénes serían el chofer y el acompañante, pues tipos de tal aspecto no pertenecían a Solferino. Salieron por un portón lateral, escasamente utilizado. La neblina casi transparente que saturaba la oscuridad se instaló como un ensueño en los párpados del Machito. Ya en marcha hacia un sitio sólo indicado en las instrucciones como un restorán para gente muy importante o jailaife, desde el asiento trasero el agente examinó con obvedad prevista a sus compañeros de ruta. El chofer tenía sus regulares cuarenta, medio pardo, de pelo motudo, manos enguantadas, lentes muy ajustados y de negror reluciente. Sólo dijo dos o tres frases, que el agente escuchó: “Isto está bem bom, meu camarada!”, “Mais servicio, mais dinheiro!”, “Tú nao acredita nisso!”, o algo similar. El otro tío, un gigantazo hasta sentado, parecía estar incómodo y meneaba de continuo sus nalgas y lomos, nada dijo, hasta dejó fluir unos gases de horroroso olor. Al cabo de una media hora el coche se detuvo, pegándose a una arbolada baqueta. El gigante volteó y le alcanzó al Machito, de mano enguantada, una pistola distinta de las que él conocía, con su corto silenciador. El chofer también lo miró y dijo:

“Tú tem que probar a pistola, meu filio!”

El agente obedeció automáticamente, eran las instrucciones. La revisión fue instantánea, para sorpresa de los acompañantes.

“Está cargada, en funcionamiento... Áhi nos vemos...” confirmó el agente y dejó el coche,

que se retiró enseguida, para buscar la entrada luminosa del restaurante El Guajolote Azul.

El Macho pasó enfrente, sin cruzar la calle. En la esquina cercana hizo rumbo a través de la tenue niebla hasta pisar la acera opuesta, siguió por el callejón del costado hasta la tercera puerta, junto a las cajas de desperdicios cárnicos y bolsas de múltiple basura. Abrió con naturalidad, pasando al corredor de la derecha; allí, al final, la escalera y luego a la izquierda, para enfrentar la puerta del salón reservado a los very important people. Se escuchaban altas voces de trasfondo alcohólico, el barullo exagerado de los cubiertos en choque con platos y copas, el gorgoteo de las botellas de probable y rubio champán. Entreabrió la puerta de finas maderas y cristales biselados, vio a una mesa sólo cuatro hombres bebiendo y manducando, en mangas de camisa y de corbatas quitadas, con rostros rasurados que debajo de los focos a media luz mostraban las tersuras del buen vivir, dos jóvenes clase play boy masculino y dos veteranos que parecían conducir la reunión. Hubo un tris de silencio cuando uno de los señores y un mozuero empezaron a besarse. El agente SSS007, que allí estaba como nacido de la neblina, invisible sólo durante el tiempo que necesitaba, simplemente disparó todo el cargador sobre el erótico dueto. Con gesto instantáneo, en medio de un paisaje inmóvil, con su pistola propia que también había llevado, ejecutó al señor y al muchacho restantes. No se demoró en recoger los casquillos, ¿para qué ese gesto de pudor asesino recomendado en algunos casos por el Manual, página 22?

Hizo camino de reversa, pistolas en los bolsillos, hasta el maloliente callejón, rodeó la manzana en sentido contrario al inicial y se apuró para llegar hasta el automóvil. Pero a distancia de una cuadra no vio que estuviera en el emplazamiento acordado con el chofer. La neblina ya era niebla, por lo que decidió un cambio de rumbo, saliendo por una de las avenidas paralelas a la calle de El Guajolote Azul, hacia el sur tomaría después para arribar a Solferino con el inicio del alba. Tocó en la misma puerta por donde saliera, fue demorado el acceso por lo inusual de la situación.

“¿Qué coños haces a esta hora, cabrón?” le reprochó el agente de guardia, “¿Andabas de joda por ahí? ¿Quién te dejó salir?”

“¡Qué carajo te importa, puto! ¡No es tu pedo! ¡Voy con el coronel!”

“¡Ah, si es así, pasa nomás, desgraciado!” un tonto desahogo sin destino.

Quieto estaba el local, unos rumores de televisor en la sala de vigilancia permanente, unos respirares y roncares propios de la hora del lobo, cuando el sueño se pierde en sus propias honduras.

Llamó a la puerta de la oficina del coronel Dunviro, esperó unos segundos y simplemente entró.

“Adelante, pasá, veo que te demoraste un poco... El coche regresó hace rato, ¿por dónde puta andabas? ¿En una cantina?”

“Mi coronel, el coche no estaba adonde habíamos arreglado, así que yo me di unas vueltas y agarré camino hasta el local...”

“¿Cómo es eso, che? Ellos te esperaron un rato, se fueron dentro de los tiempos acostumbrados... ¡Cuéntame qué pasó!”

No sabemos si el agente captó cierta vibración de angustia en la exigencia de su superior, si el mandato impulsado por la urgencia. Respondió con desconocida seguridad:

“La misión fue positiva, coronel, según sus instrucciones que usted nos entregara para leer. El enemigo designado y uno de sus cómplices recibieron un promedio de cuatro balas por cuerpo y cabeza... el veterano una más, en la nuca.”

“¡Tengo informes de que hubo más tiros! Me avisaron los del restaurante... ¿Cómo es eso si llevabas nada más que un arma y un único cargador?”

“Es que nunca dejo de andar con mi pistola, nunca se sabe en estas cosas, coronel. En la nota con su instructivo no se hablaba de otra arma, y menos de la personal de uno mismo...”

“¡Pendejo, quién te contó que las instrucciones son mías! ¡Te las hice leer, nada más! ¿A quién más te chingaste, ojete? ¿Cuántos fueron los muertos o lesionados?”

“Lesionados, ninguno, coronel. Eran dos señores y un par de chavos como de veinte... El enemigo que primero murió andaba a los besos con uno de los muchachos... muy parecido con el que lo pesqué en el baño del mercado, porque era el mismo señor...”

“¡Así que los reconociste! ¡Tenés buena memoria, hijo de tu puta madre!”

“El puerco no olvida donde come, coronel... Ni lo que come.”

El coronel Dunviro, pese a su mal estado de ánimo, debió aceptar una verdad a medias que ahora se confirmaba completa: el agente SSS007 resultaba un ejemplo extraño aun dentro de los servicios de seguridad (advertencia de los Juanes), sobre todo por su edad nada tierna, su violencia precoz y una intuición, “porque inteligente no es”, que lo capacitaba para superar todo caso o procedimiento arriesgado, toda misión como aquélla, aunque la tendencia al exceso se planteaba como incorregible.

“¡Agente SSS007! Puede retirarse a descansar hasta las ocho de la mañana. Lo espero aquí a las nueve, para elaborar un reporte de la acción llevada a cabo en la noche de ayer” así finiquitó el coronel la plática.

Había que procurar más información que la transmitida por el soplón que laboraba en El Guajolote Azul, casa de comidas a la que asistía lo más distinguido, preclaro y aristocrático de la corrupción nacional. Le habló a su teléfono secreto.

“Dime, ¿qué más se sabe? ¿Quiénes son los otros finados?”

“Son Próculo Le Gros, hermano del ministro de economía, tesoro y hacienda, y su novio o novia, Emilio de la Garza Blanca, del clan regionorteño...” una voz de bajo relieve, átona, ronca.

“¡Coño de su madre! ¡Ahorita sí que estamos metidos en una tremenda vaina!”

“Hace un rato que vino la poli y se llevó los cadáveres, los meseros no vieron nada, no hay testigos, no hay huellas, ya limpiaron el comedor, un reservado, los forenses no encontraron proyectiles fuera de los cuerpos de los occisos, sólo casquillos, se usaron silenciadores, lo único averiguado es que se trata de dos armas de calibre diferente, es probable que fueran dos los asesinos...” la voz pareció encogerse, y el resto fue silencio.

“Ta bien, cualquier novedad, échame una llamadita, ya sabes a qué número...”

Pensó en conectarse con su general supremo aunque éste ya estaría muy bien enterado de todo el zafarrancho, pues era muy probable que su agente o soplón del restaurante trabajara también para Leoncio.

“Y yo, ¿para quién puta madre trabajo? ¿Y quiénes laburan en serio para mí? ¡Al menos, el bestia del Machito se echa al que tiene que echarse...!” también pensó, sin duda.

Sin embargo, al cabo de unos minutos de opresiva reflexión, marcó los dígitos ya transitados y esperó la voz del general Leoncio.

“Ya estoy debidamente informado, coronel. Parece que se les fue la mano de nuevo, ¿no? Me pregunto qué control tiene usted sobre los mandos medios y cómo chingaos los mandos medios controlan a los agentes de abajo. ¿Procedió usted a entregar personalmente las instrucciones al funcionario más idóneo para esa misión?” se percibía un tono de furia bastante reciclado.

“Positivo, mi general. Mi opinión sobre el agente que involucramos coincide con la de los Juanes y la de los tres asesores anónimos que desde hace poco operan en Solferino...”

“¡Unanimidad para equivocarse! ¡No se vale, coronel! Pero extraigamos lo bueno de lo malo... La muerte del hermano del ministro Le Gros, en circunstancias comprometedoras por un lado, y por otro, en razón de los cuestionamientos que las Fuerzas Unificadas alzan contra la conducción de la economía, han adelantado el propósito de lograr, con apego a las leyes que nos rigen, las transformaciones que la nación exige y necesita. Me permito adelantarle, coronel, y esto es... ¿cómo dicen los pinches gringos? , ah sí, top secret... adelantarle que dichos cambios tendrán lugar y a como dé lugar, en las próximas semanas. Por lo tanto, sus hombres deberán permanecer en Solferino cada hora del día, todos, sin excepción, en estado de alerta color rojo, desde ahorita mismo. ¿Entendido?”

“Sí, mi general supremo. Pero... no veo qué relación tiene con esos cambios el asesinato del hermano de Le Gros; el del contador Nalguenstein quizá, por su cercanía con el presidente Bordaburro. ¿Por favor, puede explicármelo, mi general?”

“Lamento que no haya chance para explicaciones, al menos por el ahora de hoy. Usted, coronel, límitese a estas órdenes. Creo que habrá mucha labor de la dura y tupida para los muchachos de Solferino. Ese agente SSS007 estará feliz como perdiz comiendo pura lombriz,

¿qué usted me diz?” cerró Leoncio.

“Sí, mi general, usted es el cierto apoyo para que mis hombres cumplan sus deberes...”

“¿Me comprendió bien, coronel? ¡Quiero que todos sus agentes sean fieles ejecutores como el SSS007!”

“¡Positivo, mi general supremo!”

Capítulo 17.

En el mes, día y hora señalados, en cadena nacional el presidente Jesús Mesiano Bordaburro ocupó a plenitud los espacios radioeléctricos propiedad de la Nación. Las televisoras privadas, TV Charrúa y Telemisa, junto con el esmirriado y oficialesco Canal Mesoriental, a más de las emisoras radiales en frecuencia normal y en efe-eme (y más tarde la conjunción de los mansos voceros de la prensa escrita, o sea, diarios como *The Daily Money* y *El Patriotero* y revistas como *La voz del cañón* -de las Fuerzas Unificadas-, *El Rebusque* -expresión de los más ricachos de la famosa “clase empresarial”- y *Polvo blanco* -sustentada sin tapujos por los narcoempresarios más encumbrados-), todas y todos en uno, estos medios dieron escandalosa y gratuita difusión al mensaje presidencial.

Por supuesto, la prensa opositora no pudo apelar a la contra información en lo inmediato, aunque algunos hebdomadarios se transformaron valiente y arriesgadamente en cartas y volantes regulares de circulación clandestina. Nada de internet o recursos tecnológicos modernizados, tipo primer mundo: impresión a una sola tinta en toscas imprentas planas o a mimeógrafo, papel revolución, diseño casero, formato variable, distribución con base en fieles y corajudos adeptos de la sociedad civil obrera-indígena-campesina-estudiantil. Pero es tema para después.

Los que tuvieron oportunidad de ver y escuchar, vieron y escucharon lo que sigue:

El presidente Jesús Mesiano Bordaburro, sentado ante una mesa de oscuramente pulida madera de roble añejo, con tres altas banderas a sus costados: a la izquierda, el pabellón patrio del Estado Mesoriental, pleno de lucientes azules, blancos, verdes y rojos y su dorado sol; a la izquierda, los lábaros de los partidos Santacruceño y Rosado: uno, con su franja azul oscuro cruzando un campo amarillo y uno albo, en el mero centro el signo negro hecho de dos garrotes atravesados; y el otro, con su color de aurora naciente sosteniendo dos espadas en cruz. Nada de letras o consignas o cifras: tres símbolos de lo estable, de lo perfecto, de lo eterno.

La voz del presidente tenía la firmeza aparental de los cobardes, o la de aquellos que deben recitar su lección para gusto de otros, de los que mandan. Estaba peinado a la gomina, ahora sería con gel, como los muchachos de otra era (el traje azul muy planchado y la camisa exageradamente celeste y la corbata de insólito negror y los puños saliéndose de las mangas

del saco exhibiendo valiosas mancuernas de oro verdadero y una pequeña cruz pero de platino esplendiendo en la solapa, conformaban su pinta de caballero de la Misión de la Obra de Dios); en su rostro de notorio anchor los músculos se movían lo necesario para que la dicción resultara más clara y convincente; muy bien rasurado y maquillado, con cejas depiladas esmeradamente y dentadura algo gardeliana con reflejos de kolinos o colgate plus; sus manos no manejaban las tarjetas que los asesores preparan para ser leídas de modo oblicuo, porque los ojos de párpados fijos y un mínimo de temblor miraban en directo a las miradas de los tele-espectadores: así se mantuvieron los históricos minutos que duró el mensaje. Si se hiciera una prueba de entrelazar las memorias auditivas de los miles de ciudadanas y ciudadanos que siguieron la programación en una sola, lo escuchado sería esto:

“Ciudadanas y ciudadanos, mesorientalas y mesorientalos, en el nombre de Dios que ampara los destinos naturales de nuestra Nación y como Jefe Altísimo de las gloriosas Fuerzas Unificadas, y aun en cierto y confesado desmedro de mi voluntad democrática y republicana tantas veces ratificada, incluso por vosotros mismos al otorgarme la gracia del voto que me condujera al cargo más elevado y digno que un ciudadano del Estado Mesoriental puede lograr, declaro interrumpidas en lo espiritual y en los asuntos del siglo, las funciones que vosotros asimismo habéis apoyado en el último acto electoral, correspondiente a las cámaras de senadores y diputados tanto como a los miembros de la corte nacional de justicia y anexos, sin obviar los poderes locales y municipales.

“Simultáneamente y de consuno, para hacer más perfecto este inevitable primer acto del gobierno que ahora estoy inaugurando, declaro a las Fuerzas Unificadas como el brazo derecho de las ejecutorias que desde ahora en más toda la ciudadanía deberá asumir y cumplir; de este modo, el ejército de tierra, la marina y la aviación, las tres ramas que componen la sagrada trinidad que también nos ampara, a más de otras instituciones que se organicen como necesario complemento, tendrán la responsabilidad de asentarse en el sitio que la Historia les ha reservado ya que tomarán para sí y entre sí la tarea de limpiar la ofendida frente de la airosa Patria, combatiendo sin piedad ni limitación algunas a todos aquellos que, desde lo oscuro, como figuras del Averno y apoderados del Mal, conspiran contra nuestro bello y excepcional Estado-Nación. Estos subversivos innatos operan, como se sabe con nitidez, en todos los huecos que nuestra desatención, lamentablemente, lo ha permitido; estos subversivos y pecadores por soberbia no sólo se encuentran entre los desesperados por tener acceso a privilegios insostenibles (vivienda digna, sueldos dignos, educación digna, salud digna, alimentación digna, expresión digna, etcétera), sino, y he aquí lo doloroso para las entretelas de mi corazón, entre aquellos que, habiendo alcanzado con su honrado trabajo inicial, eficaz visión e inteligentes y posmodernas inversiones un estatus de vida envidiable y no común, han caído en el pecado de voracidad económica. Es decir,

mesorientalas y mesorientalos, que unos han intentado tomar cuenta, con procedimientos violentos e ilegales, de bienes y servicios que su propia y torpe condición humana les niega; otros han resultado esquivos en el pago de impuestos en connubio con destacados funcionarios de la hacienda pública, pero también se han negado a compartir sus actividades comerciales y bursátiles con personas y empresas afines al gobierno, pecando así de necia mezquindad. Además, si bien mi gobierno ha sido vencedor, gracias a la oportuna y siempre bendecida espada de los centuriones que lucharon, a riesgo de su preciosa y útil existencia, contra los desmanes de la guerrilla urbana y suburbana en años muy recientes, aún permanecen como extraviadas semillas del Mal y germinaciones del Maligno, muchas y muchos presuntas y presuntos ciudadanas y ciudadanos que con sus sucias movidas escarnecen nuestras banderas que aquí y ahora se hallan a nuestro lado, no dejando de perturbar el desarrollo nacional hacia una democracia fuerte, neta, inflexible y superior.

“A partir de ahora y hasta nueva advertencia, toda la ciudadanía deberá recogerse en sus dulces hogares a las nueve pasado meridiano en estío y primavera, y a las ocho pasado meridiano en otoño e invierno. A través de estos mismos medios que hoy de forma tan considerada y voluntaria nos acogen, la ciudadanía tomará nota de los renovados reglamentos que, por un lapso no extenso, habrán de sustituir los términos de nuestra sagrada Constitución. Al cabo de ese lapso, y con la aprobación instantánea de las mayorías bien nacidas del país, se entregarán a la población -sobre todo entre la burocracia y el sistema de enseñanza-, en cifra suficiente los encuadernados cuadernillos que contendrán la consagración de la nueva Ley General.

“Debo asimismo decretar que todos los partidos políticos quedan eximidos de aparecer en la arena nacional, a excepción lógica del Rosado y el Santacruceño, aunque no tendrán representación en las cámaras. También decreto que el movimiento sindical y sus manifestaciones organizadas, así como sus publicaciones y audiciones radiales, están fuera de la Ley General que vosotros, ciudadanos que me véis y escucháis, pronto aprobareis. Decreto asimismo que la lucha de clases queda abolida indefinidamente, y que intelectuales, artistas y académicos deberán someter su labor al escrutinio del Departamento de Censura, el que evaluará con espíritu objetivo el valor de sus productos. ‘Siempre habrá una hoguera atenta para eliminar libros, ideas, condones y obras artísticas impías!’ como dijera cierto inquisidor de la modernidad.

“¡Ciudadanía mesorientala! ¡A laborar desde ahora con energías totales en razón y beneficio del Nuevo Estado Mesoriental que me ha designado Presidente Vitalicio! ¡Riqueza para quienes la obtengan, pobreza para quienes la merezcan! ¡Levantemos la violencia reaccionaria contra la violencia revolucionaria! ¡Contra el terrorismo de la subversión la fuerza sin límite del Estado! Y, como dicen nuestros amigos y socios, los rubios del Norte,

¡en Dios confiemos! ¡Así sea!”

Capítulo 18.

“¡Putra madre, por el sagrado coño de la misma Virgen! Perdón, señor, perdón por las expresiones... ¿Qué le pasó al pendejo de Bordaburro? ¿O es que ya ni sabe leer bien los discursos que le escribimos? Es un bocón, observe usted que hizo una mezcla ideológica, un cambalache verbal con nuestros medidos conceptos y sus obsesiones respecto al pecado, a la Misión de la Obra de Dios y hasta al merísimo Diablo... Somos creyentes, hombres de fe, pero no tanto” platicaba en petit comité el general supremo Leoncio.

“Sí, Leoncio, se nos fue del guión. Habrá que inventarle un vocero o una vocera que repita letra por letra y acento por acento el discurso de nuestras órdenes. Piensa en eso y me lo resuelves” dijo el señor de atildado vestir que compartía tragos, botanas y comentarios con el general.

Era la mañana del día siguiente al 27 de junio; la prensa internacional dedicaba espacios no muy frondosos a lo que denominaba “golpe de Estado en el Estado Mesoriental”. Eso originó confusión entre los lectores cosmopolitas, que difícilmente lograban ubicar a un país con ese nombre y que parecía ser un doble Estado; pensaban que sería ubicable en Asia o en África, o lo confundían con otras denominaciones como Estado Occidental Conosureño, por ejemplo (o sea, los restos de lo que fuera la enorme Gobernación de Paraguatí). Tales calificaciones de golpismo, con base en las tesis de Curzio Malaparte, fueron luego, en razón de los juegos de la diplomacia y la propaganda, trasmutadas en “gobierno de facto” o “gobierno de férrea democracia” o “gobierno cívico-militar”. En cambio, los teóricos nacionales de la izquierda tradicional le pusieron a Bordaburro el membrete de fascista mocho o momio, y ya por mera inercia se lo dejarían hasta el vergonzante fin de su mandato.

“¡Qué entienden estos cabrones críticos de nuestra cosa pública! ¡Los subversivos son de lo peor, si hasta estudian teoría en el extranjero! ¡Y esos desgraciados dizque politólogos posmodernos, Cantinflas de la economía y la historia, pura elegancia y buenos modales! Creo que hay que comprarlos a todos, como ya hicimos con el argentino Openjáimer... No quieren entender que ¡el que pega primero jode primero al otro! Es un asunto de meros principios... Además, en rigor no fue un golpe sino la confirmación por auto designación que hizo un presidente electo de dar un continuo a sus responsabilidades. Claro, que en lo de vitalicio se escapó del guión, ¡es un oportunista del carajo!” comentó el general Leoncio.

“Mire usted, Leoncio, que esos charlatanes de la politiquería en mucho nos sirven, a veces ni los compramos: se venden o alquilan solitos... En cuanto a Bordaburro, siempre lo supimos, pero acá se le subió Dios a la cabeza, diríamos que demasiado. Eso ya causó inquietud en las logias secretas que existen en las Fuerzas Unificadas. Usted mismo, general,

es miembro muy movido de una de ellas... ¿Qué nivel tiene ahí? Confieso que eso sí nunca lo hemos sabido...” y terminó su segundo whisky, la marca que le gustaba al general, chivas regal doce años.

“Señor, me solicita un dato que no estoy en condiciones de revelar. Le ruego me disculpe, pero hacerlo equivale, según nuestra doctrina, a un acto inexcusable de traición a la fe que sostenemos y que nos sostiene. La espada no es nuestro único

instrumento, señor: creemos en otros, como el compás y el martillo... En definitiva, los principios de la logia Tabaré casan con los ideales que impulsan a las Fuerzas Unificadas y a las energías vivas de la sociedad en la lucha contra la subversión y la corrupción, para el alto bien de la Patria” cerró el general.

“Sobre eso no hay dudas, conozco la doctrina de que habla. El asunto es, para hablar duramente, cómo hacer que su logia pierda exigencia en cuanto a ciertos principios... o sea, si se combate en verdad la multiplicada corrupción, el contrabando explícito, la evasión fiscal, el desaseo sexual en la alta burocracia, las dudosas donaciones con dinero público a la Misión de la Obra de Dios, el trabajo en las cárceles para lucro de fabricantes de ropa, la acción creciente del narcoempresariado, la red de burdeles infantiles, and so on, ¿qué apoyo nos darían los de la clase empresarial, la de adentro y la de afuera? Sólo pedimos que esos respetables principios y esa desinteresada doctrina se adapten a estas ineludibles y reales realidades actuales... Después de todo, usted suele ser tan pragmático como yo, aunque nuestra educación haya sido distinta. Pienso que usted fue, tiempo ha, uno de los más destacados alumnos de nuestras academias de preparación contrainsurgente... ¿no es así, mi general?” el hablante deslizó un acento anglosajón/texano que la lectura no permite captar, luego tomó el tercer vaso y bebió sin ruido, como en un húmedo susurro.

“Señor, no será fácil lograr eso... Lo intentaremos según su deseo. Sucede que los hermanos de mi logia Tabaré están furiosos con el presidente Bordaburro, lo acusan de abuso de funciones, de imposición religiosa, de desprecio por los acuerdos y de atribución vitalicia indebida del más alto cargo público. No dejan de tener razón, concuerdo con ellos...”

“Mire, general, para qué no mencionarlo. Lo que se pone, se quita. Ayer el presidente se auto designó, mañana se auto destituye... Muy simple. ¿Cómo dicen ustedes? No hay pedo, qué tanto joder...” y acabó su trago postrero el señor bien vestido, de apreciable estatura, cabellos cortos y de un parejo tono blanco-plata; se alzó del sillón de cuero de jaguar: la plástica terminó simplemente así, pero no del todo.

“Señor, cuando recoja mayor información sobre el estado de ánimo de las Fuerzas Unificadas y el resultado de las encuestas sobre la situación que encargamos a las agencias más reconocidas, se la haré llegar. Antes de retirarme, deseo preguntar si tiene usted noticia de nuestra solicitud de...”

“Oportunamente, general Leoncio, me comunicaré para indicarle las fechas de arribo de los armamentos que nos fueran solicitados. El presidente debe ignorar ese acuerdo: hemos cambiado de opinión. Si no se entera, estará en posición más débil para el futuro... Su discurso nos hace dudar, no de su simpatía y amistad hacia nosotros sino de su falta de equilibrio político. Si no se modera, quedará en frágil postura frente a todo el mundo, por lo que ustedes deberán asegurar el control absoluto del país en toda su extensión imaginable... Deben apercebirse para apretar donde sea y como sea, adoptar medidas de prevención, mayores que contra la guerrilla... La guerra se expande por el mundo, y debemos pelear hasta el final, hasta exterminar al enemigo, al de abajo, al del medio y si es necesario al de arriba... ¡Nosotros somos los creadores del terrorismo preventivo, no lo olvide! ¡Buenas tardes, general!” apenas hubo un saludo de manos enfriadas por el hielo de los vasos.

“Buenas tardes, señor...” respondió Leoncio, con las tripas encogidas de amarga y desconcertada furia.

Al salir de aquel escritorio-biblioteca y caminar sobre la lujosa alfombra del pasillo, se sintió remitido a un anterior estatus de niño regañado por un padre impersonal, un no-padre, cuyo poder se asentaba en el manejo impredecible de las distancias físicas y en el perverso discurrir de órdenes soterradas y mandatos abiertos.

Detrás de él, emparejando el paso, un guarura medio mulato lo acompañó hasta el elevador para luego guiarlo hacia la cochera, dos pisos abajo. Allí estaba su carro, con un Paulo Fedorinho adormilado y un Félix Caín Gatti en su quinto cigarrillo. Éste abrió la portezuela correspondiente, el veloz Paulo se despejó e hizo funcionar el aire acondicionado.

“¡El puro humo aquí adentro, puta que los parió!”

“Perdón, mi general, es que venir aquí nos pone nerviosos...” dijo Caín.

“¿Nerviosos? ¿Por qué? Nunca me lo habían dicho...”

“Bueno... Acá sentimos esto muy pesado... te miran, te miden todo el tiempo, te meten las metrallitas por la cara, saben quiénes somos, igual nos revisan hasta los huevos... perdón, general. Pero a usted también le hacen el chequeo, eso no es respeto, lo conocen y les vale madre...” se atrevió ya encarrerado el guardaespaldas.

“Meu general, yo acho que Caín tem a razão, es así mesmo... Ista gente nao respeita nada, você sabe?” confirmó Paulo.

“¡Vamos a mi oficina, rápido!” casi un grito de desespero.

El general Leoncio Bautista Seco vio un rostro en el espejo del chofer, o la mitad de un rostro. ¿Era el suyo de él, era el de algún otro?

Se echó sobre el espaldar del semi duro asiento, dio libertad a las piernas y menos presión a la vejiga que pedía un alivio, soslayó el espejo, respiró todavía algunos restos de humo.

“¡Gringos go home, nietos de su putísima abuelita!”

Capítulo 19.

“General supremo, ha llegado la persona esperada. Según sus órdenes, la citamos el día de ayer, a las ocho antes meridiano” comunicó neutramente el ayudante Cándido Repeluz, con grado de capitán de llaves.

“Bueno, hacela entrar nomás, cuando pasen doce o quince minutos nos traés un par de cafés americanos... no, mejor exprés” ordenó Leoncio con algún matiz de desgana o mera hueva.

Sobre la amplitud del escritorio el ayudante había colocado un expediente de tapas azules, que el general examinara con el rigor habitual. Enrectó la espalda para desvanecer toda posible imagen de cansancio. Su espera duró treinta y cuatro segundos.

“Buenos días, señora” un distanciado saludo de protocolo.

“Buenos días, general...” una voz algo disonante, de esas que pueden chirriar por motivos de ira, histeria normal o disgustos menores.

“Asientito, por favor, señora... ¿Me recuerda su nombre completo?” un pedido irrelevante pero de pragmática sutileza.

“¿Mi nombre completo? Puezs, Martina María Azshegún Renard... ¿Otrozs datozs?” la voz trataba de acomodarse para evitar un discordante zsezseo de final o interior de palabra.

“Sólo eso, gracias, señora Martina Ashegún. Sabemos mucho de usted, en verdad, desde hace unos cinco años o más. Usted trabajó como asesora del fallecido hermano del ministro Le Gros, por la íntima amistad que éste sostenía con su esposo, el mediano empresario Lucho Briboniesca. Digamos que esa relación, más cercana en lo sentimental que en lo comercial, fue la causa de que usted, pese a su matrimonio bajo juramento religioso, solicitara el divorcio... antes que su esposo, ¿verdad? Pues éste a su vez iba a acusarla de adulterio reiterado con el aspirante del Partido Santacruceño a la intendencia de Soriangato, su departamento o provincia de donde son todos originarios. Cada parte deseaba salvar su apariencia ciudadana o mundana, usted pegó primero gracias al auxilio de su amante, pues él disponía de influencias nada desestimables. El hermano de Le Gros, Próculo, apoyó en lo oscurito y tupido sus gestiones legales, señora, pues vio en ellas la chance de quedarse con su marido y con los negocios de su marido... Esas relaciones suelen ser muy complicadas, no las cuestiono: cada quien hace de su anito un pito, según un dicho popular. Usted obtuvo el

divorcio en poco tiempo, casi un record. Pero su amado Vincent Rotsuchs se fue a Greengoland United enganchado por una diva de cabaret que, según unas grabaciones que obtuvimos oportunamente, era mucho más tetona y meneaba mejor las nalgas que usted... El licenciado Rotsuchs consideraba que usted era un culo frío, disculpe que lo repita. La verdad es que él dejó el país y sus pretensiones políticas sobre todo porque sus adversarios estaban reuniendo pruebas y documentos para meterlo en el tambo por apropiación ilegal de fondos provinciales, negocios confusos con la Misión de la Obra de Dios, a más de establecimiento de casinos irregulares e importación de coches robados en naciones juntovecinas. No se ha solicitado extradición al gobierno yanqui pues no hay deseo de lastimar, aun con un caso de tan ínfima monta, nuestro vínculo con esos generosos aliados...” hubo una corta descansada de lengua, en el momento en que Cándido Repeluz regresó ya con las tazas de café exprés para de súbito ausentarse como quien huye.

“¿Azúcar, señora? Es dietética... Bien, el hecho es que logró extorsionar a Próculo Le Gros y a su ex marido con las famosas fotografías, de las que nos han llegado algunas copias, tomadas durante las grandes jornadas orgiásticas en el Balneario del Este, no importa cuándo. El señor Briboniesca resultó, ¡oh paradoja!, el mejor amante de los hermanos Le Gros que lo fuera de usted, señora. Pero dejemos ese engorroso y tan subjetivo asunto. Lo que señalamos ahora es el tema de la extorsión; además de dinero, usted obtuvo una especie de pensión de por vida nada soslayable y, sobre todo, la posibilidad de acercarse a las ambiciosas opciones políticas de Vincent Rotsuchs, pues usted heredó, por decirlo de este modo, los conectes y las influencias que el ausentado y resbaloso ex candidato debió abandonar. Reconozco que usted ha trabajado hábilmente, señora, supliendo su ignorancia con la información resumida que sus asesores le han presentado, creo que hasta hoy. Advierto que, al igual que Rotsuchs y otros señores de la política nacional, usted se equivoca aun groseramente cuando ingresa a los complejos espacios del pensamiento y la cultura. Usted, señora, es un ser pragmático por definición; un ser práctico y ambicioso, con más corazón de águila que de pollo, y está necia por alcanzar las metas de riqueza y poder que desde niña, cuando consultaba sus revistas de cabecera, digamos *Vanidades urbanas*, *Su casa celeste*, *Fashion Today*, *Love for Ever*, *Frivolité*, *El calzón rosado*, *Sexo más Sexo*, *Money & Happiness* y otras, la motivaban... De adolescente buscó al Dios que había descuidado en las iglesias de su natal ciudad, allí encontró otros valores muy distintos de las imágenes coloridas y luminosas de la infancia. Dios necesita tener esos poderes materiales para mejorar en lo que se pueda a la extraviada especie humana, ¿verdad, señora? En fin, para ser más breves, luego de sus fracasados amoríos con galanes de menguadas aspiraciones y a quienes sólo entregó una carnalidad superficial, sedujo sin dificultades al mediano y mocho empresario Luis Briboniesca, que casó con usted para opacar sus tendencias naturales hacia los hombres y

para realizar un pacto destinado a acrecentar negocios de diverso tono, dentro o fuera o a un lado de la Ley. Sabemos que las relaciones íntimas, o sea, en la pura cama, fueron ásperas, groseras, desarticuladas, arrítmicas, displacenteras para ambos dos. Poseemos videos que lo comprueban... Pero hay dos hijos ya veinteañeros como comprobación de que su esposo, ante la sociedad, era un papá normal. Estos muchachos aspiran a seguir su rumbo, señora, más que el del presunto padre, pues por ahí se murmura que son descendientes de Vincent Rotsuchs... Se preparan en las universidades gringas, esperando con no invisible paciencia, su oportunidad. Todo gato tiene uñas, y ellos las cuidan y afilan..." el monólogo, tal vez muy desproporcionado con relación al personaje que desde ahorita será conocido por Martina Ashegún, se canceló de súbito: el general había soslayado el café exprés.

"¡Cándido, pronto, otro exprés... no, que sean dos!" gritó fastidiado hacia el teléfono interno.

La señora estaba muy callada, encabronada mosquita muerta que espera calentar alas y dar sus volidos.

"Gracias, Cándido... Volviendo a lo platicado, le explico que este repaso imperfecto de su psicobiografía tiene que ver con la propuesta que deseamos poner a su consideración y que, de seguro, usted deberá aceptar. Si bien su participación en las grillas políticas de Soriangato no le ha generado una experiencia importante en términos nacionales, se ha comprometido con determinadas figuras del ámbito económico-financiero, a más de interesantes enganches con la Iglesia local. Estuvo bueno eso de reunir fondos para los templos con base en el redondeo del vuelto en cada compra efectuada en los supermercados... Le digo de una vez: la propuesta es que usted sea el vocero o la vocera del presidente Bordaburro en esta etapa que ahora se inicia con su justo nombramiento como ejecutivo vitalicio y jefe indiscutido de las Fuerzas Unificadas. Recordamos que usted fungió de tal cuando la campaña de Vincent Rotsuchs a la intendencia de Soriangato, tenemos videos de sus intervenciones públicas para salvar las pendejadas de su ex amante... aunque usted también ponía las de su no escasa cosecha. Pero una cosa es la atrasada provincia y otra la capital. Montemex es el centro de la nación, aunque esté a orillas del Golfo de la Plata. Aquí se cocinan el menú principal, los platos fuertes. La sopita y la ensalada quedan para la provincia, ¿me sigue, señora?" el discurso era demasiado directo, aun para un ánima tan cristalizada y valemadrista como la de Martina Ashegún. La dama continuó en su silente sentadera, bebidos los exprés que llevaron más fiebre a su no abundante pero zoológicamente intuitivo sistema neuronal.

"Por tanto, como damos por aceptada nuestra propuesta, usted deberá radicar en esta urbe. Será asistida por tres ayudantes, más allá de sus cargos nominales. Es decir, chofer, guarura y secretaria. En esta hoja dispone usted de los detalles de su programa diario para las primeras dos semanas. Deberá hacer cursos veloces de economía, historia nacional, geografía,

estadística, hidrocarburos, asistencia social, redacción, lectura, aritmética, cultura cívica, conducta social, inglés elemental... Sus horarios de labor están muy claros. En quince días será llamada a una nueva entrevista” suspiro de descanso, enseguida:

“Si las pruebas que se efectuarán son positivas, será llevada ante el presidente quien desde ya aguarda su colaboración. ¿Okay?” y así terminó el ahora más fatigado general Leoncio, quien no se molestó en continuar con su espalda en coyuntura vertical.

“Zseñor, azcepto con guzsto ezsta oferta que me honra cantidá. Como dijera mi poetizsa favorita, la Rabina Tagora, no hay que amarrarzse lazs alazs si queremosz empoderarnozs del zcielo. Cuento conmigo, general. Zsabré ezstar a la altura de zsu pedido...” se expresó de este modo la señora Martina.

Leoncio, poniéndose de pie y pensando que ese inaguantable juego de la zeta, la ese y la ce debía ser erradicado lo antes posible, simplemente contestó:

“Señora, ni modo de que usted no aceptara. Crea en el destino. Esto no es una imposición, usted ya estaba designada desde siempre. Nos vemos en dos semanas. Vaya y comience a dar cumplimiento a sus flamantes deberes. ¡Buenos días!”

“Szeñor, mucho le agradezco zsu propuezsta, le ezstoy muy reconocida... Pero, ¿y lo que tiene que ver con la mudansza de Zsoriangato a la capital?”

“Ese operativo está a cargo nuestro. Ni se moleste. Mi ayudante la acompañará hasta el coche de placa oficial que la espera y le presentará a su equipo de labores...” y ahí se retrajo la voz del general.

Martina Ashegún vaciló, pues no sabía cómo despedirse, o si debía ofrecer su mano, o a qué nivel de falsedad colocar su sonrisa, etcétera. Recibió el último y desangelado vistazo del general y retrocedió con un tenue tropiezo hasta encontrar, en mirada de reojo, la puerta que Cándido Repeluz le señalaba con enjuta discreción.

“De atrás no está fea y de tetas no anda muy mal del todo. Es algo bastantito achaparrada, le compraremos zapatos de tacones más altos, el peinado más arriba... Todo eso se arregla sin problema aunque falta tiempo para atender millones de pinches asuntos... Su nombramiento ayudará a calmar a la mafia de los Le Gros...” dijo entre sí.

Estiró su brazo diestro hacia el teléfono, marcó los dígitos de siempre sin ver los botones, escuchó y habló:

“Señor, ya está resuelto su pedido. Al rato le mando el informe sobre esa persona, lo hemos puesto al día. Creo que es lo mejor que conseguimos, usted lo entenderá fácilmente. Sí señor, lo que usted nos diga. Le ruego que nuestra solicitud de arm...”

quiso continuar pero la delicada colocación del otro teléfono en su lógico sitio desmanteló la comunicación.

“¡Pinche yanqui puto!” fue su sola ocurrencia. Al regresar su ayudante, preguntó por

rutinaria rutina:

“¿Qué tal la grabación? ¿Quedarán bien nítidas?”

“Sí, mi general supremo, como siempre nos queda.”

“Escuchame, Cándido, ¿qué hubo con lo de las festividades patrióticas, el desfile...? ¿No iban a realizarse antes de la movida presidencial?” la pregunta de un asombrado general Leoncio por esa desatención de su memoria.

“La comisión organizadora decidió demorarlas unos días, dicen que así podrán servir mucho mejor para que las masas populares se vayan olvidando de la situación creada por el auto nombramiento del presidente Bordaburro. Tampoco había muchos recursos logísticos...”

“No había... ¿y ahora hay?”

“Podemos averiguar eso de inmediato, ya mero, general.”

“Comunicame con el coronel Arrogancio Calatrava, ¡al tiro!”

“De inmediato, general” y al minuto le estaba ofreciendo el tubo escarlata.

“Coronel Calatrava, todavía no disponemos de nada referido a las festividades que la comisión a su cargo tiene la obligación responsable de organizar para beneficio del alma popular, inquieta porque está sin entender del todo la coyuntura en que andamos... ¿Qué puede informarme ahorita mismo?” puso urgencia en la pregunta aunque el general era contrario a ese tipo de expansión populachera.

“La comisión responsable está en condiciones de proponer la primera semana del mes próximo para la efectuación de esa actividad. Hemos acordado la coordinación de las tres armas, más la participación disimulada de otros cuerpos, tanto para aumentar la asistencia de público como para asegurar el orden ídem. Hemos logrado espontáneas colaboraciones del Consejo Empresarial Autóctono, de los Hacendados Federativos, de los Hacendados Asociativos, de la Unión Bursátil... En cuanto a las iglesias, algunas sí y otras no. Las del sí dispondrán que los sermones de los sacerdotes y los boletines parroquiales dedicarán mensajes constantes a favor de las festividades patrias, pero también a alabar la figura religiosa del presidente... Sabemos, mi general, que la logia Tabaré estará desconforme con este último punto, pero la necesidad nos conduce a hacer esta concesión...” fue el discurso bien elaborado del coronel Arrogancio Calatrava.

“Que la necesidad no se convierta en costumbre, mi coronel. Estamos en un país laico, ¿o qué? Hágase el desfile, utilicen todos los tanques Tigre, los vehículos blindados, la artillería ligera, la artillería de largo alcance, las bombardas, los morteros, den preferencia a los Inmortales de la guardia presidencial, a los cuerpos de choque, a la brigadas de intervención preventiva, a los batallones de marines, a los regimientos de caballería, a los zapadores, a los boinas verdes con sus perrazos, exhiban nuestras mejores armas, las bandas de cada rama o sección, mucha fanfarria, música, ritmo, como recitara Berta Singerman:

‘botas y más botas’, que suenen ‘los claros clarines’, queremos todo brillante y limpio, espectacular, hay que crear admiración, afirmar el vínculo entre sectores medios y plebe con las Fuerzas Unificadas, y meterle miedo a todo el mundo, hasta a los amigos y socios de arriba... Además, coronel Arrogancio, debemos construir para los observadores del exterior una imagen de nación renovada, que propone una fresca concepción de la democracia, un desconocido quehacer por la libertad con base en la destrucción de los subversivos de diverso pelo que atentan en lo oscurito contra los valores espirituales de la humanidad...” soltó su rollazo el general Leoncio, quien entre sí agregó: “¿Qué coños me pasa? Nunca he sido tan rollero... ¡Que se ocupen ellos de estas putas fiestas!”

“De acuerdo, mi general supremo. ¡Así le haremos!”

“Ah, luego tome contacto con mi ayudante, el capitán de llaves Cándido Repeluz, él le informará sobre quién, cómo y cuándo puede colaborar con la comisión de la festividades. Adelanto que será la recién designada vocera presidencial. Lo dejo con mi asistente. Seguimos en contacto, coronel Arrogancio Calatrava...” le pasó el tubo a Cándido y le dijo: “Decile que el partido con el seleccionado de Argentoris ya está arreglado, se jugará en el Estadio de los Cien Años, entrada gratuita, ganaremos dos a uno. A cambio, les venderemos algunas toneladas de arroz, maíz y frijoles a precio de regalo... ¿Somos pueblos hermanos o qué?”

Capítulo 20.

El desmesurado desfile militar por las principales avenidas y bulevares de Montemex había terminado sin incidentes, a nadie se le ocurrió ni por pienso esbozar un gesto de reprobación, un ademán de inconformidad, una sugerencia de desacuerdo, una oralización inoportuna, siquiera un pálido silbido. Los centuriones mayores montados en sus tanques Tigre y haciendo su saludo de venia permanente, los soberbios coroneles con sus regimientos, los escuadrones con sus oscuras caballerías, los capitanes y sus compañías de acción rápida, los inexorables cuerpos de marines, los grupos de apoyo de la policía, los zapadores de apagado uniforme, la guardia de seguridad presidencial con sus gigantescos perros de combate, las armas exhibidas tan impudicamente (cohetes de corto alcance, artillería de diversos calibres, ametralladoras de bala explosiva) ante decenas de periodistas nacionales y extranjeros, las bandas de ropas coloridas y luminosos instrumentos con sus animados directores marcando los tonos y los ritmos... todo esto costosamente descrito antes y ahora aquí, para impresionar al presunto lector, bajo la sombrilla protectora de los aviones y helicópteros en sus vertiginosas formaciones, había generado una resonancia ideológica y anímica de carácter inmovilizador, salvo en aquellas personas -no pocas- de arriba, de abajo y del medio que aplaudían como niños bobos y vivaban a la patria imaginaria, a sus héroes históricos reales o inventados, al ejército, vencedor reciente de la guerrilla, y al presidente que, según los oportunistas o sumisos o agachados o comprados o autovendidos mass media, demostrara tener los suficientes pantalones como para erigirse en el conductor del pueblo del Estado Mesoriental, inaugurando así una democracia capitalista de nuevo tipo.

El presidente Bordaburro sólo compareció unos minutos, para iniciar de viva voz y mala entonación las primeras estrofas de la Canción Nacional, debidamente modificada por algún vate áulico; pero la melodía también resultó con ciertos cambios de último momento que la banda de las Fuerzas Unificadas interpretó imperfectamente, pues apenas hubo tiempo de algún ensayo. (El general Leoncio preguntaría luego: “¿Quiénes y con qué autorización hicieron eso con nuestra Canción Nacional? ¡Tráinganlos conmigo! ¡Ya!” Tema para dentro de unas páginas.)

Ah, después de esa corta demostración musical, que la gente no pudo acompañar a coro en razón de su desconcierto auditivo, el presidente Bordaburro abrió una caja que estaba a su

lado, al pie de las mismas banderas que mencionamos cuando su discurso radio-televisivo, y de ahí salieron dos docenas de albas palomas que, asustadas sin duda por tanto desafinado barullo humano, al iniciar su vuelo colectivo soltaron sus mierdas bíblicas sobre unas cuantas cabezas, sombreros y gorras militares; incluyendo la cuidadosa y moderna peinada a la gomina del propio presidente. Éste, al sentir ese plumífero aunque semi líquido peso en su cráneo hirviente de sol, en un acto confirmatorio de su fe, creyó -según confesaría en sus *Memorias de un líder incomprendido*- que estaba recibiendo la bendición de su divinidad, adhiriendo así, agregamos nosotros, a la antigua tradición de identificar el poder de los dioses con el poder secular (creencia que aún perdura entre incontables pendejos...). De todos modos el alto jerarca debió retirarse por consejo de su secretario, el licenciado Tomasito Morongo.

El general Leoncio, que formaba parte de los selectos acompañantes del presidente Bordaburro, comentó para una de las retocadas orejas del Arzobispo Senecto Pero Peniscú:

“¿No cree que fue una señal del Supremo Arquitecto por la actitud demasiado personalista de nuestro señor presidente?”

En fin, la parada militar llegó a su término tres horas más tarde. Durante ese lapso, el presidente -su cabeza relavada y repeinada- examinó, con el asesoramiento del recién citado Tomasito Morongo, experto en fútbol y transas varias, la lista de candidatos a dirigir el seleccionado nacional para el partido con los de Argentinis.

Bordaburro preguntó, con la manera monjil que a veces usaba:

“¿Y estos? ¿Son todos mesorientales? No quiero extranjeros al frente del equipo...”

“Sólo hay un director técnico que es originario del Estado Mesoriental, señor...”

“¿Cuál, dígame usted cuál? Por lo menos hay uno...”

“Es Juancito Obdulio Gastón, alias El Negro Sabio, fue campeón del mundo en el año de...”

“¡No, ese tipo no: es un pardo! ¡Es un negroide! Y los jugadores, ¿son blancos o son negros de mierda...?”

“Si usted me permite, señor, puede usted designar a un asistente de técnico, que sea blanco y nacido en el país... aunque el técnico extranjero le haga desde atrás las indicaciones necesarias... En cuanto a los jugadores, si usted prescinde de los negros, mulatos, pardos, octerones o cuarterones o aindiados, pues... la verdad, que nos quedamos sin equipo. A la gente no le gustará que los mejores futbolistas no pisen el campo del Estadio de los Cien Años... Podría usted decir, en su discurso antes del partido, y nos quedan dos días, que todos al fin de cuentas somos hijos o al menos parientes lejanos de Dios...” arriesgó algo Tomasito.

“Bueno... hay parientes y parientes... Es una idea correcta: en manos de Dios siempre estaremos. De acuerdo, me resuelves eso de inmediato. Prepara el decreto presidencial para la firma y envía mensaje urgente al Arzobispo Senecto para que sus feligreses y

propagandistas espirituales difundan esta buena nueva... y que las masas la apoyen so pena de infierno. Ah, y que nuestro ya decidido reparto de paquetes alimentarios empiece mañana temprano, a la hora de inicio de las clases. Muchas tortas, muchos emparedados, muchos chorizos, muchos buñuelos, muchas quesadillas, mucha coca cola... Panem, desfilatorium, e futbolensis... Oye, Tomasito, ¿no crees que, con el favor de Dios, estamos empezando bien esta segunda etapa de nuestro reinado?”

Tomasito Morongo, ya de salida:

“¡Clarito que es así, señor presidente!”

En Solferino los agentes designados para hacer la guardia habían seguido las secuencias del desfile por radio y televisión; la mayoría había sido asignada a tareas de vigilancia y control entre la muchedumbre convocada para presenciar el desfile. Todo ese rato el Machito miró la pantalla con ojos de lejanía. Le valía madre o padre que le hubieran ordenado permanecer en el local con un grupo de compañeros y un elemento de los mandos medios. Él sabía el porqué de esa orden.

“Mirá, agente SSS007, es que podés encabronarte con alguien o echarle los canes a alguna dama. Es un acto patriótico muy importante que no admitirá ningún relajo, ni un desmadrecito, ¿ta?” la justificación de Juancinco.

“No hay pedo, jefe. Aquí nos quedaremos con los otros muchachos. Estemos donde estemos, sabremos cumplir...” respondió el Machito sin vibración en la voz, copiando de forma descarada conceptos de la página ocho del Manual.

Fue una jornada de ínfimas obligaciones, hasta se echaron un partido de fútbol en uno de los patios, cuatro contra cuatro; el agente noveno, pues sobraba uno, entraba en el juego al realizarse los cambios de descanso. Al jugador saliente le correspondían entonces las recorridas de vigilancia aunque se consideraba imposible que los subversivos intentaran alguna arriesgada operación contra el local, o que a otros mal nacidos les diera por pintar los muros con ofensivos graffiti. Aquello era visto por el vecindario o por paseantes circunstanciales como un verdadero cuartel, y a su presencia poderosa se agregaba la irregular actividad que desde la calle más se adivinaba que se percibía; salvo cuando se registraban salidas o ingresos de vehículos de carga y/o traslado de detenidos o de algunas tanquetas antimotines. Porque de a pie, nadie por su solo deseo entraba ni se quitaba del local, menos el agente SSS007, según ya vimos o leímos.

El recién mencionado aprovechó la calma de ese día para pepenar en sus carpetas, luego de los ejercicios de menor exigencia a que el mando medio lo sometiera. En esa ocasión no hubo horas extras, que se usaban para escalar los muros internos, casi a pura uña, o para el lanzamiento de puñales a distancia o la práctica de hostigamiento a los detenidos en la calle

por vagancia comprobada o supuesta, así como a teporochos que surgían roncando en las aceras nocturnas o borrachos ocasionales desprendidos de bailes populares o antros de clase media para arriba. El examen de las imágenes, con o sin pie de foto, le produjo una especie de enervamiento, digamos una inquietud en su ánimo, que fue ascendiendo como los relámpagos internos que lo azoraban desde la niñez.

“¡Ésta es bárbara!” se exclamó al alzar el papel de diario formato media carta, pues estaba obviamente recortado, adonde se aposentaba la figura de un prisionero en un lugar selvático de Centroamérica: el hombre, arrodillado, atado de manos y piernas, y casi en cueros, mostraba un débil osambre y una cara florecida de hematomas y marcas de arma blanca. Alguien le estiraba la cabeza hasta lo imprevisible, para que pudiera exhibir un cuello mugroso con restos de sudada pañoleta; otro, un niño de doce años según el texto que lucía al pie de la imagen, comenzaba a pincharle los globos oculares con un tenedor. El chavito miraba hacia la cámara, sonreía como un héroe de trapo.

El Machito guardó su tesoro de horror: estaba inspirado. Se dirigió al patio adonde sus colegas peleaban ferozmente por un balón de fútbol de tamaño reglamentario. Dio aviso de que volvía al ratito para el momento del siguiente cambio de jugadores. Caminó con demorada prisa hacia una de las salas de tratamiento.

Conocía el contenido: tres borrachitos miembros de tres generaciones y un muchacho alborotador, pero con pinta de naice o jailaife, que a la puerta de su escuela distribuía volantes contra el bajo nivel de la enseñanza y el alto nivel de las colegiaturas. Tras los primeros interrogatorios, todos habían confesado ya ser integrantes de un recién fundado movimiento guevarista: los soltarían pronto porque no sabían mentir. El Machito debía apurarse, para él eran pocos pero suficientes. El asunto era elegir, prefirió al menor de los briagos. Los detenidos estaban tirados en unos asquerosos petates y esposados en cadena: cuando uno iba al baño, o sea al retrete, iban los cuatro, turnándose y apoyándose en una curiosa doble mancuerna. Llevaban dos días así, parecían una familia de damnificados por un sismo, ahora durmiendo o descansando o entre soñando o pensando en novias o mamacitas o rascándose la inmundicia acumulada. El agente SSS007 procedió según su propio manual.

“¡A vos mismito, colorina!” y con una inserción y un girar de llavín dejó separada a su víctima y luego luego la arrastró o semi alzó aferrándola por los pelos y por el embarrado cuello de una ex camisa. Los otros, ahora en situación de temblorosa trinidad, sólo podían mirar, porque el agente necesitaba testigos que refrendaran su labor.

El briago, por más permanente que fuera su estado alcohólico, borrachera mojada o seca, perdió ipso facto los últimos e imperceptibles resabios de una cruda aliviada por los primeros interrogatorios. El dolor en el cuero cabelludo y en el pescuezo lo colocaron en tensión defensiva, entonces manoteó hacia cualquier lado pero buscando la cara del agente. El

Machito golpeó sólo dos veces, dos toques con los nudillos en la nariz moquienta del prisionero. Había mocos, hubo sangre.

“¡Te saltó el chocolate, cabrón!” eso dijo el agente, así decían los chavitos de primaria en las riñas a la salida de la escuela.

Luego le colocó las esposas pero en los tobillos y lo levantó sin excesivo gasto energético, para colgarlo de un gordo gancho enterrado en una de las paredes, “como aquel santo que murió boca abajo en una cruz, según las láminas del cura Eufrodio”, pensamos que recordó el Machito.

Sobre la mesa llena de objetos agresivos, papel higiénico, gasas, desinfectantes, pinzas, algodones, había un aparato de radio importado de Japón; lo encendió y, al escuchar la emisión de un programa de cumbias y merengues, dio altor al volumen; después tomó un garrote del rincón de los instrumentos de trabajo e inició un recorrido a golpes cortos sobre el cuerpo del desamparado preso, siguiendo el ritmo de aquella música tropical. Dos canciones más tarde, el joven briago, incontinente, sangraba por los agujeros visibles.

“¡Vas a echar sangre hasta por el culo, mamacito!” dijo el agente al dar fin a un procedimiento que no precisaba de ser asentado en manual alguno.

La descolgada fue rápida, la acostada y el amarre de manos también. Cuando el Machito se inclinó sobre los otros tres rostros, sólo encontró sudorosas crispaciones y párpados cegados. Se olía la jedentina del miedo como los depredadores huelen los estremecimientos glandulares de sus victimados.

Cuando dejaba la sala de primeros interrogatorios, el Machito volteó apenas y dijo:

“¡Si ustedes vieran, roñosos, qué bonito estuvo el desfile!”

Capítulo 21.

La señora Martina Ashegún dio acabamiento a los cursos rápidos. Era lo suficiente ambiciosa como para enfrentar hasta cursos de cocina javanesa si eso podía ayudarla en su voracidad sin fronteras. Si hay chance en este relato, trataremos de describir cómo, más allá de circunstancias fortuitas (es un lugar común...) o de sucesos azarosos, lo que ubica a una persona específica en un sitio eventual de poder o prestigio (nada es eterno, decía nuestra abuelita), es la necia necesidad que puede señalar a quien sea para que asuma ciertas funciones en un sistema determinado. Si la necesidad cambia, a capricho del señor Azar, el sistema opta por otras soluciones, y ahí pueden acabar de un modo asimismo impredecible no solamente los privilegios o el influyente poderío que la persona ha alcanzado, sino la persona misma. Pero los dioses, si es que existen, suelen vendar los ojos de aquellos presumidos a quienes desean chingar.

El general Leoncio, sin un convencimiento completo en razón de una indisimulada misoginia, “mujer, sólo en la cama” decía, aceptó como aceptable el resultado de las pruebas finales a que fuera sometida la señora Martina, aunque, pensaría, “lo que se ignoró toda una vida, no se aprende en un momento”.

“La felicito, señora. Era lo esperado de usted. Se presentará mañana al mediodía, que es la hora en que el presidente comienza a despertar en el Palacio Nacional, pues sus oraciones matutinas lo dejan un poco ido de este mundo material y grosero. Será usted acompañada por su equipo que la asiste y, en esta ocasión, mi ayudante el capitán de llaves Cándido Repeluz. Pero... esta noche deberá atender la última lección de los cursos, que no estaba incluida en las instrucciones que oportunamente le hice ver. Se trata... tome asiento, señora... Se trata de una sesión aconsejada por nuestros asesores en psicosexualidad, disciplina que apunta al logro de la armonía absoluta de cada ser humano que colabore, a altos niveles, claro, con nosotros. Como éste es su caso, el capitán Repeluz la conducirá, a las veinte horas de hoy, hasta la sala azul del Palacio Nacional, ala derecha. Allí se instalará con un ligero vestuario y aguardará nuevos instructivos... Allí mismo pernoctará para que se habitúe a los aposentos adonde usted establecerá su residencia permanente. Habrá otras habitaciones para sus tres ayudantes...” explicó Leoncio.

“Ah, pero... mi general... está bien, iré. Aunque no sé nada de esa píceosexualidad... ¿De

qué se trata?”

“No puedo adelantar información, sólo que deberá ser usted examinada científicamente por un asesor en esa materia. Sea cual fuere el resultado de ese examen, no impedirá que ejerza su labor como vocera del presidente. Según la experiencia acumulada, se me ha informado que es una actividad humana... un aspecto de gran relevancia en la especie. Si ese aspecto es atendido con la debida responsabilidad y con las particulares libertades que en otras disciplinas no son admitidas, verá usted, señora Martina, que el llamado ‘Factor Eros’ otorgará sorprendentes y eficaces resultados a una labor de tantos requerimientos como la que le hemos asignado” y ahora sí suspiró y aspiró el general por mera función oxigenatoria.

“Está bien, general. Todo por el mejor servicio al presidente y a la nación” pudo dar este molde de su pensamiento la señora Martina, que era descalza de conocimientos pero nada pendeja en asuntos de la mera ambición intuitiva. Por eso, mientras el general la saludaba y la despedía con notoria neutralidad, ella imaginó una enorme recámara con puertas blancas y doradas, cortinas azules, techo y paredes cubiertos de finas telas azules, taburetes de asiento azul, cama de tres plazas con colcha azul, dosel blanco y dorado, almohadas azules y cojines azules en sitios de táctica y estrategia. Y sobre la cama...

“Ah, le decía hasta luego, señora... Mi asistente se contactará enseguida con usted. Le pido me envíe información diaria, según nuestras instrucciones. ¡Adiós!” esta postrera palabra la emitió ya mostrándole las espaldas.

“Adiós, general...” dijo Martina, y marchó hacia el cercano y entreabierto espacio de la puerta; allí estaba Cándido Repeluz, el movidísimo capitán de llaves.

La señora Martina Ashegún no escuchó las cuidadas y atentas indicaciones del asistente del general. Mientras caminaba por el pasillo, rumbo conocido por el que volvería a transitar, no pudo ni quiso abandonar el comienzo de aquella imagen sobre la imaginada cama: un hombre de oro, desnudo a toda piel, músculos innumerables, cabellos negros de medido largor, brazos abriéndose en señal de recepción y, entre aquellas piernas cual columnas alabastrinas, el órgano fundamental en su recto esplendor; fue así que recordó de golpe, cuando la adolescencia, la frase de su cura de confesión mientras le acariciaba la cintura: “la verga del pecador/ también apunta hacia el cielo”.

Y la señora Martina Ashegún, confirmada en su doble fe de carne y alma, asediada por aquellas representaciones que creía fosilizadas para siempre, y con el calzón parcialmente humedecido, volteó hacia el capitán Repeluz y preguntó:

“¿Vamos ahorita al Palacio Nacional, verdad?”

Capítulo 22.

Los Juanes, mandos medios, y los otros mandos de más abajo, que eran tres, ¿o eran cuatro?, dispusieron y firmaron al calce un escrito sin corrección de erratas en el que describían “la horroriza golpiza” (con rima) a puro garrote que el agente SSS007 había dedicado a uno de los briagos detenidos que, además, no se reponía ni de la cruda ni de los primeros interrogatorios. La frase más relevante del escrito, que no llevaba intención de denuncia sino de mera alarma, podría leerse más o menos así:

“En concecuencia, señor coronel Dunbiro, emos pensado que la conduta del susodicho ajente ba contra los concejos del Manual que usted tiene escrito, a más de presentar un mal eemplo a los demás miembros de este cuerpo. Si cada huno hiciera lo mesmo, mire usted que relajo se armaría. En qué ba a quedar la diciplina que es la base de la vida militar. Pensamos que el susodicho ajente tiene que seguir en el cuerpo pos la orden de arriba es la que manda, pero tiene que estar separado de lo hotros ajentes, o cea, en recámara aparte, comida aparte, baño aparte, cuarto de interrogatorios aparte, y que sus egercicios los aga cuando los hotros no estén de figura presente, tendrá para él solito una pelota de futbol y una tele, y estará a la orden permanente de usted, señor coronel Dunbiro, para lo que nos y le guste mandar. Añadimos que ay ajentes aquí que handan con ganas de hechárselo, porque nadie puede con su jodida fuerza, si asta envidia parese que le tienen. Sienten que si le toleran tantos desmanes porque son efetivos para reprimir a los suersivios, los ban a poner a todos a aser lo mismo, que en verdá, coronel Dunbiro, sería demasiado para ellos...”

El coronel Dunviuro Retícula se encabronó menos por la propuesta de los mandos medios, “habrá sido Juancinco el de la idea”, que por el error en la escritura de su nombre, “ya ni saben quién es uno, ¡ojetes!”, fue la expresión de su exaltada ánima.

Al ratito de repensar aquel jodido problema, más en calma, se planteó una tesis salvadora:

“Pensando en lo correcto, estos Juanes llevan razón... pero hagamos al revés: dadas las circunstancias objetivas, provocadas por el oligofrénico de Bordaburro al auto nombrarse jerarca máximo y permanente del país y con poderes ilimitados, sin consultar a las Fuerzas Unificadas según se acordara, lo que ya está motivando reacciones en toda la escala social, incluyendo a los jefes centuriones, porque además a él solito se le ocurrió hacer como al

presidente del Estado paraguaytiano, esa bestia del mariscal Estroernudo, ese alérgico a toda forma de democracia neoliberal o como sea, que colocó a un tipo de confianza, miope y medio sordo, como director técnico del seleccionado de fútbol... ¡Y él va y hace lo mismo con un tío mesoriental bien tarado y, para mejor de lo peor, con un entrenador gringo de Inglaterra como asesor secreto! En fin, las cosas se joden a toda velocidad, así que nosotros, en este cuerpo especial debemos ajustarnos a la coyuntura: pegar duro y primero, operaciones de carácter preventivo, acciones sorpresa, intentar cierta autonomía del general supremo... Es la línea de los hechos consumados... ¿Cómo dicen los gringos del Norte? ‘Negrito bueno, negrito muerto’, acá puede llegar a ser ‘Sospechoso no más, ahí la quedás...’ Lo mejor será, pues, poner al agente Escipión Carrasco como encargado de adiestrar a los demás agentes, con base en sus métodos personales y usando como materia prima a los ciudadanos de todo pelo detenidos en Solferino. Una democracia fuerte e inflexible y un Estado oligárquico-militar como el que algún día veremos instaurado, esperan y exigen de nosotros la mayor optimización posible de nuestras facultades y recursos... El agente SSS007, gracias a su insensible ánimo y a su brutalidad innata, nos ayudará a todos en esta carrera que con sacrificio llevamos. Nada comprenderá más allá de sus acciones y su ejemplo educativo para Solferino, pero le ampliaremos derechos de pernada y de pillaje... aunque con obvias limitaciones. ¿Cuál podría ser el título de su nueva función? En algún libro leí, ¿cuándo?, que un interrogador era llamado Magíster en Torturería, así que el Machito podría ser un Magíster en Acoso Legal. Como abogado que soy digo que es de utilidad meter siempre alguna ley en medio de los hechos y las palabras, o al menos el término ‘legal’ que también impresiona... Dejaremos constancia del nombramiento en los registros aunque para el personal de Solferino el Machito siempre será conocido cada día como agente SSS007. Más adelante informaremos al general Leoncio, no tengo dudas de que en pocas jornadas estará de acuerdo conmigo. Los tiempos de ahora se miden con relojes más rápidos. Daré respuesta a los Juanes y a los otros tres, ¿o cuatro?, en vivo y en directo. El escrito suyo de ellos irá para el archivo en carpeta confidencial. Nunca se sabe en este país del quién sabe...”

(Nota: como el dinámico lector habrá comprobado, nadie habla diciendo ‘SSS007’, sino que cada personaje debería emitir ‘ese-ese-ese-cero-cero-siete’, sin sonorizar los guiones, pero eso lastimaría el ritmo escriturario de estos relatos.)

Capítulo 23.

El cura Pepe Iturrieta regresó impensadamente a esta narración con solo bajarse del avión que de Madriz lo trajo al Estado Mesoriental, con escala en Santa María del Buen Viento, la gran ciudad ubicada al otro lado del Golfo del Plata sin enfrentar a Montemex.

Si alguien costosamente lo reconociera al pasar a las oficinas de migración o inmigración o emigración, vería a un hombre enflaquecido, de rostro de piel apretada, de pequeños lentes circulares y marrones, de lomos inclinados, de cabeza pelona con briznas blancas protegida en parte por una boina vasca, de saco colgante y exagerado para su osatura, de pantalones de pana gris también, de zapatos con pinta de par único, con un bolso de cuero asegurado en el hombro izquierdo y un pasaporte color carne humana en los dedos diestros.

“¿A qué vuelve usted al Estado Mesoriental? ¿Qué viene a hacer aquí?” inquirió el policía de inmigración, luego de consultar algunos datos en su computadora. Era un tipo ni gordo ni delgado, ni alto ni bajo, ni peludo ni pelón, ni agudo ni ronco, ni miope ni bizco, ni duro ni blando, ni educado ni mal educado, era un simple agente de inmigración fatigado de compulsar su ordenador y de preguntar lo mismo o casi a decenas de viajeros.

El vasco Iturrieta contestó:

“Vengo de paseo por unos días, no más de dos semanas... A visitar amigos, familia aquí no tengo...”

“¿En qué hotel va a parar?”

“No voy a hotel, no dispongo de dinero suficiente... Unos amigos me darán alojamiento y alimentación en su casa de ellos, viven por el barrio de la Unidad Oriental... Espere, por favor, que aquí llevo la dirección bien apuntada. Es en la calle Heroicos Defensores del Cerro, número doscientos catorce, es casa, no departamento, esquina con Avenida de los Corderos” informó el vascuence don Pepe.

“Ah, bien... dígame su profesión, mire directo a la cámara y ponga los dedos en esta almohadilla, ¿ta?” ordenó maquinalmente el policía.

“Sacerdote en retiro... jubilado, ¿está correcta la mirada?, ¿puse bien los dedos todos?”

“Sí, ta bueno. Aquí tiene el permiso, se lo damos por su pasaporte, no por usted, porque tiene antecedentes de vínculos con la subversión y estuvo en cana un tiempito. Así que pórtese como se debe y no se meta en líos, ahora estamos bajo el régimen de democracia

dirigida, hay limitaciones de reunión y hay que andar todos los días con los documentos a mano, ya verá... ¡El que sigue, señores!”

El ex sacerdote salió del aeropuerto principal, ubicado en la orilla este de la ciudad, antaño llamada también “grande aldea” o “villa de los tontomontemenxes”, exótica denominación... En la parada de autobuses esperó unos minutos, mientras un limpio sol daba calidez rememorativa a sus neuronas. Desde ese mismo aeropuerto, no tan modernizado como en el hoy de esa actualizada circunstancia, había salido -finalizada su etapa de errónea prisión- a sugerencia expresa de la embajada hispánica y por presión de los servicios de inteligencia del ejército. Se evitó un escándalo que hubiera tenido mínima repercusión, sin duda, pero que no debía producirse de acuerdo con las políticas del momento. Hubo acuerdo entre diplomacia y represión, eso lo pensó siempre Iturrieta.

Ya trepado en el autobús que lo llevaría a las zonas céntricas de la urbe, creyó sentir en su decaída espalda la sombra de un sabueso, o sea, de un encargado de vigilancia por seguimiento explícito. En España había sido lo mismo durante esos años, porque el gobierno de su real y alcohólica majestad sostenía que adentro de cada vasco había un miembro de la ETA, y hasta dos, según la cifra de vino o coñaque. Dicen que su majestad llegó a decir, mientras en los prados de Rumania disparaba su fusil de alto calibre contra tiernos cervatillos atados a un poste, una frase ya conocida pero con una variante: “¡Vasco bueno, vasco muerto!”

Resignado o acostumbrado o por mera aceptación, el ex cura o casi cura o aún cura puso las esmirriadas nalgas en un agradable asiento sobre la ventanilla, del lado sur, para poder recordar contemplándolos los pinares y los eucaliptales que de forma parcial ocultaban el trazo blanco de las playas.

“¿En qué asiento se instaló la sombra del sabueso?” se preguntó con un comienzo de llanto, pero enseguida el sol se hizo cargo de sus lágrimas. Incontables fotones habían viajado ciento cincuenta millones de kilómetros en unos ocho minutos para traspasar las moléculas translúcidas del vidrio de la ventanilla y tocar sus párpados casi vencidos por un íntimo impulso de sales y de agua. Comprendió que aquella luz le pertenecía, que aquel sol tantas veces recordado durante su forzada ausencia, primero en San Sebastián y luego en Madriz, era el mismo astro asentado en la bandera del Estado Mesoriental: allí también era suyo. No separó el rostro del paisaje costero hasta que se acabó la carretera y empezó la avenida Héroes de la Patria, de seis carriles y camellones ligeramente arbolados.

Descendió en la terminal al cabo de observar, como en una acción de rutina, como a través de un espejo que moviera la realidad, los edificios de viviendas populares, las casas con sus modestos jardines al frente, las tiendas de ramos diversos, los kioscos con oferta de cigarros, revistas, periódicos y condones, los centros comerciales infectados de automóviles,

los bares con su menguada clientela, los soldados y policías en cada esquina, las tanquetas cercanas a los colegios y a la Universidad Mesoriental. Al pisar el concreto pegajoso de no reveladas sustancias, otra vez sintió en la espalda la presión de aquella sombra.

“Todo es igual, todo es distinto” buscó una caseta telefónica, marcó el número que había guardado en las entretelas de la memoria; esperó algunos segundos, tal vez treinta. Hubo respuesta.

Contestó:

“Ya estoy en la terminal, cojo un taxi y voy con vosotros, ¿de acuerdo?”

Seguramente, su pregunta se repitió como afirmación o consentimiento, dispuso el tubo en su lugar, ajustó el bolso a su hombro izquierdo y ya iba en procura de un coche de alquiler o carro de plaza, cuando los aromas del café exprés le atizaron las narinas. Siguió la huella invisible buscando el origen, “siempre el origen de toda cosa”, hasta allegarse al mostrador de la Cafetería Oxalá, adonde atendía una joven y ciertamente apenas maciza mulata de eléctrica sonrisa y eficaces ademanes.

“¿Qué vai querer o señor? ¿Um cafesiño?”

“Sí, pero que sea un exprés doble, por favor, señorita...”

“Enseguida... Eu sou María Garota, eu nao sou daqui, cheguei faz pouco tempo, a gente tem que trabalhar, tem que viver...”

“Yo también no soy de por aquí... bueno... soy bastante de aquí, como alguien que tiene dos matrias.”

“¿Duas qué, señor?”

“Oh, perdón, hija mía. Quise decir dos patrias...”

“Eu entendo, sírvase su cafesiño, señor... ¿cómo se llama el señor?”

“José Iturrieta, a tus órdenes. Vengo de España, allá vivía... ahora vine para quedarme aquí otra vez, me gusta la gente de este país” iba a decir “salú” pero nadie brinda con una taza de café.

“¿Al señor José le gustó meu cafesiño?” una pregunta con base en un imperceptible coqueteo.

“Por supuesto que sí, muchacha. Te pago menos de lo que recibí... ¡Vale!” y se fue a por el taxi, atento a las distancias que la sombra del sabueso proponía.

Llegó a la casa de sus amigos en unos veinte minutos, calles despojadas, banquetas vacías, árboles en abandono, cielo recuperando algunas nubes y con un primer atisbo de neblina.

“¡Qué bueno que has llegado, hombre!”

“No fuimos a esperarte porque nos tienen en la mira, la seguridad, sabes...”

“Ahora hay más ojos y orejas que antes. Lo que hizo el mocho de Bordaburro fue dar un golpe de Estado, pero aquí lo llaman ‘transición a la nueva democracia’ o ‘democracia

dirigida'. En realidad, tiene pocos partidarios, por supuesto que en las clases de arriba, en algunos sectores medios y en los elementos marginales que hacen órbita alrededor de las Fuerzas Unificadas, la policía y un chingo de servicios paralelos y hasta corporaciones represivas secretas, como la instalada en la calle Solferino..."

"Si saben dónde opera, no es tan secreta, ¿no?" observó el vasco Iturrieta.

"Son secretos a voces, secretos a medias, sólo muestran la punta del hilo, buscan meter miedo... y te aseguro que lo consiguen... Los medios colaboran en eso cada pinche día."

En esta plática de recibimiento colectivo no es necesario dar nombres o bautizar voz por voz. Respetemos la seguridad de estos militantes clandestinos, no por desconfiar del presunto lector sino porque cualquier desliz, cualquier desatención, cualquier indiscreción, cualquier inocentada, pueden ser letales. Claro, el servicio policial de información e inteligencia ya sospechaba de los tres habitantes de la casa de la calle de los Heroicos Defensores del Cerro número doscientos catorce. Uno de ellos había estado preso cuatro años y medio por colaborar circunstancialmente con la guerrilla urbana, y los otros dos, su madre y su padre, eran nacidos en España y arribados a aquellas ex solidarias tierras poco después del triunfo del Mariscalísimo Paco María Aznares Onagro, gracias al apoyo del nazifascismo local e internacional.

Eran personas destinadas al trabajo constante, muy republicanos y hasta algo rojillos, su inquietud social no participativa en parte se compensaba con la ayuda, "siempre poca", que solían presentar a quienes se opusieran al "gobierno de facto" o al que tuviera un contenido autoritario. Habían apoyado, con riesgo de vida, la actividad de su hijo en los cercanos tiempos de la guerrilla; ahora, en una coyuntura que apuntaba como muy canija, "más pior", estaban en disposición de colaborar aunque tomando en cuenta la experiencia acumulada, "históricamente acumulada".

El ex o casi cura Iturrieta les dijo, en la plática que comentamos, cuáles eran los motivos de su regreso al Estado Mesoriental. No se lo esperaban, pues habían pensado que se trataba sólo de iluminar una zona de su nostalgia, dado su cariño y su adhesión humana y religiosa por los pobres, los miserables y los más jodidos de aquel pueblo que de su vísceras históricas había extraído, "como una esencia exquisita y sin mácula", tantas personalidades en el arte, el deporte, la ciencia, las armas y las letras, "que serían el orgullo de cualquier nación del mundo, zer arraiol! ¡coño!", pero aquella declaración de confianza en términos absolutos generó en los tres dueños de casa una respuesta que aquí no será reproducida, por las mencionadas razones de confidencialidad en ese (¿este?) tiempo de lobos.

"Oye, ahora debes echarte un descansito. Mañana será otro día, le dijo el loro a mi tía. Además, seguro que te han seguido hasta la casa, la calle está llena de sabuesos, de tiras, de orejas... reconocemos que hoy están operando con más finura, los gringos y los israelíes les

dan cursos a rolete... Bueno, hombre, a descansar. Allá está tu recámara...”

“Gracias, compadre, conozco la casa...”

Capítulo 24.

El coronel Dunviro envió comunicado por vía de escritura al general Leoncio sobre el último ejercicio del agente SSS007 a costa de los huesos rompídos de uno de los briagos. Y las positivas e iluminadoras conclusiones a que ese hecho lo había conducido. Parte de su informe, que se nos proporcionara a través de contactos no revelables, decía así:

“Si hubo descripción de lo sucedido, que resulta chocante aun para nuestros aguerridos estómagos, se debió a que, luego de extensas meditaciones y de consultar obras insoslayables, como *Memorias de un verdugo*, *El arte del tormento*, *Las mil maneras y una de obtener la verdad*, y otras, creo que el momento de la vida nacional, en su áspero camino hacia la democracia que queremos, nos plantea con urgencia recurrir a actitudes que podríamos calificar de extremas. Eso es, señor general Leoncio, lo que desde su ignorancia y su ánima primaria precisamente el mencionado agente realiza. ‘La brutalidad en estado puro conlleva factores de inocencia, que debemos estimular en función de su desarrollo en el ánimo de nuestro ejército’ para recordar al teórico yanqui-sajón-israelí Adolf Rosenberg Busch en su clásico *Decalogue for Palestinian People’s Destruction*.

“En consecuencia con lo expuesto, me atrevo a indicar con el mayor de mis respetos, que la corporación de seguridad de Solferino debe estar formada, en su totalidad, por agentes como el mencionado. Él mismo, bajo la vigilancia de los mandos medios y con mi supervisión, se encargaría de ejercitar a los demás miembros del cuerpo en tal sentido. Como usted conoce, el mal está arraigado en la especie humana mucho más que en los demás animales: sólo debemos estimular que aparezca en todas sus dimensiones y darle, en el caso comentado, una direccionalidad política e ideológica determinada; o sea, en función de la Patria y de nuestros deberes para con ella.

“El funcionamiento de Solferino no es un secreto ya, tal vez nunca lo fue totalmente. Esto es irrelevante, pues si con lo poco que de él se sabe el vulgo ha inventado tremendas leyendas de terror, imagine usted, señor general, cómo nos ayudará la imaginación del populacho y de algunos clasemedieros si los miembros de nuestra corporación aplican métodos extremos de determinada repercusión pública.

“El miedo contrae, es centrípeto; la alegría y el sexo liberan, son centrífugos. Digo esto porque la figura del presidente Bordaburro, dicho sin espíritu de ofensa, no le mete miedo a

nadie. ¿Sabe usted de unos versos de juglares anónimos que por ahí circulan? Dicen: ‘Bordaburro, no hables que me aburro’ y de su casta esposa: ‘Putá Josefina, a la cocina’. Es imposible, claro, combatir el origen de esa versología, que ahí no acaba; sólo que en alguna instancia futura ese rebajamiento de la personalidad presidencial puede sernos de no escasa utilidad con relación a los ánimos de las masas.”

El general supremo Leoncio Bautista Seco releyó el comunicado, cuya clave obviamos, dio cuidadoso fin a su whisky, “estoy chupando de más”, indicó al capitán de llaves que le sirviera otro, “para el calor del estómago, sólo”, repensó lo que desde años atrás pensaba: la formación de una selectísima Guardia de Inmortales (ver historia de Persia) que, a dos aguas entre lo visible de su acción y lo invisible de sus poderes profundos, organizara y dirigiera los destinos manifiestos de la sagrada Nación. Y él, Leoncio, al altísimo mando, of course.

“Está muy clarito que la propuesta del coronel Dunviro es acertada y que nos resulta inalcanzable ahorita una guardia como la deseada, pero hay que diseñar de inmediato un Súper Manual, ya tengo los borradores desde que sueño con los Inmortales. Hay que mostrarles a los gringos, además, que ya no tendrán que darnos clases de torturería, represión distinguida y afines. Las armas, sí, que nos las manden a cambio de inversiones en nuestras minas de oro y plata, en la industria pesquera, en la prospección de petróleo en el Golfo del Plata, y en las bases aéreas ocultas en la sierra Negra, a más de la construcción de campo de prisioneros vinculados con el terrorismo mundial. Eso no me gusta del todo, la Nación primero, aunque los acuerdos firmados y los protocolos en trámite sobre maniobras conjuntas entre nuestros tres pinches cruceros y su flota atlántica no se pueden desechar: ‘el que paga y pega, manda’, sin olvidar el ingreso a nuestro pálido mercado de los granos transgénicos y de subido subsidio que son suicidio para el campo... ¡carajo! Pero ni modo...” esto reflexionó el general supremo, quien está aquí retratado como un nacionalista a ultranza, lo que le ha impedido ser totalmente servil con respecto al imperialismo gringo; y así se mantendrá hasta que... Mas, no adelantemos sucesos apelando a un efecto de prolepsis.

Lo relevante de ese mensaje castrense fue la transformación fulminante del cuerpo asentado en Solferino; se añadieron más plazas, entraron más equipos, más armamentos, más vehículos, y los movimientos de los agentes, a toda hora y sin descanso, se hicieron cada vez más ostensibles, más descarados, más explícitos, más insultantes: la gente del barrio y alrededores había entrado a fuerza en aquella política de terror: el rencor era una repuesta no expresada, salvo algunos atrevidos graffiti en las paredes del mercado y uno que otro en los mismos muros del cuartel. Hasta se improvisó en Solferino un altar con las imágenes sacrificiales de costumbre para que los milites dejaran allí sus fervorosas y dudosamente memorizadas oraciones antes de pasar a la acción directa. Días y semanas y años después entregarían también sus ofrendas de agradecimiento al dios del presidente Bordaburro y a los

dioses o jefones que vendrían...

El papel del Machito, pues, se reveló como la quintaesencia del proyecto de la renovada corporación de seguridad. Él quizá nunca adquirió completa conciencia de eso. Sus ejercicios de tono espontáneo tanto con los detenidos, como los inventara en el baño contra sus compañeros de armas, eran agregados al Súper o Nuevo Manual por el coronel Dunviro; es decir, uno escribía con pinzas, cuchillos, carbones encendidos, sogas, garrotes, tenazas, agujas, electricidad, aguas usadas, martillos, guantes, guanteletes, cachuchas, bolsas asfixiantes, hoces, ratas, jabalinas, bacterias, pistolas, tijeras, virus, drogas, etcétera; y otro escribía en su ordenador o computadora la representación de la escritura lograda en la realidad. El resultado lo supervisaría el general Leoncio aunque, dadas “las apuraciones del proceso” pocos atenderían el contenido del Súper o Nuevo Manual, porque éste jamás se pondría a la par de la imaginativa práctica del agente SSS007, a la cual se añadían también las creaciones sanguinolentas y sucias, premeditadas o no, de varios correligionarios, los espontáneos, lo que servía como comprobación objetiva de las teorizaciones del coronel Dunviro, asentadas también en las ideas de Adolf Rosenberg Busch.

Cada noche, antes de empezar su dormida de seis horas reglamentarias, el Machito reveía en la soledad de su cuarto, porque se había resuelto, dijimos, una atinada separación, las láminas y recortes de sus carpetas. Como al parecer su recopilada documentación, pese a estar bastante crecida, no le bastaba, con sus lápices de colores que utilizara en el colegio de San Benito el Necio (y que siempre había conservado) realizaba caprichosos y originales cambios en los humanos cuerpos representados, tanto en dibujos como en fotografías. Ese trabajo de rectificación y perfeccionamiento excitaba sus neuronas creativas (pensamos que es de lamentar para el desarrollo de las artes plásticas del Estado Mesoriental que el Machito no llegara a contemplar en los museos de Europa las telas y tablas de Hiëronymus van Aaken Bosch y de Brueghel el Infernal, por ejemplo) de modo tan anómalo que en la siguiente jornada debía continuar compulsivamente sus trazos y grabados en los cuerpos y las ánimas de los prisioneros.

Los cambios en el Machito habían sido de asombro. El chavo de catorce que parecía de dieciocho ahora semejaba un mocetón de veinticinco, todo en asunto de meses, “¿cuántos, eh?”, en verdad, no recordamos cuántos. Su ración de comida era preparada con base en carne asada de res, verduras cocidas, frutas fresquecitas para desayuno de la panza vacía, pan de granos diversos y leche de vaca sin aligerar. Nada de carnes blancas, aunque sí y día por medio un plato hondo de caracoles crudos aderezados con cilantro, ajo y perejil. En una ocasión, cierta cucaracha voladora, que las hay, cayó en su plato mientras comía atendiendo un partido de fútbol en la tele. El Machito -hay testigos que no desean revelar su nombre- simplemente la tomó por las alas, la pasó por el aderezo de los finados caracoles y con

natural gesto introdujo en su boca al indefenso y desesperado insecto. Asentó aquella ingesta inesperada con un cucharazo de moluscos terrestres. En cuanto a atención médica, no la necesitaba, la rechazaba, ¿quién se atrevería a tomarle la presión o a contar los latidos de su pulso? Pero, por señalamiento de los mandos de arriba, se disolvía en los vasos con leche desgrasada un considerable chorro de testosterona, a más de vitaminas para astronautas. Esto fue lo que exaltó la sexualidad de Escipión, por lo que, para cancelar sus fugas de Solferino en busca de carne de hembra, o de algún doncel que surgiera por ahí, los mandos encargaban al burdel de doña Adela el envío de alguna de sus doce pupilas, a un promedio de dos o tres por semana, para dar cuenta de la urgencia del agente y para celos colaterales de sus correligionarios. Eso produjo una especie de leyenda que se derramó por las regiones que rodeaban el local de Solferino; fueron las mismas suripantas quienes la forjaron y la transmitieron. Un ejemplo:

“El tipo es un fortachón como Rambo o Supermán, pero no es como ellos, le gusta coger cantidad. Te mete mano y lengua por todos los rincones, una lo ayuda bastante, se echa un par de tacos, ni te mira aunque te ve, cuando termina te sopla en la oreja izquierda como una especie de llanto sin llorar, se moquea, te ensaliva, y dice palabras que ni una como yo, que anda de cama en cama como pajarito en las ramas, tiene el coraje de repetir...”

En cuanto a su formación escolar de él, poco es lo que retenían sus neuronas, donde se asienta eso que se denomina, creemos, memoria semántica o memoria profunda. Curiosamente, ese aprendizaje de la niñez -más como cultivo del cascarón que de la semilla- había exaltado sus tendencias arcaicas, sus regresiones, y éstas a su vez, por un ademán del dios Azar, se ajustaban a las exigencias y propuestas de la modernidad tardía, “estado genérico de la cultura basado en la expansión del cambalache o hentropía multidimensional y del horror estético y ético al pasado propio de las naciones capitalistas en peligrosa y belicista decadencia final” (John Packerman, *The Last Paradise*).

No se trata de sugerir que el agente SSS007 era como una serpiente que se muerde la cola y se devora a sí misma hasta desaparecer. No hay ofidio que alcance tal dimensión metafísica o aun mística, cual los ermitaños buscadores o enfermos de Dios que se bebían el propio semen masturbándose con su boca de ellos... El Machito ya comenzaba a menearse más que adecuadamente, y cada día mejor, entre lo atávico (renovado) y lo moderno (tardío). Esa contradicción sustentaría su trayectoria durante algunos años, que pueden ser fundamentales para el estudio de la Historia pero que no lo son para esta historia.

Sin embargo, solamente uno de nuestros personajes, el coronel Dunviro Retícula, tal vez por su mentalidad castrense y leguleya y su proclividad hacia el acomodo o el retorcimiento de toda axiología de la eticidad; solamente él logró captar, y no con total perfección, la insondable personalidad de Escipión Carrasco.

Esa captación tendría su costo, y no sólo personal. De cualquier modo, para no entrar en distractores de orden psicológico-pequeñoburgués, digamos que la corporación de Solferino, así refrescada y aumentada, acreció su tarea de protectora de la seguridad nacional: doctrina es doctrina.

La oposición al autogolpe de Bordaburro empezó a actuar con intensidad que aumentaba día con día o noche con noche o tarde con tarde, según las características de sus operaciones y la experiencia reunida cuando la época de la guerrilla urbana. El descalabro de ésta, a causa de su aislamiento con relación a las masas populares, a sus errores metodológicos, al efecto de la tortura en muchos de sus componentes, a la traición que se hospedaba en sus filas, a la falta de armamento más actualizado, and so on, había fortalecido, como ya apreciamos, a las Fuerzas Unificadas. La paciente oposición por vía pacífica, que pretendía como asunto de principios y por medio de los partidos y formaciones sociales y sindicales izquierdistas, democráticas y aun socialcristianas, la movilización general de la sociedad hacia una mejor forma de gobierno, justicia, desarrollo y soberanía, se encontró con un aparato represivo mejor estructurado, con un insospechado apoyo logístico que se mostró en el citado desfile castrense-policíaco, con una red de espionaje e información que enraizaba en oscuros centros de inteligencia, con nuevos cuerpos de acción ilimitada, con una entrega total de los mass media, con el control de la enseñanza pública y privada, con la ausencia de la representación parlamentaria y judicial, con la inexistencia de la vida política tradicional, con los sindicatos crudamente vigilados, “en mi país qué tristeza” llegó a cantar Alfredo Guitarroja.

Por tales motivos, que no eran escasos, la oposición demoró en encontrar rumbos de efectividad, de resonancia pública, de eficacia ideológica. Con los años del presunto gobierno de Jesús Mesiano Bordaburro, que no resultaron demasiados, en verdad, esa oposición fue logrando espacios con su trabajo hormiga hasta tener acceso, en una coyuntura foránea muy cambiada, a un estallido de democracia más formal que real, pero democracia al fin, aun en términos de “pensamiento débil”.

Pero lo dicho anteriormente parece más un ensayo de aprendices de politólogo que de narradores intradiegticos, como si una novela diera para todo... Por lo tanto, luego de casi un año y volviendo a Solferino, nos encontramos con una junta del coronel Dunviro y los mandos medios y menos medios. O sea, los Juanes ampliados. Hablaba el coronel:

“De acuerdo, pues, con la documentada información que se nos proporcionara desde nuestras oficinas de inteligencia, los subversivos están organizando tres manifestaciones callejeras para festejar, según ellos, el día primero de mayo. Más allá de que creemos que el día internacional del trabajo se festeja laburando, no podemos permitir que se efectúe ni uno solito de dichos mítines. Dividiremos a la corporación en tres cuerpos, más un grupo de refuerzo que estará al pendiente con sus vehículos. La guardia del local será de seis hombres.

Se estima que los manifestantes no llegarán a un total de cuatrocientos. Debemos rodearlos, soltar los gases pimienta y los inhibidores de neuronas, disparar una tanda de balas de goma, si hay resistencia, fuego a discreción de la cintura para abajo, si entramos a macanazos no golpear las caras...”

“¿Las caras por qué no?” una pregunta de cierta lógica.

“Por las fotos para los medios, que nadie diga que los tratamos mal a esos podridos comunistas” respondió el coronel.

“Sí, yo... nosotros sabíamos algo de eso” era Juancinco.

“Les recomiendo que solamente recojamos para su detención posterior en este local, lastimados o no, unos treinta individuos y unas diez individuos. Los heridos leves y graves, si los hay, que se queden por la calle nomás. De ellos se harán cargo los efectivos policiales que acompañarán a distancia los operativos. Ah, tendremos cobertura de media docena de helicópteros. Bien, señores, hasta ahora hemos actuado de manera limitada y según el estado de cosas en el país. Es el momento de comprobar la calidad de nuestros servicios y la razón de nuestro accionar. Al salir mañana temprano se les informará sobre los sitios de acción. En el camino podrán estudiar los planos ampliados de la ciudad. Verán que en los tres casos es posible, si actuamos con rapidez, formar un cerco que impida el escape de los revoltosos. Es algo que esos pendejos no previeron...” terminó medio cansadón el coronel.

“Mi coronel, ¿por qué los mal nacidos eligieron esa hora, tan tempranito?” era Juandós.

“Porque pensaron que así nos iban a sorprender, antes las manifestaciones esas se hacían bastante más tarde” aseguró el jefe de Solferino. Y al tiro:

“Que en el resto de la jornada quede todo en orden para el operativo. Mañana los agentes se levantan, una meada, un café bien negro (‘con un toque de anfetaminas’ pero esto no lo dijo) ¡y a la acción por la Patria! Lo bueno es que recién estamos empezando...”

Capítulo 25.

La vocera de la presidencia se maquillaba con la ayuda de su asistente. Desde la visita aquella al Palacio Nacional, la primera, un evento difícil de someter al olvido, la señora Martina Ashegún había conseguido afirmarse en el delicado cargo para el que estaba destinada. Cada noche que entraba en la recámara azul y dorada, al cabo de jornadas de responsable labor junto al presidente o acompañando a su esposa de él, doña Josefina Tutto-dama regañona, dudosa cocinera, resfriada amante del cónyuge, mocha de hueso colorado, más ambiciosa que el doctor Fausto, pero mal-; o acompañándola, decíamos, a sus compras de la tardecita, pues entre el buen roncar y el mucho rezar se le iba el día, cada noche la señora Martina recordaba la aparición de una figura de hombre carnal, directamente encuerada, al pie del grande lecho.

(La situación erótica que ha sido sugerida, es probablemente un dato exagerado, pero la señora Martina lo experimentó en vivo y en directo y recto como un episodio de telenovela, porque ella era un personaje de una serie que llegaría a la más feliz de las culminaciones. Dijimos un detalle “exagerado”, pero no: las cámaras instaladas en la habitación -como en todo el Palacio Nacional, baños y cocinas incluidos- conservarían aquellas kamasútricas imágenes con todo y sonido para cuando el centro de inteligencia manejado por el general supremo Leoncio se planteara su utilización. Como puede leerse en cualquier libro de autoayuda, ‘todo orgasmo tiene un precio’, ¿no es así?)

Acabado el maquillaje, luego de una hora y cacho de histéricas dedicaciones, la señora Martina se contempló con cursi aprobación en el generoso espejo del cuarto de vestir, “soy la vocera más linda del Palacio Nacional”, y dio rívida orden a la asistente, Fermina o algo que suena así, para que sirviera el desayuno y le alcanzara el resumido resumen de noticias nacionales y foráneas preparado por los asesores del general Leoncio, unas veinte líneas cuyo contenido debía entregar, de modo aun más sintético, ante los lentos ojos del presidente o, si éste no andaba con ganas de leer, poner de viva y no ceceada dicción las selectas frases en sus pilosas orejas.

Consumido un desayuno con base en breves frutas, yogurt láit, una tostada y medio huevo cocido al vapor, higienizados los dientes naturales y los artificiales, realizada otra revisión pero en los espejos del baño, la señora Martina tomó de manos de Fermina -la rima

es intencional- su portafolios de piel de sierpe, hipopótamo y jaguar, y salió airoosamente hacia las oficinas presidenciales. A la salida de sus habitaciones la aguardaba el edecán, Marco Bruto, funcionario de buen ver, según las damas y sirvientas de palacio, para ofrecerle obligatoria compañía hasta las oficinas mencionadas. Todo el día iba a estar al pendiente de la jefa, para dar parte de sus actividades de ella y de él, ¿a quién?, pues al de siempre, al general Leoncio. ¿Y Fermina? Supervisaría flojito, nada más, si no, ¿quién la vigilaría a ella, quién cuida al cuidador?

La señora Martina entró sin llamar, como solía, en el estudio del presidente Bordaburro. Hasta ese día su trabajo había estado en general bastante tranquilo, pasados los primeros meses de un gobierno cuestionado como fraudulento y que necesitara de una elaboración de imagen convincente ante las miradas foráneas. Esa imagen había mejorado parcialmente gracias a los medios de comunicación, al peso fáctico del Centro de Investigación Especial y a la Sociedad de Inteligencia Regional y al buen hablar de los curas sermoneadores. Pero la lectura del resumen diario a cargo de la vocera, quien se había sentado entre el presidente y su secretario Tomasito Morongo, trajo un asunto no esperado:

“Tres mítines de agitadores en tres puntos de la capital. Primera utilización del cuerpo ampliado de seguridad. Treinta detenidos. Luego del operativo intimidatorio, la policía reafirmó el orden y limpió cada lugar. No se reportan lesionados.”

“¿Cómo? ¿Hubo manifestaciones con olor a pueblo? ¿No que estaba todo bajo cuidado?” preguntas de un presidente distraído que se hacía pendejo, por decirlo así.

“Es algo sorprendente en verdad, su excelencia, pero vemos que la situación ha sido dominada” comentó Tomasito Morongo en tono de conciliar el informe con una realidad que sospechaba bien distinta.

“Habrá que salir a los medios, Tomasito. Por aquello de la imagen...” sugirió el presidente.

“Sí, eso sería útil. Pero, ¿y si vemos a cómo abrió el dólar? Tenemos que aumentar las importaciones tradicionales, ¿qué dicen los mercados?, ¿están nerviosos por algo?” el secretario, tal vez pensando en su reciente compra de acciones petroleras o bonos a futuro.

“Leo, señor presidente: ‘Dólar: sesenta pesos por unidad, interbancario sesenta y dos barra sesenta y uno. Precios de mercado agrícola: arroz, trigo, soya, mijo, maíz, diez por ciento al alza. Harinas y aceites: al alza. Pan, tortillas y galletas: al alza. Combustibles: refinados, al alza; crudos, al alza. Carnes: rojas y blancas, al alza.’ ¿Sigo leyendo, señor Bordaburro: como está todo al alza...?” pregunta de la vocera.

“No hace falta, que Tomasito revise las cifras. Me preocupan esas marchas de los apátridas. ¿A quién le podemos pedir una ampliación de informes? No sea que nos ganen los medios de comunicación, como pasaba antes. Debemos salir nosotros primero ante la

opinión, ¡vive Dios!” como que el presidente dio orden de hacer algo.

“Pienso que hay que ir con el general Leoncio, es el de más confianza entre los altos mandos. Si usted autoriza, me comunico de inmediato, señor presidente” el decidido Tomasito.

“De acuerdo, hágalo usted... Ah, quiero que la señora Martina se ocupe del reparto de pastillas de viagra, eso se verá con más simpatía por aquello de las manos femeninas. Es que la Misión de la Obra de Dios me ha insistido en que debemos ayudar a que los vientres maternos cubran de hijos a nuestra cristianizada y criolla madre patria. La presencia adjunta de la Primera Dama, o sea mi esposa Josefina, dará realce a esas actividades que deberán ser atendidas con amplitud por los medios, incluyendo los sermones dominicales y las publicaciones de cada parroquia. ¿No cree usted, Tomasito, que el Partido Santacruceño nos puede echar la mano, aunque ya no disponga de legisladores?” fue el resuelto discurso del presidente.

“Bueno... los santacruceños están molestos por eso, se quedaron sin chamba... Es un tema de manejo más indirecto, su excelencia. Ya que estamos en el asunto, debemos pensar cómo podría desarrollarse la Campaña del Condón Agujereado, planteada por usted antes de su comparecencia del 27 de junio, fecha asentada en el Diario Oficial como Día de la Transición. Habría que prohibir la importación de los preservativos extranjeros y acordar con los fabricantes nacionales que los hagan con un agujerito muy discreto, y si disminuye la venta a causa de denuncias, por ejemplo, el Estado podría subsidiar la producción y todo tranqui. Para los hombres que apliquen el coitus interruptus, los castigaremos con alguna reglamentación provisoria o artículo secundario de la Constitución, vinculándolos con el mal ejemplo bíblico del pobre Onán, quien, a decir la verdad, nunca se hizo la paja, perdón, la chaqueta...” sugirió Tomasito.

“Eso es más complicado, habría que pensarlo para después. Pero ahorita mismo me averigües lo solicitado... Ah, hace tiempo anoté en mi vademécum algo sobre los camisas doradas, grupo del que había usted obtenido detalles interesantes. No entiendo por qué el Partido Santacruceño se abrió de ese asunto, cuando en una primera instancia participara de su organización, ¿me equivoco?” un tópico sorpresivo, este último, casi borrado de las atentas anotaciones del licenciado Morongo.

“Su excelencia, entiendo que los camisas doradas ya no existen en cuanto tales, pues fueron integrados o se disolvieron en otras corporaciones de reciente creación. Si usted desea, podemos procurar una confirmación más certera...”

“No, no, déjelo así, vayamos a lo del viagra... Ah, para la organización de los eventos de reparto público debemos buscar la ayuda del coronel Arrogancio Calatrava, tan servicial cuando las festividades con motivo de mi definitiva asunción al frente del país. ¿Recuerda

incluso cómo logró exornar el Estadio de los Cien Años para el partido que le ganamos dos goles a uno a los vecinos de la República de Argentinis? Había serpentinas, confeti, fuegos de artificio, banderines como miles de lábaros patrios, octavillas con la letra de la Nueva Canción Nacional, que empieza así: ‘Mesorientales al grito de guerra...’” explotó el inspirado presidente.

“¡La puta que canta feo!” se dijo muy entre sí Tomasito, mientras la señora Martina bostezaba a medias, para enseñar su lustrosa dentadura postiza colocada por el odontólogo oficial con cargo al erario.

“Señora Martina, tendrá que conectarse con los laboratorios brasilerogermanos Pelefeifer y acordar con ellos las fechas de reparto y la cantidad de cajas a utilizar. Cuando le entreguen las facturas, se comunica directamente con el secretario de Hacienda y Transacciones Públicas a efectos de saldar las compras. Es importante que usted y mi esposa Josefina, la Primera Dama, resalten en los eventos de entrega de tan precioso auxiliar reproductivo el gesto solidario y desinteresado de la empresa farmacéutica mencionada por la donación de tantas cajas de viagra y su cuidado empaque de a dos o de a seis pastillas. Luego me comunica cómo le fue con esas gestiones. Ah, apenas el licenciado Tomasito tenga los detalles de los mítines y de la participación de las fuerzas de seguridad, que se lo diga para preparar una conferencia de prensa nacional y foránea con carácter de muy urgente. Ahorita me voy a la misa de once pero antes debo buscar al Arzobispo Senecto, por el tema de los agujeros... Hasta luego...” se paró, se alisó los pantalones y salió mirando hacia la nada, como alguien que tiene poca relación con este mundo.

La señora y el licenciado permanecieron unos diez minutos en una contenida discusión sobre las maneras de cumplir con tanta responsabilidad matutina, pero dicen que tigre no come tigre, por lo que arribaron a algunas decisiones que, si bien no alterarían el curso fundamental de nuestra crónica, sí influirían en los índices demográficos del Estado Mesoriental; bueno, no mucho, pues para algo existe el contrabando como una tradición asentada. Y tan es de este modo, que un conocido antropólogo de esos años señaló: “contrabando es cultura, confirmación identitaria”. Consecuencia: no pudo evitarse el ingreso ilegal de condones, que los fayuqueros portaban en grandes cifras, montados uno sobre otro en sus embraguetadas vergas. Uno de ellos, años después, evocaba: “sí, ganamos buena lana, la joda era para orinar...” Decía doña Chatita que no es nada fácil que la gente esté conforme con algo, salvo con el propio deseo, ¿recordaría eso Escipión?

Capítulo 26.

Pepe Iturrieta había resuelto cambiar de domicilio, pues el edificio de la calle Heroicos Defensores del Cerro doscientos catorce estaba aguantando una muy pesada vigilancia policiaca o castrense o quién sabe. De haber sido aquella casa una persona hombre, su reacción hubiera llegado a un clímax verbal de acentuada grosería o de rechazo físico, despidiendo ladrillazos contra los indisimulados guaruras; de haber sido una persona hembra, hubiera sentido sobre la piel de sus paredes el asco de miradas y orinadas regulares, para luego clausurarse entre muros, ventanas, techos y puertas.

La decisión de ese cambio domiciliario fue bien aceptada y entendida por la familia no bautizada en estos papeles. Es decir, algunos días luego de su llegada a Montemex, Iturrieta se retiró a puro caminar hacia la zona marginal de Los Zopilotes. Hubo fugaz desconcierto en la gente que hacía el llamado “trabajo del gato”, suerte de pacientísima manera de esperar hasta el momento del zarpazo. Eso obligó a una conexión telefónica con la superioridad, por lo que dos polis o lo que fueran permanecieron en su sitio, enfrente de la casa vigilada, y el otro par marchó a pie tras el presunto turista vascuence. La paseata o caminata duró más de sesenta minutos, el frescor de la atardecida dio algo de alivio a los caminantes. Finalmente, Iturrieta entró en el atrio de la parroquia de San Xavier de Loyola, pasó el portón de sufridas maderas y procuró asientito y oxígenos de olorosa penumbra. Sus perseguidores, sabuesos fatigados y enfurecidos, no sabían cómo traducir aquella situación. Simplemente, sentados en el escalón de entrada se pusieron al acecho, por pura vocación nomás.

Dedicó un lapso de su descanso a reconocer las instalaciones de aquel templo de no elaborada humildad, sobre todo la sencillez antipapal de los oratorios laterales y la limitada cantidad de imágenes en tela, madera, metal. Sobre el altar, simplemente colgaba una gran cruz vacía de delgados y negros maderos. De modo no previsto, quizá por libre asociación con los polis que no se despegaban de su rastro, reconoció también entre los pujos y las grietas de su memoria la figura y la angustiada parla de... Tricornio Carrasco, ¿así se llamaba?, responsable padre de un niño de madre desconocida... ¿A quiénes más, a qué otros ciudadanos del dolor pudo o quiso recordar? Logró destensar los huesos sobre la rigidez de la banca, echando intraducibles suspiros en su lengua materna.

¿Cuánto rato estuvo allí, sin percibir el susurroso movimiento de la última misa, los

tropezados murmullos de las oraciones, el toque de las campanillas en su oposición o complemento con el campanil, el sembradío maloliente de los sobacos en cada acto de persignación, el caer de monedas de cobre en ávidas alcancías, el encendido de cirios y velas con su halo neblinoso? Alzó la testa con todo y gorra, miró hasta el fondo del templo como quien busca algo que allí no está, levantose de cuerpo entero, reajustó el bolso a su hombro cordial y, cuando marchaba hacia la salida, hasta olvidado de la marmolesca pila de agua bendita, alguien emitió su nombre con sonidos de apagado o incierto asombro:

“¡Padrecito Iturrieta! ¿Es usted, verdad?”

“José Iturrieta sí, lo de padrecito, quién sabe...”

“¿No me recuerda, padre?” la altota dama entre dos edades lo contemplaba como si fuera una especie de avatar, o sea, la encarnación de alguna divinidad de la India, Krishna o Vishnú.

Obviamente, la señora poco sabría de historia de religiones, aun cuando su nivel de instrucción era elevado con relación a los naturales de aquel barrio empobrecido.

Iturrieta tironeó, estiró y retorció los mezclados hilos de su memoria, ya estimulada por los ecos del incienso y el estado de ensoñación que recién alcanzara. Dijo:

“Ah... Oh... sí, señora directora, por supuesto que la recuerdo. Se la ve de lo mejor, gracias a... su Dios, sin duda. ¿Continúa usted al frente de la escuela? Alumnos pobres en su mayoría, este barrio no ha tenido demasiadas modificaciones... Sin voluntad de los de arriba, señora, ¿cómo lograr algún beneficio para los de abajo? Porque si no se alimentan en este mundo, ¿quién los ayudará a comer en el otro?” Pepe sintió que aquellas frases no eran las correspondientes a un reencuentro con aquella dama y menos luego de esos años.

Se contuvo en su fraserío, pues no disponía ya de aquellos mensajes espirituales que ofrecerle, cuando por mera soberbia creía ser el *porte parole* de Dios. Para él, el mundo trascendente era ahora el de la no aceptación de los males, las injusticias y los abusos en el día a día de una sociedad como aquella, de una familia desolada, de un infante sin su teta materna, de un rezo sin destino, de un milico brutalizado, de una cama violentada, de un campesino sin agua, de un amor sin amor, de un estudiante sin cuadernos, de un albañil sin andamio, de un minero sin manos, de un adicto sin su droga, de una suripanta sin padrote, de un poeta sin sus lápices...

“...y de un feto comiendo en la basura...” completaría la enumeración Pepe Iturrieta en caso de leer este fragmento.

La señora directora, dijimos que alta y respirando entre la edad de la plenitud y el comienzo de una levísima declinación, pareció no conectar esta parla de quien conociera como el cura Iturrieta con las afirmaciones poco flexibles salidas de aquella figuración humana que, pese a tanta flacura y a tantos visibles trazos de carencia, sostenía aún una

imperfecta pero luminosa verticalidad. Entonces, soslayando la imagen de hombre real que siempre la había atraído, pudo contestar:

“Es un gusto verlo y escucharlo, padre, aunque debo confesarle que me descolocan un poco sus palabras... No encuentro cómo expresarlo... no quiero que se interprete mal lo bien que siempre pensé de usted, aunque confío en que sabrá comprenderme, padre Iturrieta...”

“No habrá problemas de interpretación, señora... Le propongo que platiemos en otro momento, yo voy a ubicarme en la zona, para eso volví de España. Pero, ya que estamos, ¿conoce por aquí una pensión adonde pueda alojarme de modo provisorio, mientras busco una casa adecuada, algo modesto pero que no sea un departamento?”

“Sí, sé de la pensión que un tiempo administró mi amiga Magdalena del Reino. Ahora está el marido a cargo, pues a ella le vino una temporada de tristeza... por un idilio trunco, dicen, con alguien de la policía, y luego de pronto se marchó al Norte... Mire, vaya de parte mía, está aquí nomás, a la vuelta del mercado. Es un lugar limpio y no se come mal... Ah, padre, para lo que se ofrezca, estoy a sus órdenes en mi escuela, ¿sabe?, la han refaccionado pero hay menos alumnos que antes... Me disculpa, recordé que tengo un compromiso en la nochecita. Nos vemos prontito, si Dios lo quiere así” extendió su mano diestra, dedos largos y firmes, uñas acicaladas, alzó los pechos aún poderosos, escarbó con la mirada las entretelas ópticas de Iturrieta y salió a paso veloz, evitando tropezar con los adormilados cuerpos de los guaruras que aguardaban las siguientes maniobras traslaticias del ex o casi sacerdote.

Hagamos ahorita un brinco hacia delante; hagamos a un lado las gestiones de Pepe con el ex marido de Magdalena del Reino; hagamos como que no vimos los escasos movimientos de su instalación en una privilegiada recámara a la calle con todo y baño para él solo; hagamos como que no supimos de los meneos de sus dos aburridos y perseverantes cuidadores; hagamos como que no se produjeron unos tres encuentros de Iturrieta con la señorita directora; hagamos el rol de distraídos ante sus manos entrelazadas sobre la mesa de la cafetería La Negra Lacandona situada no lejos de la escuela pública; hagamos como que ella no experimentara tan alto grado de emoción con aquel reencuentro revitalizador; hagamos como que no nos enteramos del rápido avance y del veloz alcance de una relación que había estado adormecida por los prejuicios, la distancia, el dolor y el descaecimiento social; hagamos como que nunca sospechamos de esa atracción entre ambos dos generada al amparo de la música de órgano y el aroma de mezclados inciensos; hagamos eso para arribar al diálogo que nos interesa por su función más directa en este relato. Ahí les va:

“¿Y cuándo fue que ocurrió, dime? Porque yo conocí, sabes, a ese policía de nombre singular, Tricornio Carrasco. Me confesó la existencia de un hijo, fíjate, ¡de madre desconocida, de mamá ignorada, de progenitora inexistente! Estos años he llevado como una dura angustia, porque la negación de la madre es la negación de todo. Un hecho tan trivial

comparado con las desdichas que debe aguantar la gente de estos desamparados barrios, me produjo ese estado de ánimo... que ahora se reaviva...” la voz apretada de Pepe.

“Mira, recuerdo hasta con detalles, te repito, cuando la abuela del niño, doña Chatita, llegó con él a la escuela para su inscripción. No se pudo por falta de documentos o porque los que traían estaban incompletos. Sólo dos nombres había asentados: el de Tricornio y el de Escipión. Lo más impresionante fue la actitud del chamaco, era como de más edad que la declarada. Cuando se acababa la discusión, que era más de pleito que de acuerdos, se paró de un golpe como esas plantas filmadas de tal modo que uno las ve crecer... pero fue más rápido, perdón... fue como si naciera un bicho de otra época, de un mundo antiguo. Y no porque fuera feo o por algún defecto como tienen tantos chavos hijos de la miseria. Es probable que yo exagere, parecía un cuerpo relleno de crueldad o tal vez peor, una bestia en desarrollo, sin conciencia, una máquina de fabricar sufrimiento... Ni siquiera parecía implacable, en él lo terrible era natural... Así lo sentí” se estremeció la directora, cuyo nombre era Cristina de Altagracia, reviviendo aquel encuentro.

Estaban los dialogantes echados en la pródiga cama de Cristina, cubiertos someramente por sábanas renovadas y mantos de lana cruda. Observándolos con cierta objetividad, conformaban una pareja dispareja, por edades algo distanciadas y encorpaduras de muy distintas vivencias y experiencias. Pero allí estaban, tal vez para ayudar a la estructura de esta crónica.

“¿Supiste de él después?”

“Sí, alguna cosa, porque en el barrio se comentaba que, ya de más edad, y fallecida la abuela y muerto el padre, lo habían enganchado en una especie de grupo de choque, los Dorados, para vigilancia o represión, formado en realidad por paramilitares o parapoliciales. Lo más probable es que siga ahí... Pero hablemos de nosotros, Pepe. Es que estoy con los cables confundidos.”

“No te dé pena, somos mayores de edad, ya no estoy casado con ninguna Iglesia. El templo verdadero es el que está en el corazón de toda la humanidad reunida... O somos todos uno solo o nada seremos, Cristina...”

“Lo dices muy bonito, como tus sermones de antes... Pero, ¿y yo qué hago con mi Dios, con los santos, con la Virgen, con lo que siempre he creído?” una pregunta desnuda y angustiada.

“Éste es un Estado laico aunque el presidente sea un mocho de la Misión de la Obra de Dios. Es fácil no creer o descreer, pero tu fe es tu fe, es algo que sólo tú debes resolver. No se deja un amor por otro, se hace un amor nuevo con todos los amores. Ni modo, Cristina” fue la tesis de Pepe.

Ella debió llorar, pensamos, porque sus modalidades de vida estaban siendo doblemente

cuestionadas; no había culpa, “horrorosa palabra ésa”, por su atracción, ahora más que confirmada, hacia Pepe Iturrieta; ni tampoco por la triple consumación del vínculo durante aquellos días. Pero no hubo llanto ni preocupación por los posibles chismes y murmuraciones barriales. De seguir en su altanera y casta soltería, los comadreos tampoco se hubieran detenido. Sí, casi hubo lágrimas a consecuencia de las amenazas sobre su fe, que no eran más que las equivocadas interpretaciones de un vacío de afectos, de la orfandad sexual, de las debilidades intrínsecas producidas por una educación artificiosa, “hay que creer en algo, hay que construir un destino, hay que tener un título, hay que...” ¿era el eco de las aseveraciones de una madre fracasada?, pero Cristina de Altagracia no lloró. Simplemente, dio término a la plática oprimiendo y exprimiendo con ánimo y voluntad de placer las correosas carnes y los punzantes huesos de Pepe, quien tuvo así la indemostrable certeza de confirmarse en y unirse a la calidez de una matría que, en años no lejanos, ya lo había bautizado con su sucia violencia.

Capítulo 27.

El local de Solferino era un vero desmadre. Mientras la señora vocera presidencial, luego de salir de compras con Doña Josefina, la Primera Dama, por los centros comerciales muy posmodernos establecidos en la zona exclusiva de Los Prados o de California Blanca, andaba a las corridas reuniendo y releendo las declaraciones que debía presentar a los medios de la prensa escrita y radioeléctrica, redactadas por el licenciado Tomasito Morongo, los agentes de la ese-ese-ese atendían a las veintiocho

personas detenidas en los mítines de aquel primero de mayo.

Al tratarse de dos situaciones que se desarrollaban tan así, simultáneamente, vemos que el dios Azar también puede intervenir en cualquier relato, con la modalidad insensible o indiferente que le es habitual. O tal vez a causa de leyes que no aceptan ser comprendidas o descifradas por la torpe especie que pretende dominar, desde el poder de los menos espiritualizados y más adinerados, a un planeta destinado a desintegrarse en uno de los infinitos arrabales del cosmos...

Por lo tanto, ya que no contaban con nuestra astucia narrativa, apelaremos al frágil recurso de la acción paralela, ya que es imposible masticar ravioles y silbar al mismo tiempo. Veamos:

“¡Pongan a esos cabrones de nariz contra la pared! ¡Las viejas me las pasan a la otra sala!” dijo duramente cualquiera de los Juanes.

“¡Sí señor, ya mero, al tiro, ahí vamos! ¡Muévanse, cabronas y cabrones!” voces varias.

“Son muchos para la primera sala, señor. ¿Qué hacemos?” uno de los agentes.

“¡Pásenlos al patio de los deportes! La compañía a mi mando debe descansar un rato, tenemos que salir a otro operativo dentro de dos horas... la cosa se está poniendo bien caliente...” ése era Juancinco, comentando para Juantrés.

“¿A dónde tenés que ir con tu gente?”

“A las afueras de la zona del Vaciadero Oriente, al otro lado de la pinche ciudad, ¡puta madre!”

“Es un barrio bien jodido, los policías no entran ni de a dos.”

La señora vocera dispuso apenas de unos minutos para una repasada de maquillaje que

su asistenta Fermina cumplió con apresurada desgana. La salida de compras con doña Josefina había resultado cansadísima, pues la Primera Dama tocaba cada camisón, cada media, cada saco entallado, cada falda, cada calzón, cada rebozo, cada sombrero, cada zapato, cada zapatilla, cada sandalia, cada abrigo, cada... Una gran masturbada de trapos de marca que dejaba a gerentes, vendedoras y cajeras de tienda en estado de locura catatónica. De todos modos, luego de aplicarse una pasada de toalla aromática por los sobacos y los rincones que el pudor no menciona, la señora Martina estuvo bien arregladita y a punto para recibir a los representantes de los medios nacionales y foráneos.

La vocera olfateaba que esa comparecencia era especial, algo tremendo y ominoso había ocurrido pese a que en los papeles que le entregara Tomasito eso no se reflejaba. Además, su trío de ayudantes representado por Fermina, manejaba rumores de que el pleito había sido muy fuerte y la represión a los manifestantes demasiado dura, “casi feroz”, “tienen gente presa, parece que hay acoso”, “el acoso es legal si es por la patria”, “les dan como en bolsa, todos a la máquina”. Pero ella debía comportarse como una vocera buena, mostrar simpatía, naturalidad, desenvoltura, y sobre todo hacer una lectura impecable, sin los seseos mezclados con los zezeos o los ceceos. Lo bueno es que no habría preguntas. Cuando empezaba los ejercicios de fonometrología para calentar músculos faciales y lengua, alguien dijo, tal vez Marco Bruto: “Señora, la esperan los periodistas en el salón de junto. Tiene menos de diez minutos, no se salga del guión. Al terminar, ofreceremos bebidas y unas botanas.”

El agente SSS007 examinó los cuerpos encuerados que le presentaban espaldas y nalgas. Allí estaban casi todas las variantes de la especie: los chaparros, los medianos, los altotes, los macizos, los gordones, los flacos, los delgados, los blancos, los amarillosos, los amulatados, los negros, los pardos, los indios, los grises, los apagados, los rubios, los morochos, los canosos, los entrecanosos, los pelones, los medio pelones, los lacios, los enredados, los barbones, los bigotudos, los bigotitos, los pelados, los barbilla, los solos, los nadie.

Estaban así expuestos en la sala primera de interrogatorios, un lugar que se saturó enseguida de aires hediondos, de fluidos sanguinolentos, de arrastres respiratorios, de tosidos incontrolables, de estornudos como tristes relámpagos, de líquidas o sólidas incontinencias, de murmullos que aspiraban a ser lenguaje articulado.

“¡Así mismo los quería tener por aquí, cabrones, revoltosos de mierda!” la fría explosión del Machito.

Enseguida:

“¡Ustedes son míos, van a decir lo que yo quiero que digan, van a hacer lo que yo quiero que hagan! Los que se porten bien según la ley, saldrán pronto a la calle. Los que se hagan pendejos se van a joder, ¡y sé bien lo que les digo, hijueputas, comunistas, subversivos!”

Los agentes que también allí comparecían, sintieron que la excitación producida por los actos represivos contra los mítines se refrescaba con la arenga del Machito. No habría descanso para ellos durante las próximas y estiradas horas, sólo comerían algo leve y beberían unos tragos de tequila o de aguardiente de caña, para alzar los ánimos. El “asesor responsable” de los interrogatorios era el agente SSS007, una designación bastante extraña pero “en Solferino todo se vale, ¡coño!” Y sí, el Machito ordenó sin mirar a nadie:

“Alcanzame el cuchillo número uno, están en la mesa, bien arregladitos, todos numerados, parados de punta en sus cajas de aluminio.”

Alguien le arrimó el cuchillo solicitado. El Machito lo recibió en su mano siniestra y se dirigió, dando sólo tres pasos, hacia el prisionero más cercano, un gordito nalgón y de piel muy pálida.

“Esta aparición ante ustedes, señores periodistas profesionales de la información, ha sido ordenada y dispuesta por su excelencia el señor presidente del Estado Mesoriental, con motivo de ciertos sucesos que son de conocimiento público, acaecidos el día primero de mayo. El festejo que los trabajadores merecen en el país y en el mundo, pues con su esfuerzo honrado y el sudor de su frente proveen el pan para sus hijos y el progreso de las naciones, ha sido desmerecido en esta ocasión por los intentos de una minoría de alborotadores que, en desconocimiento de la Ley, intentó con acciones salvajes y depredatorias la alteración del orden social. Esz sabido que este gobierno realizza una ímproba labor en pro de la felicidad para toda la ciudadanía, szegún el sitio que ocupe cada persona en la eszcala social, organizada por aliento divino. Nuestro gobierno rechazza de modo tajante estos hechos que todos lamentamos y se compromete no sólo a castigar, Ley en mano, a estos sediziosos irresponsables, szino a prevenir y evitar actos similares que tanto daño pueden hazzer a nuestra szagrada Nación. Todos nuestros pasos szerán hacia el frente. Para ezso contamos con el apoyo ilimitado y patriótico de lasz Fuerszas Unificadasz bajo nuestro mando. ¡Viva la Patria! ¡En Diosz confiamosz!”

Los periodistas presentes, nacionales o foráneos, cooptados o no, informados o no, críticos o no, asombrados todos por el tránsito hacia el zezeo de la vocera presidencial, que suponían superado, igualmente marcharon hacia las mesas de beberaje y bocadillos, luego de recibir una copia de la declaración leída, en hoja membretada que el impresor había exornado con cuidadas imágenes del escudo nacional y de un piadoso y rojo corazón rodeado de espinas plateadas, símbolo de la Misión de la Obra de Dios. Esto asombró más aún a los profesionales de lo medios, incluyendo a aquellos vulnerables a la recepción de canonjías dudosas y heréticos privilegios. Of course, estos detalles estéticos fueron ignorados en la información que apareciera en los informativos de esa noche y en los diarios y revistas del

siguiente día.

Ninguno de los asistentes al monólogo voceril en el Palacio Nacional mencionó, entre tragos y masticaciones, las fotografías tomadas por un corresponsal foráneo, ¿un francés solidario?, ¿un arriesgado germano?, ¿un gringo bueno?, ¿un gachupín voraz?, ¿un mexicano amarillista?, que a las pocas horas de los eventos mayistas aparecieron en un diario de Santa María del Buen Ayre, o del Viento, la ciudad capital al otro lado del charco, o sea del Golfo del Plata. La señora Martina ni estaba enterada de eso; y el licenciado Morongo sí, pues acostumbraba a echar un ojo por los quioscos y estanquillos, pero se colocó una perfecta máscara de pendejo, pues algún reportero conocido podría plantear “una preguntita en confianza”.

El agente SSS007 hizo que dos o tres colegas inmovilizaran de parado a cada uno de los diez detenidos: eso facilitó la operación con el cuchillo numerado con el dígito inicial. En cada nalga derecha quedó, en medio de una gritería de imposible descripción, de una descarga torrentosa de insultos, de un torbellino de maldecires, de un turbión de quejas y de lágrimas, la marca sangrante y dispareja de una eme mayúscula. (¿Tendrá esto relación, nos preguntamos, con la tapa de la mesa que el chavo Escipión grabara para asombro de su padre Tricornio Carrasco? Respondemos que sí, lo más probable es que sí, en razón de una ley no escrita según la cual un acto impensado o gratuito o azaroso se transmuta en una característica constante de la personalidad.)

“¡Quietos, mal paridos del carajo! ¿Por qué chillan como mamacitas? ¿Para qué tienen el culo?”

Los prisioneros, unos en actitud vertical, otros arrodillados, otros cayéndose medio sostenidos por manos compañeras, dejaron de lamentarse, omitieron su quejumbre grupal, ninguno se tocó las heridas, ninguno intentó contener el sangrado, todos se juntaron en un único silencio, en un recién nacido ser de dieciséis patas, dieciséis brazos y dieciséis manos, ocho cabezas, ochenta dedos de arriba y ochenta de abajo, ocho vergas, dieciséis testículos, etcétera, y ocho ombligos porque todos tenían madre.

“¡A bañarse, cabroncitos! ¡Los quiero limpios para la máquina!” y el Machito dispuso con brutalidad unos tremendos chorros de agua a punto de congelación sobre aquel octaedro de carnes adoloridas.

Otros agentes se ocuparon de la tarea con las mangueras conectadas a los grifos del primer patio. De nuevo instalados contra la pared, la poniente, el agua contaminada yéndose por la rejilla de los desagües, los detenidos esperaron unos instantes, ¿o fueron horas?, mientras los cuerpos se enfriaban y se endurecían volviéndose así más vulnerables.

El general Leoncio, la tercera línea de estas narraciones paralelas, no creía lo visto y escuchado.

“¡Otra vez con los malditos zezeo y seseo mezclados! ¡Pensé que estaba curada de esa mierdera de hablar! ¿Para que le han servido los cursos de fonometría a la cabrona? ¡Y ese peinado a lo Marylin! Por suerte para esta vieja, bien que estamos aprovechando sus conectes en Soriangato, con los señoritos empresarios y la Iglesia... aunque algún día la conexión la vamos a hacer nosotros, en directo, sin intermediarios ni voceros” una especie de suspiro, un mínimo sorbo del whisky favorito. Luego:

“El texto no estuvo mal porque no dijo nada, conozco la mano que escribió eso. Seguro que las frases finales son del propio presidente. Tomasito sabe cómo pensamos los de la logia Tabaré, no hay ni que dictarle nada. En la próxima ‘aparición’, ¡éste es un vocablo presidencial!, nosotros cerraremos el comunicado” se envió tales pensamientos al archivo íntimo. Enseguida:

“Che Cándido, pregúntale al secretario del presidente que qué pasó con el final del mensaje. Ah, y me pones con el coronel Dunviro, que los relajos grandes ya empezaron.”

La primera tanda de supliciados quedó tirada desprolijamente en medio de un charco de variadas densidades. Así estarían unas horas, antes de ser llevados o arrastrados hasta el patio futbolero, en sustitución de otro grupo pero de diez miembros, que entraría en la sala primera para los interrogatorios de rutina. Sería un trabajo más colectivo, no tan absorbido por el infatigable Machito, según inflexible indicación del coronel Dunviro, pues todos debían ser agentes SSS007 aunque bajo la asesoría responsable de aquél, o sea, su Magíster de ellos.

Los diez detenidos, ya groseramente desnudados, entraron en la sala primera. Sus ropas quedaron apiladas en el centro del patio, aligeradas de cuanto objeto de codicia o utilidad habían contenido, es decir, relojes, dineros, cigarros, cinturones, fósforos, cédulas de identidad, credencial de elector. Retirados los zapatos y otros objetos similares, la pila de pantalones, camisas, camisetas, sacos, gorras y chamarras, fue asperjada con gasolina:

El flamazo originó una angustiada fuga de ratas que habían asentado su residencia en los rincones y el fallecimiento instantáneo, por mera expansión calórica, de frágiles falenas y gordas polillas adormiladas. La quemazón demoró bastante, pues a la hoguera fueron lanzadas también las mojadas o húmedas vestimentas del primer grupo, el de los ocho. Hubo que abrir el domo corredizo para una adecuada ventilación y para que el humo introdujera en los bajíos del cielo una hedionda y ominosa trazadura.

La diferencia de trato a los detenidos del segundo grupo estuvo en que los agentes que participaron no sólo fueron más, sino que todos apelaron a los cuchillos numerados, aunque

ignoraran la tradición en que su uso se apoyaba. En consecuencia, vocales y consonantes quedaron grabadas en nalgas y muslos, como inicio de un nuevo trato, un nuevo new deal, en los quehaceres de la torturería. El coronel Dunviro, si bien en lo más subjetivo de sus entretelas cordiales le repugnaban esos desbordes, exclamó varias veces para ser escuchado “vamos bien, muchachos, a destruir a los antipatrias” y otras frases de ese algo forzado estilo.

Y para su sí mismo pensar, pensaba además:

“Si se pasan de bestias, habrá que quemar gente en vez de ropas y papeles...”

La junta a escondidas de la logia Tabaré se realizó casi enseguida de que el general Leoncio recibiera los informes de lo acontecido en Solferino con los prisioneros. Los tenientes generales reunidos, a tres de ellos los conocemos, a los otros nueve no, ni sabremos sus nombres, ¿era una junta secreta o qué?, sintetizaron toda la información recogida y procesada en esos días. La explícita disconformidad con algunas posturas personalistas del presidente aumentó, y crecería aún más en los años inmediatos. Veamos:

“Debemos presentarle una lista de opciones, decirle de nuevo qué puede hacer o decir y qué no, de lo contrario se volverá más arrogante, ya que el apoyo del Arceobispo Senecto lo fortalece porque es el mismo de toda la jerarquía eclesiástica y de la diplomacia vaticana. Y tiene también de su lado a los ricachones de Soriangato, socios de capitales gringo-sajones-hispano-israelíes con quienes a su vez se conectan los amigos del ex ministro Le Gros, las mafias de la fayuca y la droga y hasta algo la tarada de Martina Ashegún. ¡Si Bordaburro hasta tiene amistades entre los oficiales creyentes de nuestras propias Fuerzas Unificadas! Respetamos la libertad de culto, menos la de los entregados a Alá, la de los indios y negros con sus montones de dioses y su peligrosa magia, y la que pueda lastimar nuestro espíritu de cuerpo, nuestra sensibilidad de centuriones. Somos un Estado en el que predomina la laicidad, es decir, la creencia en la divinidad debe estar en función de los intereses primordiales de la Nación, y la logia Tabaré debe controlar esa función, además de filtrar en la sensibilidad colectiva las vibraciones ideológicas y espirituales de nuestro Gran Albañil. Por otra parte, vemos con inquietud los sucesos de Solferino. El acoso a los detenidos es un recurso del derecho consuetudinario a favor de la seguridad nacional, en tiempos que son día con día más complejos y riesgosos para la salud de la sociedad. Pero no deben llegar los apremios a extremos que, más allá del efecto logrado, puedan ocasionarnos problemas en lo interno y, sobre todo, en la imagen hacia el exterior; salvo que por un acuerdo entre el presidente y la justicia militar, se dé carácter de ley a la aprobación del uso de la tortura en los casos considerados necesarios. Observemos, como puntos de sostén jurídico, las recientes leyes vigentes en Greengoland, Israel y Columbia; estos países amigos serían un buen respaldo por su influencia en el Club de las Naciones. Todo esto, en fin, se relaciona con las

inversiones de capital, tecnología y sustento logístico que esperamos para apresurar el desarrollo de la macro economía, el crecimiento del empleo, la disminución de la pobreza, el combate contra los narcoempresarios y la delincuencia menor, la urgida modernización de las Fuerzas Unificadas y la mejoría de nuestro peculiar proceso democrático. Es recomendable que el general supremo Leoncio Bautista Seco, principal de nuestra logia, establezca una modalidad de intervención en Solferino que permita a la gente de ese local operar de manera más racional y eficiente, sin que por eso disminuya el alcance de su misión. El Gran Albañil que nos guía sabrá pronunciarse oportunamente sobre nuestra patriótica y constructiva decisión.”

En Solferino las tareas continuaban a ritmo enajenante. Después de despachar como bultos a los dieciocho detenidos -tres de los cuales fallecerían de septicemia en las inhóspitas salas de operaciones del Hospital Policiaco-Militar, ¿y los otros quince?, ¿encerrados en celdas ocultas, desaparecidos, aparecidos tardíamente en tumbas comunes?-, las compañías de agentes transfigurados y alienados por la disimulada ingesta de estimulantes, “vamos, muchachos, coman algo, empanadas, tacos de bistec, ¡helado napolitano!, refrescos, unos vinitos”, a más de la cuantía de adrenalina producida tanto por la acción continuada como por la agridulce acidez de la sangre y el amargor de cacas y orines, empezaron a clamar por la atención a las diez hembras prisioneras. El coronel Dunviro sólo había asistido a la pasada a las sesiones de tormento; su estómago, que podía digerir casi todo, se estremecía ante aquel desfile de provocados sufrimientos.

Por lo tanto, el informe destinado al general Leoncio se completaba con las detalladas descripciones de los cuatro Juanes y los mandos de más abajo, a quienes exigía las dejaran por escrito. Como abogado al fin, siempre pensaba en las pruebas, en los testimonios: nunca se puede adivinar cuándo ni cómo nos llegará el futuro.

“Estos cabrones de agentes capturaron muchas mujeres en proporción con los varones, porcentaje muy alto... ¡Quiéren hacer de Solferino un burdel, que sea provisorio, al menos...! Ésta es una ideota del Machito, sin duda, el muchacho es un enfermo, ¡su enfermedad es que no soporta los cuerpos ajenos! Capaz que busca a alguien todo el tiempo, y como no lo encuentra, destroza al que le toca el turno” esto último lo reflexionó sorprendido de su agudeza, tal vez como una referencia surgida de las lejanas páginas de Jung, Freud, Fromm, Salomé, Taragano, Pichon-Riviére... (Como vemos, el coronel peleaba por no bestializar o vulgarizar su intelecto, quizá el solo mérito que se percibe en su patética y contradictoria psicobiografía.)

El Machito, en su frío delirio de destrucción incontrolada y creyéndose el líder de la

manada, invocó su derecho de primus noctis o de pernada, o simplemente de “yo primero y chau”.

“Yo me las voy cogiendo a todas, luego luego ustedes. Me puedo echar dos o tres por día. Si una me gusta, es para mí solito. De ende mientras, descansen un poco, métanse en las regaderas que andan muy roñosos. Ahorita, venga aquella gorda, la que está al final de la fila” y miró a la detenida sin humano deseo ni pulsión animal.

La mujer no aguantó aquellos ojos de quién sabe qué origen desarmónico, de qué anomalía desconocida, y empezó una desgarrada gritadera que, al finalizar, curiosamente la plantó como paralizada y vertical en su mero sitio. Dos agentes fueron a por ella, la cargaron como tabla de aserradero: uno sostenía su cabeza al rape y otro sus pies desnudos, tan desprotegidos como la totalidad de un cuerpo endurecido por el terror.

“Me la ponen en mi cuarto, boca arriba en el catre. Voy al tiro. Los demás me vigilan a las detenidas. Ni se les ocurra tocarlas, les dan agua, guiso carretero, pan y chance para que al menos se laven las nalgas, ¿ta clarito?” la orden tomó una tonalidad más golpeante, más impune, más insoslayable.

El general Leoncio había solicitado una entrevista muy especial con el presidente Bordaburro. En este caso, era él quien debía presentarse en el Palacio Nacional, lo que algo lastimaba su soberbia, su más alta capacidad intelectual, su más desarrollada experiencia en los asuntos públicos y su prestigiosa y estratégica posición que ni siquiera los gringos se permitían, ¿sólo por momento?, cuestionar en cuanto a un contenido ultranacionalista propio de la logia Tabaré.

“¡Que al presidente no se le ocurra deslizar algún tema sobre nuestra logia! Según Tomasito Morongo, a veces le hace ciertos comentarios que son una repetición de las ideas del Arzobispo Senecto y de los asesores de la Misión de la Obra de Dios, ¡donde resulta que ahora está metido el ex ministro de hacienda, el puto del gordo Le Gros! Esas mezclas no me gustan ni un pito, hay que dejar bien en claro muchos temas, antes de que salga de viaje en busca de ayuda financiera, como si nosotros ya no hubiéramos efectuado incontables gestiones... Lo que quiere el cabrón es quedarse con el mérito de haber conseguido esos apoyos, y quedarse también con las mordidas correspondientes... El nuevecito ministro de economía y hacienda es un fachoso nacido en España, el tal Camille Caco Mariño, de la tribu del bestia del Mariscadísimo Paco Aznares, no sé por qué lo metió ahí. Ni Tomasito, que es un tipo abusado, se dio cuenta de ese nombramiento hasta que lo anunciaron medio en secreto. O Morongo se hizo el pendejo y me retacea información. En fin, dijo Pichín, tocaremos hasta que aclare...” reflexionaba el general en su tránsito hacia palacio, siempre acompañado por sus fieles chofer y guarura.

La entrevista no fue tan extensa como ambos esperaban; uno, como jerarca máximo aparente, había imaginado que era una rutina para confirmar asuntos ya resueltos; el jerarca máximo real había imaginado una confrontación más difícil, pues el presidente tenía la ventaja de moverse sobre los hechos consumados. Hagamos un resumen de la plática habida sólo entre ellos dos, sin testigos ni asistentes ni voceras ni micrófonos, por sugerencia del general supremo... quien era portador de una sutil grabadora germana en su exornada gorra castrense. (El resumen fue tomado del casete de dicha grabadora, que manos amistosas muy gentilmente nos proporcionaron.) El resumen, pues:

“Su exigencia me anonada, señor general. La designación de mi gabinete es asunto estricto de la jerarquía que, con el permiso de Dios, ejerzo. El licenciado por la Universidad Eclesiástica de Madriz, Camille Caco Mariño, es persona de amplios y serios conocimientos en su especialidad... persona vinculada incluso como fugaz funcionario del Banco Cósmico de Desarrollo Mutuo hasta poco antes de su nombramiento...”

“¿Y sus papeles, están en el orden que la Ley reclama? ¿Cuándo fue nacionalizado este gachupín... este hispano? ¿Cuándo se radicó en nuestro Estado Mesoriental?”

“Todo está como la presidencia lo dispuso. Por otra parte, Mariño asume el cargo bajo juramento, como ciudadano legal, por que lo hubo que hacer un ligero cambio en el artículo secundario dos seis, sección cuatro, de nuestra magna carta. Eso saldrá en el Diario Oficial un día de éstos. Añado, con favor de Dios, que el licenciado Mariño no sólo dispone de vastas vinculaciones en el ámbito político de su país natal, sino que su familia nos está ayudando con interesantes inversiones en áreas como extinción de manglares para zonas turísticas, privatización mesurada de servicios públicos de energía eléctrica, prospección del petróleo dizque detectado en nuestras costas, etcétera. Y esas conexiones tienen relación, claro, con los macro empresarios de Soriangato y más al norte todavía... ¿Ha comprendido, general supremo?”

“Señor presidente, usted me entrega datos que yo apenas sospechaba, reconozco, lo que vuelve más difícil mis comentarios. Es evidente que el país marcha hacia un proceso democrático distinto de los conocidos, pero eso no significa que nos abramos a entradas de capital inconsultas, más allá de su importancia objetiva en cifras, cifras que tampoco conozco... Las Fuerzas Unificadas, que ahora represento, me han autorizado, previendo sucesos que puedan registrarse por fuera de nuestro conocimiento, a exigirle a usted, señor presidente, que se nos suministre toda la información que se reciba y que emane del poder ejecutivo, día con día. Esa exigencia incluye, dado el rezago que nuestras fuerzas experimentan en armamento, tecnología bélica actualizada, logística en las ramas de espionaje, vigilancia, antiterrorismo y antinarco, etcétera... incluye esa exigencia la participación de las tres ramas del ejército en el beneficio que las inversiones nos concedan. Y

sin soslayar los aumentos de salario a oficiales y tropa, más una mejora en las prestaciones. En una palabra, es la presidencia junto a nosotros o es la presidencia sin nosotros... es decir, sin nosotros el ejecutivo sería una no presidencia...”

“Está bien, en el nombre de Dios Santo, lleguemos a un acuerdo... O sea, repartiremos de modo patriótico y democrático esos beneficios de las inversiones foráneas y, a futuro, del petróleo, pero yo desearía conformar un partido político para asegurar los cimientos del proceso democrático, dado que en el instituto Santacruceño hay demasiados problemas internos, ocasionados por su carencia de actividad... Ese partido que propongo lo formarían no sólo los miembros de las Fuerzas Unificadas, sino sus familiares y personas cercanas... Tendríamos un mini parlamento o una especie de consejo, además de la justicia militar y este ejecutivo. Los tres poderes sí, que desde la asamblea genérica del Club de las Naciones nos reclaman...”

“Es un tema de trato delicadísimo, pues para los miembros de las Fuerzas Unificadas, en todos sus grados y servicios, somos más que un partido, un cuerpo y un solo espíritu cuya razón de existencia es una Patria fuerte, limpia, libre de mal nacidos y respetada en la arena internacional... Llevaré su principio de propuesta ante mis colegas de armas... aunque no creo que pase. Ah, pero pasando sí a otros tópicos menores, no nos agrada la presencia de su vocera de usted, señor presidente. Sabemos de sus conectes de ella, de sus influencias, pero es como un objeto sin objeto, ¿entiende? Se escuchan coplas y se distribuyen octavillas por las calles... ‘miren a martina/ con su lengua fina’, ‘oigan como zezea/ y el culo bien meneá’... Hay de esos versos hasta en la prensa clandestina, y también sobre la Primera Dama, la señora Josefina. Y eso no es bueno, tiene que ver con la ideología... Debo retirarme... pero antes le pregunto: ¿por qué carajos no mencionó su gira europea? ¿Quién lo reemplaza si no existe la figura de vicepresidente? Seguimos contactados, no tenga la ocurrencia de pensar en el Archibispo Senecto, señor...”

El Machito ubicó la frente pegajosa en el lado izquierdo de la detenida, o sea, entre el cuello, la oreja y la zona superior izquierda; un sitio de curvas y acogimiento. La prisionera describiría ante alguna comisión de derechos humanos, transcurridos varios y penosos años, el acto vejatorio que el agente ensayara con ella. Diría algo como esto:

“Me tiraron como una bolsa vacía en un catre cubierto por una fina colchoneta mugrosa sin sábanas ni cobijas una almohada gris había sin funda allí quedé un rato estaba congelada por la desnudez y el miedo era más que miedo era un terror que me empujaba hacia el vómito de pronto llegó un tipo y me tapó con una manta bastante limpia eso me dio un poco de calor creo que lo hicieron como preparándome para lo que vendría en unos minutos y vendría un tipo macizo muy joven de cara el pelo cortado casi a cero se desnudó rápidamente

retiró la manta y me miró otra vez porque era él reconocí en la penumbra al que había ordenado me llevaran a ese cuarto aquella mirada venía de algún sitio en donde no había nadie una mirada que no era de persona ni de animal me separó las piernas y se apretó contra mí sin besarme ni hablarme ni acariciarme metió la cabezota a un costado de mi cara cuando acabó la violación del dolor y las náuseas no hablo el tipo aquel soltó un moqueo una salivación y un ronquido que parecía un llanto de bebé enfermo entonces me di cuenta de que él no sentía ningún goce ningún placer hizo nomás como una descarga de cazador que nunca puede atrapar el bicho que busca...”

El agente SSS007 se montó a las diez detenidas en tres días y medio, él primero. Si todas las mujeres hubieran declarado como la que mencionamos, sin duda habrían dicho lo mismo, salvo los matices subjetivos que distinguen a un alguien de otro alguien.

Los demás agentes, brutalmente emocionados por la energía sexual del Machito, pretendieron emularlo, imitarlo y aun superarlo, pero el coronel Dunviro, con el apoyo de los Juanes, evitó en un comienzo las violaciones tumultuarias. Las prisioneras permanecieron en Solferino una semana completa; por orden del general supremo, debieron recibir en jergones, catres, colchonetas y petates a sus propios torturadores, varios de los cuales, por una rareza tal vez explicable, intentaron crear una relación que no resultara ofensiva o desagradable para su fugacísima pareja, “me obligan a que te coja”, “decime si te duele”, “¿te gusta, no?” fueron frases que algunas de las vejadas de seguro escucharon.

“¿Que por qué se las tiran a todas? Coronel, ¿no quedamos en que todos los agentes son el Machito?”, hipócrita argumento de Leoncio con su lógica a secas.

Las señoras y señoritas habían sido liberadas en cinco tandas de a dos; las sacaban por la noche en vehículos sin placa y de vidrios opacos para abandonarlas, exentas de ropa interior y apenas envueltas en una cobija, en las zonas periféricas del sur de la ciudad, cerca del puerto. Las liberaban para que ellas mismas se ocuparan de difundir lo ocurrido, “serán nuestra mejor propaganda para meter miedo a los apátridas, ya verá, coronel”.

“¿Y que pasará con los varones, general? ¿A dónde los llevaron?” una pregunta, en verdad, algo ingenua pero no tanto.

“Algunos serán puestos en libertad condicional, bajo las leyes que establecimos cuando el tiempo de la guerrilla. De los otros... no es trámite relacionado con Solferino. No lo olvide: cada pájaro en su nido, cada huevo en su canasta” terminó la plática telefónica el general Leoncio.

El capitán de llaves Cándido Repeluz hizo seña de que la grabación había quedado como siempre, impecable, y enseguida le recordó a su jefe el asunto de las fotografías en la prensa argentiniana, mostrándole un ejemplar del diario en que salieran.

“Estuvo feo ese tema... pero no somos infalibles. Habrá que checar los nombres de todos

los corresponsales extranjeros y ver sus antecedentes: no podemos permitir ocurrencias de esta clase. Son las debilidades que ya detectamos en el entorno presidencial. Creo que a Bordaburro le dimos un buen estate quieto, veremos qué nos dice Tomasito de cómo reacciona realmente, porque es un semejante hipocritón. Es como tantos mochos, tiene un doble o triple discurso y se hace el pendejo con mucha facilidad. Y eso de formar su propio partido... ¡Vaya idea! Nada original, basta echarle un ojo a la historia de entre las dos guerras. Pero aquí es otro pedo, el único camino es construir una democracia de nuevo tipo, aunque en un principio nos acusen de fascistas. La resistencia tiende a crecer, a organizarse. Habrá que apretar muchas tuercas, ya habíamos empezado con el contador Nalguenstein y el hermano de Le Gros, ahora presionamos bonito al presidente, pero hay otras influencias más poderosas que a su vez lo apoyan... Habrá también que darle más presencia a Solferino, más atribuciones y mejor armamento, más sostén ideológico... Están haciendo bien lo suyo, hay que meterle miedo a toda la ciudadanía. Ese agente, el Machito, puede ser el símbolo de nuestro combate a los subversivos... Hay que difundir sus hazañas en pro de la democracia, así de paso el miedo se hará una costumbre. Si la propaganda funciona, si sabemos usar las palabras y las consignas adecuadas, éstas se convertirán en la realidad. Con las imágenes no es tan difícil. Hay que apretar asimismo a nuestros encargados de inteligencia y operaciones propagandísticas, que apliquen lo aprendido afuera, ¿para qué los mandamos a estudiar a los centros gringos?, desde el efecto explícito hasta las resonancias subliminales. Y lo más canijo: ¿cuánto tiempo más le damos de presidente a Bordaburro...?” al cabo de tanto monologar para su asistente, el general solicitó un desmesurado whisky como una gratificación que su fatiga en ascenso merecía.

El agente Escipión Carrasco, tantas veces mencionado en este relato, sólo resolvió echarse a dormir más de dos horas corridas cuando ya las presas y presos emigraron de Solferino. Él presentía que las usadas pesadillas volverían a roerle los nervios, y de esa manera sucedió. En ese turbio soñar pudo ver pilas de cuerpos deshuesados, despedazados, horizontalizados; pudo ver apestosos charcos de caca, mocos y sangre; pudo ver mujeres flacas, sin ojos ni pelo, que aullaban en silencio mientras varios machos de uniforme las destazaban para devorarlas; pudo verse trepando y trepanando entrepiernas de asqueroso barro bermejo; pudo ver a una señora vestida como doña Chatita que lo saludaba con sus manos sin dedos; pudo ver a través de un ataúd negro a un hombre enterrado boca abajo, con dientes que mordían la tierra; pudo ver hombres envejecidos, de gordas tetas, quemados a puro balazo; pudo ver una explosión de fuego que desparramaba cruces, estampas de santos, perros muertos, camisetas amarillas, insectos y caracoles masticados.

No despertó, sin embargo, al finalizar la pesadilla. Al levantarse, cinco horas después, la

mayor parte de Solferino dormía. Algunos agentes habrían salido a cumplir rutinas callejeras. El Machito, que rara vez bostezaba, bostezó. Luego de orinar y tomar una ducha tibia, se sentó en su catre, y recurrió a las carpetas que eran el complemento gráfico del Manual. No encontró nada similar a su soñado imaginario.

“¡Qué putas! ¡Tengo que darles máquina a todos esos cabrones subversivos... pero asegúnanme voy soñando! ¡Nadie va a enseñarme a mí, soy el rey, el mero mero en estas mierdas!” y se regodeó quizás al recontemplar las fotos del suplicio de los cien cuchillos.

Capítulo 28.

Cristina de Altagracia se encantaba a sí misma mirando el apretado descanso de Pepe Iturrieta, ya encogido, ya despatarrado, en su cama de ella. El ahora su hombre seguía viviendo en la pensión del ex marido de Magdalena del Reino aunque, claro, pernoctaba muy seguido allí.

Él no se decidía a iniciar una vida de amasiato o concubinato precario: varias décadas, ¿cuántas?, de soledad erótico-sexual se oponían, por hábito o temor, a un tipo de vínculo que podría amenazar su recientemente obtenida liberación. Hubo necesidad de soportar palos y puñetazos, blasfemias y vejámenes, celdas inmundas y comidas incomibles, expulsión inmisericorde y reintegro imposible a su país natal, para lograr la epifanía de su espíritu con su regreso al Estado Mesoriental, adonde antaño había elaborado sudores de fe, angustiosas plegarias por los desamparados, acciones de solidaria hermandad, compromiso político consciente: “si Dios no es revolución, no existe”, así había recordado la frase de un pastor luterano, Juan Pablo Astacio, con quien sólo una vez platicara en una reunión de representantes de cultos diferentes, allá por el norte, en la ciudad fronteriza de Rivamento.

“Tengo que pensar muy bien en esto, Cristinita. Aquí todo se tambalea, está peor que cuando la guerrilla. Esto es fascismo, sé por qué lo digo...”

“Y el gobierno anterior, y el otro, ¿qué eran, Pepe?”

“Prepararon el auto golpe del presidente, piensan los ricachones y los milicos quedarse un buen rato en el poder, tienen mucha ayuda de afuera...”

“Pero entonces, ¿quién manda en este país?”

“Los gringos, Cristinita, son de los que matan y roban con mano ajena. El presidente finge que manda, o se lo cree, y los militares creen que mandan más que el presidente... ¡Es un asco!”

“Y tú ¿que tienes proyectado hacer? Digo, de tu vida... De eso, hasta ahora, no me has dicho nada.”

“Pregunta no fácil de responder... Siento que estoy pasado de edad como para iniciar un negocio, aunque sí dar clases de historia, porque la historia siempre me gustó, o hasta de filosofía... pero de eso no se vive... además, ¿dónde, en qué colegio? Estoy fichado hasta en la interpol. La verdad es que no sé todavía qué hacer. Pero lo importante es que estoy aquí, en la

matria verdadera, contigo...”

“¿Dijiste matria o patria, Pepe?”

“Dije matria, eso también lo aprendí en estos años.”

“Pepe, hay organizaciones de derechos humanos, y están los Hermanitos del Perdón, o los Traperos de la Cruz, que hacen tanto por lo pobres...”

“Lo pensaré, por el momento estaremos así, que vamos bien. Cuando estén por acabarse las pesetas, tomaré la resolución más adecuada... Mi Dios es acción, es de este mundo. El dios de ellos está metido en los templos...”

Iturrieta se alzó un poco, en colaboración con las abundantes almohadas. La mujer, con su camisón de hilo fino, estaba semi sentada, muy cerca, la miró como si fuera nueva, como si recién hubiera llegado a la cama. Sus correosos brazos fueron hacia ella:

“Ven aquí, Cristinita, que hoy es domingo y ya se acabaron los sermones para mí...”

Capítulo 29.

El licenciado Tomasito Morongo acompañó a su excelencia el presidente Bordaburro a la misa de once de un domingo como otros. Los aires fríos del Sur se filtraban entre las campanas de la catedral; las lujuriosas palomas, los esponjados gorriones y los tenebrosos zanates procuraban sustento, procreación y refugio en los espacios entre las baldosas de la Plaza de los Acuerdos, los huecos en los muros del restaurado Cabildo y las ramas ya casi despojadas de ceibas, plátanos, sauces y acacias. De los bares y cafeterías del entorno brotaban impalpables aromas a orgánico de Chiapas o a grano molido de Columba o a la sabrosa mezcla nacional marca Charrúa. La vibración de inubicables pláticas de tonos animosos y exclamativos llevaba también su hálito de licores diversos.

“Mire que le hemos sugerido al presidente que no venga a la catedral. Es más segura la iglesia del Temblor de María, una zona tranquila de clase media para arriba. Por acá hay demasiado movimiento, mucho bullicio, demasiada gente en sus trajines de compra y venta... Lo bueno para mí es que me da chance de revolver en las librerías de viejo, en los quioscos. Hay para elegir, y no sólo libros, como si el país mismo estuviera en venta, en el regateo... y también se puede pescar buena información de la prensa extranjera que no tiene entre nosotros una adecuada difusión... Es a propósito, un poco solamente, para que no digan en otros lados que aquí no hay libertad de expresión...”

Y de este modo pensaba para su entre sí, ojeando y hojeando sin apuro, selectivamente, estantes, mesas y tendederos que exponían, ya en orden, ya en desmadre, la variedad indispensable de productos que señalan el desarrollo de las artes gráficas y el pensamiento puesto en la escritura.

Al arribar a su quiosco favorito -quien lo atendía era su informante literario, periodístico y político, aunque también trabajaba para los servicios de contrainteligencia, además de pasar información al Partido de los Trabajadores, única e ilegalizada organización institucional a la que era fiel-, el licenciado Tomasito saludó de mera palabra, sin cruce de manos:

“¿Cómo estás, Prometeo? ¿Tienes hoy alguna novedad que ofrecerme? ¿Sabes?, dispongo sólo de unos minutitos, la misa ya se termina...”

El quiosquero, hombre cuarentón casi en las cinco décadas, de ojos populares de tono café, de estatura algo avara, de cuerpo fortachón en sus ropas de lana y pana, con su gorra

vasca y una ligera bufanda, respondió:

“Bien, licenciado, la vamos llevando... Ventas bajas, poca guita, el frío está jodido...Mire usted, de unas de las requisas que hizo la policía me trajeron un montón de materiales, lo compré en barata, y aquí hay algo que seguro le gustará.”

a “¿Qué hay en esa carpeta, decime?”

“Véala con confianza, son una pila de hojas a máquina, con algunas tachaduras y marcas en lápiz rojo... Es como el original de algún libro, o apuntes de estudiante, quién sabrá...” explicó Prometeo.

“Sí, parece eso, sí... Me interesa, lo llevo” y Tomasito compulsó la papelería; enseguida amagó sacar su billetera, regalo del presidente cuando su designación como secretario del ejecutivo personalizado.

“No, doctor Morongo. Esta vuelta no. A fin de cuentas, no es un libro publicado ni un diario extranjero. De pronto, es el puro papel, sin ningún valor... Lléveselo, por favorcito...”

“Muchas gracias, Prometeo. Creo que es un buen regalo... Ya me voy de volada, ¡buenos días!”

Prometeo lo observó mientras cruzaba apurado la Plaza de los Acuerdos, levantando hojas secas y volidos de pájaros.

“Le dije doctor y ni chistó... Sí que es un buen regalo, Tomasito...” se susurró muy en su interior el quiosquero. Lueguito agregó:

“El original no te lo doy, cabrón. Mañana sale para el exterior, que Marx y Lenin nos ayuden y que Engels te haga un santo...” y se persignó al escuchar las campanadas de las doce del mediodía, “por si los ángeles vuelan o el pinche Diablo asoma la cola, quién sabrá...”, cerró su pensamiento el quiosquero Prometeo.

Poco después vio pasar por la esquina oriente de la plaza los cuatro carros de vidrios ahumados que formaban el cortejo presidencial. ¿En cuál iría el presidente, en cuál la Primera Dama, en cuál Tomasito, en cuál los rudos edecanes, en cuál el jefe de la guardia?

“¡Tanto coche del año, bien nuevecitos, y tanta gente de a pata pelada por la calle!” se añadió Prometeo mientras daba atención a un cliente circunstancial, un señor de alguna edad, flaco, de traje desajustado, con gorra de vasco similar a la suya y también de bufanda, pero gruesa y de colores neutros.

“¿Qué le doy, señor? Ya no me quedan periódicos, es que traen pocos porque la venta bajó mucho... Le puedo decir que la noticia más relevante es que vamos a jugar la revancha con los porteños de Argentorís, pero en Santa María del Buen Ayre... Hace tiempo que les ganamos dos a uno y siguen muy ardidos...”

“Gracias, ¿no tendría algún libro de historia nacional del siglo diecinueve? Aunque esté manoseado no importa... a la Historia la manosean mucho más...” fue la solicitud muy clara.

“Mire, éste puede ser: *Resumen de las dictaduras en el Estado Mesoriental y países vecinos* por Bibiano Trías, una edición de Maximino García, se lo dejo en veinte pesos, es del año...” ofreció el quiosquero.

“Sí, creo que ése estará bien. Tome usted, buenas tardes...” y el señor flaco se alejó hacia otros sucesos que serán más tarde develados en estas tropezadas páginas.

Capítulo 30.

El Machito se despertó con el alba luego de unas pocas semanas de su primer acto represivo en serie ampliada. Había soñado que se aburría de soñar, como si las pesadas pesadillas no hicieran ya efecto de revoltijo en sus entremezcladas neuronas. Este inusual, en él, trámite fisiológico, lo puso en una coyuntura más tranquila por un rato, pero los vacíos de adentro pugnaron por juntarse con el sabido vacío exterior, “relámpagos y sombras”, por eso sintió que todo él comenzada a diluirse, se miró en el espejo para averiguar si todavía andaba por las instalaciones de Solferino.

“¿Quién es el cabrón que ensaya tiro de pistola, quién es el que aguanta más los ejercicios de rutina, quién el que asesora a los agentes para que el acoso sea más eficaz y menos demorado, quién que no duerme del todo revisando sus pinches carpetas y volviendo a leer los jodidos manuales, que ahora son dos? ¿Quién es el que sale de recorrida nocturna tres veces a la semana a pescar subversivos, comunistas y teporochos, quién es el que se tira primero a las viejas detenidas, quién el que requisa los antros de los niños naice, esos putoncitos jailaife, quién es el rey que sigo siendo?” era su alocada y reiterada reflexión que no tenía reposo.

Digamos que la rutina de Solferino desgastaba a los menos endurecidos, a los menos invulnerables, a los menos brutos, a los menos bestializados. Aquellos inmortales salidos de las más bajas sustancias populares, a diferencia de los antiguos guardias persas, no ostentaban un estado hegemónico perfecto, una homogeneidad irreprochable. Eso se comprobó cuando, semanas o meses después de ese despertar del Machito, uno de los ese-ese-ese (el agente SSS113 según el parte oficial), de modo no creíble o indecible, en momentos de acoso con picana eléctrica, “el pincho de Satanás”, a una detenida cuya panza muy redonda, de ombligo saltado, explicitaba una preñez de más de medio año; uno de los agentes, pues, expulsó como un vómito de flemas verde cotorra y fluidos degradados junto con un rebuzno brutal que incendió los oídos cercanos y resonó en los ámbitos del entorno de Solferino. El mismo agente, con una boca tronchada por jugos y acideces de ardor y por el resto resonante de su grito a lo Edvar Munch, aquel noruego tan cercano a la muerte durante toda su no breve vida, retiró la picana de los calcinados genitales de la silenciada y desmadejada mujer y la alzó contra sí mismo, clavándola en sus propios testículos. El nuevo hedor a tela y piel quemadas

se misturó con el otro, en un connubio que desató entre los funcionarios que contemplaban el tormento horribles imágenes olfativas anidadas en la torpeza o en la angustia de cada ánimo.

El Machito estaba mirándose en el espejo, siempre lo hacía después de orinar o defecar o ducharse, cuando fue llamado a intervenir. El agente SSS113 había sido dominado por varios de sus colegas; no lo golpearon por aquello de que “lobo no come lobo”, aunque “cocodrilo come cocodrilito”. Sí, se esforzaron mucho porque el delirio súbito estaba sostenido por litros de adrenalina y muchas semanas de no descargar una repugnante angustia nada más que en la gente presa. Pero el auto nombrado rey no podía tolerar que uno de sus súbditos, aunque de igual gradación que él, rechazara de esa manera imprevista y no fijada en los manuales, nada menos que el sacro trabajo a todos adjudicado y nada menos también que su asesoría que tanto aprobaban los oficiales del nivel superior.

Por lo tanto, aplicó al casi inmovilizado agente un derechazo en la punta de la nariz y un zurdazo en la mitad del estómago, suficientes como para aquietarlo del todo. Y empujando a los agentes aprehensores, agarró al SSS113 por las orejas y con su frente lo castigó en la frente, una sola vez. El choque produjo un eco de crujidos que se expandió fuera de la sala primera y tomó rumbos por techos, salas, pasillos, patios y paredes hasta tocar los oídos de uno de los Juanes. Éste, con más oreja que Mozart, descifró instantáneamente aquellas vibraciones y corrió como pedo de caballo de carreras hacia la raíz de tal resonancia.

Llegó, vio, evaluó, ordenó:

“¡Agente, deje en paz a su compañero! ¡Retírese a mis oficinas, ya!”

“¡Compañeros los huevos, señor! Allá voy, pues...”

“¡Atiendan a ese hombre! ¡Pásenlo a enfermería!”

Y en cuanto a la detenida, desnuda, panzona, mugrosa, desmayada, boqueando coagulosas salivaciones sobre la parrilla de alambres de acero, dijo:

“¡A esa vieja también, no sea que le dé por aliviarse aquí!”

Uno de los agentes, notoriamente macizo y entrecano, se acercó a Juancinco, que él era. Dijo:

“Señor, si se alivia aquí mero, ¿puedo llevarme al bebé?”

“¿Cómo, qué pasa en Solferino? ¿Qué mierda de locura les ha picado, cabrones?”

“Es que mi mujer no queda preñada por más que le doy bomba, ella quiere pero no ha podido... Además, si esta vieja se petatea, ¿qué hacemos con el chavito?”

Juancinco, que ya había platicado de ese tema con el coronel Dunviro, respondió someramente:

“Te vas derechito a la oficina del coronel, decíle que es por orden mía, ¿ta? Y explícale el asunto...” agregó un susurro último que pocos percibieron o entendieron.

Luego iría por su oficina compartida con los otros Juanes. Primeramente, cuidó del traslado de los detenidos a la enfermería, buscó a un médico de guardia, platicó unos momenticos con el doctor Germánico Wolf, persona alta, pelo rojizo y pajizo, algo torpona de meneos, dedos pecosos y no impolutos, túnica descuidada, “su servidor para lo que fuere, capitán... estaremos al pendiente”.

Juancinco entró en su oficina, en calma su tendencia verticalista. Lo miró al Machito, y también lo admiró, y lo envidió, “¿cómo cambió este chaval, quién adivinaría cómo se llegó a poner de fortachón, dedicado a lo suyo, lejos de camisas doradas y tan bestia que está quedando...!, porque esto no acaba, hay para rato en este país que es un relajo, un quilombo, un desmadre!”

El agente SSS007 estaba de pie frente a uno de los escritorios, tal si Juancinco se encontrara sentado platicándole. Lo llamó por su nombre real:

“¡Agente Escipión Carrasco! ¡Posición de descanso!”

“¡Señor sí!”

“Le informo que no les agrada a los mandos de Solferino que haya pleitos entre compañeros de armas. Al otro agente lo mandaremos al hospital y seguro habrá que darlo de baja: está pirado, loco, maluco... ¡Se le quemaron los cables al joto! A usted le recuerdo que aquí no hay privilegiados: somos todos iguales en nuestra función que se nos ha encajado para cuidar de la seguridad pública... no le voy a repetir los versos de siempre, agente. Le advierto, y es la última de todas, ¡que nunca jamás deberá suceder algo parecido a lo de hoy! Si vuelve a ocurrir, tendremos que trasladarlo a algún cuartel en provincia adonde tendrá que cumplir otros servicios. Solferino es un lugar especial, que merece la atención de la alta superioridad. Por eso y como excepción, deberá presentarse en una hora con el coronel Dunviro. ¡Puede retirarse!”

El otro agente, el SSS117, salió de la oficina del coronel, asombrado por lo muy ordenada que estaba, limpia y hasta con datos de elegancia (cuadros barrocos, jarrones de alabastro, alfombras de Asia oriental, ceniceros de fina cerámica, es decir, en aquel antro, un cosmos aparte). Se sentía de ánimo alivianado, quizá por primera ocasión desde que entrara en aquel duro servicio, sin sospechar que con su solicitud inauguraba un hábito morboso y de dolientes resultados a largo plazo: madres postizas, padres postizos, hijas postizas, hijos postizos, identidades postizas, ¿patria o patria postiza? Tema que aún pervive, superadas las historias que narramos, como una perversa realidad en que hasta la conciencia de culpa y el posible arrepentimiento trasladan una cruel impureza sin olvido y sin perdón.

Del encuentro entre Dunviro y Escipión hablaremos en otro capítulo. Pero, por si el olvido, tan frecuente en esta anacrónica posmodernidad que con dificultad respiramos, nos invita con sus hálitos secretos a obviar esa decisiva plática, diremos que el coronel, ni furioso

ni muy propio, ni caliente ni en calma, sino que todo lo contrario y aun al revés de eso mismo, dio nítidas instrucciones al agente para que sus prácticas de torturería, acoso ilimitado y agresiones las cumpliera en un recinto especial que le sería acondicionado en Solferino, “para vos solito, cabrón... yo te mando la mercancía y tú te encargas del empaque, ¿ta?”, por lo que el agente dijo que no quería ningún ayudante, “pero pongan una cruz de palos fuertes, que se atraviesen, no como las normales, ¿me entendió, coronel?”, Dunviro no se asombraba así nomás, “como una equis, ¿eso querés?”, “eso mero, una equis, coronel”, Dunviro le aseguró, “allí la tendrás, y también el tanque del guáterbording, y la parrilla de alambre de acero, y tu mesa con los instrumentos que ya habías pedido, que ya usabas... será en tu recámara ampliada, para que descanses y cuides mejor la mercancía... no te mandaré más de dos paquetes por tanda”, el agente apenas susurró: “eso ta bueno, pa mi solito, carajo”, Dunviro añadió: “tendrás también una cama decente y un buró de noche y un ropero... y tu cuarto de baño refaccionado, ¿qué tal, eh?”, “¿puedo meter alguna vieja de vez en cuando, coronel?”, “sí, de vez en cuando, porque habrá reclusas en buen estado, ¿no? Ah, te daremos compensaciones por horas extras y un aumento de salario... pero esto no lo comentes con tus compañeritos, ¿ta?”, “claro que no, ¡qué coños voy a platicarle a nadie, coronel!” Y allí se acabó el encuentro, cada uno llevándose lo suyo para luego darle peso, medida y ubicación en esta conversada crónica.

Capítulo 31.

El licenciado Tomasito Morongo recién pudo examinar los papeles de la carpeta a mitad de la siguiente semana. Los preparativos del viaje del presidente eran muy complicados más que complejos, “¡todos quieren un lugarcito en el avión!, desde el cocinero hasta el jerarca de la Iglesia, el don Senecto, y la Primera Dama que me ordenó le consiguiera unas visitas exclusivas y a puertas cerradas en las tiendas de Gucci, Chanel, Dior y no sé cuántas más, y hasta la idiota de la Martina que se mea por acompañarla, diciéndome ‘convénzala, por favor, total, a ella no le cuesta nada’, le cuesta al erario, si hasta yo pago impuestos, y el presidente con sus phoneadas a Madriz y a París y a Roma, preparando sus negocios y su entrevista con el Papa, ¿qué puede ofrecerle él al pinche Papa, él, presidente de un país de descreídos que quieren creer y no pueden, donde los mochos no son muchos ni muy machos aunque necios para aferrarse a las cruces y a los pesos... en fin, todavía no pude resolver con el ministro de hacienda el alquiler del avión, ese boeing siete dos siete, porque dice que es muy caro y que la pintura de cada lado del fuselaje con la leyenda *Presidencia del Estado Mesoriental* sale a un costo enorme, porque le pondrán banderas pintadas a todo color y unas imágenes religiosas que no les gustarán a los centuriones de las Fuerzas Unificadas, los de la logia Tabaré, y está el coronel Arrogancio Calatrava, organizador de eventos, y están los monos de la guardia presidencial, y las hijas y los hijos de doña Josefina, y los empresarios de Soriangato, y los banqueros-exportadores-importadores de la capital, y los delegados de la Misión de la Obra de Dios, y los abusivos de la prensa... ¡otra que un avión, un barco precisamos!”

Pensó que se puede lo que se puede y lo que no, ¡ni modo, áhi me jodo!, “que por ahora lo resuelvan el ministro Mariño y el coronel Calatrava”, hubo en él un atisbo de sabiduría, y bajo pretexto de consulta médica por cansancio o estrés, se fue a su departamento secreto en el Palacio de la Salvación, frente al mero zócalo. Llevó la carpeta adquirida a Prometeo y, entre pródigos cafés y coñaques inició el examen de aquella papelería presentada con bastante prolijidad. Las hojas numeradas al calce eran ciento doce. Se trataba de un escrito a espacio y medio, mecanografiado con cierta habilidad pues no ostentaba erratas, sólo ligeros taches y signos en rojo, texto todo corrido, sin división en secciones o capítulos, en un mismo tipo de letra, times bold cuerpo doce, sólo que en redondas y cursivas alternadas, las cursivas entre

paréntesis como un relato paralelo al principal ya que éstas (o itálicas) conformaban el texto más pequeño o menos grande, un título había en primera página, entrecomillado, todo en altas y en redondas o blancas: “Sangre en el Sur. El fascismo es uno solo”, fecha al pie ¡diciembre de 2006!

“¡Qué chingaos! ¡Una fecha tan adelantada! ¡Cuántos años de diferencia! ¡Esto es ciencia ficción o qué!”

La lectura le consumió el café, el coñac y parte de sus entreveradas entretelas. Ni siquiera escuchó los locos timbrazos del teléfono azul, comunicación en directo con el ejecutivo; ni siquiera fue al baño; ni siquiera sintió la mojadura en calzón y pantalón y calcetines y pantuflas. En la media iluminación otorgada por los focos de la lámpara del techo juntamente con los postreros envíos fotónicos del sol, culminó aquel prolongado acto de leer algo parecido a las sombras de su propio destino.

Sudado de cintura para arriba y orinado de los huevos para abajo, sintió eso, justamente, “hoy y aquí me ubico entre dos aguas pero en este pinche librito no estoy ni aparezco entre cosa alguna... el autor menciona a Bordaburro, lo da como preso por sus crímenes, habla de una dictadura con apoyo gringo, de presos, de torturados, de desaparecidos, de exiliados, adivina lo que ocurrirá en el país, vendrá un recuperación de la democracia... habla de fascismo, ahí no estoy de acuerdo, y que el fascismo no se termina así como así”, la negra angustia le dolía en los tuétanos, “¡y yo no estoy nombrado en esta visión!, ni Le Gros, ni Senecto, ni Mariño, ni la logia Tabaré, ni la tarada de la Martina, ¡no estoy yo, los otros al carajo!, ¿es que nunca seré parte de la historia patria?, ¿para eso tanto laburo, tanto estudiar en medio de una nación de presidentes oligofrénicos, de políticos ignorantes, de ricachones soberbios, de intelectuales alquilados, de milicos depredadores, de futboleros que se creen el papá de Tarzán... pero todos de calzón para abajo con los gringos y los hispanos? ¡chupa vergas, agachados, vendidos, cipayos!”, o sea, experimentó en sí la figuración de que era, o sería, nada más que una ausencia futura; que ya empezaba a ser un hueco en el discurrir histórico del presente; que ya era una representación absurda de su propio no-ser...

Tomasito se levantó de su “sillón corruptor”, como lo hubiera llamado el bizco Sartre, para asomar su nariz lacrimosa en dirección al crepúsculo. La ventana de su departamento del octavo piso estaba entreabierta, no miró, puso su apéndice nasal en el breve espacio que no quiso ampliar: la ciudad olía a gasolina mal refinada, a sucios humos industriales; olía a neblinosos asados a la leña, a chorizos al pan en sus parrillas callejeras, a tacos al pastor, a tacos de ojo, a tacos de bistec y a salsas densas y bermejas; olía a trapos, a trozos de cartones y de plástico, a basuras orgánicas incendiándose en algún lugar del barrio del puerto; olía a excrementos de perros, de gatos y de gente largamente acumulados en los rincones del zócalo. Cerró la ventana al sentir el friaje de los fluidos en sus pieles visibles y ocultas y en la ropa.

“Sí, sí, Tomasito Morongo, todavía podés oler la realidad, todavía estás en esta mierdera de mundo” pensó, no lo dudamos, mientras los calores del pasaje bajo la ducha daban vitalidad a nervios y carne.

Al cortar el chorro vivificador, miró brevemente los movidos restos que se iban por el desagüe, “ahí van tus pelos, tus pedacitos de piel muerta, tus sudores, tu pipí, tus grasitas... por ahí se irá todo, finalmente... ¡Por el puto caño de la historia!”

Antes de salir hacia el Palacio Nacional, dio cobijo a la carpeta en un espacio de la caja fuerte adosada a la pared poniente de la sala-comedor-recámara, caja de acero que el presidente le obsequiara “como demostración de simpatía por su arduo trabajo al servicio del ejecutivo”. No sabremos jamás si Tomasito regresó a aquellos escritos, ni qué fue de la carpeta, pues luego de un periodo durante el cual una invasora y lenta depresión lo fue carcomiendo en la total integridad de su persona, hasta llegar casi al autismo; periodo en que su labor burocrática también fuese deteriorando sin remedio ni causa visible, además de sufrir los cambios cocinados en la cúpula castrense, cuyo resultado fue la previsible caída del presidente y parte de su gabinete. Dada su cercanía con Bordaburro, fue requerido a declarar bajo amenaza pero “la Historia suele ser misteriosa para los humanos”, y así pudo escapar, apenitas, hacia Madriz con la ayuda escondida del general Leoncio; allá fallecería de cáncer hepático, de auto alucinaciones, de neurosis compulsiva y de insondable frustración, en momentos en que el Estado Mesoriental comenzara a tejer la etapa de “democracia recuperada”. Según parece, sus últimas siete palabras fueron: “¿qué carajo de democracia creen que recuperaron?”

Terminemos este capítulo comentando que el licenciado Tomasito Morongo, persona bastante ilustrada y relativamente honesta para la época, de temperamento tan flexible como débil, nunca sabría, obviamente, que aquel libro, decisivo en su vida como el peso de un destino, sería publicado en la ciudad de México por el sello Ediciones Eón, en el 2007, con prólogo del sabio doctor Luis Méndez B. y firmado por el responsable de las transcripciones de una crónica a varias manos y a varias voces que en estas páginas puede leerse, esperemos que hasta el final. Y menos sabría que aquellos papeles obtenidos por mediación de Prometeo eran solamente un borrador (como lo es toda obra literaria) pasible de incontables y ficticias modificaciones, cuyo contenido el mismo angustiado Tomasito relacionara, en un imprevisible acto de errónea hermenéutica, con los sucesos que ocurrieran, estaban ocurriendo y ocurrirían en el Estado Mesoriental. Después de todo, como decía nuestro vascuence tatarabuelo, heredero de menguados solares y lánguidas hidalguías, “la Historia con mayúscula se va al caño de su madre, las historias chicas son las que quedan...”.

Nuestro abuelo vizcaíno, según su hijo, dijo que le dijo “¡vale, hombre!” Y nosotros, miembros de una generación que procura alzarse sobre sí misma, se lo decimos también,

pero así: “zer arraiio!”.

Capítulo 32.

“Agente ese-ese-ese-cero-cero-siete, aquí te mandan dos paquetes. Uno es importante, tratamiento a mediano plazo. El otro como para hacer práctica, nada más. ¿Okay?” dijo uno de los cinco Juanes.

“Ta bien, dejámelos por ahí, sentaditos en la parrilla. ¿Vos los vendastes? Quitale las esposas a la detenida, al tipo ése dejalo tal cual... ¿Son pareja o qué?”

Antes de salir, el Juan cualquiera lo miró al Machito, dijo:

“Estás más gordo, cabrón. Y te siguió creciendo el bigote, sólo te falta alguna cana, nomás. ¿Cuánto llevás en Solferino?”

“Vos lo sabés bien, fuiste uno de los que me trajo. A mí, el tiempo me vale. No me gusta apurarme en nada... pero a veces me dejo llevar por las ganas de que los reclusos digan enseguida lo que tengan que cantar. Aquí estoy tranquilo, a gusto... Los años, que los cuenten otros.”

“Sí, desde que estás aquí te va mejor, sin pleitos con nadie, metido en lo más tuyo. Bueno, me voy. Al paquete grande, ya sabés, hay que sacarle todo... Te dejo...”

“No te vayas, decime, ¿el tipo no se parece al ministro...?”

“Sí, algo... Cuando haya información, avisame. Aquí te alcanzo anotadas las preguntas que hay que hacerle a este joto... En ese mismito orden, ¿ta? Bueno, ¡chau!” el Juan cerró bien la puerta.

El Machito observó a la señora, amordazada y vendada, “cara de momia, a ver lo que hay debajo de los trapos”, retiró las vendas aplicando método de dolor, se encontró una cara muy vista en los programas del canal oficial y los transmitidos en cadena a toda la Nación, “ah, la misma vocera presidencial”, dio órdenes ya repetidas:

“¡Quítese el vestido, las medias y los zapatos, señora! ¡Rápido, cabrona! ¡A encuerarse que hoy no hace frío!”

La señora Martina, ¡miren ustedes que encontrarla en la pieza del Machito!, temblaba como lombriz a la vista de un halcón. Aquel pétreo catre que la esperaba no era, no, el extendido lecho del cuarto de azul y oro del Palacio Nacional. Fue empujada con gesto bestial hasta golpearse los lomos contra una colchoneta sin sábanas. La jedentina de sudores endurecidos y sémenes descompuestos la despojó de las postreras emanaciones de un

perfume de Francia cuyo nombre no pudo reconstruir en su alterada memoria. Sintió fríos desgarrones en muslos y nalgas, al punto que los minimizados calzones Gucci o Sebastian Robes o Dior o Laurent eran escupidos groseramente por el Machito, “¡me los quitó a puro diente!”, y por ahí quedaron, destrozados estandartes sobre un campo de deshonra y batallas perdidas. Con el sostén fue lo mismo pero hubo irritación y sangrado de pezones, “¿por qué me muerde así, a lo criminal?”, y la ex vocera del ex presidente entendió o intuyó de modo primario que los cuerpo a cuerpo premaritales, conyugales y post matrimoniales ninguna relación tenían con aquello que el milico anónimo practicaba con ella, tan destamánadamente.

Con la cabeza como casi colgando del catre o cama o yacija o lo que fuera, la señora Martina percibió fulgores de dolor en su entrepierna de atrás, percibió nubarrones de fuego en el escudo de la pelvis, percibió sangrantes resplandores en los estetizados pechos, percibió quemazones de colmillos en la nuca, percibió jugos de ácido ardor en lo boca profanada. Su cuerpo era una conmovida fragmentación de pedazos carnales y nervaduras que no terminaban de separarse. Una mano bestial le apretó la cabeza contra las mugres del suelo, otra mano que ella no podía ver se alzó con un feroz cuchillo de reglamento y le grabó en cada nalga una tremenda eme mayúscula. La señora Martina no tuvo ni una voz, ni un ronquido, ni un gemido, ni un chillido, ni un inhumano grito: solamente pudo vomitar por boca y narices, desmayándose en un torbellino de barro sombrío, en un vértigo de incontables náuseas no ajenas al placer, en una especie de pesadilla colectiva que alguien a fuerza le metía por la entrepierna.

Horas más en la tarde o en la noche, la señora Martina comenzó a recuperar la conciencia de estar aún adentro de su cuerpo. La cama era limpia, metales pintados de blanco, sábanas y almohadas de cierta pulcritud. La habían acostado del lado derecho, sin ropas interiores, sólo vendas y gasas en el cuello, los pechos, el vientre, las nalgas. La piel del cráneo despedía un poco de ardor, por ahí pasó su mano zurda, “¡me raparon ezstos hijosz de puta!”, por primera vez desde la adolescencia no deseó mirarse en espejo alguno. La cama estaba casi pegada a la pared, ella de espaldas a aquella superficie hostil. Quiso mirar más allá de su situación, el cuarto era el de una enfermería improvisada. Contra la pared de enfrente, una cama vacía. A su derecha de la señora Martina, una mesita de metales como aluminio y acero, ruedas pequeñas, en la tapa frascos, vasijas de cristal, gasas, algodones, instrumentos de curación, agujas, jeringas, vasos de plástico elemental, botellas de agua sin gas. Junto a la mesita, una papelería cilíndrica saturada de objetos blancos y rojos.

“¿De dónde viene esza luszz?” había soslayado la puerta entornada, la conciencia de aquella indirecta luminosidad la condujo al sufrimiento, al desánimo, a la realidad sin regreso de su degradación.

Sólo quedaba llorar, aquel cuarto no era uno del sanatorio privado primermundista Los Ángeles de Soriangato, adonde nacieran sus hijos los Briboniesca, “¿por dónde andarán losz pobrecitosz con todosz ezstosz cambiosz?”, entonces lloró su buena cantidad sin pensar en el cuidado maquillaje a cargo de la Fermina, “eszo fue antesz, haczse tan poco tiempo, ¡mierda!”, se limpió la adolorida cara con la sábana, también hizo tronar su nariz algo inflamada, “¿cómo el idiota del prezidente no zse dio cuenta de que los milicosz lo iban a tumbar?”, y lloró de nuevo, porque sus ex amigos y sus ex relaciones de Soriangato y más al norte, “¡esztaban arregladosz con losz zsceturionesz del general Leonczio, el gran hijueputa que sze acomodó de nuevo prezzsidente!”, y soltó otra vez el trapo, o sea, reabrió los grifos de la desesperación mezclada con la estupidez, “¡pendeja fui, szí hasta le creí al deszgraziado de Tomaszito, észe zsí que pudo rajarsze a Europa... me dezcía y me azsegurada, todo va bien, szeñora, uzsted zsigá en lo suyo!” y otra vez llorada menos fuerte, porque las nalgas sí que dolían con el hipo y las contracciones del ánima, “¡todo va bien y la cazza se inzcendia, ay cabrón!”.

En fin, la señora Martina Ashegún no podía adivinar en esa instancia tan desfavorable que su empobrecido destino se juntaría por un tiempo con el de su implacable y necio torturador, mejor dicho, su Magíster en Acoso Legal, según un crecido y amañado expediente a cargo del coronel Dunviro. Si el espacio nos ayuda, a esta señora volveremos aunque no sea, eso está clarito, una figura de alta relevancia en nuestra crónica; tal vez no lo sea de ninguna historia, pero así funciona a veces el azaroso tránsito de vivas letras e inventadas vidas.

Capítulo 33.

Si bien los sucesos que vamos narrando no engarzan totalmente con el contenido de aquellos papeles leídos por Tomasito, lo que resulta lógico aun en la ficción, tienen con ellos una sospechosa similitud entramada entre estilo y circunstancias. En todo surge, dicen los que más saben, la sombra o el resplandor de un añejo arquetipo. Ya lo vimos en el Machito, como grosero ejemplo de héroe, una especie de Magamal, o en la señora Martina, como triste y degradado émulo de la prostituta sagrada. Y de pronto lo percibimos en el general supremo Leoncio Bautista Seco, como una divinidad de incalculables poderes, al asumir a la brava la presidencia del Estado Mesoriental, aprovechando uno de los viajes al exterior del licenciado Bordaburro (el título de licenciado lo había adquirido al año de su segundo mandato en el colegio de Nuestra Señora de Fátima, a cambio de una donación a cargo del erario). Fue, para ser detallistas, en el cuarto y postrero viaje del presidente.

Pero, aunque usted ni lo imagine, el licenciado Bordaburro, por omisión, error o mala leche no fue debidamente informado por Tomasito Morongo, por su equipo de asesores y hasta por su propia esposa (la Primera Dama, al enterarse del incruento golpe de Estado, confundió la caída del Palacio Nacional con el cierre temporario de su tienda favorita, el Palacio de Platino, “¡qué horrible!, ¿a dónde compraré mis ropas este invierno?”); también desinformado por los directores de los medios que siempre lo habían apoyado. Por lo tanto, ante lo que para él eran tontos rumores áulicos o provenientes de irresponsables orígenes populares, por consejo del Arzobispo Senecto, decidió adelantar el regreso al país. El avión, en vuelo charter de la American Lines, aterrizó en el aeropuerto internacional de Las Brisas. Al pie de la escalerilla lo esperaban los tres jefes de las tres ramas de la Fuerzas Unificadas.

“Señor licenciado Jesús Mesiónico Bordaburro, ¡queda usted bajo arresto domiciliario y bajo la responsabilidad colectiva de nuestro cuerpo!” el mismito Leoncio habló en nombre de la triada castrense. Observemos que el almirante Neptunio Cuadrilla, el brigadier Ícaro Rodríguez y el general supremo vestían preciosos uniformes confeccionados de apuro en Londres y portaban todos los arreos y condecoraciones que podían cargar, como los centuriones yanquis o rusos o cualquier dictador indoamericano que aparecen en las películas, en la tele y en la necia realidad.

El ex presidente intentó el camino de la dignidad, acudiendo a ciertas gestualidades

mochas y zalameras, aprendidas del Arzobispo Senecto:

“¡Mis hermanos en la fe! ¡Cómo es que así ustedes me reciben, luego de un próspero viaje al corazón de naciones amigas, de las que recogimos nuevamente muestras de aprecio solidario y algunas interesantes inversiones!”

“Nada, nada, señor ex presidente. Firme aquí nomás, al pie del avión, y ya mero, su renuncia indeclinable por mala salud y necesidad de retiro espiritual” el mismo Leoncio.

Bordaburro leyó muy lentamente el texto, luego señaló, preguntando:

“¿Por qué dice al final que acepto y recomiendo la designación del general supremo Leoncio Bautista Seco como presidente del Estado Mesoriental por tiempo indeterminado, lo mismo que la doble vicepresidencia de los jefes de la marina y la aviación?”

“Señor Bordaburro, apúrese a firmar, que ya hay una cola detrás de usted para bajar del avión... No le conviene demorar este proceso... Como ve, esto es un ademán de buena voluntad: usted, aunque bajo arresto domiciliario, tendrá su pensión y se irá a vivir a una de sus haciendas, no tocaremos las tierras que se robó pero tendrá que pagar impuestos como cualquier ciudadano. Y la mafia que lo rodea, pagará también. ¡Firme de una vez, carajo, y no joda más!” y Leoncio le encajó su pluma Punto de Oro entre los dedos índice y pulgar de la mano derecha.

Apoyado en la carpeta de la cual fuera extraído el texto de renuncia, Bordaburro firmó. Luego alzó la misma mano de la auto cobardía para saludar a una docena de seguidores que lo aplaudían y vivaban desde una de las terrazas del aeropuerto, además de agitar unas banderitas con la cara del ex presidente, porque el que nace gilipolla crece como pendejo y muere como pelotudo. Ese ademán sería su postrer meneo en nuestra crónica, aunque los lectores de más paciencia podrán encontrarse brevemente con él en la edición mexicana de los papeles que Tomasito Morongo leyera como una premonición, como un adelanto de su desgracia. Desgracia de ambos, reiteramos, uno por estar preso en aquellos testimonios y otro por no ser siquiera una ausencia histórica. (¿Se vale agregar que Morongo se equivocó ferozmente al confundir la realidad que habitaba con una futura realidad percibida por él en función de un fatal e incomprensible reduccionismo? ¿Cómo pudo su enrarecida cabeza encontrar lo similar partiendo de lo distinto? Nadie puede estar en dos historias al mismo tiempo; además, los libros se parecen pero no se repiten...).

Los sucesos que siguieron a ese evento son como una fotocopia, mala o buena, de los diferentes golpes de Estado que se dieron en el continente mesoamericano, sin despreciar lo ocurrido en otras zonas de Indoamérica y el mar de las Antillas. La represión se intensificó y amplió como una rápida virosis, o sea, aún menos libertades, más desapariciones de ciudadanas y ciudadanos y de sus hijas e hijos, más tortura, más depresión de la economía, menos empleo, menos de lo tradicionalmente bueno y mucho de más de lo históricamente

malo. Se exiliaron montones de jóvenes, con o sin pasaporte, el seleccionado de fútbol se quedó sin director técnico y sin jugadores, los equipos desmantelados realizaban sus entrenamientos semanales con pelotas hechas de trapo o hule y cuero mezclados, la educación decayó y hubo un marcado retroceso hacia etapas de agrafía y/o de insolvencia escrituraria.

Pero toda acción, del signo que sea, genera una reacción, eso debe recordarlo cualquier hijo de puta; sin embargo, el narcisista general Leoncio lo soslayó durante los primeros meses de su asunción al poder, que en verdad fue un pequeño golpe dentro de un golpe mayor. La logia Tabaré estaba en desacuerdo con su postura de asumir la función de ínclito y eterno jefe de toda la Nación, lo que indicaba una ambición personal violatoria de los acuerdos que habían suscrito verbalmente para sustituir a Bordaburro por una Junta Castrense Liberadora, es decir, “un mando colectivo que haría del país un verdadero ejército unitario, sin fisuras ideológicas ni éticas, que conduciría a una democracia de nuevo tipo, impoluta, fuerte, inflexible e invencible” según el pensamiento del brigadier Ícaro Rodríguez, el guía intelectual de la logia.

Por lo tanto, dejaremos constancia de algunas opiniones de los jefes de las Fuerzas Unificadas, opiniones que luego se juntarían en un solo haz para determinar la aplicación de los acuerdos que el memorioso general Leoncio había despreciado.

Por ejemplo, dijo el almirante Neptunio Cuadrilla:

“Es una cuestión de honor antes que nada, camaradas, el general no se ajustó a lo acordado. ¿Qué pasa con la contribución de los yanquis a nuestro proceso? Ellos no son tan pendejos como para entregarle a él solo las armas solicitadas y el dinero para otras adquisiciones, ¿no?”

El general Anteo Mederos, nuevo líder del ejército de tierra, agregó:

“Además, ¿por qué en público ha mencionado más de una vez al Gran Albañil? ¿O se está pareciendo en eso a Bordaburro, siempre con su dios a cuestas?”

“Bien observado, general, nosotros debemos dar el ejemplo en cuanto a libertad de cultos. En este país los dioses nunca han intervenido en la política, por más que el Archibispo Senecto y otros jerarcas hayan deseado usarlos de máscaras para disimular su apetito de poder mundano...”

“Y de riqueza mundana también...” fue el añadido del más joven de los generales, Venancio Largura, recién mencionado aquí, al igual que antes lo fuera Anteo.

“Además, en los mandos medios e inferiores y hasta en la tropa, ha empezado a funcionar un cierto desencanto...”

“Sí, los aumentos de salario y las prestaciones no llegan, aun los policías demuestran su desavenencia... amenazan con un huelga de pistolas y macanas caídas, ¡es insólito!”

“Y si hacen esa huelga, ¿quién los va a reprimir? ¿Nosotros?”

“¡No podemos aceptar esa triste función! ¡Las reivindicaciones de los polis son también las nuestras, objetivamente hablando!”

“Por supuesto, es algo objetivo, pero no se compara la policía con el ejército, ¡por favor! Nuestra tarea es labor de milites de arriba, superiores...”

“¿Y qué pasa con los cuerpos especiales de contrainsurgencia y acción preventiva?” preguntó otro oficial, cualquiera, pues eran doce los uniformados que estaban en esa reunión, la flor y nata o los pares de la logia Tabaré.

“Ahí todo parece estar tranquilo. En realidad, ellos siempre tuvieron un estatus diferente, en lo económico y hasta en lo logístico, particularmente en Solferino, donde manda el coronel Retícula...”

“¿Podremos contar con esa gente? Sabemos que han hecho cosas terribles los cabrones, porque el que ordenaba el trato a los prisioneros era, en verdad, el general Leoncio. El coronel Dunviro se limitaba a cumplir lo ordenado, así que tendrá que actuar por lo igual con nosotros...”

“Camaradas de armas y banderas, para resumir, ¿estamos de acuerdo con la actitud del general supremo Leoncio? ¿Le planteamos que se adecue a lo pactado o lo...?”

“Pienso que debemos dejarlo un rato en el lugar adonde él mismo se colocó. La coyuntura nacional, regional e internacional está cambiando. Los gringos ya sugieren un cambio en un sentido de democracia que no coincide con el nuestro, quieren respeto por los derechos humanos y otras monsergas. ¡Ésa es la joda!” fue el argumento de Neptunio Cuadrilla.

“Si me permite, brigadier, eso tiene que ver más con el tema de las inversiones y la orientación del sistema capitalista. Pude leer en un diario gringo-sajón que los gobiernos cerrados y de cierto matiz nacionalista o populista, no dejan desarrollar una economía de libre mercado, además de que, para el caso nuestro, es indudable que el descontento popular alcanza proporciones no sospechadas por los servicios de inteligencia. Tienen hasta prensa clandestina, hasta informantes entre los soldados y policías...Y se trata de un descontento organizado...” completó, creemos que certeramente, Ícaro Rodríguez.

“¿Entonces, qué? ¿Lo aguantamos un rato al general Leoncio y luego lo corremos para asumir ante el Club de la Naciones el papel de salvadores de la Nación? ¿Y luego qué?” otro oficial.

“De paso frenaríamos a los movimientos de la chusma de comunistas, subversivos, indios, campesinos, estudiantes...”

“Permitiríamos los partidos políticos pero bajo un nuevo estatuto...”

“Pero, ¿a quién pondríamos en lugar del general Leoncio?”

“A un civil, aunque nos dé nauseas... Tengo un candidato: el doctor Agosto Sangronetti, del Partido Rosado, es muy mañoso, ese tipo juega con cualquier camiseta, un ambicioso explícito...” propuso Ícaro Rodríguez.

“Y creo que bastante ateo, al menos por la tradición de un sector de su partido. Eso ayudaría para atenuar las pretensiones del archieobispo y otros jerarcas... A lo sumo y con cuidada simulación, la logia Tabaré agregaría, en este plano ideológico, el factor Dios, como dijo no sé qué escritor...”

“Además, está el Partido Santacruceño, que de seguro perderá apoyo de las bases del credo de Senecto, porque si hay que elegir entre Dios y el estómago, van a elegir el estómago... Es que ya están hartos, según nuestras encuestas, del lujo descarado de la jerarquía católica y de la concentración de riqueza entre gente vinculada a esa jerarquía...”

“Sí, señores oficiales, el reparto nacional de condones perforados y pastillas de viagra organizado por Bordaburro, ¿se acuerdan?, ofendió a las masas populares y clasemedieras... La gente quería comer y soñar más que coger y reproducirse...”

“Entonces, podremos lograr un equilibrio social adecuado a los patrióticos intereses de las Fuerzas Unificadas... Pero, ¿cómo haríamos el traspaso del gobierno? ¿Quiénes van a elegir al doctor Sangronetti?”

“Señores, será muy sencillo: rehabilitamos con limitaciones a los partidos políticos prohibidos por Bordaburro, pero borrando de sus padrones de afiliados y de las listas electorales a toda la gente que esté fichada como enemiga de la Nación... y a los meros sospechosos también. De acuerdo con lo quede en cada partido, tendrá tanta cantidad de legisladores, y éstos, ya diputados, ya senadores, serán los que designen al candidato propuesto por nosotros. Será un adelanto de democracia con apoyo popular indirecto...” explicó serenamente el brigadier Ícaro Rodríguez.

“¡Es genial, Ícaro! ¡Te pasaste!” el eufórico almirante Cuadrilla, generando aplausos que luego producirían largos e inusuales brindis con dorado y muy fresco champán.

Capítulo 34.

El ex cura o sacerdote sin Iglesia, Pepe Iturrieta, había optado (aunque en verdad era una sola opción, en términos de vulgar materialismo, que le restaba en el corto o mediano plazo) por compartir lecho, mesa y techo con Cristina de Altagracia, previo matrimonio por lo civil, en su residencia de ella. Pero debemos anotar que, al día siguiente de los trámites indicados por la reciente ley de asociaciones domésticas, que anulaba la obligación del casamiento religioso, o sea, un día domingo, Pepe reunió a unas cuantas amistades de ambos y, en el no muy ancho ni largo comedor, ante un servicio de grapa, tequila, botanas o picados o tapas diversas, se auto enlazó casamentemente con su amada Cristina, para lo cual improvisó un ritual desconocido hasta ese momento, ignorado incluso por él mismo. Así pudo comprender, en razón de iluminaciones humanas, animales y divinas, que su destino lo había alcanzado (el ciego Borges dixit) o que él había atrapado a su destino. Veamos cómo fue la ratificación del nacimiento de esa certeza material y metafísica:

“Distinguida y alta señora Cristina de Altagracia, el ferido de tantas ausencias y el lastimado de su entretela cordial, en este acto indivisible os entrega un corazón que es de todos los presentes y de casi todos los ausentes también. Sé que vuestra hermosura me aprecia, que vuestro valor es en mi pro, que vuestros querer es en mi afincamiento. Estas palabras os harán llegar las enteras noticias, ¡oh amada amiga mía!, del modo que, por vuestra causa, todo lo que soy ya es raíz de estos mis pueblos. Sé que vos me atenderéis por elección plena, y yo haré lo mismo, sin cuidarnos ambos en exceso, pues debemos respirar con la igual libertad que algún día reinará en esta dolida y querida Nación” fue el discurso que entre lágrimas no contenidas entregó Pepe Iturrieta, junto con el modesto anillo que adquiriera en un cambalache al costado de la Plaza de los Acuerdos.

La novia, de insondables cabellos libres y vestida con una especie de túnica roja, azul y blanca, de indudable confección doméstica, recibió el anillo y ella misma se lo ubicó en el dedo índice siniestro, “será el dedo que indique los rumbos de su alto corazón” Iturrieta dixit sin que sonara verba alguna.

Por supuesto, un entrecortado silencio se expandió por la congestionada sala comedor, “¿qué dijo este tío, che?”, “¡puta, es muy bueno pero está locazo!” , “¡se le piró el coco!” , “¡se le botó la pinche canica!” , “¡o homen está béin maluco!” (esta expresión fue de María Garota, la

mesera de la cafetería Oxalá, que no casualmente había ingresado, ¿cuándo?, al amistoso ámbito de la pareja, atraída por la extranjería de Pepe y por la calidez solidaria de Cristina), “¡es un fenómeno el curital!”, “¡loquísimo como todo vasco!”, fueron manifestaciones no emitidas pero que luego se irían trastocando en el verdadero mensaje de Pepe Iturrieta. ¿Cómo decirlo con precisión, justeza y claridad?

Digámoslo así:

La propuesta de Pepe era, según su compleja y vascuence aunque también amestizada cabeza, la conformación de una dimensión social solidaria que, sin pretender el amparo divino ni el cobijo del poder en todas sus maneras, pudiera ser accesible a la comprensión y a la acción de todos los habitantes del país para conducirlos, o sea, para que éstos se condujeran como humanos tan libres que participaran en la construcción de una felicidad sin límites basada en el desapego y las relaciones desinteresadas. (Se dirá que esto suena a idealismo sin realidad, a sueño pre-romántico, a cosa ya soñada... Tal vez, no lo negamos ni lo afirmamos, pero en muchos de sus potenciales seguidores se asentaba una experiencia de dolor, de pobreza, de podredumbre, de descreimiento, de injusticia, de abusos represivos, etcétera, que otorgaba fuerza histórica al planteamiento de Pepe Iturrieta. Las energías que a partir de aquella inédita ceremonia comenzaron a generarse, darían más tarde que temprano un insólito sentido de esperanza y dinamismo a las pequeñas naciones de diverso pelo que conformaban la sustancia profunda del Estado Mesoriental.)

La fiesta en casa de Cristina y Pepe fue de intenso meneo. Bebidas: agua y vino tinto; menú: cordero asado, pozole, ravioles y fruta; complemento: pan, tortillas, guacamole y salsa bermeja; al final, el café orgánico bien renegrido preparado por María Garota. Pero, ¿quiénes estuvieron en ese ágape tan ajeno por un lado y tan cercano por otro a los hábitos culturales de los nativos? Bueno, no haremos descripciones individuales, salvo la excepción ya vista, pues este relato se estiraría en demás. Eran vecinas y vecinos del barrio, colegas de colegio de la directora Cristina, compañeros de Pepe en su actividad política de otros años, dos prostitutas y un par de mendigos no profesionales, miembros de los Hermanitos del Perdón y de los Traperos de la Luz, y nadie más. A saber cómo pudieron caber ahí, parece que se arreglaban para comer en tandas, cada uno llevó sus cubiertos, platos, vasos y servilletas. Pero, ya para dar término a este capítulo, Pepe Iturrieta, sin abandonar la mano izquierda de Cristina, se inclinó ante las fuentes con la carne de cordero y dijo:

“¡Gracias por la grasa de tu alma! ¡Gracias por el espíritu de tu carne que confirmamos con el nuestro! ¡Gracias por tu sangre que se une a nosotros para llevar justicia al mundo!” casi agregó “¡Dios, si existe, es Revolución!” pero lo dejó para más adelante, ya que aquello que había inaugurado era sólo un mensaje destinado a unirse, quizá violentamente, con las peores realidades que la realidad exhibía, “de ese choque saldrá luz y saldrá fuego...”.

Ah, ¿recuerdan al quiosquero Prometeo? Pues también estaba ahí, en aquella casa-templo, con algunos compañeros de ideas e ideales, ya liberado de la cotidiana y molesta labor de ser el presunto informante honorario del licenciado Tomasito Morongo (lo fue para mantener su puesto o tienda de libros, revistas y periódicos con licencia específica; puesto o changarro que se había metamorfoseado en un eficaz núcleo de recepción y difusión de informes, comentarios y chismes en función de un verdadero interés tanto partidario como democrático y anti autoritario, a más de contactos clandestinos, etcétera). Por supuesto, que Prometeo conservó su quiosco aun en medio de la represión más apretada, siguiendo el principio de que lo que está muy a la vista, es justo aquello que no se ve, “por las dudas, hasta vendía rosarios, estampitas y otros artículos religiosos” diría al poco tiempo de la caída del general Leoncio, “y muchos lábaros patrios de tamaño diverso”.

Allí estaba también, decíamos, Prometeo el quiosquero, quien luego de aquel circunstancial encuentro con Iturrieta logró regularizar contactos personales muy de una intimidad de creencias que latente estaba, sin duda, “porque nada, ni la casualidad es casual” según este adagio popular que Carl Jung suscribiría. Para abreviar, hubo entre ambos dos y al unísono juntamente, un acuerdo entre los pensares y rituales de Iturrieta, extraños para la cultura y el imaginario nativos, y los de Prometeo, un marxista humanista, “si el marxismo no es humanismo, no es nada”; acuerdo que empezaría a florecer más allá de este relato en una propuesta en sí capaz de iluminar, en amplitud y profundidad, los probables y anfractuosos rumbos hacia la felicidad social.

Finalizó la reunión con desafinados cantos epitalámicos y con un brindis en que una sola copa de vino rojo marca Indio (“parece sangre de hombres y de dioses”) alcanzó para la totalidad de los presentes, en razón del milagro de colmarla y vaciarla, una y otra y otra vez, de las botellas a las bocas y delante de los ansiosos ojos de aquellos ciudadanos que tal vez empezaran a intuir su propia y humilde inmortalidad.

Capítulo 35.

El general supremo Leoncio debió renunciar a su cargo no mucho tiempo después de asumirlo, “lo corrimos en la hora justa” aseguraría un alto oficial, por la voluntad castrense expresada en las primeras juntas de la logia Tabaré.

El mismo día de su renuncia fue detenido y transportado a la calle Solferino. Con él, marchó el capitán de llaves Cándido Repeluz (por ya señalado efecto de prolepsis, se dirá que al cabo de tres sesiones de tratamiento con waterbording y cuidadosas golpizas, “colaboró con entusiasmo notable, indicándonos los sitios de resguardo de las grabaciones y archivos completos que organizara el general, su jefe... lo dejaremos libre a cambio de su discreción, con pensión sin descuentos, ¿por qué?, porque tiene mucho aún para decirnos, y no sólo él... además, es un colega de armas que puede todavía resultar de indudable utilidad... y, sobre todo, no es corrupto como el general Leoncio”); asimismo, unos cuantos oficiales de menor graduación y hasta algún sargento fueron recluidos para que los servicios internos de inteligencia pudieran trabarlos a gusto.

El Arzobispo Senecto Peniscú intentó una comunicación secreta con sus jefes en la lejana Roma. Respondieron a su llamado telefónico pero la respuesta no llevó entera quietud a la pesadez de su alma, “no os preocupéis, monseñor, en ese ínfimo país los dioses... nuestro Dios y nuestra amada Virgen no participan en la vida política, y menos el Gran Albañil, la falsa divinidad de la logia Tabaré. Estamos bien informados, por lo tanto, os enviamos la súplica de que se conduzca vuesa merced como embajador nuestro ante el nuevo gobierno, pues los centuriones se lo pasarán al doctor Agosto Sangronetti... Una jugada inteligente, sin duda, que no perjudica en lo absoluto nuestra relación con ciertos sectores de Soriangato y de más al Norte. En cuanto a personas que siguen nuestro credo y se hallan arrestadas, en poco podemos darles cristiana ayuda, pues serán enviadas a la justicia civil, no a la militar. ¿Comprende, monseñor? Confiemos en que vuestras oraciones, sumadas a las de nuestros fieles, influyan para quitar a esa desdichada gente de cualquier situación molesta. Ya le fue enviada por correo rápido la designación de embajador ante los gobiernos de esa nación, sean del signo que sean. No olvidéis que tenemos en las playas del Este y en la capital, Montemex, intensas y muy atractivas actividades en las ramas de la construcción, los textiles y la banca, y que pensamos adquirir algunas tierras adonde iniciar negocios de forestación, pues hay un

proyecto hispano-finés para instalar dos o tres grandes papeleras sobre el litoral oeste. Monseñor, agradecemos muchísimo vuestra llamada, que nuestro Jefe Espiritual no ha podido atender. De todos modos, os envía su más exacta bendición, recomendándoos una flexible postura en el tema de las violaciones a los derechos humanos, que en todas partes se cometen. Los militares son humanos y se equivocan, exagerando quizá sus métodos de pacificación y convencimiento, más que nada cuando deben enfrentar a los confesos enemigos de la paz, la democracia, la familia y la propiedad privada. ¡Que nuestro Dios y la Santa Virgen os acompañen y ayuden!”

Luego del clásico clic, monseñor Senecto demoró casi dos minutos en retornar a la respiración, de tal modo que muy sabroso le pasó por nariz, tráquea y pulmones el aire apretado de su cámara de oraciones, trabajo y estudio.

“Lo nuevo y lo usado son lo mismo, depende cómo le hagás y cuánto lo necesites a cada uno”, tal vez pensó el prelado.

Habría que esperar, órdenes son lo que son, vengan de la altura que caigan. Una espera no muy pasiva, sí, ya que siempre podrían saltar algunos datos de los expedientes que, según le habían soplado, estaban armando, “¿quiénes?”, los enemigos de Bordaburro. Pero se dio cuenta de que el cargo de Embajador lo pondría fuera de cualquier documentación acusatoria, y se admiró una vez más de la inteligencia de sus superiores en la fe y en la “pinche vida del siglo”, pensó de súbito y de súbito se persignó.

(Él nunca se enteraría de que aquella información aportada por el teléfono blanco, aunque por voz de un dignatario segundón, había sido remitida a Roma por el coronel Theodor Roos Rice, un gringo que se las sabía de a montón, pero en términos mucho menos afinados. Queda sobrentendido que el mensaje telefónico presentó algunos delicadísimos retoques, que captaría un espíritu sutil como el de Senecto, pese a su ya iniciada decadencia.)

¿Y el doctor Agosto Sangronetti, el líder del Partido Rosado, “paladín de transas innumerables, profesor improvisado, adicto futbolero, economista impaciente, historiador de oídas, periodista pragmático, lector libresco, orador irrefrenable, ateo confeso, gustador del arte y el buen comer, intenso viajero con cargo al erario, narcisista explícito, político colmilludo, centrista de derecha, socialdemócrata de centro, conservador ultraderechista, camaleón ideológico”, según el *Diccionario de personalidades del Estado Mesoriental*, del seudo historiógrafo Henry Krushcruz, Editorial Píopío, en qué andaba o lo andaban?

Pues los centuriones de la logia Tabaré tuvieron con él una sola entrevista, que aquí omitiremos, pues sólo con imaginarla basta; o sea, una milésima de segundo después de que los jefes castrenses terminaran de expresarle su ofrecimiento-orden-solicitud, el doctor Sangronetti, apoyando al itálico modo su mando diestra a la altura del corazón, exclamaría: “¡Sí, acepto asumir la presidencia de este país! ¡Es un grande honor! ¡Todo sea por la

democracia!”

Eso ocurrió más o menos así en un Palacio Nacional ya despojado de la figura del general Leoncio. La ceremonia de asunción presidencial tuvo lugar allí mismo, unas semanas más tarde; a mano levantada los representantes de los partidos-ficción, o partidos patito, como fueron bautizados por los opositores, “eligieron por unanimidad de todos y cada uno”, según el seudo politólogo Pedrito Sarniento, al doctor Sangronetti. Ese comentarista televisivo agregaría que “los legisladores a su vez habían sido elegidos por votación secreta entre ellos mismos y por acuerdo entre los partidos, previa designación hecha por un tribunal electoral que la comandancia de las Fuerzas Unificadas había conformado... ¡Una genial idea que casa con nuestras tiernas tradiciones democráticas!”

Otro portavoz o jilguero de los milicos elogió así esta metodología: “Por lo tanto, tendremos una presidencia fuerte y un régimen unicameral, mientras que la corte de justicia actuará en arreglo con el ejecutivo en los asuntos vinculados con ilícitos económicos, evasiones fiscales, delitos políticos, libertad de expresión, etcétera, y con las Fuerzas Unificadas en cuanto a seguridad nacional, contrabando, inmigración, emigración, etcétera. Un gran avance, que demuestra el espíritu de los tiempos actuales, es que ya no habrá jueces militares ni policiales, según acuerdo entre el ejecutivo y la comandancia, sino jueces quasi civiles experimentados en jurisprudencia castrense...”

Fue así que el doctor Sangronetti asumió su cargo para el que, a decir la verdad, se había preparado largamente. La embajada gringa había dado el visto bueno y, para demostrarlo, se otorgó de inmediato al gobierno de la Quinta República un chorro de préstamos en dinero fresco para compra exclusiva de productos provenientes de Greengoland Unite, a más de otro considerable envío de armas ya usadas contra las guerrillas de países tropicales, que los jefes aceptaron en función de la ley del artillero: “o disparas o te disparan”.

No importa señalar aquí los contenidos del nuevo gabinete ni la orientación de la enseñanza o la economía. Hay una gorda documentación acumulada; sugerimos que el presunto lector la consulte en internet o en papel sin prejuicios ni bendiciones ni anatemas, previos o no. Es probable que de ese modo, con algo de paciencia histórica, pueda comprender mejor que también las estadísticas, los cálculos financieros, la estimación de utilidades, los porcentajes de esto y aquello, la evaluación de calidad, los temblores del mercado, las tramas sucias o no de la política, las burbujas inmobiliarias y energéticas, etcétera, son nada más que un relato que ni la memoria de las supercomputadoras podrá retener infinitamente.

Para dejar el tema, diremos que también resultará de utilidad compulsar los editados papeles que el licenciado Morongo recibiera de Prometeo, aunque no se correspondan los países ficticiamente mencionados. Porque, por motivos que la narrativa impone, es necesario

buscar el sitio de Solferino adonde fueran conducidos bajo duro arresto el degradado general Leoncio y su asistente el capitán de llaves Cándido Repeluz. Si bien el presidente Sangronetti influyó, a pura habilidad y maña, en los cambios que se dieron en el ámbito judicial, sabría de la existencia del Solferino real bastante después, cuando renovadas y aun inéditas energías sociales surgieran con cánticos, alborotos e inesperadas propuestas de la multiétnica historia de la Nación.

Capítulo 36.

El agente SSS007 entregó al coronel Dunviro Retícula el casete con las declaraciones, “algo borrosas, señor”, del ex secretario Camille Caco Mariño.

“Dime, ¿te acuerdas de algo que este tipo haya declarado?”

“Mi memoria es bien jodida, siempre uno se acuerda de lo que más nos chinga...”

“Puede ser... ¿Y qué dijo la señora esa, la Martina?”

“Muy poquito, jefe. Gritaba que ella no estaba sabiendo un coño, que la habían colocado engañada en ese cargo de vocera, que el peor de todos era el licenciado Morongo, que dónde estaban sus hijos o si habían vuelto al país, que quién le había volado sus joyas y no sé qué chingaderas más...”

“¿No te entregó algunos nombres?”

“Algunos nomás, sí... Se los apunté en este papel...”

“A ver... Mirá vos, este Vincent ya se había rajado hace tiempo, y de los hermanitos Le Gros sabíamos todo. Al menos figuran algunos ricachotes de Soriangato, pero esos tipos flotan hasta en la mierda... No entiendo por qué el general Leoncio dejó que el licenciado Morongo se nos escapara a Madriz... Algo habría entre ellos... De Senecto mejor nos olvidamos... Los nombres de Fermina y Marco Bruto no nos dicen nada, creo que eran asistenta y padrote respectivamente” se dijo que era una cosecha neutra aquella lista.

El Machito parecía entender poco debajo de su máscara de sayón impasible. “De la información pueden extraerse conclusiones sobre alianzas y vínculos del enemigo, aunque parezcan irrelevantes” (Manual, pág. 19), pero el agente desvió el uso de sus recuerdos, “me la tiré bonito a esa vieja... muy mal cogida la tenían”, su papel no era el de pensar en términos políticos. El acoso ilimitado era la última razón de los mandamases, y él estaba al servicio de esa razón.

“Recibí informaciones de que la detenida debió ser internada en sala de tratamiento intensivo del nuevo Hospital de las Fuerzas Unificadas... ¿Quién ordenó que fuera para ahí? Es un error inexcusable, un oso, una gran metida de ambas patas, ¿sabés?”

“Fue Juancinco, dijo que la mandaran ahí porque en Solferino no habría chance de curarla...”

“¿Quién dijo que había que sanarla, cabrón? Sacarle todo lo posible, sin mucho esfuerzo,

y ¡chau para ella!”

“Y qué hacemos, pues... Dígame, ¿y si la meten a laburar en un burdel para los milicos? La vieja se recupera y a darle de punta...”

“¿Cómo? No estaría mal... Bien, yo me ocupo, eso no es de tu servicio... ¿Y el Mariño, cómo quedó, decime?”

“No le dimos con toda la máquina, cantó bastante pronto, casi enseguida... Se desmayaba cantidad, o se hacía el desmayado. Cuando le clavamos el fierro caliente por el culo, entonces sí que largó todito...”

“¿Cómo sabés que fue todito?”

“Porque volvió de la desmayada cuando le sacamos el fierro, se echó unas frases con acento gachupín y se nos petateó el cabrón...”

“¡Carajo! ¿Y que hicieron con el cuerpo?”

“Se lo llevaron tres agentes, y así como estaba el ojete, en pelotas y lastimado, lo echaron en el tiradero que está por el Panteón de la Suprema Virgen... Allá hay mucha rata, mi coronel, y gatos y perros sueltos. En una noche lo dejan con la calaca a la vista... Ah, y hay zopilotes también...”

“Está bien, se nos peló el conchasumadre. Luego veremos hasta dónde nos sirven sus declaraciones, si quedaron bien grabadas, es que este tipo es una bestia total, ‘el exceso de hostigamiento puede producir respuestas alucinatorias, al punto que el detenido llegue a confundir la información cierta con su propio delirio’, dice el Manuel en página siete” el coronel trabajó sus neuronas en silencio y ante el silencio del agente; así culminó sus pensamientos:

“Debo comunicarme urgentemente con el grupo de la logia, para acordar el tratamiento a darles a quienes manden a Solferino. Si más adelante cae por acá el general Leoncio, porque mucho no va a durar, el asunto puede complicarse, tiene sus ricos conectes con los gringos... y los que no conocemos...”

Y no mucho después, ¿cuánto y cuándo?, eso sucedería para el tenebroso regocijo del agente SSS007. Del capitán Cándido Repeluz ya hablamos en este volar y revolver de intrascendentes avatares. Fue el planificado encumbramiento presidencial del doctor Sangronetti el obvio pretexto para la detención del general Leoncio, cuya voraz vanidad, que repugnaba a los jefes militares, no habría aceptado jamás un acuerdo basado en un tipo de transición sin mayores resonancias. Y así quedó el ex jefe supremo: como un conejito rodeado de lobos, águilas y tiburones (evidente metáfora por las tres armas del ejército). Y así lo llevaron a Solferino, para una internación sin fecha de acabar, mientras el Estado Mesoriental reordenaba mandatos, leyes, apertura de mercado, reglamentos, asuntos fiscales,

instituciones y apariencias democráticas para satisfacción de los miembros del Club de las Naciones.

Leoncio, con pantalón, sudadera y alpargatas de preso común, fue hospedado en una celda unipersonal: cama de cemento, piso de piedras congeladas, excusado en un ángulo oscuro cerca del lavatorio, feroz foco amarillo siempre encendido en el centro del techo, ventanuco para mínima ventilación, puerta de roble entretejida con lazos de fierro, músicas de sonidos y ritmos brutales que lo acosaban una hora sí y otra también sí, “de este modo el prisionero puede experimentar ilusiones y alucinaciones muy debilitantes, a más de que resulta afectado su sentido del vértigo y aun de la orientación en espacios reducidos”, según el Manual, páginas 12 y 13.

“Mirá, a este tipo lo atendés de a poco, quiero un cuidadoso interrogatorio con alguien que te ayude. El detenido sabe mucho, es el que sabe más. Y es más mañoso que el Diablo” explicaba el coronel Dunviro.

“Ayudante no preciso, señor. Yo de solito me acomodo...”

“Dejalo como te ordeno, esta instrucción viene de muy arriba, ni depende ahora de mí, ¿tamos?”

“Ta bien, coronel. ¿Y quién va a ser el ayudante?”

“Un experto en grabaciones y en el manejo de esos aparatos electrónicos, no puedo decirte el nombre...”

“Pero, ¿cómo chingaos lo voy a llamar?”

“Decile de capitán, sólo.”

“Ah, ¿y cuándo empezamos el tratamiento?”

“Mañana, como a las cinco, tempranito. El encargado de las celdas te llevará con el detenido, y en tu cuarto de operaciones te buscará el capitán. Las sesiones serán de dos horas, con una media hora de descanso, ¿está clarito?”

“Coronel, quiero que me consiga un libro...”

“Vos... ¿me pedís un libro!”

“Sí, un libro que usan los doctores, con figuras de gente y enfermedades... una vez vi uno en el colegio de los curas... La escuela de San Benito el Necio...”

“Eso fue cuando eras un chavito, ¿no? ¿Y por qué se te ocurre ahora eso?” miró a aquel muchachón de pelo al rape, de bigote breve a lo milico, de ojos sin color, de musculatura casi prodigiosa, y se le erizó la nuca: alrededor del agente había como un olor a ácidas sombras.

“Es para mejorar el trabajo, coronel. Sólo eso.”

Dunviro no quiso preguntar cómo, respondió que le traería pronto el libro, dispuso:

“Podés retirarte, andá a preparar tus herramientas.”

“Señor, sí.”

El Machito retiró las carpetas, muy barrigonas estaban, bien alimentadas con su dieta de recortes, páginas enteras de diarios, estampitas religiosas, tapas de revistas, fotos adquiridas en tiendas ilegales, programas de cine y televisión, hasta dibujos a pluma de su mano propia. Miró y remiró, examinó y reexaminó, imaginó y volvió a imaginar, “me falta ese libro, ¡carajo!”, porque él intuía que en cada punto del cuerpo hay un dolor esperando, que lo esperaba, “¡tengo que encontrar el sitio de cada dolor, ¡coño!” quizá hubiera pensado. Pero le vino uno de aquellos golpes de relámpago de esplendente negror, pensamos que motivado por la excitada contemplación de su horroroso museo, y con él una revoltura de figuraciones que no pudo descifrar, salvo la de una flaca mujer sin boca y sin ojos que no cesaba de temblar.

Entonces guardó las carpetas y comenzó a organizar sus utensilios, a estimar filos y puntas, garras y ganchos, agujas y cepillos de alambre, parrillas y macanas; sobre todo la cruz de brazos oblicuos fijada en el suelo de cemento. Del fondo de los restos del relampagueo que aún quedaban en sus retinas, ascendió la figuración del maestro de los cien cuchillos. Luego, decidió dormir. Sabía que el sueño iba a llegar mezclado con una pesadilla distinta, “era yo con mi trenza de chino, con mis ojos de chino, con mis manos llenas de cuchillos chinos”, pero no tendría a nadie a quien narrar aquel sangriento soñadero.

Capítulo 37.

El capitán-abogado Estridencio Salsipuedes, en una mañana casi mediodía y al inicio de unas lluvias de ostentosa fugacidad, entró en la parroquia San Xavier de Loyola. Soslayó de delicada manera la pila de aguas benditas y algo revueltas, eligió el pasillo de su derecha, no muy pródigo en altares secundarios, buscó la puerta de la sacristía, entró en la cámara sin solicitar venia, enfrentó a un macizo sacerdote que atareado estaba ajustando calzas y sotana, preguntó de directo modo:

“¿Usted es el padre Eufrodio, verdad?”

“Sí señor, ese mismo soy... ¿En qué podemos....?”

“Soy el capitán Salsipuedes, de servicios jurídicos de las Fuerzas Unificadas. Quiero que me enseñe los registros de este templo, por orden del juez doctor Dunviro Retícula, responsable del juicio que el Estado Mesoriental ha levantado contra el ciudadano Escipión Carrasco. La documentación del caso está incompleta.”

El sacerdote terminó sus arreglos de ropaje, pasó las manos por un pelo de fina claridad, el índice derecho apretó los lentes contra la base de la nariz, inquirió con suavidad menos innata que adquirida:

“¿En qué registro, señor? ¿El de nacimientos y óbitos o el de los bautismos?”

“El de nacimientos, ¿para qué queremos un certificado de asunto religioso?”

“¿Asunto, dice usted, señor capitán? Es el primero de los sacramentos de nuestra institución. ¿Usted está bautizado? Supongo que sí, como todo el mundo que conozco...”

“La verdad, no me acuerdo de me echaran algo en la crisma. Mire, dispongo de muy pocos minutos para obtener un dato fundamental en el seguimiento de ese pleito. En otros templos de la zona nada había. Muéstreme los registros parroquiales, ¡ya mero!”

El cura Eufrodio trasladó su crecida gordura hacia la cámara de junto, más encogida y con apariencia de oficina burocrática. Encendió el foco responsable de iluminar la mesa de regulares proporciones y de manchado maderamen. Sobre la tabla había una pila de tres libretos acosados por el polvo, en el mismo centro.

“Ahí los tiene, señor. Todos suyos en la gracia de Dios.”

“¿Cómo están ordenados? ¿Por año, por apellido, cómo?”

“Registro anual, la primera entrada es del año de María Castaña, por decirlo así.

Teníamos también asentamientos alfabéticos, pero a causa de un robo se produjo un incendio, y entre fuegos y chorros de agua esos registros quedaron inservibles...”

“¿Cuándo ocurrió ese desastre? ¿Usted estaba aquí?”

“No, no. Yo vine no hace mucho, hará tres o cuatro años, cuando el anterior párroco se retiró por enfermedad. ¿Sabe? Yo estaba cansado de dar clases a los niños de estos barrios empobrecidos, en el colegio de San Benito el Necio. ¿Lo conoce? Seguro que sí.”

“De nombre, porque es un nombre raro para escuela...”

“Ningún nombre es raro o todos lo son... Pero, tome asiento, trabaje en la paz de este recinto” y ubicó la silla única frente a los libros que al capitán le parecieron, de golpe, como un geométrico desprendimiento del monte Sinaí.

“Con su permiso, tengo deberes que cumplir, confesar a los pecadores... Si algo necesita, dé tres toques a esa campanilla.”

“Sí, gracias, padre...” y alzó la tapa forrada de basta tela.

El primer volumen correspondía a las décadas desde los veinte hasta los cuarenta, el segundo de los cincuenta a los sesenta, el tercero de los setenta para acá. Se ensució manos y mangas del saco, el pañuelo pasó a estado de vil jerga. Eligió un lapso con bastante cuidado, su cálculo resultó en parte: había aparecido el apellido Carrasco.

“¡Es la inscripción del papá, del milico Tricornio...! Nacido de Oportuno Pérez y Mariana Guadalupe el... ¿qué importa este dato? Ya lo tenemos en el expediente” y bajo aquella señal continuó la búsqueda con enfebrecidos bríos, lo que provocó la pulsión del trago tempranero; tomó del bolsillo interior del castigado saco su frasco de achatado metal.

“¡Ahhh, ahorita sí a seguir con todo!”

Nada nuevo con apellido Carrasco percibió en las anchas hojas sometidas a eclesiástica y redondeada escritura. Hasta se pasó de las fechas calculadas, hasta retrocedió a las marcas de lo probable. No hablaremos de la conservación de las hojas, en bastantes de ellas había marcas al carbón, manchones de líquidos difusos, marcadores improvisados, puntas dobladas. Hizo cantar tres veces a la desafinada campanilla. Esperó e insistió.

“¿Qué desea, capitán?” la chillona pregunta de un anciano de pocos huesos y menos carne, rostro como de nadie, traje de tela barata, a medio arrugar o a medio planchar.

El abogado militar volteó y, sin mirar mucho, dijo:

“Quiero ver los registros quemados, dígame al señor cura.”

“Ah, los famosos registros... Yo se los puedo mostrar, el padre Eufrodio está confesando, todavía no acaba, este barrio está lleno de almas perdidas...”

“En todos lados hay de esas almas, don...”

“Crisantemo Ramírez, para lo que usted mande. El padre Eufrodio me indicó que lo atendiera.”

“Gracias, ¿dónde tienen ustedes esos jodidos registros?”

“Sígame, capitán, están en el cobertizo del patio trasero. Venga por aquí... Nosotros guardamos todo de todo, la gente está cada día más metida en sus cosas, más desmemoriada...”

Don Crisantemo abrió la apretada puerta, hubo un susurrante crujir de llaves y candados. Encendió enseguida el doble foco que colgaba del techo como un fruto olvidado.

“Ahí los tiene, mire cuánta memoria y cuánto trabajo extraviados para siempre...”

El capitán vio la desalentadora montonera de cartulinas y telas y papeles de duro negror, las cáscaras que sólo en parte exhibían zonas no contaminadas por un antiguo fuego, las cenizas coaguladas, los rescoldos ausentes. Removió casi sin rozarlas aquellas materias muertas con la punta de su estilográfica, comprendió lo insensato y dislocado de toda búsqueda. Volteó hacia don Crisantemo:

“¡Vamos con el padre Eufrodio! ¡Ya!”

Y fueron con él; el capitán simplemente lo extrajo del confesorio para horror de una viejita que a media palabra y a medio pecado quedó, lo empujó hacia la sacristía, luego hasta el cuarto de los registros, lo sentó en la silla única, le insertó su pluma estilográfica en la mano, le extirpó al tercer volumen una hoja dispuesta como formulario o machote, y dictó con tono de desespero los datos del comprobante o certificado o partida de nacimiento que entregaría puntualmente, en esa misma y temprana tarde y en plazo casi vencido, al general y juez civil Dunviro Retícula. Pero digamos que antes, para inspirarse, había buscado entre decenas de apelativos femeninos asentados en el último de los tres libretos que tan a la rápida consultara, alguno que pudiera caberle a la presunta mamá de Escipión.

“Éste me gusta... Será una partida de nacimiento doble, ni modo de hacer otra cosa... y con la bendición de nuestro señor” se dijo en celebración de su ocurrencia.

El cura Eufrodio, al escribir a cálamo corriente y con sudados dedos los inusuales nombres y apellidos que el capitán a lo bestia le dictaba, iba leyendo para sus ignotos adentros una zona no totalmente borrada de su historia personal. Mientras lo escrito cobraba sequedad, recogió de un cajón de la mesa el instrumento parroquial que daría vistosa validez al documento.

“Sírvase usted, capitán. Debidamente firmado, y con todo y sello en tinta azul...”

“Gracias, padre Eufrodio. La justicia se lo reconoce... Hasta luego...”

El cura se pensó durante esos cortos minutos que no era coyuntura para recordar ni para mejorar lo que estaba en disposición de recordar, “¡qué chavito fuerte y duro era, mucho para su edad!” Eso lo haría junto con la oración postrera, por la noche, genuflexo al costado de su asentada cama, luego de extinguir el fuego de una roja vela con su hálito de amor tan humano, tan solitario.

Capítulo 38.

El agente SSS007 había dispuesto ya sus intenciones aun antes de que le entregaran al detenido. Resuelto a dejarse llevar por las resonadas pesadillas y los malos dormires que tanto desquiciaran su sistema neuronal, en un principio no gastó mucha atención en su compañero de interrogatorio.

“Capitán de llaves Cándido Repeluz, designado por la superioridad para colaborar con usted en este caso, que es de suma prioridad, pertinencia y urgencia” el oficial tenía en su habla los dejos del ex general Leoncio.

“Ta bien, no tengo costumbre de ayudantes en mi chamba...”

“Usted dirá cómo suele proceder en su oficio, pero insisto en que es un caso híper especial: hay que conseguir toda la información posible, sin retaceos, aunque alguna ya fue tomada de los archivos del detenido...”

“Mire, capitán, yo voy a hacer lo mío y usted hará lo que le ordenaron hacer, ¡y chau!”

“Pero tenemos que ponernos de acuerdo, agente...”

“¡Yo hago lo mío y usted se arregla como le caiga en las pelotas!”

Así platicaban mientras cada uno disponía sus utensilios: los de uno para resguardar declaraciones, los de otro para arrancarlas a como diera lugar.

Dos agentes entraron en la cámara del magíster en acoso atormentario, ellos llevaban a un prisionero de cierto altor y muy derecho en su postura, cabeza encerrada en una capucha de telas negras, manos a la espalda sujetas con esposas de plástico, tobillos amarrados con lo mismo pero permitiendo un espacio de medio paso entre ambos, por ropa sólo un calzoncillo aún no ensuciado por el dolor y el terror. La vestimenta de preso común tal vez ya le quedara a otro detenido.

“Tenés que firmar aquí, mirá que te dejamos la mercadería en buen estado...” uno de los heraldos.

“Ta bien, ya está. Me lo sientan en la parrilla al detenido.”

“Áhi nos vemos, ta lueguito...”

Las tiras de acero de la parrilla molestaron de inmediato las nalgas del preso, la dignidad que mostrara a su entrada en el territorio sagrado del agente SSS007 empezaba muy pronto a declinar.

“Si tuviera colchón ahí se dormiría bonito, ¿sabés?”

Nadie de los dos escuchantes supo para quién de ellos fueron esas palabras. El capitán Repeluz solamente no quiso mirar al reo, lo reconoció enseguida, por supuesto: y no sólo porque el general Leoncio usaba vestidura interior de muy buena marca, el calzón a mitad de muslo era Fabio Puzzo, importado de Roma. ¿O acaso él no se había iniciado como su asistente de cámara, mucho antes, “¿cuánto antes?”, de la subida hasta el grado de capitán de llaves?

“Ahorita comenzamos, todavía no acabo de arreglar tantas piezas, tantas herramientas.”

Minutos después, quebrando bruscamente la posición sedente del preso, le ordenó que se pusiera de pie.

“Vamo arriba, cabrón” y agarrándolo por el pescuezo hasta producirle una tos de asfixia, lo apoyó de cara contra la pared, lo habitual, los pies desnudos tocando el zócalo de baldosa cortada.

Luego alzó de la mesa una campanilla de bronce, “del colegio me la robé, era del cura Anacleto, qué ojete”, dio un par de toques largos, alguien llegó con una charola portadora de dos tazas de tenebroso café y un par de panes, dejándola sobre el atiborrado mueble. El magíster invitó:

“Es hora de un cafecito, ¿no te parece, capitán?”

“Sí, está bueno...” una voz poco audible, como temiendo ser escuchada.

“Andá preparando tus chunches, ¿ya conectaste el aparato?”

“Todo ya está en orden... Vos dirás cuándo arrancamos...”

“Le damos un plantoncito de ablande a todo mundo, pero con éste vamos a tener que inventar... ¿Dijiste vos que hay poco tiempo o fue alguien de arriba?”

“Los mandatos son toditos de arriba, lo que yo diga no importa...”

“Ya estoy viendo, carajo. Aquí el único que tiene los huevos bien puestos soy yo, el ese-ese-cero-cero-siete. Ni el coronel...”

“¿Cuál coronel?”

“El del manual para interrogatorios y acosos legales... Parece que con el cambio de presidente hay unos cuantos que se quieren rajarse de esta mierda... El coronel es muy abusado, pero muy pendejo. Él piensa que somos tarados, que no entendemos un corno... Mirá, aquí uno se entera hasta de lo que comen los ministros y cómo cogen las señoras voceras...” y se echó el postrer buche de excitante café.

“Yo de eso no sé un pito a la vela...”

“Todos saben y nadie sabe, eso lo aprendés aquí abajo... ¿Te gustó el cafecito, no?”

“La verdad, es que lo preparan sabroso...”

“Pos sí, le meten una sustancia que te da como una clase de electricidad en los nervios

del cerebro... así uno aguanta más.”

“¡Pucha!, no lo sabía. ¿Y ahora?”

“Ahorita ya está, te sentirás bien, más fuerte y más buena onda. Porque tenemos laburo pesado, ¿vistes?”

“¿Cuánto rato lo vas a dejar contra la pared? ¿Cuánto es lo normal?”

“Asegún, che. Como hay apuro, dos horas... pero haciendo ejercicio. A ver, viejo puto, a agacharse y a pararse, ¡vamos, bien de rápido! ¡Uno, dos, tres, cuatro!”

El sorprendido prisionero se resistió a los cuatro primeros dígitos, un golpetazo en los riñones lo hizo rebotar contra el muro, luego comenzó aquel ejercicio abandonado lustros atrás. El sufrimiento se desató enseguida de las rodillas para abajo, a las cinco agachadas se lanzó en ascenso hasta las ingles, “¡puta madre!, ya no estoy para estas cosas”, hubo intento de detenerse, hubo un desajustado equilibrio, hubo groseros empujones, hubo insultos sin traducción, hubo una caída sobre el costado cordial.

“¿Qué jodidazo resultaste, cabrón! ¡Bien derecho que anduviste toda la vida!, ¿no?”

Diez dedos bestiales arrancaron la capucha negra, a los veinte segundos un chorro hirviente de ácida orina mancilló el rostro del preso. Cuando éste quiso eludir la afrenta, un zapato deportivo de suela de duro hule se clavó en su pescuezo. La cabeza, así inmovilizada, recibió los abundantes restos de aquella inmunda expresión fisiológica.

El capitán comprendió en ese mero instante que nada sabía del submundo castrense, que nada sabía de los neblinosos meneos de la política nacional, que menos sabía de ahí en más; pues él solamente había manejado chismes, datos de aquí y de allá y de acullá, información que exigía interpretaciones sutiles, declaraciones dadas como en secreto de confesión, cifras de inversiones secretas, apoyos logísticos extranjeros cuya finalidad última se le escapaba, nombres y apellidos de incontables mujeres y hombres que la historia olvidaría, detalles todos imposibles de acomodar en un conjunto coherente, “nunca tuve la clave de nada, ni un código, ni un carajo, el general me usó nomás, como a una puta”, y ahora estaba en la cámara del agente SSS007, jodida coyuntura, “¡tengo que registrar lo que el general suelte, como si fuera él mismo que lo ordenara!””, entonces miró de nuevo al detenido y, sobre él, al agente especial, “¡qué chingaos! Creo que, al fin de cuentas, el general sabe tanto como yo, que también lo usaron bien feo...”

Las sesiones de trabajo continuaron, hubo interrupciones para tomar alimentos, más café, visitar el cuarto de aseo, dormir una poca de minutos. A la media mañana siguiente hubo mensaje de arriba, seguro que del coronel Retícula. Fue por boca de otro heraldo:

“Dice Juanuno si hay novedades, agente.”

“¿Juanuno? Ah, nadita por ahora, pues. Mejor que pregunte por la tarde, a boca de noche...” y ya con la ausencia del visitante, le comentó al capitán:

“¡Coño! Ya no se sabe en lo cierto quién está arriba, al mando de Solferino. Pero, eso sí, siempre hay alguno encima de nosotros.”

“El ejército así es, agente. Se basa en la jerarquía, en la obediencia al instituto...”

“¡No me jodas del todo, capitán! ¡Yo soy agente, nada más que un pinche agente!”

“¿Por qué sólo agente, con tanta responsabilidad?”

“Es que no me entregaron todavía la comprobación escrita de mis ascensos a cabo y a sargento, ¡hijos de su puta abuelita! ¡Pero aquí sigo siendo el rey!”

Dijo esto casi enojado, pero con casi no se mata siquiera una mosca, ni un elefante. Luego tomó de la cargada mesa el libro que solicitara a la superioridad. Se lo mostró a su circunstancial colaborador:

“Mirá este librito, me lo trajeron a pedido mío. Es de medicina, lo escribió un doctor... Podés ver el nombre, el título es largo... Uno aprende pila de cosas, me sirve cantidad para mi chamba.”

El capitán Cándido miró, se fijó y leyó: Doctor Theodore Büchner Morell, *El cuerpo humano y el dolor*, traducción de Perico Aznares, Ediciones Reich, Madrid, 1939. Todo en la portada, leyó cosas que no estaban, claro. Después miró al agente:

“¿Y para qué lo quieres, dime?” porque asombrado se encontraba, ¿o pensaría como Rilke “Was wirst du tun, Gott? Ich bin bange”, aunque lo dudamos.

“Al ratito verás para qué...”

Para ajustar el *tempo* narrativo, diremos que el tratamiento continuó. La experiencia reunida en anteriores páginas nos evita ingresar en descripciones de mal gusto. En la grabadora del capitán se fueron acumulando más gemidos que palabras, más graznidos que vocalizaciones, más bufidos que conceptos, más berridos que ideas, más chillidos que información, más frémitos que fraseos humanos.

Dos o tres jornadas pasaron de este modo. El agente, ante los reclamos de arriba, “¿de quién o quiénes? ¿el coronel Dunviro, el Juanuno, otro coronel?”, decidió extinguir su paciencia, su labor impasible.

La noche lluviosa viajaba por la ciudad. En Solferino se depositaban capas de turbio silencio. El agente se alzó de su cama, soslayando un asomo de dormidera, agitó la campanilla de bronce, recibió enseguida la charola con el café, sacudió al muy fatigado capitán, horizontalizado en un petate juntovecino.

“¡Un cafecito, vamos, que ahorita sí esto va en serio, mi capitán...!”

Repeluz reaccionó prontamente, “¿es de día o de noche?”. Al fin y al cabo, él también había sido receptor de esos casi iguales hostigamientos, que superara en razón de intereses y ordenanzas superiores. Sólo le restaba acumular paciencia y fuerza para salir de una vez de aquella joda.

“¿Qué vas a hacer, eh?” hubo ronquera de sueño en su voz.

“Me vas a ayudar con este tipo, lo cargaremos para colgarlo en la cruz... lo ponemos derecho y lo atamos con esas tiras de náilon. Pero tomá el cafecito primero...”

Entre trago chico y trago grande, el capitán se dio cuenta de golpe que la cruz de oblicuos brazos había estado ahí, presencia recién corporizada, como un testigo paralítico clavado en el piso de cemento, dos palos de inflexible madera exornados con ganchos y una mínima tabla ajustada en el punto de nacimiento de aquella sórdida equis.

El prisionero estaba sobre la parrilla, en total encueramiento, como un animal demasiado solo, para el que comer o respirar o cagar o dormir fueran un misma función; un animal como postrera expresión de una especie innecesaria, “te jodiste, Leoncio, a vos también te exprimieron, ¿de qué te sirvió saber que encima del poder hay otro poder y otro poder?”; un animal autocrítico que todavía pensaba, “se te fue la mano, te pasaste, tu sitio era aquél y nada más, aunque no te gustaran los gringos”; un animal que se aguantaría en el molde, en lo suyo de él que ahora era tan poco, “yo grito pero no canto, ¡hijos de sus putas madres!” Porque hay una ley que dice que siempre queda algo aunque no quede nada.

El capitán y el magíster se las arreglaron costosamente para alzar y ubicar al ex general en la cruz, pero antes lo sometieron a unos tremendos manguerazos de agua caliente para concederle la ilusión de una energía renovada.

El agente ordenó más café, tres tazas esa vez. Mientras bebía sin apurar los labios, contemplaba sus utensilios de cuidado metal. Luego pidió al capitán que le hiciera beber la tercera taza al prisionero.

“Está bastante deshidratado, no es bueno eso. El tema es que el cabrón aguante todo lo que pueda, ¿ta?”

“Costó que se lo tomara, pero ya estuvo” comentó luego el capitán, “como que quiso hablar cuando terminó”.

“Ah, bueno. ¿Ves el libro? Abrilo en cualquier página, al tuntún, y me decís de qué parte del cuerpo se trata.”

“No entiendo, agente. ¿Para qué?”

“Vos dale nomás. Empezá, yo mando aquí.”

“Está bien... página treinta y tres, esqueleto, hueso húmero izquierdo...”

“¿Es el brazo de ese lado, la parte de arriba?”

“Sí, esa misma...” el capitán se demandó hasta dónde podría aguantar la horrorosa intención que ya adivinaba; bastante había soportado en esas hediondas horas acumuladas.

El agente buscó entre los cien cuchillos, despreció la lista que daba a cada uno su número y su designación, halló la pieza deseada. En verdad, la habría hallado aun poniendo la mirada en cualquier sitio de aquel recinto o en cualquiera de los recuerdos y pesadillas que en medio

del trabajo aparecían. Se acercó a la cruz, vio la derrota en la cabeza del detenido, el cráneo al rape, la piel vejada y envejecida, sopesó los ojos bajo la estrecha venda negra.

“Quiero que veas lo que tenés que ver” y separó la venda por medio de un veloz acto profesional.

Le enseñó al ex general, mejor dicho, a aquel cuerpo que pendía de tan extraña cruz, el cuchillo número catorce, hoja breve y finísima, mango de albo marfil artificial. Afirmó enseguida la punta sobre la piel correspondiente a la cabeza humeral siniestra, para hundirla en un movimiento cortante en busca de los ligamentos que la unían a la cavidad glenoidea (esto era lo que tal vez leía el capitán; leer la realidad suele ser más difícil: entonces, ¿para qué las comillas y el ajuste del tiempo verbal?).

El prisionero se desgajó en una especie de sonido nunca escuchado, ni siquiera de bicho conocido, más por ver cómo su brazo se desprendía lentamente, como un objeto inservible, hasta el piso embarrado de oscuros vapores, que a causa del mero dolor.

“¡El hijueputa es el mismo que nosotros inventamos!” quiso gritar eso, bien clarito, pero el vómito de café le segó la boca.

“¡Capitán, no pongas esa cara de ojete! Alcanzame la gasa y los algodones para tapar el agujero.”

Cándido Repeluz obedeció, con sus esfínteres contraídos de pavor, fuera casi de todo acto de voluntad consciente. Y tendría que obedecer hasta el final. La grabadora, siempre y tenazmente encendida, sería el adecuado testimonio de su dedicación a cualquier servicio que la Patria demandara.

Terminadas las curaciones, sujetadas y/o adheridas las telas al sitio del corte, además de rociadas con gasolina, “es el mejor desinfectante”, el preso fue asistido con una inyección de rápido coagulante y unas aspiraciones de untuoso vapor acidulado.

“Echale un manguerazo entre las patas, ¿no estás viendo que a poco me caga encima?”

Descansaron los operadores durante unos minutos, el capitán solicitó permiso para ir al cuarto de aseo, dio alivio a tripas y vejiga, se refrescó los sudores de la cara, eludió su figuración en el espejo, “¡está canijo! ¿cómo salgo librado de esta locura?”, volvió dispuesto a continuar, “si salgo de ésta, salgo para toda la vida”, y sin comentario alguno se fue directo sobre el libro del doctor Büchner, el viejo azar lo ayudó, dijo:

“Página cincuenta y dos, sistema nervioso, los sentidos, el globo ocular...”

“¿Lo qué, qué globo es ése?”

“Quiere decir el ojo, cualquiera...”

“Cualquiera no, me la rifo entre los dos, para eso están los cuchillos. Tomá, agarrá uno en cada mano, cierro los ojos y te digo cuál me gusta más, ¿ya mero?”

“Sí, ¿cuál?”

“La zurda, fijate qué cuchillo salió.”

“Es el número cuarenta y cuatro, ¿pero cómo sabés a qué lugar corresponde?”

“Al ojo derecho. No soy tan bestia como piensa el coronel, me acuerdo de las cosas, es mi chamba, por eso soy el rey, ¿no?”

“¿No será demasiado pronto? Perdió un chingo de sangre.”

“Dámelo y vení conmigo. Sí, capitán, me parece que empezamos muy duro, este ruco capaz que se nos queda en otra operación. Pero hay que cumplir lo que dicen los de arriba. Y ver qué onda con el juego de los cien cuchillos. Esos chinitos saben, hay que traerlos para que nos enseñen. A mí no, claro, yo aprendí esto estudiando y soñando...”

“¿Y si lo dejamos descansar un ratito?”

“Ah, sigue desmayado. Metele un trago de ron, ¿ves la botella?, directo nomás por el garguero.”

Esperaron no sabemos cuántos minutos, o más, el hombre dejó ver estremecimientos, mínimas convulsiones; dejó oír gemidos arrítmicos y roncas respiradas que la grabadora capturó; dejó oler nuevas y pútridas chorreras. Finalmente, pudo entremirar a fuerza de párpados voluntariosos: entrenado para informarse de todo, no podía negar su naturaleza ni siquiera con respecto a la propia desgracia.

“¡Qué bueno, cabrón, debes abrir bien bonito el ojo, ése!”

El agente mantuvo el párpado en alto asegurado por los dedos índice y pulgar siniestros, el cuchillito apretado casi dulcemente entre índice, medio y pulgar diestros. El párpado del otro ojo se sostuvo levantado como una cortina de espanto; ese mismo ojo pareció agrandar su cuerpo esférico en una huida fracasada, “el ojo izquierdo como que quiere gritar”, estaba condenado a ver el sacrificio de su colega de luces e imágenes, setenta años al menos en esa labor que ahora se extinguiría.

El capitán miraba aquella página del libro, sistema nervioso, vista, un dibujo mostraba la posibilidad de un corte de la glándula lacrimal a través del párpado, o el tajamiento del músculo recto superior o el oblicuo mayor, o la incisión en el tejido adiposo, o la puñalada que libera al humor acuoso, o el recorte completo del nervio óptico, o el vaciamiento de la cuenca hasta su sangrosa negrura. Los agudísimos relinchos colmaron la cámara, perforaron las rígidas paredes, “qué gritón es este tío”, empujaron hasta fuera del barrio el anochecido silencio de Solferino.

Entonces Repeluz miró, “puta, ya tiene el pinche ojo en la mano”, el agente también lo miró, ordenó con voz de temblor:

“¡Metelo en la taza del café! Luego veo que hago.”

El capitán apenas logró interpretar la orden pero sí pudo cazar aquel ojo volandero que le enviaban. Sanguaza y jugos se pegaron a su mano, “aquí lo dejo, ¡qué bestia es este agente!”

La cabeza del ex general era una fruta desgajándose. El cuerpo no cesaba de exhibir una temblorina interminable. El verdugo y su ayudante circunstancial llenaron de gasas el hueco, inyectaron nuevamente el licor coagulante; el tapón se volvió enseguida un pedrusco de luces muertas cuyas raíces florecían mejilla abajo.

“Ahora un descansito, hay que festejar lo bien que vamos, ¿no?”

“Pero... agente, el detenido no ha dicho nada importante...”

“Eso no es mi pedo, es el tuyo. ¿No querés un tantito de ron?”

“Sí, es marca La Mulata, lo hacen en el Caribe.”

“Está bueno, yo tomo muy poco trago. Aquí hay otros que se chupan hasta el agua de la llave.”

El recreo fue de dos horas y cacho, “¿y ahora qué hará este bicho?”, el agente se acercó al ex general, “¿por qué veo en la pared esas jodidas nubes soltando sangre y huesos?”, luego le indicó al capitán que abriera el libro otra vez, “¿estoy soñando o qué putas?”, el ayudante exclamó “sistema reproductivo, órganos de reproducción masculinos, página setenta y tres”.

El cuchillo también llevaba el número setenta y tres. El agente estimó el peso, el filo, la suavidad del mango, “hay que jugarle a ese numerito, quiniela, lotería, bingo, lo que venga”, le dio mandato al capitán de que fuera con él hasta la cruz.

Miraron aquellos harapos de piel degradada, huesos salidos, coágulos como charcos sin fondo, nudos negros, sudores verdosos, la cabeza desprendiéndose, y el escalofrío siempre.

El agente pestañeó, como disolviendo una duda o una pesadilla, y de inmediato tocó con la punta del cuchillo un testículo izquierdo que pendía hacia ningún centro de atracción. El prisionero pareció reaccionar, suspiró flemas y tenebrosas mucosidades, tosió, eructó, sacudió su figura arrasada. Hubo palabras luego, instantáneamente registradas, que el agente no entendió: estaba en su oficio, con la atención hundida en ingles pilosas y escroto corrugado.

“¿Era el huevo izquierdo, no, capitán?”

Capítulo 39.

“Señor juez, buenas tardes. Aquí le entrego el documento de la parroquia San Xavier de Loyola. Es un certificado que lleva firma autorizada y el sello que tiene el respaldo de la Curia. Es lo único que existe, los registros por nacimiento o algo por el estilo se quemaron en un incendio, hace un tiempazo.”

“Déjeme ver, parece que está en orden. Sí, de una vez, lo damos por válido. Asistente, si llegaron los testigos, que pasen, y les anuncia la continuación del juicio.”

Hubo meneos de gentes y de sillas, el juez Retícula observó la entrada de los testigos y su acomodo frente al estrado, “¿y esos tipos y tipas? ¿son periodistas o qué?” pero no sonorizó las preguntas. El otro asistente había indicado los sitios a la gente de la prensa, un periodista fotografió de inmediato la enmarcada foto del doctor Sangronetti, a espaldas y arriba del señor juez. El secretario de actas hacía su tarea con admirable y objetiva caligrafía. El fiscal había enviado mensaje de inasistencia a causa de una aguda y repentina gripe. Los soldados de guardia se habían reproducido, eran cuatro y armados a guerra.

Los de la logia habían montado el espectáculo para tranquilizar al presidente Agosto Sangronetti y ofrecerle así, como a la opinión pública de adentro y de afuera, una imagen cierta de que el nuevo sistema judicial, basado en las leyes positivas de otras épocas, sería fuerte símbolo de los cambios que la sociedad transitaba.

“¡Nada puedo contra esa decisión! ¡Hay hasta fotógrafos operando ya! Pero de la televisión no vinieron... Está todo pensado a largo plazo: ¡son estrategias los cabrones! Por eso me subieron a general, hasta adulterando papeles, ¡a cambio de que yo, justamente yo, sea responsable del respeto a la ley y de su aplicación a rajatabla!” así entre pensaba mientras se disponía el ingreso a sala del acusado y la consulta previa con el abogado defensor de oficio.

“Si actúo como juez blando en este caso, ¡me chingan!, y si soy juez severo, ¡me chingan también! La gripe del fiscal es para joderme, tendré que acusar y juzgar, no tengo de otra...” pensaba moviendo los labios en expresiones casi susurrantes.

Tomó la campanilla, dio los toques tradicionales, el juicio recomenzaba.

“Informamos que ya se completó la documentación que corresponde al acusado, pues se obtuvo el certificado parroquial de nacimiento, que se acepta como instrumento legal en razón de que es el único existente. Con esto se excluye el impedimento de que el reo no tenga

madre conocida. La atrasada legislación del año mil ochocientos setenta y siete aquí no tiene valor. Si ya el abogado defensor platicó con su defendido, pasaremos a recoger las declaraciones de los dos testigos, de acuerdo con el estatuto ahora vigente. Señor secretario, disponga que se presenten...” suspiró hacia su interior y bebió un buchito de agua refrescada con una redonda piedra de hielo.

Se le ocurrió pensar que “hasta los polos se derriten”, pero volvió a atender lo suyo.

“Pase a declarar, de acuerdo con el artículo veintisiete constitucional y agregados, el testigo número uno, señor capitán Cándido Repeluz” expresó con claridad y buen tono de voz el secretario.

El llamado a declarar emitió un veloz juramento, ubicando la mojada mano diestra, “hasta el mero diablo suda”, sobre un ejemplar recién impreso de la nueva Carta Magna. Ahorraremos al presunto lector el contenido de su deposición, salvo algunas frases como las siguientes:

“De este modo, y actuando incluso más allá de lo que el moderado tratamiento de acoso se aplicaba en función de la seguridad del Estado y de la patriótica lucha contra la insurgencia, el acusado que conocí como agente ese-ese-ese-cero-cero-siete, llevó a cabo horribles e indescribibles acciones contra las detenidas y los detenidos... Sus superiores no tuvieron conocimiento de estas notorias violaciones a los derechos humanos, con excepción de cuatro mandos medios, los cuales fallecieron oportunamente en un lamentado accidente de carretera cuando, cerca de las playas del Este, perseguían a una banda de narcotraficantes. Es un suceso que no tuvo mayor difusión en la prensa ni en la tele... En cuanto a mi presencia en los interrogatorios realizados por el reo, se debió a una orden anterior del ex general Leoncio Bautista Seco, quien deseaba saber desde tiempo atrás los detalles del funcionamiento de dicho local... Pese a aquella repugnante situación, logré obtener cierta confianza de parte del acusado, pero no pude entregar la información a causa del complejo acontecer que afectó luego a nuestra Nación, para el bienestar sin duda del pueblo mesoriental...”

“Está bien, ¿el abogado defensor tiene alguna pregunta que realizar al testigo número uno?” demandó el secretario.

“No tengo ninguna, señor juez. Aunque no me queda claro si el testigo participó o no en los interrogatorios que se mencionan, y en calidad de qué lo hizo si lo hizo” un planteamiento del defensor que le salió sólo por la pura lógica.

El juez trató de contener un ligero amargor de disgusto:

“¡Eso es como una pregunta, abogado! ¿La mantiene o no?”

“Fue sólo un corto comentario. Me ampara el artículo trece, inciso trece, derivado trece, del código penal vigente...”

“Que el señor secretario asiente ese comentario.”

“Sí señor juez, lo haremos.”

De pronto el doctor-capitán Salsipuedes, aprovechando el mínimo suspense, observó:

“Señor juez, ¿por qué están presentes algunos medios escritos y radiales? Dicha presencia no está contemplada en los estatutos recién aprobados... Mi defendido se halla muy perturbado por ese motivo.”

“¡Señor abogado defensor! Usted debe entender que estamos en una era distinta, el tribunal se abre a los medios en bien de la opinión pública, tanto nacional como internacional. Además, son sugerencias de los altos poderes que ahora nos rigen... ¿Ta?”

“Entonces, ¿por qué no hay público presencial, señor juez?”

“¿Es que no entiende? Por lo mismo que le dije antes... Señor secretario, llame al segundo testigo.”

“Sí señor juez. Que pase a declarar el testigo número dos, el ex agente de seguridad social, señor Nepomuceno Traspié. Bien, de parado preste el juramento de ley... Ahorita tome asientito.”

“Ah... bueno, yo estuve adjudicado al mismo cuerpo corporativo que el agente Carrasco, el nombre se lo conocí cuando me entregaron la primera citación...”

“¿Puede decirnos dónde funcionaba ese cuerpo de seguridad? Hay dudas de que haya existido...” el juez preguntaba y medio respondía.

“En la calle Solferino con Maldonado, de esta capital, señor. ¡Clarito que existió! Si usted mismo...”

“Está bueno, lo damos por existido aunque quién sabe. ¿Y usted, qué hacía en ese presunto local? ¿Era asistente del acusado en sus interrogatorios? ¿Salían juntos de recorrida por los barrios a levantar sospechosos o a buscar mujeres? ¿Andaban metidos en la droga? ¿Trabajaban por la libre? Dígame, ¿eh?”

Dicha actitud verbal motivó numerosas anotaciones en las libretas de los periodistas, algunos foganazos eternizaron la ira y la sorpresa del magistrado.

“No, no... Yo estaba para servicios de guardia y apoyo logístico, nunca le entré a las sesiones de acoso moderado, como dijo el otro testigo. ¿Por qué no le pregunta si me vio haciendo esas cosas? ¿O el acusado ahorita soy yo?”

“Algo habrás hecho, alguna cochinada... y todo fuera del conocimiento de la superioridad ¿no?” el juez no podía detener su castrense adrenalina.

“Señor, yo sólo pedí que me entregaran el bebé de una de las detenidas... mi mujer nunca quedó preñada y andaba loquita por tener un hijo. ¿Qué chingaos podía yo hacer, dígame? Se lo pedí primero a un médico, el tal Germánico Wolf, que trabajaba ahí, en Solferino. Después me dieron el bebé, de la mamá no se supo más nada. Mi mujer quedó bien feliz, hasta ahorita

cuida al chavo, ya está grandecito... Pero, ¿no se acuerda de eso, coronel?”

“General querrás decir, señor juez general Dunviro Retícula” fue una afirmación interpretada como innecesaria por casi todos los presentes.

“Señor juez, con el mayor respeto le planteo que no queda esclarecida la posible relación del testigo con el acusado. Debe decir si vio o no vio acciones indebidas o exageradas de éste en los interrogatorios. ¿Qué más?” aprovechó el abogado defensor, que de seguro presintió que ahí estaba la chance de desatar una personalidad oprimida o frustrada en su carrera militar y judicial; en esa instancia ni recordó el frasquito con su latente trago de licor: así camina a veces el corazón de la especie.

“Ha lugar, que el testigo lo mencione” el juez recuperando su ecuanimidad.

“Yo lo vi, sí señor, llevar procedimientos muy duros contra hombres y mujeres, la edad no importaba. Él hablaba de un manual con instrucciones para hacer todo aquello. Yo creo que sólo cumplía órdenes de arriba, como todos nosotros, los del cuerpo de seguridad. Si uno está ahí, es para cumplir... El trabajo era obedecer... nacimos para eso, pero cuando uno se retira, con todo y pensión, empieza a ver las cosas como si nunca hubiera estado en Solferino, es para dormir mejor, señor juez...”

“¡Retírese el testigo número dos! ¡Pase adelante el acusado!” el juez se adelantó, no dio chance al secretario de continuar el ritual, fue algo irrelevante para los presentes pues desconocían los nuevos reglamentos.

El doctor Salsipuedes intervino a punto de riesgo:

“Señor juez, tampoco queda esclarecida la relación que el testigo número dos sugiere haber tenido con usted, hasta lo llamó de coronel...”

“El testigo es un pendejo, lo suyo fue más invención que testimonio, salvo en lo referido a la brutalidad del acusado. Este tribunal sólo tomará nota de esto último, ¿estamos?”

“Está bien, cuando el juicio termine, podríamos pasar ese asunto del bebé a otro nivel judicial...”

“No es asunto nuestro, señor abogado defensor, ni suyo...”

“Eso está por verse, déme mi tiempo, señor juez...”

“Repetimos, ¡que pase el acusado a hacer su declaración!”

El reo Escipión Carrasco, siempre bajo vigilancia de los cuatro soldados, fue conducido por el secretario de actas hasta una silla distinta, para favorecer la labor de los fotógrafos, “¿quién dispuso eso, chingaos?” El efecto de los fogonazos resultó en una reacción que nadie, ni el abogado defensor, hubiera someramente imaginado. Fue todo muy simple: el enceguecido acusado se levantó de inmediato, no como impulsado por un resorte (según dicen los best-sellers o los mediocres narradores) sino por la furia reunida más allá de su encarcelamiento, de las humillaciones, las carencias y las variadas miserias, propias y de

otros, históricamente acumuladas en un borroso sustrato humano.

“¡Coronel! ¿Dónde están los papeles con el nombre de mi mamá?” gritó o aulló o berritó lanzándose hacia el juez, los brazos abiertos en un vuelo dramático.

Los soldados fueron sobre él, lo sujetaron con torpeza en un revoltijo que alimentaría en abundancia las cámaras fotográficas y las exaltadas escrituras periodísticas. Los asistentes, por orden del juez, se integraron a aquel forcejeo. El secretario anotaba en su libro un veloz resumen de la inesperada epopeya judicial. El doctor Salsipuedes dijo al juez:

“¡Por favor, entrégume el certificado de nacimiento del reo!”

El Machito había sido golpeado a sangre vista por dos milicos que apelaran a la culata de sus fusiles, un soldado mostraba parte del rostro a hueso vivo, el otro un brazo partido como pata de gatito pisada por un auto, un asistente aseguraba su oreja diestra en trance de desprendimiento, el juez hacía sonar la inaudible campanilla.

Eso contempló, más o menos, el abogado defensor antes de meterse, papel en alto, en aquel humano desmadre. Consiguió, ni quienes narran saben cómo, poner el certificado ante los ojos calcinantes del Machito:

“¡Mirá, aquí está el nombre de tu mamá!”

Hubo un afloje general, cada luchador fue a lo suyo, el Machito se sentó, poniendo los lomos contra el escritorio del juez, miró la hoja del libro parroquial, buscó aquellas señales que siempre había buscado, trazos de plumas, letras de máquinas de escribir, rasgos de piel ensoñada, rostros de ojos verdaderos, pelo de revueltas oscuridades. Finalmente, como quien descubre el sonido de un cántico oculto, leyó, haciendo sonar signo por signo:

“¡Mmaaggddaaleennaaddeellrreeiinnoo...!”

Ningún lápiz o pluma o estilográfica o birome pudo asentar o representar ese extenso sonidal. Al día siguiente, la foto en las primeras planas de *El Patriotero*, *The Daily Money*, *The White Times* y *La Cruz de Hierro*, voceros de los ricachones y de la Iglesia predominante, fue la de un hombre de ancha cara algo ensangrentada y mugrosa, mínimo bigote, pelo al rape, mirada sin color, sentado en los suelos del tribunal leyendo en un certificado parroquial un nombre desconocido e impronunciable. Los titulares fueron estos, tentativamente: “Verdugo arrepentido”, “El Torturador del Siglo llora”, “Escándalo en el tribunal militar”, “¿Hubo déficit documentario?”, etcétera. En cambio, *La voz del cañón*, semanario de los milicos, recién a las cuarenta y ocho horas encabezaría así su editorial: “El juicio se suspende, no se anula”, y luego: “Bajo nuestras renovadas leyes que algunos intentan obviar, diremos que sólo existen tribunales cívico-militares. El juicio contra el ex agente Escipión Carrasco será ejemplo de aplicación de la justicia: la reforma democrática lo exige”.

Y en cuanto a *Polvo Blanco*, quincenario del cártel de Soriangato, sólo apareció una nota

en segunda página titulada: “Los milicos no tienen madre”; pues en primera plana se había incluido una serie de fotografías de los más recientes ciudadanos de uniforme cadaverizados, y aun decapitados, en las cotidianas balaceras. El encabezado en dos líneas era: “Una pobre jornada: 37 muertos en todo el país”.

Y en *La voz del pueblo*, un matutino de tenaz tendencia izquierdista, pudieron leerse tres líneas en primera página: “Cada torturador es producto del sistema capitalista salvaje”. (Ah, y las octavillas que circulaban por calles y plazas -aún se conservan algunas-, decían, v.g.: “dónde está la democracia/ preguntó doña pancracia/ el machito será malo/ pero al pueblo puro palo”).

Estas respuestas de la prensa, comentadas en la televisión privada, mas no en la oficial, incluyeron en siguientes ediciones las aullantes frases del señor juez general (r) Dunviro Retícula, que algún comentarista calificó como históricas y que en un primer momento no fueron atendidas:

“¡Basta de estas brutas pendejadas! ¡Estoy podrido! ¡Se levanta la sesión, carajo!”

Capítulo 40.

La junta secreta convocada con urgencia por los jefes de las tres ramas de la Fuerzas Unificadas tuvo lugar ese mismo día del juicio tan insólitamente suspendido. Según algunas grabaciones que fueron entregadas, no de modo casual, a los narradores de esta fábula, había mucha indignación en los ánimos castrenses.

Los reunidos eran el almirante Neptunio Cuadrilla, el brigadier Ícaro Rodríguez y el recién designado general Anteo Mederos. El Club Armas y Letras estaba inmerso en ese silencio que la vacuidad no budista produce. En un rincón inaugurado para esa junta, suponemos que exento de aparatos electrónicos de escucha y grabado, se encontraban los tres centuriones con rostros de indisimulada molestia, o sea, en verdad, de tremendo encabronamiento. El brigadier Ícaro, luego de echarse un breve ron en seco, hizo un resumen bastante claro de lo que podría resultar de una acción jurídica mal llevada.

“Camaradas, si bien no es el Ejército el que juzga, sino un tribunal cívico-militar en representación del Estado, se trata de un elemento represivo formado por nosotros... El tema del agente se nos fue de control, hay que reconocerlo. Sospecho que el doctor Agosto Sangronetti tiene que ver en esto, sólo para debilitarnos frente a la ciudadanía y tomar el gobierno en sus peludas manos... apoyado por los grupos financieros que conocemos, sin duda por los gringos y tal vez por algún sector religioso, pues el presidente es laico de tradición... aunque si mañana le conviene usar sotana, me cae que se la pone...”

“Pienso, colegas, que nuestra logia debió entrarle más a fondo al asunto de Solferino. Claro, que otros asuntos más amplios nos ocupaban y no dejan de ocuparnos. Pero debemos decidir qué salida le damos a esta situación. Además, los señores de la embajada andan inquietos: exigen que se esclarezca la desaparición del ex general Bautista Seco, poco después de su defenestración para el ingreso a la presidencia del cabrón de Sangronetti... Confieso que no dispongo de información sobre ese tema” fue el comentario del general Anteo, a quien le gustaba tener los pies en la tierra, con todo y botas.

“Estoy de acuerdo, hermanos unificados. He podido examinar el caso del agente Carrasco. El grupo de los cuatro Juanes que operaba en Solferino con sus informes me ilustró, por decirlo así, sobre este elemento. Si el señor juez Retícula no resuelve la coyuntura de modo equilibrado, pienso que habrá que decidir si el agente es un fiel servidor víctima de

carencias y frustraciones o un vil torturador por cuenta propia. No veo de otra...” observó el almirante Neptunio, quien gustaba de surcar aguas claras y seguras.

“Ah, ¿los cuatro Juanes no fueron los fallecidos en un choque con los sicarios del narco, en el Este? ¡Putal!, los jodidos narcos son un problema que hemos dejado crecer. Aconsejo que lean su quincenario, parece que jugaran con nosotros. O los enfrentamos a fondo o llegamos a un acuerdo que asegure la tranquilidad social. Habrá que pensar una buena estrategia: a pura bala no se arregla nada, y nosotros lo sabemos más que cualquiera... Hay que releer *El arte de la guerra*, esos chinitos saben por viejos y por chinos...” fue la ampliada opinión del brigadier Ícaro.

Enseguida agregó:

“Observemos además, caros compañeros, y esto es grave, que la resistencia de izquierda ha empezado a renacer. Leyeron de seguro ese pasquín filocomunista, *La voz del pueblo*, una edición especial de la tarde, de sólo cuatro páginas... ¡aparecida dos horas después de la interrupción del juicio!” el brigadier mostraría en alto, de seguro, un ejemplar de dicho periódico, “Allí sale el artículo de un tal Pepe Iturrieta donde pone, se los leo, al ex agente como ‘un desdichado huérfano victimado por el sistema oligárquico-castrense y que nunca conoció a su madre carnal, solamente de nombre y en el mismo día de hoy, a mitad de un juicio aberrante al frente del cual actúa un juez que, cuando era coronel del ejército, dirigía personalmente operaciones represivas. Yo, ex sacerdote, fui detenido por el actual general Dunviro Retícula, torturado, preso y luego expulsado a mi país de origen. Pregunto: ¿qué justicia puede asegurarnos un juez militar que fue represor y cómplice del gobierno de facto?’ ¿Qué me dicen? ¡Y mañana va a seguir con esta cantaleta! Si el tema así planteado entra en la opinión pública, tan sensible a las telenovelas del niño abandonado y el buen salvaje, se nos puede quemar el arroz...”

“Pero brigadier, ¿por qué no planteó eso desde el comienzo?” demandó el general Anteo.

“Porque siempre hay que ver las cosas como un todo, no hay nunca hilos sueltos ni casualidades. En estos asuntos el azar no existe...”

“¿Entonces, qué chingaos resolvemos ahoritita mismo?” casi lo dijeron en trío.

Al tiro el brigadier Ícaro sugirió:

“Más que acallar al periódico de los filocristiano-comunistas, y los artículos que siga sacando el tal Iturrieta, creo que la prensa debe soslayar, y así lo dispondremos, cualquier comentario o polémica sobre el punto. Eso podría conmover, dije, los sentimientos de la sociedad, y no sólo de la chusma de negros, indios, obreros, estudiantes, and so on, y no estamos para blanduras. Creo que la clave está en el general Retícula, porque si...”

En este punto la grabación se volvió confusa, difusa y profusa. ¡Vaya el lector a saber quién así lo dispuso, lo ordenó o lo permitió! Todo puede pasar en las dimensiones de lo

cotidiano...

A los tres días de dicha junta secreta, se dio gran cobertura en los medios, televisión incluida, al velatorio de los restos del rehabilitado ex general supremo y ex presidente absoluto de la Nación, don Leoncio Bautista Seco. El parte médico, que alcanzó exagerada difusión, parcialmente reproducido ahora, decía: “El fallecimiento se debió, en consecuencia, a un paro respiratorio inesperado, mientras el occiso descansaba en la sala Premier del Hospital Militar. Había sido internado luego de renunciar a su cargo de presidente de la Nación, a causa de síntomas depresivos, molestias respiratorias y un ligero estado de consunción genérica. En ese lapso se mostró siempre relativamente animado. Se le efectuaron transfusiones de sangre, se le suministró suero y se le dieron diversos complejos vitamínicos, habiendo respondido de forma aceptable a dicho tratamiento. La causa del óbito fue confirmada mediante una cuidadosa autopsia de acuerdo con la más reciente tecnología quirúrgica. Firmado por Germánico Wolf, médico jefe de sala Premier.”

A la salida del velatorio, el presidente Agosto Sangronetti, agitando los gusanos peludos de sus cejas y con tono de barítono fracasado, declaró a los medios: “Nunca lamentaremos lo suficiente la desaparición de un jerarca militar que supo mantenerse, con apego a la ley del momento, en el marco de nuestras más altas tradiciones históricas. Lo demuestra el voluntario y patriótico renunciamiento a su alto cargo en beneficio... de nuestra democracia.”

“Vivimos una rara modernidad” comentaba el brigadier Ícaro a sus hermanos de logia al término del velatorio, “le brindamos homenaje post mortem a un hijo de la gran puta madre, que ejerciera desmesurada y sucia traición contra la logia Tabaré, y además debemos limpiar a la brevedad toda la mierda que fue sembrando a su paso, como un viejo caballo de carrera...”

Los cronistas de este relato sienten que no deben ser omitidos estos dos comentarios:

Uno: “Okay! Es un pedo entre ellos. Lo bueno, señor embajador, es que Leoncio nos offendía un poco con su ultranacionalismo, do you now that? Veremos qué nos traen estos de la logia. Ahí, el que piensa fino es el brigadier Ícaro Rodríguez... Tendré que llamarlo un día de estos...” fue, por supuesto, la anotación del coronel Theodor Roos Rice.

Dos: “Mirá, hace ya tiempito, ¿dos años?, de esa jodienda, pero en el hospital tuvimos que coser al tal Leoncio pieza por pieza, lo trajeron de la morgue, lo habían congelado, estaba desangrado y en pedacitos. Lo difícil fue pegarle los ojos, las orejas, los labios y la nariz. Lo trabajamos un día enterito, resulta que el doctor Guolf tenía buena mano el cabrón, sé que le dieron una lana por horas extras... Vestirlo al tipo fue un relajo, al encajarle una manga del uniforme de gala, se nos desarmaba como títere... ¿A nosotros, qué nos dieron? Nada, sólo que calladitos como piedras... Ah, no, nos regalaron seis botellas de whisky importado, dicen que era la marca que le gustaba al finado general” fue el apunte oral de un enfermero sin

nombre que falleciera, al rato nomás de esas palabras, en una trifulca casual a la salida del Estadio de los Cien Años.

Capítulo 41.

El juez general (r) Dunviro Retícula se había encerrado en su casa de la avenida Porto Triste, en la exclusiva colonia Los Álamos, cerca de la última playa de la ciudad, yendo hacia el Este. Dos milicos a la puerta principal y otros dos en la cochera y la entrada de servicio lo resguardaban. El velatorio y los homenajes póstumos a Leoncio le habían dado una buena respirada, pero sentía, por mero olfato de lobo que anduvo un rato entre lobos predominantes, que al menos cuatro hocicos apuntaban a su garganta.

“Mañana sigue el juicio... Sólo falta que me inventen otros testigos, o que el pinche Salsipuedes le llene el coco al Machito en mi contra, o que la logia trabaje en lo oscurito sacando pruebas de alguna manga... ¡Lo que pasa, Dunviro, es que el verdadero acusado serás vos!” y se echó el trago inicial de la noche.

Había dedicado esos días de afloje a repasar papeles, facturas, citaciones, comunicados, documentos, certificados, expedientes, recibos, grabaciones, etcétera, acumulados en Solferino, buscando algo que pudiera amenazarlo. Nada había, los partes fueron incinerados en su momento, y en cuanto a la lana, sólo se trabajaba en efectivo, “como los narcos”. Nada, salvo en los archivos del finado Leoncio, que pudiera indicarlo como el superior responsable directo del agente SSS007, quien podría apelar al recurso de “obediencia debida” si el doctor Salsipuedes se arriesgaba.

“¡Ahí sí pueden chingarme los cabrones, porque palabra contra palabra, al Machito me lo acabo! Lo malo es que la obediencia directa me la debía a mí, más que a aquellos Juanes que ya no están jodiendo, y yo se la debía al ojete de Leoncio. Pero, ¡dónde se habrá visto que un acusado pueda acusar al juez!”

Al segundo y tercer tragos, nerviosamente absorbidos, el acelere creció. Miró alrededor de su mesa de trabajo, los sillones generosos, los gordos archiveros, la lámpara de pie, los altos ventiladores o abanicos de pedestal, las alfombras de fayuca, las ventanas de anchor clausurado, “parece el tribunal pero al revés...”. Y ahí sí entendió, ¡por fin!, que estaba más solo que un leproso en el desierto.

“Tengo que hablar con el abogadito ese, que se cree mucha cosa, el cabrón. Y no por teléfono, hay que apersonarse ahorita mismo con él, el secretario de actas me dijo que los ayudantes le dijeron que Salsipuedes se entrevistó con el Machito, tiene derecho por ley.

Debo averiguar por su boca propia qué instrucciones le dio a su defendido. ¡Y el tal Pepe Iturrieta, ya ni me lo recordaba al puto curita! Se lanza contra mí en su pinche prensa y se arma el jodido escándalo, seguro que el presidente anda en este argüende... Y la gente sale a manifestar por todo el país a favor de la justicia y la verdad, ¿quién entiende estas revolturas de la democracia en transición?” pensaba sonoramente, como lo hacía en su casa desde su divorcio, un quinquenio atrás.

Los últimos tragos fueron veloces, como inyecciones violentas. Se paró en función de internalizados reflejos, hizo temblar el timbre en un feo chirrido, acudieron de volada su chofer y su guarura, los conocidos Paulo Fedoriño y Félix Caín Gatti, ex servidores del ex general y ex presidente Leoncio. Ellos siempre a su lado, desde que los hermanos de la logia decidieran ponerlos a su constante y total servicio, “tuve que aceptarlos, no había de otra”, era personal duro, “con lana y buen trato se ablandan...”.

“Muchachos, vamos a salir en un momento. Tenemos que visitar a un colega de leyes... Vean cómo está la cosa por ahí fuera, que la guardia se mantenga abusada. Los subversivos no han desaparecido, la verdad es que joden todavía... y gente envidiosa nunca falta en estos lares” dijo frases que nadie creería, ni el presunto lector.

“Muchachos, ¿qué camino agarramos para ir a la casa del doctor capitán Salsipuedes? Hace poco anduvieron por ahí, cuando le llevaron el citatorio para comparecer otra vez como defensor del ex agente...” fue su añadido oral, ya montados en el carro, un Mercedes Benz de armazón de acero y cristales polarizados.

“Ese rumbo de Los Alcatraces es tranquilo, general, no hay pedo. Otros barrios de la ciudad muestran mucho movimiento... Manifestaciones en las plazas, marchas de gente callada, la pura raza... y actividad en las esquinas, en los mercados, en los burdeles, en las canchas de fútbol, hasta con cantores y artistas” informó Félix Caín, que experiencia para eso le sobraba.

“Es así mesmito, meu general, téin de tudo pur’hí. La mera pelusa, indios de la sierra, mulatos de la costa, de béin longe daquí, operarios de fábrica, mulieres de su casa, chavos y garotas mozos, ta brava la movida...” comentó Fedoriño, persona de frontera con muchas calles planchadas.

El general Retícula comprendió lo que imaginaba; se pensó:

“Si todo este relajó social es por el juicio contra ese bestia y desmadrado del Machito, la logia tendrá todavía más pretextos para chingarme. Si no consigo un arreglo con Salsipuedes, no veo por dónde librarla... Quedan los gringos, pero esos bailan sólo con música propia. Y nunca hice acuerdos con los ricachones de Soriangato ni con el archiobispo Senecto ni con los narcos... Como que estuve jugando al Llanero Solitario... sin el indio medio maricón...”

“Código IR1AM2NC3: Colegas de la logia, según lo acordado en nuestra reciente junta, se dispuso poner al servicio del general Dunviro Retícula a los agentes Paulo Fedoriño y Félix Caín Gatti, que anteriormente atendieran la seguridad del ex general Leoncio Bautista Seco. Pese a su nivel relativo de preparación, no sólo son elementos de lealtad comprobada y eficaces milites, sino que están más que dispuestos a poner su mejor esfuerzo aun en los mandatos más extremos que el deber exija. Fueron agentes de confianza del ex general por lo que conocen el ámbito en que éste se movía, a más de conocer ciertas coyunturas que con el tiempo iremos esclareciendo. Una vez leída, destrúyase de inmediato esta comunicación.”

Este revelador documento, pensamos que lo es, fue captado en un descuido del general de tierra Anteo Mederos, pues apenas lo hubo leído, a consecuencia de la acidez la tinta o de algún componente del papel ahuesado 37 kg, se desató en sus narices una fantástica picazón expresada socialmente en tres docenas de agudísimos estornudos. Sus asistentes lo atendieron con base en antialérgicos y pañuelos húmedos hasta que aquel fenómeno de rinitis congénita, como sucede con todo lo sólido y lo salpicado, se desvaneció en el aire. Conclusión sin moraleja: la Historia con mayúscula no está libre de los mínimos eventos que el azar produce. O sea, el haber incluido aquí el texto del comunicado castrense provocará, sin duda, estremecimientos futuros de insospechable resonancia... Pero el curso del relato sigue.

“Señor presidente, la prensa escrita, la oral y la televisada han dado de consuno una tremenda e inesperada noticia: el fallecimiento del general en retiro Dunviro Retícula, el juez encargado del proceso del agente torturador...” enunció el licenciado Eolio Le Gros, sobrino de un ex secretario de economía y hacienda, además de pariente lejano de la esposa del ex presidente Jesús Bordaburro.

“¿Cuándo ocurrió ese inoportuno óbito?” demandó el jerarca Sangronetti a su secretario de confianza, agitando las ondas de sus densas cejas.

Eolio, abogado bien vestido, perfumado, educado para volar con todos los vientos, informó de modo escueto:

“Se le encontró esta madrugada, parcialmente desnudo, en su cama. Un infarto le partió el corazón junto con un paro respiratorio y un derrame arterial masivo. Las almohadas mostraban señales de mucha sangre. Es el diagnóstico de los médicos del hospital de las Fuerzas Unificadas que firmaron el certificado de defunción.”

“¿Tenía antecedentes de algún mal cardiaco?” las velludas lombrices parecían querer salirse de su nicho superciliar.

“Se comenta en la prensa, aquí le traigo los resúmenes, que el múltiple colapso pudo ser motivado por el excesivo estrés que le ocasionara el interrumpido juicio cuyo tribunal presidía” respondió el atildado secretario.

“¡Pardiez! ¡Otro velatorio se nos cae encima! No es muy agradable tener que caminar

entre los centuriones de la logia... ni entre las jerarquías religiosas... Habrá que emitir alguna opinión del ejecutivo, que el encomio del muerto lo hagan los milicos. Prepáreme un discursito a modo, menos elogioso que el dedicado al canalla de Leoncio” las cejas empezaron a ajustarse a su sitio de nacimiento.

“Sí, doctor. Pienso que habrá que destacar su condición de abogado y sus méritos en defensa de la seguridad nacional, por eso lo subieron a general” sugirió tenuemente el licenciado Eolio.

“De acuerdo. ¡Cáspita! Debemos comunicarnos con los jefes de las Fuerzas Unificadas. Se ocupa de eso y me avisa, por favor.”

“Sí doctor, lo haremos en lo inmediato” y luego luego de dicho asentimiento, Eolio dejó la habitación casi oval en busca del teléfono verde, “todo es cuestión del color con que se escucha”, ubicado en la pequeña cámara de junto y siempre en su caja metálica bajo llave.

Mientras se marchaba, el doctor Sangronetti le echó una mirada admirativa por su manera de conducir una elaborada elegancia, factor ignorado en aquel mundo de ramificadas burocracias. Se entredijo:

“Parece menearse como Dionisos Le Gros, pero es más flaquito... Los centuriones no lo quieren. Mientras me sirva, aquí habrá de seguir. ¿Soy el presidente, o qué?”

“Mirá, Machito. El asunto está jodido para todos. Las denuncias contra el juez por un lado te favorecen, porque él aparece ya como implicado en la tortura, aunque no se sepa que fue tu superior en Solferino, ¿entendistes? Podemos buscar un arreglo: si te da una pena leve, vos no lo quemás con la prueba que me dijiste: ¡nada menos que una copia del Manual de Acoso firmada por él mismo! Esa prueba estaba con tus carpetas, ¿no?”

“Sí, ahí yo la tenía. Pero el coronel me decomisó todo cuando empezó esta jodienda.”

“Ah, bueno... La otra noche fue a verme a la casa. Estaba medio pedo, habló demás, pidió más trago, lo que hubiera. Y entonces soltó lo del manual, muchas cosas de Solferino, el ministro Camille Caco, el general Leoncio, la vieja aquella, la vocera, que la metieron después a laburar en un burdel de los milicos de tropa, el hermano de Le Gros, el judío Nalguenstein, tanta gente del mero pueblo...”

“Yo de eso... ya no me acuerdo de nada. Tenía... tengo muchas pesadillas, maldormires cantidad, veo unas brutas luces, uno no sabe qué carajo está viviendo, qué chingaos está soñando...”

“Ese argumento no te lo cree nadie, sólo debo creerlo yo.”

“El coronel lo sabe, él sabía de mí más que mi papá, el sargento Tricornio...”

“Coronel era de antes... Pero de tu mamá, ¿qué? Yo averigüé el nombre, yo conseguí el certificado. ¿Cómo se llama tu mamá, decime?”

“Mag-da-le-na-del-rei-no...” un casi llorado silabeo.

“¿Y cómo era?”

“Linda, linda... Delgada, de pelo bien oscuro... Así la sueño siempre... No hay sombras...”

El doctor Estridencio Salsipuedes se alejó de la prisión militar. No entendía por qué el Machito estaba recluido allí, y no en una cárcel de delincuentes comunes, “el cambio de leyes está que es un desmadre”. Así iba, y casi no llegó a traducir el mensaje de la variada prensa de aquella mañana:

“Fallece el general Retícula”, “El juez sufre infarto”, “Muerte inesperada complica juicio”, “¿Y ahora qué?”, “¿Una muerte casual?”, etcétera.

“¡Putra madre! ¡El arreglo se nos fue por el caño!”

Se le ocurrió una sola chance de lograr algo, lo que fuera. En un taxi volandero se trasladó al edificio del tribunal, una propiedad de las Fuerzas Unificadas en tránsito hacia el nuevo poder legislativo. Antes de entrar en la sala, dio una pasada por el casi deshabitado casino. De parado nomás contra la barra, fuera de su hábito y casi fuera de sí mismo, ingirió de apuro, ante un indiferente mesero, dos porciones de whisky nacional. Depositó unos billetes tentativos y al tiro se largó hacia el sitio del tribunal.

La puerta estaba sin llave, “es curioso el descuido”, así que se fue directamente sobre el gran escritorio. Los cajones bien vaciados, nada de nada: encima, sí, el martillo de Thor, la campanilla de bronce, la lámpara y el tintero con su pluma reseca.

“Ah, la mesita del secretario de actas...”

Abrió una gaveta achatada, de tan escasa hondura que de afuera resultaba poco visible. Allí encontró el famoso Manual de Acoso, autor: coronel Dunviro Retícula, segunda impresión a mimeógrafo, ampliada. Al azar, con dedos imprecisos, eligió una página, la cuarenta. Leyó a la rápida, presionado por su tiempo interior y por la vacuidad de la sala, del edificio, del mundo:

“Este apartado trata del suplicio de los cien cuchillos. Es un antiguo aporte técnico de China. El prisionero es colgado de una cruz oblicua, en forma de equis. El verdugo dispone sus utensilios en una mesa; cada cuchillo lleva en el mango una inscripción con la parte del cuerpo que debe ser mutilada o extraída. Esta técnica debe aplicarse en casos extremos, sobre todo referidos a la seguridad del Estado.”

“Comunicado IR1AM2NC3: Distinguidos camaradas: Ha llegado a nuestro poder, a través de un oficial cuya actitud expresa seria lealtad a las Fuerzas Unificadas, aunque no pertenezca a nuestra logia, un documento que ratifica a plenitud la decisión que adoptáramos con respecto a la cuestionable actuación del general Dunviro Retícula y los riesgos que para nuestro cuerpo representaba. Como se ha planteado ya la necesidad de designar un nuevo

juez cívico-militar, aunque sin llegar a un acuerdo con el nombre, de forma un tanto pragmática proponemos lo siguiente:...”

En esta ocasión no hubo chance de rescatar el final del comunicado: el azar tiene también su propio principio de incertidumbre.

Capítulo 42.

“Las multitudes populares rodean desde temprana hora el edificio del tribunal. Podemos ver numerosos pancartas con leyendas de fuerte contenido ideológico: ‘Justicia para todos’, ‘Abajo la tortura’, ‘Sangronetti: cómete un confetti’, ‘Viva nosotros’, ‘Unidos podemos’, ‘Milicos go home’, ‘Machito estamos con vos’, ‘Democracia ¡ya!’, ‘Castigo para todos’, ‘Por qué a uno solo’... El servicio de guardia ha logrado contener a las masas, que en verdad no se muestran agresivas. Al parecer, sólo desean presionar al tribunal y, de paso, dar salida a una expresión pública que puede aumentar en los días venideros. Tal vez ése sea el mensaje implícito, como si la probable sentencia al ex agente Escipión Carrasco fuera un mero estímulo para que las izquierdas y sus acarreados seguidores recuperen la presencia y la fuerza de tiempos ya superados por la transición neodemocrática que hoy vivimos” era el relato oral del frívolo comunicador Charlie Muele y Mola, quien no hizo filmar todo aquello para que el público casero y clasemediero no viera tanta gente en la calle, “cuánta pelusa”, “oh la plebe”, “vean a esos mugrosos”, “no tienen derecho a salir en la tele”, hubieran dicho las fans de la novela de la tarde. Sólo su voz de Charlie se escuchaba, en tanto la pantalla exhibía un gran lábaro patrio que se sostenía en el colorido anuncio de la Kaki-Kola Company y su avasallante botellita carmesí.

La narración continuó, detallada y algo barroca, hasta el final del evento jurídico, o casi. En pantalla llegaron a verse, de tanto en tanto y a causa de filtraciones en el espectro radioeléctrico, unos desvaídos relampagueos, unos rostros alterados por la luz o la pasión, unos soldados que rodeaban a una figura sedente, un hombre de pie presuntamente alegando ante el tribunal, un aparente secretario de actas en furiosa chamba, un retrato del presidente Sangronetti a media pared, una serie de figuraciones que escribían en sus libretas o alzaban sus grabadoras o tomaban fotografías, unas confusas hileras de personas semi paradas o semi sentadas, un par de supuestos asistentes que traían o llevaban papeles, unas formas verticales y verdes meneándose hacia el escritorio del juez.

“¡Esto es un desmadre electrónico, colegas! Parece una intervención de la embajada...”

“O del ejecutivo mismo...”

“¿No serán los subversivos otra vez?”

“Puede ser el gran negocio de la televisora Ñandú, están metidos los de Soriangato, los

oligarcas del Norte y hasta los jefes de alguna confesión...”

“No me digas que el archiepisopo Senecto, con lo archiepisopo que está...”

“Mierdas olfateares, Sancho amigo... Después investigamos cómo fue este pedo” cerró el brigadier Ícaro Rodríguez (que no cesaba de recordar, además, la reciente telefonada del coronel Theodor Roos Rice y su advertencia: “You must think about it. Mucha gente en las rúas, no síntoma bueno...”).

Frente a la caprichosa pantalla, los hombres de la logia pensaban juntamente, como algo de pura lógica vulgar, que el óbito del general Dunviro había dejado pocos beneficios; más bien un cierto escozor de desconfianza social, ni siquiera aliviado por su velatorio y su entierro que tuvieran como único orador al mañoso presidente Sangronetti, el jefe máximo de las Fuerzas Unificadas.

De pronto, la imagen se estabilizó. En primer plano, el rostro exaltado y brillante del abogado defensor, quien daba fin a su alegato. Éste no había sido muy convincente, según el conductor del insólito programa, pues su referencia a “la situación de extremadas carencias que el acusado soportara desde la infancia hasta su ingreso a los cuerpos de seguridad, siendo un adolescente de mediocre educación” no contenía más que argumentos de orden sentimental, “propio de un profesional que huele a licor”, esto sólo lo pensó, repensándose también que aquel tipo, un torpe leguleyo castrense, tendría que haber pasado un rato antes, sin duda, por el casino de oficiales.

Aprovechando un corto corte de imágenes, añadió el lengua suelta de Charlie Muela y Mola, ya que gustaba salirse de guión:

“¡Cómo explicar la notable fuerza física del reo! Mis amigas dirían que tiene un cuerpazo a lo Rambo. Eso sólo puede explicarse con una buena dieta desde la niñez, ¡seguramente regada con sus sabrosas kaki-kolas de cada día!”

La cámara atrapó, es un decir, en otro primer plano la cara oscurecida del Machito. Afeitado de profundis, sin bigote y apenas con una especie de opaco musgo conformándole el cráneo, en la frente la bermeja cicatriz de dos emes, una en altas y otra en minúsculas, los ojos descoloridos, la boca de apretadas humedades, las manos entrelazadas y las muñecas envueltas en sujetadores de plástico. En el cuello de la camisa de servicio, una inscripción: SSS007. Hubo un acercamiento, tal vez por error o por atracción al horror, y la imagen se agrandó hasta superar los límites de incontables pantallas. Hubo instantáneamente una aspiración en miles de pulmones, transmutada de súbito en exhalación colectiva tan desmesurada y brutal que las palomas, gorriones y zanates de la ciudad sintieron que un sismo invisible los arrojaba contra el alto aire.

Luego, de vuelta la imagen fija y la engolada y sobreactuada voz del comunicador:

“¡Ahorita estamos por llegar a un momento crucial en la historia jurídica del país!

¡Comprobaremos, con apego a derecho, nuestro amor por las nuevas leyes cívico-militares!
¡Viva el Estado Mesoriental! ¡Sí, sí se puede!”

Regresó la movilidad a la pantalla, la cámara recorrió, como en un semi veloz vistazo, las figuras humanas que curiosamente adquirieron una distinta realidad. Los habitantes del barrio Los Zopilotes, de seguro seguidores del programa, habrán reconocido a la maestra Cristina de Altagracia, a don Pepe Urrieta, al quiosquero Prometeo, a la negrita María Garota, alzando carteles como banderas: “todos o ninguno”, “qué pasó con el juez”, “justicia de verdad”, “más de lo mismo”; habrán visto a los soldados que iban sobre ellos, habrán percibido el traslado súbito de imagen, o sea, un salto de la cámara hacia el estrado. Tres segundos después se escuchó la campanilla de bronce, en un primer plano se la vio brillar en sus vívidas sacudidas, “¿se ve sin oír?, ¿es más lenta la luz que el sonido?”, otro segundo y surgió la dura verticalidad del señor juez cívico-militar doctor Estridencio Salsipuedes, mirando sin párpados a todas las pupilas que lo miraban.

Al ser aumentada la imagen, el magistrado registró en sus ojos una ausencia de color que enmudeció a miles de excitados televidentes, “mira, ¿no le ves una sombra por atrás?”, “¿qué es, un reflejo negro?”, y, como un personaje que entra en escena fuera de tiempo, lanzó una agria voznada de ecos insondables:

“¡Silencio en la sala! ¡Los jueces somos los hacedores de la historia! ¡Hacemos nacer y morir hombres y leyes! Escipión Carrasco: ¡póngase de pie el acusado! ¡Les ordeno a todos escuchar su sentencia!

F I N

México D. F., septiembre de 2008.

El Torturador

Saúl Ibargoyen

Propiedad literaria © 2013 por AUTOR

Todos los derechos reservados, incluyendo el derecho a reproducir los materiales en su totalidad o en parte, o a su difusión por cualquier medio de comunicación.

diseño de cubierta del ebook por The WriteDeal

TheWriteDeal © 2013

www.thewritedeal.org

THEWRITEDEAL